Finalista del XXXV Premio Jaén de Novela

Más allá de los Olivos

Magdalena Albero Andrés



Verano de 2014. En un hospital del sur de Italia, Giulia se está recuperando de un accidente que teme que haya sido provocado. Su hija se ha ido lejos. En el duermevela de las horas que pasan demasiado despacio, su mente viaja al pasado, al momento en que tuvo que tomar la primera decisión importante de su vida. El presente se diluye a ratos en recuerdos de su vida en el Nueva York de los años setenta y ochenta. Allí donde aprendió a ser quien es. Regresan las personas y los sucesos que marcaron su existencia en aquella ciudad multicultural. Un lugar donde muchas familias de origen italiano habían prosperado, donde se mantenía latente el conflicto racial y zonas como Brooklyn eran inseguras para vivir.

El relato en primera persona de los años que Giulia pasó lejos de su Puglia natal, y de los cambios a los que debe enfrentarse a su regreso, muestra las dificultades y a la vez la riqueza que aporta el vivir entre dos culturas, la soledad del que se va lejos de los suyos y el papel de la familia como sostén afectivo y como cárcel de la cual escapar. Narra la necesidad de empezar de nuevo con el peso, y también la ayuda, de lo ya vivido.

Más allá de los olivos es el viaje vital de Giulia, en el contexto de los grandes cambios que protagonizaron muchas mujeres del sur de Europa durante la segunda mitad del siglo XX. Acceder a la educación superior y al trabajo fuera del hogar, decidir si querían casarse o ser madres, enfrentarse a las contradicciones en la relación madre-hija, y entender el envejecimiento como un proceso que no excluye nuevos principios, son encrucijadas que tejen el devenir de esta historia.

Magdalena Albero Andrés

Más allá de los olivos



Título original: *Más allá de los olivos*
Magdalena Albero Andrés, 2020

-

Revisión: 1.0
)¡(05.07.2022

1

Lecce, 10 de agosto de 2014

Alguien ha abierto la puerta y ha vuelto a cerrarla. No he podido ver quién era. Sigo con la mirada fija en la pared de enfrente. No puedo estar de otra manera; las vendas que multiplican el volumen de mi cabeza me lo impiden; también el dolor que me asalta cuando intento el más leve de los movimientos. Me pregunto si esta mortaja rígida que cubre mi cuerpo logrará devolverme a la vida como me han dicho, si mi piel renacerá, si podré levantarme de nuevo, ir al baño, vestirme, peinarme. Si llegará el día en que me miraré al espejo sin asustarme. Cierro los ojos, quiero dormir, olvidar que me escuece todo el cuerpo, evitar que broten unas lágrimas que quedarán atrapadas entre los vendajes. Intento no pensar, encerrar cada pensamiento en una caja, ponerle un lazo y dejarlo que desaparezca. Una vez leí que esa técnica del *mindfulness* ayudaba a dejar la mente en blanco. Que debíamos concentrarnos en el aquí y el ahora.

Puedo concentrarme en la pared blanca que tengo delante, en la luz que llega de una ventana que sé que está a mi derecha y que no puedo ver, mirar hacia arriba y ver el techo también blanco, escuchar voces apagadas que vienen de más allá de la puerta y las ruedas de algún carrito de curas que circula por el pasillo. Puedo concentrarme en el olor de productos yodados que parece envolverlo todo. Puedo, pero no quiero. Prefiero que lleguen las lágrimas, volver a darles vueltas a los problemas. Siempre lo he

hecho así. No sé vivir de otra manera.

Mi hija se ha ido. La he dejado partir. Su ausencia me rompe por dentro. Ha elegido su camino, como yo elegí el mío. No he querido preocuparla. Todavía estaba viajando cuando todo ocurrió. Antes de que se fuera decidí no compartir con ella mi angustia por el acoso de quienes quieren obligarme a destruir lo que es mío, lo que siempre amé, aunque a veces no quise reconocerlo. Ahora debo encontrar la mejor solución para vencer a quienes piensan que todo lo pueden. Quiero creer que no voy a perder esta batalla. De momento sigo viva. Eso ya es una victoria.

Dicen que con el paso de los años llega la sabiduría y también la paz. Así, sin que nadie las espere, cuando todos hemos dejado ya de llamarlas. Eso no me ha ocurrido a mí. Me acerco deprisa al final que siempre he temido y no me siento más sabia. Tampoco he alcanzado la serenidad que tantos asocian a esos años que preceden a otros, todavía más fugaces, en que el presente y el futuro dejan de importar y transitan entre los recuerdos de lo vivido, lo imaginado y lo soñado. Sigo aceptando retos, aprendiendo de esta tierra enferma y amenazada, pero todavía viva.

Acaba de entrar una enfermera joven que se mueve detrás de mí.

—Es el antibiótico —me dice—. Se lo he inyectado en el vial.

Me da la espalda y se va.

Vuelvo a cerrar los ojos. No me llega el sueño. Sólo las lágrimas. Imágenes recientes y pasadas se mezclan. Regreso a la mañana de hace dos días. Al jardín. Se desvanece enseguida esa imagen y llegan otras, que brillan con la intensidad que cobran en el recuerdo aquellos momentos que precedieron a los grandes cambios que vinieron después. Me llega el sonido apagado de la carretera y la luz de aquella tarde remota de junio de 1974. El pasado se apodera de mí con la fuerza de una cascada que baja ruidosa cuando se funde la nieve de las montañas.

2

Había terminado el último examen en la universidad y un compañero se ofreció a llevarme en coche desde Lecce hasta mi casa pues le venía de camino, o eso dijo. El viaje transcurrió entre risas, las mías, y miradas, las de él. Hice ver que no me daba cuenta de sus intenciones. Cuando llegamos ya había agotado las excusas que le iba dando para no encontramos durante el verano ni en Bari ni en Brindisi, donde él vivía, ni en Monopoli, ni siquiera en Specchia, tan cerca de casa. Con el pretexto de que quería dar una sorpresa a mi padre al llegar antes de la hora prevista le pedí que me dejara en la carretera, a unos 50 metros de la cancela que daba entrada al olivar y a nuestra casa. Me olvidé de él tan pronto como salí del coche.

Pensaba en el verano, que iniciaría con mi ritual de todos los años tras el último examen. Consistía en romper y tirar los papeles que se habían acumulado sobre la mesa de mi habitación durante las horas de estudio de los últimos días del curso. Dejaría la mesa limpia y la habitación aireada. De dentro del armario, allí donde las había escondido para no verlas y lanzarme a su lectura antes de hora, sacaría las tres novelas que estaba deseando empezar. Todos me decían que era una joven responsable, y era verdad, aunque no me gustaba que me lo recordaran con tanta frecuencia. Me hacía parecer ajena a los intereses y los problemas de mis compañeros, y yo no me consideraba diferente a ellos. El que un año más hubiera cumplido con mis obligaciones académicas con éxito, no me llenaba de orgullo como todos pensaban. Estaba ilusionada y eufórica, no por las notas recibidas que mantenían mi posición como una de las

mejores estudiantes de mi universidad, sino porque ya me quedaba un año menos para terminar la carrera.

Completar mis estudios significaba retrasar todo lo posible el matrimonio que habían pactado para mí; hasta confiaba en poder evitarlo. Rezaba a un Dios en el que no creía para que mi guapo primo encontrara a una mujer de la que pudiera enamorarse sin disgustar a su familia. Él vivía en Brindisi y, por fortuna, sólo nos veíamos durante el verano y en las vacaciones escolares. Me alegré el día que me llegó el rumor de que lo habían visto muy acaramelado con otra. Mi padre todavía no me había anunciado su visita o la nuestra, por lo que había empezado a abrigar esperanzas de que el compromiso pudiera romperse. Yo seguiría estudiando. Ese iba a ser mi pasaporte al mundo que se abría más allá de las fronteras de la Puglia, de Italia, incluso de Europa. Tras graduarme quería irme muy lejos, viajar. Aunque fuera sola. Ninguna de mis amigas estaba dispuesta a acompañarme. Todas parecían haber encontrado en el joven con el que estaban saliendo su amor verdadero, su pareja definitiva, el padre de los hijos que engendrarían nada más terminar la universidad. Yo no. Había intentado salir con algunos de mis compañeros, pero los intelectuales me cansaban con sus largas peroratas sobre Proust o Kafka, los que estaban políticamente comprometidos me hablaban de una Italia diferente a la que vivíamos y sus arengas en las asambleas de estudiantes, que despertaban pasiones entre mis amigas, a mí me dejaban indiferente. Luego estaban los que, aunque fuera escuchando canciones de Nicola di Barí, no se andaban con rodeos de grandes parlamentos y buscaban sexo rápido, sin compromiso, como se hacía en Suecia, en Francia y en Milán. A mí me aburrían todos ellos. Cada vez más prefería estar sola, con mis libros, con mis sueños de grandes viajes, ocupada en diseñar un futuro de libertad, en encontrar una profesión que me permitiera desarrollar mi trabajo con entusiasmo.

Todavía no sabía cuál iba a ser esa profesión.

No me interesaba el cultivo y la venta del aceite, aunque sí me gustaba nuestro olivar. Formaba parte de mí. Siempre disfrutaba observando todos los matices de verde que adquirían las hojas nacidas de los troncos viejos y retorcidos, no dejaba de descubrir nuevos pasajes secretos, formas de animales y de rostros humanos.

Tenía mis preferidos entre los olivos, y a ellos les había dado nombres de dioses griegos. En algún sitio había leído que fue la diosa Atenea quien dio el olivo a la tierra y creo que de ahí me vino la idea. Me divertían las historias de esos dioses juguetones que mostraban sin pudor sus pasiones humanas. Mi padre decidió imitar esa costumbre mía de poner nombre a los olivos y, a todos aquellos que todavía no lo tenían, los llamó como los personajes famosos de la historia de Italia. Los había de artistas como Miguel Ángel o Leonardo da Vinci, comerciantes como Marco Polo, inventores como Marconi, pensadores como Maquiavelo y políticos, varios políticos. Garibaldi era su preferido. Le había dado ese nombre al más centenario de los olivos, un ejemplar inmenso, de tronco cavernoso y copa esbelta con el que incluso hablaba. Le hacía preguntas siempre que debía tomar una decisión importante respecto a cómo hacer aceite de más calidad o si era arriesgado abrirse a nuevos mercados. «Garibaldi me ayuda a saber cuál es la mejor opción», le decía a mi madre cuando lo iba a buscar para ir a cenar. Ella se encogía de hombros. «No hace mal a nadie», me decía cuando yo los miraba con una sonrisa burlona.

Mi madre murió el verano en que cumplí diecisiete años y yo me fui a estudiar a la universidad de Lecce aquel otoño. Desde entonces mi padre pasaba más tiempo hablando con los olivos y yo menos con él. Cada vez debíamos esforzarnos más para encontrar temas de conversación que no fueran sus olivos o mis estudios. Creo que los dos sentíamos la misma nostalgia de aquellos años en que yo lo acompañaba gozosa por el olivar. Entonces no deseaba otra cosa que participar en la recogida de las aceitunas. Le hacía muchas preguntas y escuchaba con atención sus historias de juventud y las protagonizadas por quienes habían plantado los primeros olivos hacía más de trescientos años, cuando la península de la Puglia pertenecía al reino de Nápoles y la familia compró las tierras y empezó a construir la casa en la que mi padre y yo habíamos nacido.

Me hubiera gustado poder compartir con él mis planes de viajar hacia el norte, pero no quería oírme hablar de eso. Presentía mi marcha cada vez menos lejana en el tiempo. La temía. Sabía que yo amaba los olivos tanto como él, aunque no me interesaba la producción de aceite, la venta, las ganancias, las fluctuaciones en el

mercado o la amenaza de los grandes empresarios del sector. Para mí, nuestros olivos no significaban trabajo ni problemas ni peligro ni riqueza. Sólo eran los testigos mudos de mi infancia. Los que habían creído en cada uno de los sueños que yo trenzaba entre sus ramas mientras, estirada en el suelo, contemplaba como le quitaban protagonismo al azul del cielo en los días claros.

Cuando empecé a estudiar en la universidad no me incliné por la economía sino por la historia, la sociología y la literatura. Materias nada útiles para llevar una empresa pero que me darían una formación y un lustre que mi padre no había tenido nunca. Él pensaba ocuparse de transmitirme los conocimientos necesarios para mantener productivos nuestros olivos. Su mayor deseo era despertar en mí las ganas de mejorar la empresa familiar. Yo me había convertido en su única esperanza ya que Renzo, mi hermano diez años mayor que yo, había dado por terminada toda su relación con los olivos y con mi padre el día en que anunció que su futuro estaba en el sacerdocio y se fue al seminario de Santa Maña di Leuca, allí donde la tierra termina y el mar Jónico se junta con el Adriático. Volvía cada 26 de diciembre para pasar unos días con nosotros, una vez cumplidas las responsabilidades con sus feligreses. Mi padre y él apenas se hablaban, aunque Renzo lo intentaba. Mi madre había procurado que padre e hijo retomaran la relación, pero la primera Navidad sin ella Renzo ya no vino a visitarnos. Sin su ayuda, Renzo sabía que nuestro padre nunca llegaría a perdonarlo. No sé si fue el dolor de su rechazo o el carácter orgulloso que compartía con él lo que lo mantuvo alejado desde entonces. Yo apenas echaba en falta a aquel hermano ausente con el que no pude compartir la infancia; siempre lo vi como alguien demasiado mayor para jugar conmigo.

A pesar de la nula atención que yo mostraba siempre que me hablaba de este tema, mi padre persistía en su empeño de formarme como la sucesora de sus tierras y que yo y mi futuro esposo nos convirtiéramos en los depositarios del saber acumulado durante tantas generaciones. Confiaba en que algún día afloraría esa pasión por los olivos que imaginaba escondida en algún lugar de mi alma. Según él, no podía ser de otra manera. Era una Cicinelli y todos los Cicinelli, todos menos su hijo y su hermano Flavio, aquel tío al que yo nunca había visto, habían amado el olivar y lo habían hecho

prosperar. Por eso observaba atento mis reacciones y esperaba preguntas que nunca llegaban. Había instaurado la costumbre de que los días que pasábamos juntos durante las vacaciones de la universidad empezaran con un largo paseo por el olivar. A mí me gustaba ese paseo, me permitía acercarme a él y recuperar el recuerdo de mi niñez que sentía ya lejana. Sin embargo, al cabo de un rato, la lucha silenciosa que manteníamos terminaba estropeándonos ese breve tiempo compartido. A él le costaba aceptar lo lejos que estaban sus deseos de los míos y a mí que no fuera capaz de entenderme.

Aquella tarde, en el camino ancho de tierra que transcurría desde la cancela de entrada hasta la casa, brillaba el amarillo de las matas de retama y el aire venía perfumado por la madreselva que crecía salvaje. Un poco más allá se veían los primeros olivos. La casa de piedra, que siempre parecía tocada por el sol, me recibía con la misma calidez de siempre. Con el paso de los años me parecía cada vez más pequeña y mis deseos de irme a vivir a otro lugar se alternaban con otros que me impulsaban a quedarme. Durante unos instantes creí ver a mi madre de nuevo, esperándome a la entrada de la casa, con la comida preparada y la mesa puesta, como siempre hacía cuando volvía del colegio. Atenta a la hora de mi llegada, me daba a entender sin palabras que para ella ese momento era el más importante del día. El viento me trajo su abrazo. Cerré los ojos y me dejé acariciar por su recuerdo. Ella ya no estaba con nosotros y yo todavía quería pensar que la tenía a mi lado, sujetándome con la fuerza de su cariño, con sus silencios sabios y con la elocuencia de sus gestos.

Me dolía su ausencia.

Todavía no me había acostumbrado a tener que utilizar las llaves para entrar en casa. Sabía que encontraría a mi padre dentro, con la atención puesta en algún asunto urgente. Aquel día de principios de junio la puerta estaba abierta y había un Fiat 131, de color rojo y muy nuevo, aparcado delante de la casa. Era un coche de alquiler, a juzgar por el sello AVIS que descubrí en la parte trasera. De la casa salían voces.

Entré. Las persianas bajadas protegían el vestíbulo del calor y

tamizaban la luz en la sala que mi padre utilizaba como despacho. Escuché una voz que no conocía. Hablaba un italiano inseguro, trasnochado, usaba palabras que yo sólo conocía de los libros y tenía un deje extraño que no supe identificar. Mi padre apenas me prestó atención cuando me vio. Con un gesto leve me indicó que me sentara. El hombre que estaba de pie frente a él seguía hablando. No se giró, no se percató de mi presencia. Sentado, y en parte escondido por el corpachón del desconocido, un joven de cabellos largos tenía la mirada puesta en sus sandalias. Yo nunca había visto unos pies tan grandes ni unas sandalias tan feas.

El hombre calló de pronto y se sentó al lado del joven. Su vientre amenazaba con hacerle saltar los botones de la camisa amplia que llevaba por encima de los pantalones. Lucía una calvicie avanzada y los ojos negros, grandes y de cejas gruesas, se posaron un momento en mí antes de volverse hacia mi padre. A su lado, el joven levantó la cabeza y me sorprendió observándolos. Aparté la vista enseguida. Mi padre seguía en silencio. Sentado detrás de su mesa se pasaba el bolígrafo de una mano a otra como solía hacer cuando se impacientaba.

—¿Por qué cree que me puede interesar una oferta como la que acaba de hacerme? —dijo al fin mi padre. Por el tono de su voz supe que estaba molesto, ofendido incluso.

—Me consta que muchos propietarios de la zona han accedido a vender. Lo que le ofrezco es el futuro. Comprendo que es una decisión difícil y necesita un tiempo para meditarla. Si le parece —dijo levantándose de la silla—, podemos volver mi hijo y yo dentro de unos días y continuamos hablando.

El joven también se levantó. Delgado, alto, silencioso, con la cara medio oculta tras el cabello lacio y el paso impaciente siguió a su padre hasta la puerta de la sala. Nuestras miradas se cruzaron. Me pareció que regresaba de algún lugar que sólo él conocía y lo había mantenido alejado hasta ese instante. Una chispa de luz iluminó sus ojos. Creció. Llegó hasta mí. Se apagó al oír la voz airada de mi padre:

—Vuelva todas las veces que quiera, pero con una propuesta diferente. Entonces le escucharé.

Padre e hijo me saludaron con una ligera inclinación de cabeza y se fueron.

Volvieron. Sus visitas se fueron sucediendo durante unas semanas, hasta que tanto mi padre como el extranjero comprendieron que no iban a lograr convencer al otro de que cambiara su posición.

3

Me preguntaba por qué mi padre había aceptado esas visitas si no tenía intención alguna de vender el olivar por muy atractiva que fuera la oferta que recibiera. Comprendí más tarde que quizá fue la nostalgia de aquel hermano perdido en América en 1950 el único motivo de que aceptara recibir a Ettore Pozzi y a su hijo Nico. Venían de Nueva York, conocían a muchos italianos, cabía la posibilidad, aunque remota, de que hubieran conocido a su hermano. La primera y única noticia que la familia recibió de él tras su marcha fue que había conseguido pasar la frontera en *Ellis island* y lo habían dejado entrar en Nueva York.

Durante aquellos encuentros con los Pozzi, volvió a nacer en mi padre la esperanza de encontrar a su hermano. Con ese fin hacía muchas preguntas sobre la familia Pozzi, sus orígenes y su trayectoria, que el hombre respondía con gusto. Su historia era una historia de triunfo, de esas que ilustran el sueño americano, que muestran que si se trabaja duro cualquiera puede prosperar y convertirse en un hombre rico. Como él, propietario de una cadena de supermercados y de varios restaurantes italianos en Manhattan, Brooklyn y Queens.

Mi padre le mostró viejas fotografías en las que aparecía su hermano, incluso la que se hizo poco antes de embarcarse para América. Ansiaba un reconocimiento que no encontró en la mirada distraída del hombre, que le hablaba de otras historias de éxito protagonizadas por muchos napolitanos como él. Quizá, dijo, en algún momento se había encontrado con quienes habían llegado de la Puglia, no estaba seguro, no se acordaba. Hacía mucho de eso.

Era otra vida, de miseria, de añoranza de la familia, de incertidumbre, de aquellos primeros inviernos en que le sorprendió la nieve que nunca había visto antes y le crecieron dolorosos sabañones en los pies y en las manos. Mi padre lo dejaba hablar, todavía confiaba en que surgiera un comentario que pudiera llegar a convertirse en una pista que lo llevaría a saber de su hermano. Nunca se había resignado a su desaparición. Sabía que estaba en algún lugar de América y que, por alguna razón que él pensaba descubrir un día, no se había puesto en contacto con la familia.

Las visitas de los Pozzi seguían siempre el mismo esquema: una charla animada sobre América, Nueva York y los italianos que habían pasado de no tener nada a la situación próspera de la que él era un orgulloso representante. Seguía con circunloquios que terminaban con la repetición de la oferta de compra del olivar. Ettore Pozzi deseaba tener un trocito de Italia, añoraba su tierra. Quería producir el mejor aceite italiano y que se distribuyera por América y por el mundo entero. Tenía los medios para hacerlo y mi padre no.

—¿Y por eso piensa que el olivar estaría mejor en sus manos y que debo agradecerle la oportunidad de que el fruto de mis olivos se convierta en un producto sólo al alcance de los paladares más sofisticados? —decía mi padre en cada una de las visitas.

Ettore Pozzi asentía con la cabeza.

—No importa el lugar en que se hallen; a sus casas enviaría el aceite Pozzi.

Llegados a este punto mi padre empezaba a irritarse. Repetía una y otra vez su oferta de enviarle aceite para que lo comercializara con los clientes que quisiera e insistía en que los olivos habían sido Cicinelli y nunca iban a dejar de serlo. Era entonces cuando se iniciaba la discusión que iba haciéndose más violenta a medida que pasaba el tiempo y ninguno de los dos cedía en sus propósitos. Hasta que los dos perdieron la compostura y pasaron a los gritos y a las amenazas. Hasta que fue imposible conversar, hasta que se convirtieron en dos personas que, si alguna vez llegaran a cruzarse en la calle, harían todo lo posible para no tener que reconocer la presencia del otro. Evitarían incluso el saludo, a fin de controlar el insulto que sin duda brotaría con facilidad de sus labios al encontrarse con quien ya consideraban su

enemigo.

Enfrascados como estaban en la defensa de sus intereses no se dieron cuenta de que Nico y yo abandonábamos la sala cada día un poco antes y nos perdíamos por el olivar que ambos se disputaban. No se percataron de lo que estaba ocurriendo hasta que fue demasiado tarde. Hasta que ellos dos se habían convertido en enemigos declarados y nosotros en potenciales protagonistas de un drama moderno muy parecido al que vivieron los vástagos de los Capuleto y los Montesco.

Bajo la vigilancia de los olivos, Nico y yo nos mirábamos a los ojos y nos jurábamos amor eterno, como en las películas románticas y en las novelas que yo nunca quise leer por considerarlas remilgadas. Su mano en la mía, sus palabras torpes en un italiano aprendido y sus besos elocuentes consiguieron que al fin yo descubriera que sí, que era posible sentir mariposas en el estómago y que mi corazón se acelerara sin que yo pudiera hacer nada para evitarlo.

El primer poema que escribió para mí me hizo sentir como una reina y las palabras que me enseñó en su idioma me parecieron las más bellas que había escuchado nunca. Su sonrisa iluminaba el iris inquieto de sus ojos de ámbar y en su pecho ancho y duro me gustaba apoyarme siempre que estábamos juntos. Su abrazo me hacía libre de añoranzas y culpabilidades, dueña absoluta de mis sueños, segura de mi capacidad para llevarlos a cabo.

A ratos intentábamos olvidar que él se tenía que ir, y que mi primo y su familia no tardarían en llegar para, como todos los años, pasar el verano en casa y empujamos a continuar ese noviazgo anunciado desde nuestra infancia y bendecido por las dos familias. La consciencia de nuestra próxima separación nos impulsaba a vivir todavía con más intensidad nuestros encuentros, a buscar en las palabras, las caricias y los besos del otro la certeza de compartir el mismo impulso, la misma necesidad, la misma dicha y el mismo sueño.

—Supongo que no necesito advertirle de que nunca más vuelva a

poner los pies en mi propiedad —estaba diciendo mi padre a la puerta de la casa cuando Nico y yo regresamos una tarde de nuestro habitual paseo.

De manera instintiva nos soltamos de las manos. Nunca había visto tanta furia contenida en el rostro de mi padre; había adquirido un color demasiado cercano al fuego que parecía consumirlo por dentro. Apretaba los puños con tal fuerza, que podía ver la protuberancia los nudillos blancos como si estuvieran a punto de saltar y atacar a su interlocutor.

—Pierda cuidado que no volverá a verme, ni en su casa, ni en la Puglia. Adelanto el viaje de regreso a los Estados Unidos. Pienso irme dentro de dos días. Ya no tengo nada más que hacer aquí —Ettore Pozzi no había perdido la serenidad. Mantenía la complacencia en su gesto y los aires de gran señor, sólo desmentidos por su ropa cara de nuevo rico—. Quizá sabrá de mí por sus vecinos, que han demostrado ser más listos que usted —añadió—. Luego se volvió hacia nosotros.

—Nico, vámonos.

Nico miró a su padre, me miró a mí. No se movió.

—Vámonos he dicho. ¿A qué esperas? ¿No ves que aquí no somos bien recibidos? —señaló a mi padre moviendo la cabeza con exagerada brusquedad.

—Yo… yo llevaba un libro cuando hemos venido —improvisó Nico—. Lo debo de haber dejado en la casa. Tengo que ir a buscarlo.

—Te acompaño —reaccioné.

—Te espero fuera —anunció el padre de Nico, y echó a andar hacia la cancela.

Mi padre, todavía con los puños apretados, se fue en dirección contraria, a refugiarse en el olivar. Pensé que quizá calmaría su rabia hablando con Garibaldi.

Ya en la sala Nico y yo nos abrazamos, nos besamos con ansia.

—Acaba de decidirlo. Yo no sabía nada. Mi padre es así. ¿Dónde puedo verte mañana?

Tomé un bolígrafo, le agarré una mano y le escribí la dirección de mi cafetería favorita en Specchia.

—Mañana a las seis —dije cerrándole la mano y tomándola entre las mías antes de besarla.

No puedo evitar sonreír al recordar ese gesto. Años más tarde lo vi también en una película de factura anodina y actuación afectada. Me reí de mí misma, como ahora. Yo, que alardeaba de no caer en cursilerías, había protagonizado una de las más habituales sin ni siquiera darme cuenta.

—No voy a volver con mi padre a Nueva York. Buscaré una excusa para quedarme. Quiero estar contigo —dijo él.

Le di el primer libro que encontré y lo empujé hacia afuera.

Empecé a contar las horas que faltaban para nuestro próximo encuentro.

La enfermera ha regresado. Se acerca a la cama y me toma el puso.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las dos de la tarde.

Son las ocho de la mañana en Nueva York. Carla estará durmiendo, cansada por el viaje y todavía intentando ajustarse al nuevo horario.

—Ha venido una señora a verla. Acaba de irse. Me ha dicho que volverá dentro de un rato.

Debe de ser Gabriella. Me pregunto si habrá cumplido con su promesa de no decirle nada a Carla.

—¡Enfermera! —la llamo.

No me ha oído y yo no puedo gritar. Ella se va. Estoy sola de nuevo.

4

Cuando llegué a la cafetería Nico parecía llevar mucho rato esperándome. Tenía la vista fija en la entrada, el cabello revuelto y en los ojos el recuerdo de una noche pasada en vela. Se levantó y me besó con la urgencia del amante que lleva demasiado tiempo lejos de su amada. Pude ver las sonrisas condescendientes de quienes habían dejado conversaciones y cafés para mirarnos. Me tomó de la mano y me llevó a la mesa que había ocupado. Un *capucino* mostraba intacto su corazón de espuma blanca.

Habló muy deprisa, como si las palabras estuvieran impacientes por liberarse de su encierro y volar hasta mí.

—Lo he conseguido. No me iré mañana con mi padre.

Sus ojos parecían concentrar toda la luz. La cafetería, la calle, incluso la ciudad, se habían ocultado en la oscuridad que sólo nosotros rompíamos, como ocurre en un teatro cuando empieza la representación.

Quizá no reaccioné con el entusiasmo que él esperaba y eso pareció entristecerlo. Creo que no me creyó cuando le dije que no me había sorprendido la noticia porque estaba segura de que lo iba a conseguir. No mentía; en ningún momento había dudado de su promesa del día anterior. No me había parado a pensar en las dificultades que había tenido que sortear para conseguir aquello que ahora me comunicaba con tanta alegría.

Nico me contó todos los argumentos que había utilizado para convencer a su padre.

—Me he inventado amigos que no existen con tal de hacerle creer que me gustaría visitarlos, he renunciado al viaje por Europa

que tenía previsto para el año que viene con la excusa de que pienso trabajar durante todo el verano. Y parecía que lo estaba convenciendo, hasta que le he dicho que quería quedarme aquí para conocer mejor Italia.

—¿Qué ha ocurrido?

—No me ha dejado continuar. Se ha levantado y me ha dicho que debía regresar con él, que no quería que estuviera ni un solo día más en este país, que no insistiera porque ya no había nada más que hablar.

—¿Y cómo has logrado que cambiara de opinión?

Nico tomó la bolsa de tela que había colgado en el respaldo de la silla, la abrió y sacó un libro. Era una guía de Grecia. Abrió por donde había puesto una señal y me mostró la página en la que se veía un mapa del país.

—Kalamata —dijo señalándome un lugar en el mapa.

Me encogí de hombros y lo interrogué con la mirada.

—Le he hablado de los olivos de Kalamata, de que quizá sería una buena idea visitar la zona, ya no para comprar olivares sino para agilizar el tema de la importación de las aceitunas a los Estados Unidos.

Yo seguía sin comprender.

—En Nueva York son muy apreciadas y su fama nunca ha dejado de crecer. Sabía que mi padre no iba a dejar pasar una oportunidad como la que le ofrecía. Quizá no me hubiera hecho caso si hubiera conseguido que tu padre le vendiera el olivar. Ahora siente que su viaje ha sido un fracaso, que no ha conseguido aquello que más deseaba y no quiere volver a casa con las manos vacías. Creo que ese ha sido el motivo por el que ha aceptado mi propuesta.

—¿Y os vais a Grecia?

Cerró la guía, apoyó la espalda en el respaldo de la silla y sonrió satisfecho. Enseguida volvió a inclinarse hacia adelante.

—Voy a ir yo. Él no puede, ha de regresar mañana sin falta a Nueva York. Me ha encargado a mí explorar qué posibilidades de negocio tenemos en la zona de Kalamata. Debo informarle de todo. Puedo quedarme allí hasta que empiece el curso —volvió a sonreír.

No entendía a qué venía tanta sonrisa. Nico no regresaba a los Estados Unidos, no se iba lejos, pero eso no cambiaba nuestra situación. De todas formas, al día siguiente teníamos que

separarnos. Creía que compartía mi pena por nuestra separación y me molestó descubrir que no era así.

—¿No te das cuenta? —dijo tomándome una mano—. Puedes venirte conmigo, estaremos juntos.

Nunca había estado en Grecia, tampoco en Francia ni en España, ni siquiera conocía la Italia más al norte de Lecce y tenía pendiente un viaje a Florencia y a Roma con unas amigas que habíamos aplazado ya un par de veces. Desde la muerte de mi madre las vacaciones las pasaba siempre con mi padre, para hacerle compañía. Él nunca había sentido la necesidad de viajar. Su casa era su mundo, el olivar y yo los depositarios de sus sueños, el origen de sus alegrías, el alimento de sus esperanzas y la causa de su desasosiego si ellos o yo le fallábamos y no cumplíamos con las expectativas que había puesto en nosotros. No podía irme con Nico, aunque sólo fuera unos días. No podía decirle a mi padre que me iba a Grecia con el hijo del hombre con el que se había enemistado. Así se lo dije a Nico.

Él no se dio por vencido.

—Piensa en una excusa que te permita alejarte de casa un par de semanas. Estoy seguro de que algo se te ocurrirá.

Nos quedamos en silencio, el *capucino* que ninguno de los dos había tocado, testigo mudo de esos momentos en que la posibilidad de continuar juntos parecía estar a nuestro alcance y al mismo tiempo se alejaba sin que pudiéramos retenerla.

Me levanté con intención de irme. Tenía ganas de llorar y no quería que él me viera.

—No creo que pueda hacer lo que me pides —dije con la cabeza gacha.

Nico me siguió, me levantó la cara, me besó.

—Entonces iré a Kalamata y volveré en dos días. Me esconderé en Specchia para estar cerca de ti.

—No puedes. Tu padre te ha encomendado un trabajo en Kalamata.

—Buscaré una excusa para no tener que hacerlo. Sólo me preocupa que si no voy a Grecia me haga regresar con él.

Salimos a la calle. Quería irme a casa, evitar así el dolor de la despedida. Si nos íbamos a tener que separar era mejor hacerlo ya. Me impuse empezar a olvidarlo, convertir en un bonito recuerdo el

tiempo pasado en su compañía y procurar esconderlo en un lugar donde no me hiciera daño. Yo vivía en Italia y él en Estados Unidos. Eso marcaba nuestros destinos por muy cerca que nos hubiéramos sentido el uno del otro, por nuevo, intenso y extraordinario que fuera todo aquello que él me había hecho sentir. La vida se imponía a los sueños y no al revés. Aunque todo eso que pensaba lo desmentía mi piel, mis ojos, mi corazón, mi cuerpo entero que hablaba por mí sin seguir lo que le dictaba la razón forzada que procuraba imponerme.

—Todavía no me he ido, Giulia. Ven mañana, por favor. Prométeme que pensarás algo —dijo él cuando al fin me dejó marchar.

Dejé que sus palabras se llevaran todos los esfuerzos que había hecho para intentar seguir mi vida de chica seria y volver a mis libros. Pero cuando llegué a casa ni siquiera pensé en abrir el armario y sacar las novelas que me aguardaban. En lugar de eso, hablé con mi padre. Le pregunté por qué se había enfadado tanto con el padre de Nico.

—Él es como yo, hija. Orgulloso y testarudo. Somos demasiado iguales para no atacarnos.

Quise protestar. Él me interrumpió.

—Sé que no debería haber aceptado que siguiera viniendo por aquí. No lo hice y ahora ya es tarde para enmendar las cosas. Y ya no tengo edad para hacer enemigos porque no nos queda tiempo ni a uno ni a otro de hacer las paces.

—¿Y por qué no le dices todo eso a él? Seguro que piensa lo mismo.

—Ay, hija, tú eres demasiado joven y yo demasiado viejo. Aunque lo pensara no me lo diría, como yo tampoco soy capaz de decírselo a él. El mal ya está hecho y las cosas han de seguir su curso. Por fortuna se va y no volveré a verlo.

Me pregunté quién era el más chiquillo de los dos, si yo por haber caído rendida a las caricias y palabras de Nico y amarlo sin conocerlo, o mi padre que se había dejado llevar por su pronto mediterráneo y había convertido su negativa a vender el olivar en un duelo entre dos testarudos cuyo final, aunque desagradable, él quizá veía con buenos ojos. Al fin y al cabo, había resultado vencedor.

—Por cierto —dijo ya con la puerta abierta para salir hacia el olivar—, tu tía ha llamado. Legarán el sábado.

No sé si llegó a ver mi gesto de disgusto ante la noticia. Lo seguí unos pasos.

—Padre —dije a su espalda—. Preferiría no ver a mi primo, no quiero continuar con el noviazgo. No voy a casarme con él.

—Tu primo es un buen chico. Te hará feliz —respondió sin volverse, sin dejar de caminar.

No me atreví a hablarle de Nico. No creo que hubiera sido capaz de soportar que al final era él el gran perdedor pues yo, su hija, no sólo me negaba a casarme con el hombre que él me había asignado, sino que pensaba irme con el hijo del extranjero que pretendía arrebatarle sus tierras.

Creo que fue entonces cuando me di cuenta de que ya había tomado la decisión.

Nico no tuvo que volver a los Estados Unidos y yo encontré la manera de acompañarlo. Para ello tuve que mentir, pretender, ocultar y esforzarme por alejar de mí el sentimiento de culpa que amenazaba con paralizar todos mis intentos de seguir adelante con mi plan, con nuestro plan. Sufrí en silencio el malestar que me causaba engañar a mi padre, aunque él ni siquiera llegó a sospechar que yo ya no era digna de su confianza.

5

Gabriella ha venido a verme. No ha perdido la costumbre de usar perfumes caros ni de vestir con una mezcla de naturalidad y sofisticación que sólo alcanzan pocas mujeres, y menos cuando la edad ya ha encrespado sus cabellos, les ha relajado los músculos de la cara y las ha obligado a disimular con pañuelos coloridos las arrugas del cuello. Ella tiene la misma energía de siempre. Ataviada con túnicas y pantalones amplios, el cabello largo, rizado y teñido del color de los violines, de espaldas parece que no hubiera cumplido todavía los treinta años.

La sigo con la mirada mientras se mueve por la habitación. Ya puedo girar la cabeza y las vendas son menos aparatosas. Me han quitado el gotero y, aunque sigo con las manos y los brazos vendados, al menos puedo moverlos un poco. El dolor ha disminuido. También puedo hablar.

—Giulia, me ha dicho el médico que evolucionas muy bien, que pronto te podrás ir a casa. Ya lo he arreglado todo para quedarme unos días contigo.

—Gracias, Gabriella. No sabes cómo…

—No es nada. ¿Te gusta mi nueva túnica?

Da una vuelta sobre sí misma y el aire se impregna de su perfume. Suenan alegres sus pulseras y los tonos amarillos y naranjas parecen querer saltar del blanco de su vestido para instalarse en mi habitación y darle vida.

—¿Cómo está Luca? —le pregunto.

La sonrisa se le desvanece unos instantes para volver enseguida a su rostro.

—Saldrá de esta, no te preocupes.

—¿Estás segura?

—Pues claro. ¿Alguna vez me he equivocado en mis predicciones?

—No.

No sé si aquel verano de 1974 hubiera sido capaz de hacer todo lo que hice sin la ayuda de Gabriella. El azar quiso que, tras encontrarme con Nico en la cafetería, mientras esperaba el autobús que me llevaba de vuelta a casa, ella estuviera también en la misma parada. Guapa, coqueta y divertida, Gabriella era admirada por rodos. Ya en el colegio atraía a quienes compartían el aula con ella, a los profesores, a los niños que a veces cuidaba y a todos los adultos con quienes se cruzaba. No había perdido esa cualidad y se había convertido en una joven resuelta que era capaz de salirse siempre con la suya sin que nadie se molestara por ello. Yo la apreciaba porque sabía tratarme con la naturalidad que otros no eran capaces de mostrar, como si yo también fuera una simpática estudiante mediocre pero buena persona y no la *empollona* seria y aburrida, como me consideraban la mayoría de mis compañeros.

Decidimos esperar al siguiente autobús y ponernos al día de todas las novedades acaecidas en la vida de ambas desde nuestro último encuentro, varios meses atrás. Charlamos mucho. Ella tenía múltiples historias que contarme: amores que habían llegado y se habían ido, el inicio de un nuevo romance, el trabajo recién conseguido como dependienta en las tiendas Gucci de la Vía Condotti en Roma. No iba a cobrar mucho, pero con el trabajo entraba el poder lucir los vestidos de la temporada y quedarse con uno de ellos, el que más le gustara, con un descuento considerable. Iba a vivir con su prima y pensaba salir de fiesta todas las noches.

De repente calló, me miró con más detenimiento y momentos después rompió el silencio:

—Estás muy guapa. Tienes novio, ¿verdad?

Me sonrojé. Ella dio un saltito y me abrazó.

—Lo sabía. Cuéntame.

Y yo le conté.

Gabriella me escuchó atenta, con los ojos muy abiertos. Siguió

con interés cada uno de mis gestos, lanzó preguntas curiosas y comentarios que daban a entender cuánto le fascinaba la historia y lo feliz que se sentía al escucharla. Al llegar al final de mi relato, a mi salida precipitada de la cafetería, a la expresión de desamparo con que se había quedado Nico, a su voz entrecortada diciéndome «ven mañana a la misma hora, por favor, encontraremos una solución», ya no pude retener más las lágrimas que había tenido atrapadas desde que Nico me anunció que se iba. Ella sacó un *kleenex* de su bolso y me lo dio.

—¿Cómo se te ocurre ponerte a llorar cuando lo que te está ocurriendo es maravilloso?

Me quedé con el *Kleenex* en la mano. Se estaba burlando de mí. Ella sonreía.

—Anda, sécate esas lágrimas de una vez.

Obedecí.

—Y a, ya sé que no me crees. Espera a que te cuente y verás. Te vas a ir con Nico a Kalamata y te voy a decir cómo.

Gabriella me acompañó a casa. Por el camino me explicó su plan, imaginativo, alocado, irracional. Un plan que ella desarrolló con naturalidad, como si fuera normal engañar al padre de una amiga demasiado sería para atreverse a disfrutar de la vida. Me parece que hasta llegó a creerse su propia mentira.

Mi padre, que no la había visto desde hacía un año, la recibió contento por la visita. Tampoco él era inmune a su simpatía. La invitó a cenar en casa, insistió en que llamara por teléfono a sus padres para avisarles de que llegaría tarde y prometió que la acompañaríamos en coche a su casa. Y Gabriella desplegó sus dotes de gran conversadora y mostró el afecto que sentía por mi padre, al que conocía desde niña. No tardó en llevar la conversación al terreno que le interesaba y empezó a hablar de su deseo de aprender a diseñar los vestidos más hermosos, aquellos que sabrían sacar la belleza que toda mujer llevaba dentro. Hablaba con un entusiasmo que nos seducía con cada una de sus palabras. Movía las manos, abría y cerraba los ojos sin que ese gesto pareciera forzado sino acorde a lo que estaba diciendo, a su talante atrevido y a la vez ingenuo. Explicó sin pudor sus sueños más íntimos, en los que se veía ostentar el título de la mejor diseñadora de modas italiana del siglo XX. Rio, nos miró a los ojos como si buscara nuestra

aprobación, volvió a reír. «Veo que no me creen, pero lo conseguiré», decía. Nosotros nos apresuramos a negar lo que ella había sabido leer sin dificultad en la expresión de nuestros rostros. Entonces volvió al presente, «para que todo esto que les explico llegué a ser algún día una realidad, he de empezar por algún sitio. Y ese principio será mi trabajo este verano en Roma». Luego, y haciendo ver que se le acababa de ocurrir la idea, me miró, nos miró a mi padre y a mí y dio por fin el primer paso para poner en marcha el plan que la había traído hasta casa.

—Giulia —me dijo—, ¿por qué no te vienes a pasar unos días conmigo en Roma? En casa de mi prima hay sitio para las dos.

No sé si vi o imaginé que la espalda de mi padre se ponía rígida.

—Me gustaría muchísimo —respondí aparentando sorpresa ante esa invitación que debía parecer inesperada.

—Podremos visitar el Vaticano y los museos, el Coliseo y el foro. Ver todo aquello que sólo conocemos por fotos.

Mi padre se movió en su asiento.

—Mi prima nos acompañará, conoce bien Roma —continuó Gabriella mientras lo observaba de reojo para ver su reacción.

A un gesto apenas perceptible de ella, empecé a hablar yo.

—Papá, me gustaría muchísimo ir con Gabriella a Roma. Ya sabes que tengo muchas ganas de conocer la ciudad. ¿Qué te parece si me voy unos días con ella?

Él tardó en responder. Parecía triste, aunque algo en la expresión de su rostro me decía que iba a aceptar.

—¿Y cuándo sería eso?

—Pasado mañana —respondió Gabriella—. Sólo yo me di cuenta de que había tragado saliva antes de contestar.

Mi padre accedió con un movimiento leve de cabeza, como si todavía estuviera a tiempo de arrepentirse. Fui hacia él y lo abracé con todas mis fuerzas. Debió de pensar que el agradecimiento y la ilusión por el viaje dictaron aquella muestra de cariño más efusiva que otras veces, pero fueron la culpa y el temor a que se volviera atrás los que marcaron el ímpetu de mi abrazo. Agarrarme a su cuello por detrás, sin mirarlo, era la única forma de mantener escondido el embuste que él sin duda habría adivinado en el momento en que nuestras miradas se encontraran.

Ni él ni yo olvidaríamos nunca aquel abrazo.

6

Aquella noche no pude dormir. Me levanté varias veces, fui a la cocina a beber agua, salí de casa para seguir el rastro de la luna entre los olivos y a mi regreso escuché la respiración tranquila de mi padre. Resistí a la tentación de despertarlo. Quería hablarle, decirle que amaba a Nico, que era un sentimiento desconocido, real, inesperado, demasiado fuerte para intentar ignorarlo, el origen de una nueva energía que nunca habría imaginado tener. Que lo único que deseaba era estar con él. Necesitaba que mi padre me escuchara, que se alegrara por mí, que acogiera a Nico en su casa con el cariño y el respeto que yo necesitaba ver en él para sentirme bien conmigo misma, bien con ellos dos. Para abrazar con una alegría sin fisuras ese cambio en mi vida que me había cogido por sorpresa. Debía elegir entre mi padre y Nico y ron fiaba en que no sería siempre así. Estaba convencida de que a mi padre le gustaría Nico si algún día llegaba a conocerlo como quien era en realidad y no como el hijo de su rival. Aunque Nico tenía razón, de momento le hacía menos daño engañándole que diciéndole la verdad.

Nico y yo estábamos a punto de iniciar una vida a escondidas de nuestras familias, por necesidad. No tuvimos el coraje de enfrentarnos a ellos entonces, y recurrimos a la imaginación y a la ayuda de Gabriella para dar verosimilitud a la más piadosa de las mentiras, a la más romántica e inocente de las patrañas. Sólo deseábamos vivir la intensidad de nuestro deseo, disfrutar de la magia de habernos conocido, saber si nuestro amor era real. Y sólo teníamos unas semanas antes de que llegara la separación forzada y nos impidiera seguir maravillados por habernos encontrado en el

alma del otro.

El día anterior a nuestra partida Gabriella se reunió con nosotros en la cafetería de Specchia. Abrió su bolso y sacó un sobre.

—Toma.

Sorprendida, abrí el sobre. Dentro había tres postales de Roma. La primera tenía la imagen de la gran cúpula del Vaticano y la plaza de San Pedro. En la siguiente se veían en todo su esplendor las flores que alegraban las escaleras de la plaza de España. La tercera mostraba los arcos del coliseo.

—Se las he cogido a mi hermano. Son postales que compró en su viaje a Roma y no llegó a escribir. Escríbelas ahora y dámelas. Pon fechas diferentes. Yo me ocuparé de enviárselas a tu padre desde Roma.

Admiraba su astucia. A mí no se me habría ocurrido pensar en esa solución. Empecé a escribir con mano temblorosa. Gabriella y Nico conversaban a mi lado. Cuando firmé la última postal Gabriella me pidió que la acompañara al baño.

—A ver, ¿por qué estás tan triste? —me dijo al quedarnos solas—. Me gusta Nico. Serás feliz con él. Disfruta de tu libertad. Tu padre estará bien, no te preocupes. Está acostumbrado a estar solo. Y tú lo llamarás por teléfono, y recibirá las postales… —dijo palpando el bolso con una sonrisa picara.

Convencí a mi padre para quedarme a dormir en casa de Gabriella la noche anterior a nuestra partida. Fue así como conseguimos que no se enterara de que, en vez de tomar el tren que iba a Roma, fui en autobús a Brindisi. Nico me esperaba en el puerto para tomar el ferry que nos llevaría hasta Patrás, en la costa griega.

Nico cargaba una mochila enorme de color rojo, de esas que a mí me llamaban la atención siempre que las veía a la espalda de algún joven en pantalón corto, barba larga y rubia, generalmente acompañado de una joven también rubia con el pelo y la falda largos y que hablaba en inglés o en alemán. Yo llevaba una bolsa incómoda que pesaba demasiado y unos pantalones vaqueros que me daban calor. Cambié la bolsa de mano en un intento de hacer el peso más llevadero. Él se dio cuenta.

—Dame, si quieres ya la llevo un rato. Irías mejor con una

mochila como la mía.

—Aquí no las venden —respondí algo molesta—. No verás a ningún italiano con una de esas.

—¿No? Pues yo la compré ayer en Lecce, en una tienda de deportes.

Constaté una vez más mi falta de conocimiento de cuánto ocurría a mi alrededor. Estaba segura de que Gabriella sí que estaría al tanto de que esas grandes mochilas también se vendían en Italia. Me pregunté cuántas cosas ignoraba por haberme pasado tantas horas con la nariz entre las páginas de los libros. Y había metido dos libros en la bolsa. Creo que si Gabriella los hubiera visto los habría sacado de allí, «¿te vas de viaje con un chico al que amas y te llevas libros?», me habría dicho. No los vio, ni siquiera cuando abrió la bolsa para poner la caja de preservativos que había comprado para mí. «Seguro que no habías pensado en el objeto más importante de tu equipaje», me dijo mientras volvía a cerrar la cremallera. Tuve que reconocer que no y agradecerle una vez más que pensara por mí.

Apostados a la barandilla de popa Nico y yo observábamos el trajín de los coches que se embarcaban para la travesía. Los empleados del ferry gritaban en griego las instrucciones para los pasajeros que entraban sus coches en la plataforma metálica. Era una lengua dura, que sonaba diferente a la que yo había imaginado en el instituto, durante las clases de griego clásico y cuando intentaba leer y traducir las palabras de los poetas de la antigüedad. Las carrocerías de los coches, rojas, blancas, grises, negras, brillaban a la luz del sol todavía fuerte, a pesar de que la tarde ya estaba muy avanzada. Me llegó un fuerte olor a gasolina y el ferry empezó a moverse.

Iba a cumplir diecinueve años y nunca me había embarcado. Me gustó estar allá arriba, apoyada en la barandilla mientras el barco empezaba a moverse despacio. Nico me pasó el brazo por los hombros y los dos seguimos la estela de espuma blanca que empezaba a formarse. Se alejaban los edificios del puerto dominados por la columna solitaria de la *Via Appia*, que había sobrevivido a tantos siglos de avatares que se desarrollaron ante su mirada de piedra. Cuando dejamos de ver tierra bajamos la escalera y entramos en la parte cerrada del barco. Era una sala grande con

muchas butacas, casi todas ocupadas por quienes habían llegado antes que nosotros y ya se habían acomodado, ellos y sus bultos. Ocupamos las dos únicas butacas contiguas que quedaban. Estaban apartadas de las ventanas que recorrían ambos lados de la sala. Allí se notaba más el movimiento del barco y el olor persistente a gasolina se mezclaba con el de comida que la gente sacaba de los fardos que llevaban consigo. Eran pequeños paquetes envueltos en papeles con manchas de aceite, que al abrirlos descubrían quesos, tomates, trozos de pan rellenos con algún guiso casero. Nico estaba muy pálido y mi estómago parecía sujeto por una garra que no aflojaba su presión.

—Volvamos arriba —sugerí—. Ya regresaremos aquí para dormir, cuando no nos quede más remedio.

Subimos de nuevo las escaleras y llegamos a un espacio con muchas hamacas de tela a rayas blancas y azules ocupadas por extranjeros dispuestos a no dejar perder las últimas horas de sol. En el centro de aquel espacio, una piscina pequeña, cuadrada, con las paredes pintadas de un verde azulado, recibía el estrépito de los cuerpos de los niños que se lanzaban con un grito al agua y las piernas cruzadas, o de pie, o de cabeza. Una mujer mayor, con la piel tostada, un traje de baño negro y un gorro de goma adornado con margaritas de plástico, bajó despacio las escaleras de la piscina y se sumergió en el agua. Volvió a salir enseguida, asustada quizá al ver que un niño había sacado la cabeza de debajo del agua, demasiado cerca de ella. Pronunció algunas palabras que no entendimos y se sentó de mal humor en su hamaca. Parecía muy enfadada.

Nico y yo nos sentamos lejos de la piscina, con la vista puesta en el mar que veíamos más allá de la barandilla de flotadores heptagonales a franjas blancas y rojas, donde, escrito en letras negras y en el alfabeto griego, podía leerse el nombre del Ferry: *Egnatia*. Cuando llegó la noche nos abrigamos con toda la ropa que habíamos traído para protegernos de la humedad y nos quedamos allí, sentados en nuestras hamacas de tela, bajo un cielo negro en el que pronto dejamos de buscar las estrellas. Escuchamos las palabras del mar, que eran también las nuestras y nos decían aquello que necesitábamos oír: que Nico y yo no tendríamos que seguir caminos separados al final del verano, que el futuro era nuestro y el amor

que compartíamos el mejor regalo que recibiríamos nunca. Dormimos a ratos, nos besamos y nos acariciamos en la frágil intimidad de la noche sin luna.

Desperté a Nico alborozada cuando el sol lanzó su primer guiño perezoso desde el mar. Contemplamos los dos como emergía lentamente y su estela marcaba un camino en el agua que llegaba hasta nosotros y nos llenaba de luz. No tardamos en divisar la costa árida de una isla que me pareció deshabitada. Una única nube, blanca y etérea, parecía coronar la más alta de sus colinas.

Cuando atracamos en el puerto de Patrás ya habíamos decidido que pasaríamos unos días en Atenas y luego iríamos a Creta. A nuestro regreso de la isla iríamos a Kalamata, aunque antes pasaríamos por Micenas. Nico se emocionaba al hablarme de las figuras de los toros cretenses y las diosas de pechos descubiertos, de la puerta de los leones que daba entrada al reino de Agamenón en Micenas, de pasajes de *La Ilíada* y *La Odisea* que no se sabía si explicaban una historia real o inventada por Homero. Nico soñaba desde niño con ser arqueólogo, imaginaba que algún día, en alguna excavación de una ciudad perdida desde hacía siglos, sería capaz de encontrar vasijas, esculturas, monedas, trozos de lo que había sido la vida en esos lugares antes de su desaparición. Estaba decidido a estudiar arqueología, aunque aún no había encontrado la manera de comunicarle a su padre la decisión que había tomado desde hacía tiempo.

Ninguno de los dos presintió que nada ocurriría como estaba previsto y que nunca llegaríamos a Kalamata.

7

Hoy me he sentido con ánimos de encender la radio que ayer me trajo Gabriella. Sólo me he puesto el auricular en la oreja derecha; a la otra no he podido acceder a causa del vendaje. He oído las noticias alarmantes que vienen de guerras, de ataques terroristas, de políticos corruptos, de líderes populistas, las mismas de hace unos días. Las que pueblan los programas informativos desde hace años. Me alegro de no haber puesto la televisión para no molestar a mi compañera de habitación que dormita a todas horas. No quiero volver a ver las imágenes que de tan frecuentes aceptamos ya como si sólo se tratara de una película que vemos desde la comodidad de nuestros hogares, a todo color, en pantallas de televisión cada vez más grandes. Anestesiados para no pensar en nuestra incapacidad de cambiar nada, demasiado ajenos a quienes mueven los hilos para que todo siga igual. Ya no me creo que un día no será el dinero, ni el poder para imponer ideologías determinadas, quienes decidan nuestro destino.

Paro la radio hastiada. Nunca terminarán las guerras. Ya nadie se acuerda de cómo se iniciaron, sólo que el miedo arrastra fuera de su casa y de las fronteras de su país a todos aquellos que logran sobrevivir al infierno de las bombas. Pienso en los muchos que han muerto y en los que se han quedado allí atrapados sin poder escapar, quizá en una cama de hospital como yo ahora, aunque mis heridas no las han causado las bombas. Cierro los ojos para escapar de aquí. Regreso con la memoria a esa otra guerra que no llegó a ser, al barco que no llegué a tomar, al inicio del viaje que me ha llevado hasta aquí.

Nico y yo al fin llegamos a Atenas. El autobús que tomamos en Patrás nos había dejado en una estación dormida en la calina del mediodía de julio. Salimos del vehículo en compañía de hombres cansados que se secaban el sudor de la frente con pañuelos muy blancos con una mano y cargaban bultos con la otra, niños que lloraban pidiendo agua y madres que tiraban de ellos y se cubrían la cabeza con un pañuelo anudado al cuello para protegerse del sol. Gentes que llegaban a la ciudad desde algún villorrio para hacer una gestión o visitar a familiares. Olían a ajo, a queso de cabra y a sudor. Para algunos esa era la primera visita a la capital de su país; se veía en sus rostros curiosos, en el encuentro emocionado con quienes les esperaban. Sus gestos eran muy distintos de aquellos que marcaban la llegada de quienes regresaban a su ciudad tras un viaje que habían hecho ya muchas veces.

Parecía que Nico y yo fuéramos los únicos que no habíamos sentido el calor intenso del que se habían quejado los pasajeros del autobús. Durante todo el trayecto habíamos dormido abrazados, vencidos por el sueño acumulado tras la noche en el ferry, tan ajenos a cuanto nos rodeaba que nos tuvo que despertar el conductor del autobús cuando llegamos a Atenas. Descubrimos, entre risas, que nuestras espaldas, apoyadas en la tapicería de plástico que forraba los asientos, estaban empapadas de sudor. Bajamos del autobús todavía riendo, ante la mirada atónita del conductor y los demás pasajeros. Estábamos lejos de casa y estábamos juntos. Ante nosotros brillaba la promesa de unos días mágicos, fugaces y eternos a la vez. Todo lo demás carecía de importancia.

Me sentía como una turista de esas que aparecen en las películas americanas viajando por Europa, aunque el hotel al que acabamos yendo no era como el que alojaba a los protagonistas de las historias que había visto en el cine. No había botones sonrientes que pedían taxis ni aquellos carros de arcos dorados que trasladaban abrigos y equipajes, ni música romántica o de misterio que acompañara nuestra búsqueda hasta dar con un sitio limpio y céntrico.

En el hotel que elegimos nos atendió una joven no mucho mayor que yo. Fue amable con nosotros. Sin duda estaba contenta de que alguien rompiera la monotonía de la larga tarde de estío, y de poder

hablar con Nico el inglés rudimentario que estaba aprendiendo de un viejo libro de gramática y un diccionario que se apresuró a enseñarnos con una sonrisa.

Al entrar en la habitación nos envolvió el calor y el olor a lejía. Era un cuarto pequeño y austero, con la cama en el centro, un lavamanos en una esquina y poco espacio para moverse. Pero era nuestra habitación y al fin estábamos solos, dueños absolutos de nuestra voluntad y de nuestro tiempo, lejos de padres, horarios de barcos y autobuses y responsabilidades varias. Abrimos la ventana y nos llegó el rumor de coches de la cercana plaza Omonia. La dejamos abierta y corrimos las cortinas antes de empezar a desnudarnos con la urgencia de quien lleva demasiado tiempo esperando que llegue el momento de vivir en el cuerpo del otro, de explorar, de descubrir sensaciones y desvelar los secretos y sueltos que traspasan la piel de quienes se aman.

La luz del sol que atravesaba las cortinas fue debilitándose hasta desaparecer del todo. En algún momento nos quedamos dormidos.

No fue el sol quien nos despertó por la mañana sino el silencio que venía de la calle, como si ningún coche circulara y la ciudad estuviera sumida en un letargo que la hubiera paralizado por completo. Enseguida nos llegó el sonido de pasos rápidos en las escaleras del edificio de nuestro hotel, puertas que se abrían y se cerraban, voces que transmitían urgencia, desasosiego.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nico.

—No lo sé.

Los dos nos levantamos a la vez de la cama y fuimos hacia la ventana. Cuando descorrimos la cortina la luz del sol nos obligó a cerrar los ojos. Miramos hacia la calle protegiéndonos con la visera improvisada de nuestras manos. Vimos mujeres que andaban como si tuvieran mucha prisa por llegar a algún sitio. Algunas llevaban bolsas de la compra que parecían cargadas. Una que no acarreaba ningún fardo paró a otra para preguntarle algo. Recibió una respuesta rápida de su interlocutora, que no detuvo el paso y señaló con el brazo en dirección a la plaza Omonia. No pasaba ningún coche. Sólo se oía el rumor de la marcha rápida y las voces apagadas de quienes transitaban con prisa bajo nuestra ventana.

—Nico, ¿te has fijado en la gente?

—Sí, cada vez son más.

—Es extraño.

—Debe de haber alguna celebración.

—Quizá, pero… es extraño —repetí—. No veo a ningún hombre.

Nico volvió a mirar con atención. Enseguida me miró a mí.

—Tienes razón, sólo hay mujeres y niños, y ellas no tienen cara de ir de celebración. Me pregunto por qué parece que tengan tanta prisa, hacia dónde van.

Unos golpes en la puerta nos apartaron de la ventana. La voz débil de un hombre gritó algo desde el otro lado. Parecía una queja. Enseguida volvieron a sonar los golpes.

Nico y yo nos vestimos con rapidez y abrimos la puerta. La mujer que nos había atendido en la recepción subía deprisa las escaleras. Cuando llegó, tomó de la mano al anciano asustado que estaba ante nosotros y que siguió hablándonos sin mirarla.

—Es mi padre —dijo ella en su mal inglés—. Está diciendo que se vayan ahora mismo.

—Sí, sí nos iremos a las 12. Todavía es muy pronto.

—Tienen que irse ya, volver a su país.

Los dos la miramos sin decir nada. Ella se dio cuenta de que no la habíamos entendido.

—Que se vayan a su país —repitió. Y añadió—: aquí corren peligro.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —preguntó Nico.

—Dense prisa —dijo la mujer antes de arrastrar a su padre con ella y ayudarlo a bajar las escaleras.

Recogimos nuestras cosas y abandonamos la habitación sin saber por qué debíamos hacerlo. No había nadie en la recepción del hotel y los cuartos tenían las puertas abiertas; estaban vacíos y con las camas deshechas. Pulsamos el timbre del mostrador varias veces y nadie acudió. Se impuso el silencio de los lugares deshabitados.

En la calle seguía la actividad frenética de las mujeres que cargaban bolsas abultadas que parecían pesar mucho, a juzgar por el esfuerzo que se reflejaba en sus rostros. Una niña que no debería de tener más de diez años intentaba seguir el paso acelerado de su madre cargada con una gran bolsa. La madre no la miraba, sólo le repetía una y otra vez la misma palabra. Cada vez que lo hacía la niña andaba más deprisa. Nos cruzamos con ella y seguimos nuestro camino hacia la plaza Omonia, que era el único lugar que

conocíamos. Un grito de dolor y el sonido de objetos que golpeaban la acera hicieron que nos giráramos. La niña se estaba levantando del suelo con dificultad y se palpaba el tobillo del pie derecho. A su alrededor, latas de comida en conserva de distintos tamaños estaban desparramadas por el suelo. Nos acercamos a ayudarla. Su madre llegó también y le gritó. Enseguida la abrazó con fuerza. Vimos que estaba llorando.

—Podemos llevar la bolsa si lo desea —se ofreció Nico.

La madre negó con la cabeza.

—Deben irse de aquí. Vayan a la embajada de su país.

—¿Por qué? Preguntamos Nico y yo al unísono.

—Estamos en guerra, con Turquía. Ha habido un golpe de estado en Chipre.

No estábamos seguros de que la hubiéramos entendido bien, mas con sus palabras empezó a cobrar sentido la urgencia con la que nos hicieron abandonar el hotel, los coches estacionados y las calles sólo transitadas por mujeres y niños. Como si nos leyera el pensamiento, la mujer nos enseñó el contenido de su bolsa.

—Nuestros maridos, hijos y hermanos han sido movilizados. No sabemos cuánto va a durar esta guerra. Por eso hacemos acopio de provisiones.

Habíamos escuchado la palabra guerra; todavía sin comprender qué significaba. No lo hicimos hasta que la mujer rompió a llorar de nuevo.

—Perdí a mi padre en la II Guerra Mundial y ahora temo perder a mi esposo.

Sólo entonces caímos en la cuenta de que los bombardeos, la muerte de militares y civiles y el hambre, no eran sólo los protagonistas de las historias que habíamos oído contar a nuestros mayores, o parte de las lecciones aprendidas en los libros de texto escolares. Que podían volver a ocurrir, que quizá ocurrirían en la misma calle donde nos encontrábamos. Nos lo dijimos sin palabras al entrelazar nuestras manos con fuerza, al sentir el escalofrío del otro con la misma intensidad que el nuestro.

—Vayan enseguida a la embajada de su país —repitió la mujer mientras terminaba de recoger las latas de comida que habían caído al suelo—. Es lo que han dicho por la radio. Todos los extranjeros se han de poner en contacto con su embajada y abandonar Grecia

antes de que se cierren las fronteras.

En unos instantes pasaron al olvido nuestros planes de visitar la acrópolis, el museo arqueológico, el barrio de *Plaka*, de viajar desde Atenas a Creta, a Micenas, a Olympia, a todos esos lugares que queríamos visitar, el circuito habitual de los turistas que viajaban a Grecia. Tampoco pensamos ya en el motivo oficial de nuestro viaje: esa visita a Kalamata con la que Nico había conseguido convencer a su padre para no regresar con él a los Estados Unidos. La palabra guerra se adueñó de nuestros pasos y de nuestro pensamiento.

8

Hoy Gabriella ha traído mi ordenador portátil, tal como le pedí. Lo ha encendido, y el sonido familiar al ponerse en marcha los programas me recuerda todo aquello que hace sólo unos días podía hacer y ahora no. Ella se da cuenta de lo que me sucede y me acaricia la mano vendada. Miro su mano en la mía. No me llega su calor a través de las vendas.

—Venga, dime qué quieres que le escriba a Carla. Es la segunda vez que voy a hacerme pasar por ti. No crees que deberías decirle…

—No le digas lo que ha ocurrido. Por favor, no…

—Es tu hija, Giulia. No entiendo el porqué de mantener el secreto.

—No quiero que sufra. Además…

—Además, ¿qué?

—Me gustaría que si algún día vuelve lo haga porque así lo desea, no porque se sienta obligada a hacerlo.

—Está bien, ¿por dónde empiezo? ¿Le digo que has perdido el teléfono para que no te llame?

Hemos terminado entre las dos un mensaje destinado a dar sensación de normalidad. A animar a mi hija en la decisión que le ha costado tanto tiempo tomar. A que no se note en mis palabras que no comprendo sus razones, que todavía me tienta escribirle para decirle que se está equivocando. Enseguida me pregunto quién soy yo para decidir sobre la vida de mi hija. Sé que una palabra mía sobre lo ocurrido la traería de vuelta y se quedaría aquí para cuidarme. No puedo hacerle eso. Debo dejarla explorar con libertad su propio camino.

Gabriella se ha ido a media tarde, a la hora en que a mí me entra la modorra y el aire acondicionado del hospital no logra contrarrestar del todo el calor que trae la luz que se cuela por la ventana. El pensar en mi hija ausente, tan lejos, me trae de nuevo el recuerdo de los días de aquel verano de 1974, que por alguna razón se resiste a abandonarme.

Nico y yo seguimos los consejos que nos había dado la mujer de la plaza Omonia y fuimos primero a la embajada de Italia. Un funcionario, agobiado por el calor que apenas mitigaba el ventilador que tenía sobre la mesa y por las preguntas y las prisas de quienes hacían cola para que les atendiera, nos recibió de mala gana.

—El primer barco que sale de El Pireo ya está lleno —dijo sin levantar la vista de los papeles que tenía delante—. Está previsto fletar otro que zarpará unas horas más tarde, quizá mañana, si no han cerrado las fronteras para entonces.

—¿Mañana? ¿Y qué haremos si cierran la frontera? —pregunté.

El hombre levantó la cabeza, me miró y señaló a Nico.

—¿Él es italiano?

—No. Soy estadounidense.

—Pues entonces no puede viajar con ella. Ha de pedir ayuda a su embajada.

—Pero yo…

Recibimos el primer empujón, oímos las primeras protestas de quienes se impacientaban detrás de nosotros en la cola desordenada y vociferante que se había formado y que amenazaba con desperdigarse por toda la sala.

—Su nombre, deprisa, que no tengo todo el día —gritó el funcionario dirigiéndose sólo a mí.

No respondí de inmediato. Intentaba asimilar demasiadas malas noticias a la vez: huir de una guerra, separarme de Nico. No quería aceptarlas. Me encontré con su mirada y supe que él tampoco descartaba del todo la posibilidad de quedarnos los dos en Grecia, escondidos en algún lugar. Y que, al igual que yo, se veía obligado a rechazar esa locura porque la razón nos obligaba a reconocer que no nos quedaba otra opción que la de separarnos.

Un empujón de quien estaba detrás de nosotros nos apartó de la cola. Nico me tomó la mano.

—Vamos a mi embajada. Quizá allí nos den una solución mejor.

En la embajada de los Estados Unidos la situación no era mejor que en la de Italia. Nos unimos a la cola, esta vez en perfecto orden, de quienes esperaban impacientes una solución para salir del país. Había parejas de cabello blanco, piel bronceada y aires de alojarse en un hotel de cinco estrellas o en un yate privado, y de esperar de la embajada un servicio acorde a su categoría. Apenas disimulaban su incomodidad al verse entre jóvenes de barbas y cabellos largos, todavía apelmazados por la sal del último baño en alguna playa solitaria, cargados con mochilas de las que colgaban zapatos mal olientes. Dos chicas muy rubias, con la piel enrojecida de tanto sol, descalzas y con los pantalones muy cortos, preguntaban cuándo se iban a reanudar las comunicaciones pues habían intentado llamar a sus familias en América para decirles que estaban bien y no habían podido hacerlo.

—Calma, no se preocupen. Todavía hay sitio en el avión. Pasaportes, por favor —dijo el empleado con una sonrisa protocolaria cuando al fin nos tocó el tumo de ser atendidos.

Con el pasaporte todavía sin abrir en la mano me miró muy serio.

—Usted no es ciudadana americana. No puede tomar ese avión.

—Pero ella está conmigo. Viajamos juntos. Es, es…

Nico apretaba las manos sobre el mostrador y se inclinaba hacia adelante como si fuera a atacar al funcionario que lo atendía. El otro no pareció inmutarse por su reacción. Abrió el pasaporte de Nico y escribió su nombre en un listado que estaba confeccionando a mano.

—¿No va a hacer nada por ayudarnos? —estalló Nico al fin, en un grito que silenció todas las conversaciones a nuestro alrededor. El rostro que yo ya no podía dejar de amar estaba desfigurado por la ira.

—Cálmese, por favor. Yo no he hecho las leyes, me limito a cumplirlas. Ella no puede viajar con usted. Ya se lo he dicho. Lo siento, no puede ser.

Cerró el pasaporte, lo juntó con el mío y se los entregó a Nico.

—Esta tarde, a las cuatro, un autobús pasará a recoger a todos los ciudadanos estadounidenses que han acudido a la embajada y los llevará al aeropuerto. Tomarán el único avión que hemos conseguido que nos autorizaran. Esté preparado junto a sus compatriotas a la puerta de la embajada. Yo le aconsejaría que no se moviera del edificio. No le será fácil volver de nuevo aquí si se dirige a otra parte de la ciudad —dijo al tiempo que me lanzaba una mirada rápida—. Todos los que no se marchen hoy quizá no puedan hacerlo ya y se quedarán atrapados en una guerra que no sabemos cuánto durará.

Entonces, en una voz dotada de una fuerza y una autoridad que a mí me parecieron incuestionables, Nico se atrevió a contestar:

—Precisamente por eso ella va a venir conmigo.

El hombre no se inmutó.

—Por favor, apártese que tengo que continuar atendiendo.

—No. Quiero hablar con el embajador.

El hombre lo miró como si tuviera delante a un enajenado.

—El embajador está ocupado. Tiene cosas más importantes que hacer.

—Lo esperaré.

No recuerdo muy bien cómo ocurrieron los hechos ni quién de los empleados de la embajada, que se habían acercado a nosotros alertados por el revuelo que provocaron las palabras de indignación de Nico, tomó la decisión de pedir consejo a un superior. El caso es que, tras el intercambio de frases cada vez más airadas entre Nico y el funcionario, una mujer se acercó a él y le dijo algo al oído. El hombre se levantó de mala gana de su asiento y nos indicó con un gesto que lo siguiéramos.

Nos llevó por un pasillo corto vigilado por jóvenes con el pelo cortado al cero y uniforme de soldado. Abrió la puerta de lo que parecía un pequeño despacho y nos hizo entrar. Sin decir nada, volvió a cerrarla.

No fue el embajador quien nos atendió sino alguien de menor rango. Lo acompañaba un hombre de uniforme en el que lucían varias medallas. Al poco rato me había perdido ya en una

conversación que transcurría demasiado rápida para que yo pudiera seguirla con mis limitados conocimientos de inglés. Hubo preguntas y más preguntas, a las que Nico daba respuestas largas; de vez en cuando me miraba y me sonreía. Yo estaba demasiado alterada para que ese gesto consiguiera calmarme. El hombre que nos atendía tomaba notas en un bloc de papel amarillo tamaño grande con rayas horizontales. Discutió con el otro en varias ocasiones. Observé que Nico no intervino en la discusión. No me atrevía a interrumpirlos para que me explicaran qué estaba ocurriendo.

Tras una de las respuestas de Nico el hombre que nos atendía arrancó las hojas de apuntes del resto de bloc, se levantó y salió de la habitación. El militar salió con él. Nico se volvió enseguida hacia mí, me tomó ambas manos y me habló en un susurro.

—Giulia, he mentido por ti, por nosotros. Aunque todavía no sé si me han creído. —Miró hacia la puerta, luego me miró a mí—. No tenemos tiempo, enseguida volverá.

No llegué a preguntarle a qué mentira se refería. Él tenía prisa por explicarme la conversación que yo acababa de presenciar.

—Les he dicho que hace mucho que nos queremos, que he venido a Italia a conocer a tu padre y pedirle tu mano y que tenemos previsto casamos en diciembre.

—Nico, ¿qué estás diciendo? —me deshice de sus manos.

Él se frotó la cara, el cabello, las manos. Me miró muy serio, casi con miedo. Brotaron sus palabras sinceras y atropelladas.

—La única forma que tenemos de salir juntos de aquí es si nos casamos. Eso te convertiría en ciudadana estadounidense. Aunque no lo tenemos fácil. El funcionario dice que este sería un matrimonio de compromiso, ilegal. Que no se puede dar la ciudadanía a nadie en estas condiciones. Pero el militar parece dudar, piensa que quizá se pueda hacer una excepción. Yo confío en él.

Nico hablaba como si todo fuera posible. Un atisbo de lucidez me llevó a preguntarme qué hacía yo allí. Él me hablaba con la confianza ciega de los soñadores. Yo busqué con la mirada la puerta más cercana, pensé en salir corriendo. Se oían las voces alteradas de los dos hombres, que se habían encerrado en uno de los despachos contiguos.

—Nico, yo todavía no sé si quiero casarme contigo.

—Es nuestra única opción para continuar juntos.

—No van a hacer ninguna excepción con nosotros. Las leyes son las leyes.

—En guerra todo vale, ha dicho el militar. Y ha contado una historia preciosa de un soldado amigo de su padre que desvió el avión del lugar donde en principio tenían previsto hacer estallar la bomba atómica en Japón porque allí vivía la mujer japonesa a la que amaba.

—Lanzaron la bomba igualmente…

—Ya, pero el soldado salvó a su amada. Y creo que ese militar ve que la guerra puede durar mucho y que tú estarás en peligro si te quedas aquí. —Iba a decirle que yo debía embarcar de regreso a Brindisi, pero él posó con suavidad su mano sobre mis labios—. Por eso creo que se está planteando dejar que nos casemos a pesar de las normas. Aunque no sé si conseguirá convencer al funcionario.

Las voces se apagaron. Una puerta se abrió y se volvió a cerrar con un portazo. Alguien se alejaba. Nico volvió a tomarme las manos.

—Ya sé que lo que estoy haciendo y diciendo parece sacado del guión de una película mala, de esas que me has dicho que no te gustan. No sé hacerlo de otra manera y no quiero perderte. Si nos separamos ahora quizá me arrepienta siempre de no haber hecho todo lo posible para continuar juntos. Giulia, ¿aceptarías casarte conmigo?

Mi cuerpo se tensó como las cuerdas de un violín recién afinado. El matrimonio nunca había sido para mí un anhelo, ni siquiera un objetivo a largo plazo. Volar libre sin dar cuentas a nadie era todo cuanto deseaba.

Negué con la cabeza.

—Apenas nos conocemos. Ya te he dicho que yo… yo todavía no sé si quiero… si algún día…

Miré a Nico, con su cabello rebelde cayéndole por la frente, las manos grandes, el cuerpo encogido y en tensión, la mirada asustada y esperanzada a la vez. Quise guardar en la memoria la forma de aquel rostro que pronto desaparecería de mi vida, quedarme con el recuerdo de sus caricias y sus palabras, de nuestras risas y nuestros sueños, guardar todo eso como el mejor de mis recuerdos. Me levanté con la intención de irme, dispuesta a aceptar que el mismo

azar que había propiciado nuestro encuentro nos separaba para siempre.

—Giulia, no te vayas, por favor.

Del otro lado de la puerta nos llegó el rumor de unas voces que se acercaban. Nico escuchó con atención.

—Son ellos, Giulia, son ellos, los funcionarios que podrían hacer de testigos —su mirada brillante y esperanzada buscaba la mía—. Te preguntarán si quieres avanzar la boda. El embajador tiene potestad para casarnos. Creo que el militar ha conseguido salirse con la suya y la boda podrá celebrarse. Si tú… si tú quieres…

Me pregunto qué va a ser de Carla. Si ha tomado la decisión correcta. Si algún día se arrepentirá de haberse ido tan lejos. Es un pensamiento que intento rechazar. Porque sé que arrepentirse de las decisiones tomadas es contrario a la vida, como lo es también el sentirse culpable por no hacer lo que otros quieren que hagamos. Es una lección que a mí me costó aprender y que he intentado inculcarle. Confío en que la haya aprendido, o la aprenda pronto. Quiero que en la vida de Carla no decidan otros por ella. Aunque esté lejos de mí. Aunque ahora la necesite tanto y no pueda tenerla a mi lado. Debo dejarla volar libre.

9

Cuando al fin tomamos el avión que me llevaría a Nueva York me había convertido en la esposa de Nico. Unas horas antes había contestado con un sí a la pregunta del funcionario de la embajada y, aunque me sorprendió oír mi voz, no me tembló la mano al firmar todos los papeles que me pusieron delante.

Mientras miraba desde la ventanilla cómo se alejaba la tierra empecé a preguntarme dónde se había quedado aquella joven estudiosa y formal que yo siempre había sido. Acababa de tomar una decisión alocada. Era la primera vez que actuaba de manera tan irresponsable y lo más curioso es que me sentía tranquila, a gusto conmigo misma. El avión había traspasado ya la barrera de las nubes y volaba en el cielo azul mientras yo me preguntaba por qué no había sido capaz de recuperar la razón, seguir su dictado y regresar a la embajada italiana y aguardar la salida del ferry que me llevaría de nuevo a casa.

No tardé en encontrar una respuesta que me permitiera sentirme bien con mi nueva situación, aunque no hubiera mediado el proceso de valorar los pros y los contras que siempre precedía a mis decisiones. Haber aceptado la propuesta de matrimonio de Nico era una prueba de que lo amaba de verdad. De no ser así le hubiera dicho que no, y de haber dicho que sí sin estar segura de mis sentimientos, algo dentro de mí se habría agitado, y en esos momentos me sentiría inquieta y desorientada. No era así. Estaba tranquila, impaciente porque iniciaba uno de los viajes que siempre había imaginado que haría algún día, feliz porque habías descubierto que era capaz de amar a un hombre, deseosa de vivir la

aventura que implicaba descubrirnos el uno al otro.

A nuestra llegada a Nueva York recibimos la noticia de que el golpe de estado en Chipre había fracasado y que Grecia y Turquía no iban a entrar en guerra. Los periódicos mostraban fotos de gente bañándose en las fuentes de la plaza Omonia, del regreso de los hombres a los que se había movilizado de cara al enfrentamiento armado. Grecia entera celebraba el final de una guerra que apenas había durado cuarenta y ocho horas y que había alterado de manera insospechada el trazado de mi vida en aquel mes de julio de 1974.

Todavía tardaría algunos días en empezar a pensar en las repercusiones de la decisión que acababa de tomar. La primera, la que más me iba a doler, la que me convertía en una persona egoísta y ruin era que había herido a mi padre como nunca imaginé que podría hacerlo. Lo había engañado, lo había dejado solo y quizá no me iba a quedar más remedio que continuar engañándolo.

Le di la noticia de la mejor manera que pude, sin dejar de repetir una y otra vez cuánto le quería. Él enmudeció al otro lado del mar. Yo no podía encontrar ninguna lógica a mis palabras, ninguna razón que justificara lo que acababa de hacer que él pudiera entender. Sabía que a partir de aquella llamada todo iba a ser distinto, para él y para mí. Le había arrancado de golpe todas las esperanzas que siempre puso en mí. Ya no sería nunca más la hija en quien podía confiar su futuro y el de sus olivos, la que lo escuchaba atenta cuando hablaba, jamás se olvidaba de darle un beso de buenas noches y de buenos días y traía a casa las mejores notas. La que cuidaría de él cuando llegara la hora de hacerlo.

Hasta ese día yo había sido la antítesis del hijo que había renunciado a la familia y al olivar para ir a servir a Dios. «Como si a Dios no se le pudiera servir cuidando de la tierra y sus frutos», solía decir él cuando hablaba de mi hermano. Nunca le había perdonado su deserción. Al escuchar el silencio con el que recibía mis explicaciones se me hizo un nudo en la garganta que casi me impedía respirar. Tuve la certeza de que tampoco me iba a perdonar a mí.

Colgué el teléfono cuando dejé de oír la respiración agitada de mi padre y me sobresaltó el pitido largo y metálico que anunciaba

que él había dado por terminada la conversación. Nico se puso detrás de mí, me abrazó la cintura y apoyó su cabeza en mi hombro.

—No te preocupes. Es tu padre y parece un buen hombre. Terminará aceptando tu decisión.

Quise creer que Nico estaba en lo cierto, reprimí el llanto y lo abracé. Su abrazo me devolvió la calma, aunque no del todo. Me quedó un peso en el estómago y el corazón me latía con fuerza cada vez que imaginaba a mi padre salir de casa solo y caminar con paso decidido por el olivar para mantener largas conversaciones con Garibaldi. Esa imagen me arrancaba un suspiro largo de nostalgia, de expiación de culpa. Mas pasado el momento volvía a respirar tranquila, miraba a mi alrededor y cada poro de mi piel recibía con entusiasmo la vida que había elegido. Aquella primera mañana en América todo era nuevo para mí: el amor de Nico, el largo viaje en avión, el aeropuerto de Nueva York con su tránsito de personas de todas las razas y todas las lenguas, mi ilusión por descubrir el país que, para bien o para mal, solía protagonizar las noticias de la radio y la televisión y las películas con las que había crecido.

Estábamos a punto de tomar el autobús que nos debía llevar del aeropuerto a Manhattan cuando agarré a Nico del brazo para evitar que subiéramos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, apartándose de la puerta para no interponernos en el camino de la gente que tenía prisa por subir.

—Yo… yo no quiero ir a casa de tu padre. No quiero que nos vea juntos, que sepa que estamos juntos.

Nico no supo adivinar mis razones y tuve que explicárselas.

—Es por mi padre. No puedo estar cerca de alguien que él considera su enemigo. Se lo debo.

—¿Has tomado en serio su disputa? —rio él.

—Pues claro. Tú mismo pudiste oír las palabras terribles que se dijeron el uno al otro.

—Son dos viejos testarudos. Ya se les pasará.

—Yo no estoy tan segura.

Nico me puso el brazo sobre los hombros y me acercó a él.

—Nosotros no somos ellos, no somos como ellos —me susurró al oído.

—Por eso mismo —me deshice de su abrazo—. Si estamos lejos

de mi padre también debemos estar lejos del tuyo.

—Giulia. Yo…

—Ve a verlo, pero busquemos un sitio donde podamos alojarnos que no sea tu casa. Por favor.

—De acuerdo —dijo al fin.

Sus palabras sonaron neutras, aunque algo en su gesto, en su forma de hablarme mirando a otro sitio, me dio a entender que no se sentía a gusto con mi petición, aunque hubiera decidido complacerme. Estuve tentada de volverme atrás, de anunciarle que iría con él a casa de su padre. No lo hice. Quizá fueron los celos de que él pudiera encontrarse con su padre y yo hubiera roto con el mío los que me impulsaron a guardar silencio.

Nico llamó a su padre para decirle que iría a verlo el día siguiente. Le advirtió que no podía quedarse en Nueva York porque tenía que volver a la universidad antes de tiempo para buscar un nuevo lugar donde alojarse durante el curso, porque se había quedado sin compañeros de piso. No se trataba sólo de una excusa; era cierto que debíamos buscar un lugar donde vivir en Amherst y que debíamos hacerlo lo antes posible. Colgó el teléfono y me miró buscando mi aprobación. Yo le respondí con un abrazo. El introdujo más monedas en el teléfono público y marcó el número de un amigo suyo para preguntarle si podíamos quedarnos en su apartamento durante dos o tres días.

El amigo, al que no llegué a ver en los días que estuvimos en su casa, vivía en el bajo Manhattan muy cerca de las altísimas torres acristaladas del *World Trade Center*, que Nico me llevó a visitar a la mañana siguiente de nuestra llegada. Todavía no puedo creer que hayan desaparecido de la manera en que lo hicieron, con el mundo entero observando los aviones que las atravesaban y la gente lanzándose por las ventanas en busca de una salvación imposible. En una de esas torres, la que habían abierto un par de años antes, en 1972, se quedaron mis primeras impresiones de lo que entonces pensaba que era América. Desde allí arriba, los edificios altos, los coches y la gente como miniaturas en movimiento, los puentes de Manhattan y de Brooklyn con su belleza funcional y arriesgada, el azul del rio y del mar y la gran mancha verde del *Central Park* conformaban un escenario de película. No sé si aquello era una vista de pájaro como me dijo Nico; yo sí me sentí como uno de esos

seres alados que podían volar en libertad, bajar o subir la altura de su vuelo según sus deseos, pararse antes de continuar un nuevo camino o volver al que ya habían hecho otras veces. O volar por primera vez como estaba haciendo yo.

El ascensor nos bajó en un suspiro de aquella atalaya y nos arrojó a la calle. Hacía calor y yo miré hacia arriba buscando de nuevo el cielo interrumpido por las torres. Nico me compró un pan delgado con forma de lazo.

—Se llama *bretzel*. Pruébalo.

Estaba algo salado, me gustó. Fue mi primera comida en Nueva York. Más tarde averiguaría que el origen de esos panes es alemán y no estadounidense como yo pensé al principio.

Le pedí a Nico que me dejara allí y se fuera a ver a su padre, que ya lo estaba esperando. Él me dio un mapa de Manhattan donde me había señalado los lugares que podía visitar durante su ausencia y las paradas de metro donde debía subir o bajar, el número de teléfono de su amigo, las llaves de su piso y algunos dólares.

Metí el dinero, las llaves y el papel con el número de teléfono en el bolso.

—Sigo pensando que deberías venir conmigo ahora. Mi padre no tiene nada contra ti. No son necesarias las mentiras que me obligas a decirle.

—No insistas, por favor. Estaré bien. No te preocupes por mí. Nos vemos esta noche en casa de tu amigo.

Descendimos las escaleras que nos llevaban al metro y nos separamos para tomar distintos trenes.

—Recuerda que debes bajar en la estación de *Canal Street* —dijo antes de que quienes transitaban por los andenes se interpusieran entre nosotros y acabara perdiéndolo de vista.

Nunca había viajado en metro y aquel primer recorrido subterráneo, con los números de las calles que daban nombre a las estaciones y las gentes que entraban y salían, me pareció una visita a un país lejano, diferente al que había llegado sólo unas horas antes. Durante el trayecto me llamó la atención un grupo de tres hombres de piel tostada, vestidos al modo occidental, aunque ataviados con una especie turbantes coloridos y de tela ligera que les cubrían la cabeza y ocultaban el cabello que se adivinaba bajo el abultado turbante. Viajaban en silencio agarrados a la misma barra

que yo para no perder el equilibrio durante las paradas y arranques.

Una mujer blanca, de rostro todavía joven, aunque dotado de doble papada, ocupaba el espacio de dos asientos. Nunca había visto unos brazos tan gruesos. Apenas podían vérsele las manos al final de una masa de carne fofa. Llevaba a dos niñas de unos cinco años, delgadas y rubias, sentadas sobre su regazo. Les ofrecía parte del pastelito que estaba comiendo y que les había dejado la boca manchada de chocolate. Las tres se prepararon para bajar. La mujer tomó a las dos niñas de la mano y se levantó con esfuerzo. Sus piernas inmensas, enfundadas en unos pantalones estrechos, se movieron despacio hacia la puerta. Al hacerlo la vi de espaldas. Sus muslos terminaban en un gran trasero, protuberante y ancho, que ella parecía arrastrar con la dificultad de quien debe cargar mucho peso. Me dio la impresión de que yo era la única de todo el vagón que me fijé en ella. Nunca había visto una mujer tan obesa y tuve la seguridad de que estaba enferma. No tardaría en descubrir que en los Estados Unidos la obesidad era tan habitual o más que la delgadez. Que los colores de piel de sus habitantes presentaban muchas variaciones. Que la gente vestía sin preocuparse demasiado de modas y estilos. Y que todos eran estadounidenses, aunque ellos o sus padres hubieran nacido en Europa, Asia o África.

Bajé en la parada de *Canal Street* y subí las escaleras para salir a la calle. Ya estaba casi arriba cuando sentí el tirón, que fue demasiado rápido para que yo tuviera tiempo de agarrar la bandolera del bolso antes de que un hombre joven, alto, ataviado con una gorra, subiera deprisa los pocos peldaños que quedaban ante la impasividad de quienes me rodeaban. Parecía que nadie se hubiera dado cuenta de que me habían robado. El susto me quitó el habla y el grito no salió de mi garganta.

Corrí tras el hombre y cuando salí a la calle la luz del sol me deslumbró de nuevo. Me pareció verlo y continué corriendo tras él. Enseguida lo perdí de vista. La calle me pareció distinta a la que había visto nada más salir del metro. Cuando al fin paré para recuperar el aliento creí que había vuelto a cambiar de país, de continente incluso. Las escaleras metálicas que subían por las paredes de los edificios me hicieron recordar por un instante la escena memorable de la película *West Side Story*, donde el personaje de Toni canta la famosa canción a su amada María. Aquella imagen

que creí reconocer se desvaneció enseguida al descubrir los grandes letreros de fondo amarillo o azul y caracteres de la escritura china en un rojo vivo que ocupaban la parte baja de la calle y los comercios atiborrados de los objetos varios que anunciaban. Me sentía mareada; el calor húmedo y la carrera me obligaban a respirar con dificultad.

Controlé las ganas de echarme a llorar de rabia.

Otra vez me despierto con el camisón empapado de sudor. He soñado que corría y ahora, el vendaje aparatoso de mi pierna me recuerda que quizá no pueda hacerlo nunca más, y Luca tampoco. Quisiera no pensar en estas cosas. Me han dicho que es muy importante que ponga todo de mi parte, que así la recuperación será más rápida. No puedo evitar la visión ya cargada de nostalgia de las escalinatas y las calles estrechas de Specchia, cerca de la plaza del Popolo, detrás del castillo Risolo. Quiero volver a tomarme un café con tranquilidad, en la ciudad que tan poco disfruté de niña, a la que siento que pertenezco. Quiero pasear entre la gente, sentir de nuevo el olor de la leña donde se van horneando las pizzas y no el de los desinfectantes hospitalarios, escuchar los gritos de los niños que caminan hacia su casa a la salida del colegio. Me pregunto si algún día volveré a hacerlo. Si Luca estará en condiciones de acompañarme. Si querrá venir conmigo. No puedo evitar sentirme responsable de lo ocurrido.

Cuando llega Gabriella comparto mi sentir con ella.

—Basta de monsergas. Si todos hiciéramos como tú, nadie saldría del agujero al que a veces nos lanza la vida —me dice muy seria.

Tiene razón y yo debería haberme callado.

10

Intenté orientarme. Los colores se disputaban entre ellos mi atención y formaban una amalgama de brillos artificiales e ininterrumpidos que me guiaban a tientas por la calle en la que se movían hombres y mujeres delgados, ágiles, con el pelo muy negro y liso, los ojos rasgados y la voz chillona. Pasé por delante de un grupo de hombres ya mayores que tocaban instrumentos musicales desconocidos para mí en una esquina. No me atreví a molestarlos para pedirles ayuda, aunque no sabía dónde estaba ni cómo salir de allí.

Llegué a una especie de plaza amplia. Allí descubrí grupos de hombres que, estaban tan concentrados moviendo unas fichas redondas de madera sobre un tablero que me recordaba al juego del ajedrez, que tampoco osé interrumpirlos. Nadie se fijó en mí hasta que pasé por delante de tiendas cuyos propietarios me mostraban camisetas de colores con una gran manzana dibujada, insistían con gestos para que me las pusiera y hablaban sin cesar, sin que yo lograra entenderlos.

Seguí caminando con la esperanza de encontrar a alguien a quien pudiera pedirle ayuda, pero la gente pasaba demasiado deprisa por la acera. Unos olores fuertes y enigmáticos me envolvieron. El espacio para andar se hizo escaso al tener que compartirlo con quienes compraban vegetales que no había visto nunca, setas secas grandes y de formas extravagantes, pescado salado de todo tipo. Los productos se anunciaban con los letreros en ideogramas chinos, escritos con tiza sobre una superficie negra, donde también aparecía escrito su precio. Oí conversaciones que

quizá tenían como objetivo el regateo, o el preguntar por la salud de familiares. Nunca lo sabría ni me interesaba. Sólo quería que alguien me dijera dónde estaba la policía para que me ayudaran a regresar al apartamento del amigo de Nico.

—Policía, por favor —pregunté a una mujer que venía en mi dirección.

La mujer bajó la cabeza y apretó el paso.

Me había adentrado en una zona de *Chinatown* alejada de las tiendas de *souvenirs*, a donde pocos occidentales llegaban, al menos en aquellos años. El calor y los olores, tan intensos como molestos por desconocidos, requerían de toda mi voluntad para no abandonarme a la sombra de algún portal, para continuar andando en busca de algún transeúnte occidental. Me pareció ver a un hombre alto y rubio que caminaba unos cuantos metros delante de mí. Decidí seguirlo y caminé deprisa. Cuando giré en la esquina que él había tomado momentos antes, ya no pude verlo. Me encontraba en una calle estrecha que olía a guisos cuyos componentes era incapaz de identificar. A ambos lados de la calle, los grandes letreros ilegibles y las linternas de papel, rojas en su gran mayoría, anunciaban la entrada a restaurantes. Una presión intensa me aferraba la boca del estómago.

Tuve que apoyar una mano en el cristal de un escaparate para evitar caerme al suelo al sentir que se me nublaba la vista y me silbaban los oídos. Cuando pude volver a ver con claridad miré hacia el escaparate y enseguida me aparté de un salto. No sé si fue el mareo que volvía o el asco lo que me obligó a separarme del cristal. El escaparate estaba decorado con aves colgadas de un gancho, desplumadas, de cuerpo alargado y carne que brillaba como si estuviera pintada con miel. Un calor sofocante me envolvía entera y las primeras gotas de sangre humedecieron mi nariz y continuaron hasta que lograron manchar mis manos y la camiseta que llevaba puesta. Levanté el brazo y eché la cabeza hacia atrás, como me habían enseñado a hacer de niña cuando en el colegio a mí o a mis compañeras nos sangraba la nariz.

En esa posición, no pude ver al principio quién me hablaba:

—¿Se encuentra bien?

No respondí.

—Venga conmigo —me dijo—. Me tomó por la cintura.

Cuando bajé la cabeza estaba entrando en un local donde el olor a comida condimentada y el sonido de muchas voces me asaltaron. Unos brazos fuertes me sentaron en una silla y una mujer delgada, de ojos rasgados, cabello blanco y mucha fuerza en las manos que me sujetaban, se puso al fin delante de mí. Tenía una sonrisa de dientes algo torcidos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó en inglés una y otra vez.

Asentí con la cabeza y ella le habló en chino a una mujer más joven que estaba a su lado, que se fue enseguida. Al poco regresó con un bol humeante.

—Té caliente. Beba. Bueno para usted —dijo la mujer mayor. La joven me ofrecía el bol en silencio.

Mi nariz había dejado de sangrar y bajé la cabeza con cuidado para beber el té. La joven volvió a irse.

—Gracias —conseguí decir.

La mujer me sonrió, dejó que bebiera el té y cuando hube terminado me tomó de la mano y me llevó a una sala grande, con muchas mesas de manteles amarillos, linternas rojas colgando del techo, paneles dorados y negros en las paredes con dibujos a tinta de paisajes y dragones tallados en madera oscura. Yo ya me sentía bien y quería que me indicaran dónde estaba el metro y me prestaran el dinero necesario para comprar el billete. No tuve ocasión de decir nada porque la mujer me sentó ante una mesa preparada para una sola persona.

—Necesita comida. Coma. Luego vuelvo y hablamos.

Me indicó con la mano que empezara a comer y se fue. Me quedé ante varios platos de comida humeante. Descubrí que tenía hambre, y que los comensales que ocupaban las otras mesas me miraban con curiosidad mientras yo intentaba sin éxito utilizar los palillos como había observado que hacían ellos. Enseguida vino la mujer joven y me trajo un tenedor antes de volver a desaparecer tras la puerta que imaginé daba a la cocina.

Yo era la única no oriental en el restaurante. Había grupos donde en una misma mesa se veía a niños, adultos y ancianos. Me recordaron a nuestras comidas de celebraciones familiares en Lecce cuando todavía vivían mis abuelos y los hermanos de mi madre. Mis primos y yo éramos muy niños, y las comidas con su *antipasto*, su *contomi*, sus platos de pasta y de carne o pescado y sus postres se

hacían eternas. Los niños saltábamos de la silla sin que nadie nos lo impidiera para corretear por la sala cuando nos cansábamos de estar sentados. Los niños chinos de aquel restaurante no se movían y guardaban un silencio respetuoso mientras los adultos mantenían lo que parecían animadas conversaciones. Lo más probable es que pasarían horas comiendo, a juzgar por el número de platos que los camareros iban trayendo y que los comensales se apresuraban a compartir. Me atacó de nuevo la nostalgia por la niña que fui, por la familia que ya no existía como tal.

Descubrí el sabor del jengibre, el gusto por el pato laqueado y que en China también se come pasta rellena, como en Italia. Me preguntaba si fue Marco Polo quién llevó la pasta allí o fue él quien la trajo a Europa a la vuelta de sus viajes, tal como había leído que ocurrió con los helados y los fuegos artificiales. No era el momento de hacerse ese tipo de preguntas; quizá surgieron porque ya no estaba asustada. Me había tranquilizado la hospitalidad afable de las dos mujeres. La más mayor había prometido ayudarme y no encontré razón alguna para dudar de ella. Volvía a sentirme bien, a absorber todo aquello que me rodeaba con la curiosidad de un niño. En mi cabeza se multiplicaron las preguntas que quería hacerle a Nico esa noche cuando nos viéramos. Por fin estaba viajando, descubría mundos nuevos como siempre había soñado que haría algún día.

Empecé a impacientarme cuando vi que pasaba el tiempo y el restaurante no se vaciaba y las dos mujeres entraban y salían del comedor con platos y más platos que traían o recogían de los comensales. Una sonrisa leve, como queriendo decir, «espera, ya sabemos que estás aquí» fue todo lo que recibí de ellas. Luego las vi poner manteles y servilletas limpias, platos, cuencos y palillos, fregar el suelo; dejarlo todo a punto para la siguiente remesa de comensales que no tardarían en llegar. Cuando estuvo todo listo ya casi era de noche y hacía rato que la euforia de descubrir mundos nuevos había cedido el paso a la preocupación.

—Ven conmigo —me dijo la mujer más joven—. Yo te llevo metro y te doy dinero billete.

La mujer mayor salió a la puerta del restaurante para despedirme con una reverencia mientras yo repetía la palabra gracias.

La joven me guio por las calles y anduvimos un buen rato hasta que llegamos a la parada de metro de *Canal Street*, que era mi único punto de referencia. Me dio un mapa donde había señalado la parada en que debía bajar. Me marcó con bolígrafo el itinerario a seguir para llegar al apartamento del amigo de Nico, cuya dirección, por fortuna, yo había conseguido memorizar.

No me sirvieron de mucho sus indicaciones, pues cuando bajé del metro no supe interpretar bien el mapa y tomé una dirección diferente a la que debía seguir. Me llevó un tiempo dar con el camino de vuelta y varias preguntas a viandantes que me daban indicaciones de cómo seguir, usando como referencia los puntos cardinales. Yo todavía ignoraba donde estaba el norte y me era imposible seguir esas indicaciones.

Cuando al fin llegué a la calle donde estaba el apartamento, Nico me esperaba a la puerta del edificio. Estaba lívido, nervioso, serio, disgustado porque no había podido entrar en la casa sin llaves, y a punto de llamar a la policía para que me buscaran por toda la ciudad, incluyendo los hospitales.

Me tuvo abrazada un buen rato.

—¿Dónde te has metido? ¿Estás bien? Estaba muy preocupado —me apartó y me observó con detenimiento, como si quisiera asegurarse de que no estaba herida.

Volvió a abrazarme y subimos juntos las escaleras mientras yo le explicaba divertida lo ocurrido como si se tratara de una aventura y él me escuchaba serio, con el ceño fruncido, incapaz de entender dónde le veía yo la gracia a lo que me había ocurrido. Acabó diciéndome que Nueva York era una ciudad muy peligrosa y que yo debía aprender a cuidarme. Se me borró del todo la sonrisa cuando me hizo caer en la cuenta de que al robarme el bolso con el pasaporte estaba indocumentada y que eso suponía una serie de trámites y papeleo que nos iban a llevar un tiempo que podíamos haber utilizado para visitar juntos Nueva York.

Esa tarde me molestó que Nico me tratara como a una niña indefensa sin criterio propio.

Durante aquellos días de descubrimiento, no pensé en ningún momento qué significaba estar casada con Nico. Para mí sólo se trataba de un trámite que nos había permitido continuar juntos. Él era el hombre al que amaba, al que iba conociendo cada día un

poco más. Me gustaba todo de él, incluso su porte un tanto desgarbado, con su pelo lacio y rebelde y sus pies grandes. Llegué a olvidar los papeles que había firmado en la embajada de los Estados Unidos de Atenas; me sabía libre para amar y para viajar. A medida que pasaban los días pensaba menos en mi padre y más en mí, en esa nueva vida que aún no sabía a dónde me llevaría. Disfrutaba del privilegio de amar y ser amada y de conocer otros lugares y otras costumbres.

Ignoraba que ser la esposa de Nico traía consigo unas responsabilidades y unas renuncias que muy pronto descubriría y que no iban a ser de mi agrado.

11

Hoy Gabriella ha llegado justo a tiempo para ayudar a la enfermera a que me levantara de la cama. He podido ponerme de pie y entre las dos me han ayudado a sentarme en la taza del váter, con la pierna derecha rígida, inmensa y pesada a causa del vendaje. He cerrado los ojos cuando he pasado por delante del espejo.

Gabriella me sienta con esfuerzo en la silla de ruedas y la dirige hacia afuera de la habitación. Insiste en conducirla por el largo pasillo de la planta donde estoy hospitalizada.

—¿Te mareas? —me pregunta.

—Un poco.

—Ya se te pasará. Vamos a cambiar de aires. A celebrar que al fin te has podido levantar de la cama.

—¿Adónde me llevas?

—A que te dé un poco el sol.

Me introduce con dificultad en el ascensor. La gente la ayuda a colocar bien la silla. Llegamos a la planta principal y salimos a la calle.

No soy la única que toma el sol envuelta en escayolas. Muchos de los pacientes de la sección de traumatología han tenido la misma idea. Aunque creo que soy la única que, además, tiene quemaduras. Algunos miran con curiosidad mi rostro y mis brazos escondidos bajo los vendajes. Otros están ocupados hablando por teléfono o disfrutando de su primer cigarrillo tras demasiadas horas dentro del hospital. No me importa que me miren ni queme ignoren. No me importa la ambulancia que acaba de llegar con la sirena puesta. Cierro los ojos y dejo que el sol me acaricie.

—Gracias —le digo a Gabriella, todavía con los ojos cerrados.

De vuelta a la habitación, ella despliega el caminador y me lo ofrece.

—Prueba a andar un poco con esto.

Intento avanzar con la pierna buena y arrastro la otra. El cuerpo me pesa demasiado. Me duele la pierna, me duelen los brazos y las manos, que se apoyan demasiado en el caminador. Enseguida empiezo a sudar. Estoy agotada.

—Ayúdame a meterme en la cama.

—No te acuestes todavía. Dice el médico que debes moverte.

—Estoy cansada.

—Vale. Mañana otro poco.

Gabriella me ayuda a acostarme. Estirada en la cama me parece que el colchón se mueve, como si tuviera agua dentro, como aquel otro colchón que iba a formar parte de la primera casa que compartiría con Nico.

El apartamento que nos ofreció la universidad de Massachusetts estaba destinado a estudiantes casados, como nosotros. Se encontraba en una zona tranquila al norte de la ciudad de Amherst, cerca del campus. Formaba parte de un conjunto de dos hileras de edificios de madera, todos iguales, con dos ventanas frontales, como si fueran ojos gigantes que se asomaran al exterior. En medio de las dos hileras había un parque con árboles jóvenes, césped natural que amarilleaba a causa del calor y una pequeña zona de juegos infantiles con un par de toboganes, dos columpios y un sube y baja. Había tres niños pequeños jugando con cubos y palas de plástico de colores vivos en un arenal protegido por un cerco de madera. Dos mujeres ataviadas con saris hablaban entre ellas mientras los vigilaban sentadas en un banco.

—Nuestra primera casa —anunció Nico con ceremonia cuando abrió la puerta del apartamento.

El calor acumulado durante todo el verano nos escupió en la cara y Nico se apresuró a abrir todas las ventanas. Sólo entró el aire caliente y la humedad que no nos daba tregua. Sudando recorrimos las dos habitaciones vacías de muebles, la cocina y el baño minúsculos.

Por las ventanas se veían los árboles del parque y eso me dio un poco de alegría.

—No parece que estemos en una universidad —dije, por decir algo.

—Vivir en la ciudad, como yo hacía el año pasado, resultaría demasiado caro pues no podríamos compartir el apartamento con nadie y gastaríamos más de lo que mi padre está dispuesto a darme. Él es de la opinión de que debo aprender a vivir con poco. Si le pido más dinero tendría que hablarle de nosotros.

No supe si su tono era de disculpa por no poder ofrecerme algo mejor, o de resentimiento hacia mí por verse obligado a vivir en un lugar que me pareció evidente que no le gustaba. A mí tampoco me gustaba, aunque no se lo dije. Me alegré cuando cerramos la puerta y nos fuimos de allí.

Pasamos el fin de semana comprando todos los muebles, ropa de casa y utensilios de cocina que necesitábamos. Oculté mi sorpresa cuando Nico no me llevó a tiendas sino a ventas que se organizaban en el pequeño jardín delantero de las casas o delante de los garajes de quienes se mudaban de ciudad o de estado y tenían muebles y objetos de los que preferían deshacerse. Había muchas de esas ventas, se anunciaban con letreros colgados en las farolas de las calles. Allí se vendían desde muebles, menaje y lámparas, hasta ropa, libros y juguetes.

Nico quería comprar el colchón de agua, todavía nuevo, que vendían en una de las casas de un barrio alejado de la universidad y que tenía a la venta muebles en buen estado. Yo nunca había oído hablar de colchones de agua y los propietarios nos dieron permiso para probarlo. El colchón olía mal y con cada movimiento nuestro, por pequeño que fuera, se creaba un oleaje que me provocó una sensación similar a la que tuve la única vez en que el vino que había bebido consiguió que todo a mi alrededor se moviera como si estuviera en un barco a la deriva, hasta que terminé vomitando.

—Fíjate, Giulia. Es como estar colocado —reía Nico y no dejaba de moverse para ver el efecto que causaba en el agua que llenaba el colchón.

—Yo no quiero estar colocada, Nico. Me mareo —dije muy seria mientras me levantaba del colchón y lo obligaba a él a hacer lo mismo.

—Hemos dejado perder una ganga. Esos colchones son la última moda y se venden muy caros en las tiendas. No entiendo por qué se quieren deshacer de él —me comentó cuando nos fuimos de allí tras comprar una lámpara de pie.

Parecía un niño que acaba de perder un juguete. No podía enfadarme con él.

—Yo sí que lo entiendo. Quieren descansar sin tener la sensación de que se han pasado con la bebida —dije riendo.

Me costó mucho convencer a Nico para que compráramos un colchón nuevo. No me gustó el tener que insistir tanto, repetir de maneras diferentes las razones higiénicas que hacían necesario tener un colchón nuevo. Para mí, tener una cama donde colocarlo no era tan esencial. No me importaba dormir en el suelo. Nunca me habría imaginado que me costaría tanto esfuerzo, y tantas palabras, argumentar una cuestión tan simple. Me pareció que todo hubiera sido más fácil si yo también lo hubiera pagado con mi dinero. No tenía nada que fuera mío.

Decidí que debía ponerme a trabajar enseguida, en lo que fuera. Así se lo dije.

Él no compartía mi preocupación.

—Eres mi esposa y me ocuparé de ti. No debes preocuparte por encontrar trabajo —dijo poniéndome su brazo sobre el hombro y acercándome a él.

Escondí mi rostro en su pecho porque estaba segura de que reflejaría mi desacuerdo con lo acababa de oír. Creo que aquella tarde fue la primera vez que sentí la vulnerabilidad de mi situación. Dejé que me hablara esa voz, que había escondido en algún rincón de mi mente porque no quería oírla, preguntarse si me había equivocado al casarme con Nico. Dejé que me recordara que las decisiones importantes no se deben tomar a la ligera, y muchas otras cosas en esa línea que estaban allí, agazapadas entre las sombras de mi pensamiento y que yo prefería no tener que escuchar.

Tuve que aceptar que Nico tenía razón en eso de no apresurarme en buscar trabajo cuando me dijo que lo primero que debía hacer era mejorar mi nivel de inglés, todavía muy rudimentario. Sin saber la

lengua era muy difícil encontrar un trabajo que tuviera en cuenta mi formación y que me permitiera empezar a ahorrar para pagarme los años de universidad que me quedaban por terminar. Y así fue como empecé a asistir a clase, en el campus, durante los días del *Indian Summer*; cuando las hojas de los árboles ya empezaban a vestir los colores del otoño y el calor todavía se resistía a abandonarnos.

Nico y yo nos compramos unas bicicletas de segunda mano. Pedaleábamos todas las mañanas hasta el campus y allí nos separábamos. Él se iba a sus clases y yo me unía a un grupo variopinto de extranjeros, en su mayoría mujeres, que exhibían tonalidades de piel que iban desde el blanco marmóreo de una chica recién llegada de Finlandia hasta el negro más oscuro de un joven de Sudán. Había turbantes, saris, velos que impedían adivinar el color de los cabellos que cubrían, vientres que mostraban embarazos avanzados, y el silencio forzado y la mirada atenta de quienes están deseando entablar una conversación y todavía buscan un interlocutor que pueda entender su lengua. Enseguida supe quiénes de mis compañeros de clase eran estudiantes en la universidad y quienes, como yo, sólo acompañaban a sus cónyuges. Los primeros corrían a sus clases cuando acababa el curso de inglés, las demás, pues sólo había mujeres en ese grupo, se apresuraban a volver a casa para ocuparse de sus hijos, ir a hacer la compra, cocinar y tener la casa y la comida lista para cuando regresaran sus maridos. Yo me quedaba en el campus, paseaba entre los edificios, observaba el ir y venir de unos autobuses amarillos que luego me explicaron servían para conectar entre sí a las cinco universidades de la zona.

No tardé en darme cuenta de que no podía continuar dando paseos sin rumbo fijo y que debía hacer algo más a la salida de clase que no fuera volver a casa. Me preocupaba no saber todavía en qué ocupar ese tiempo que, por primera vez en mi vida, sentía que estaba perdiendo. No sabía estar sin hacer nada, sin un objetivo a corto plazo, sin unas clases a las que acudir, lecturas que hacer, exámenes que preparar, sin la satisfacción de avanzar en los estudios. Había perdido el único estilo de vida que conocía, y no me gustaba observar a Nico y a los otros estudiantes entregarse al estudio como yo había hecho hasta hacía muy poco. Tampoco tenía

nada en común con las mujeres que estudiaban inglés conmigo.

12

Nasila era una de esas mujeres. Siempre se sentaba cerca de mí. Me llamaban la atención sus ojos oscuros, que animaban el rostro enmarcado por el gran pañuelo que le cubría la cabeza y los hombros. No perdían detalle de todo cuánto la rodeaba. Observaban y registraban, mantenían una alerta constante. Era la que más preguntaba, la que me pareció que avanzaba más deprisa en el aprendizaje de la nueva lengua. Ella y yo fuimos las únicas a las que pusieron en un nivel superior apenas tres semanas después de haber empezado el curso. Con la diferencia de que yo ya sabía algo de inglés al llegar a América y ella no. Al salir de clase, apretaba los libros contra su pecho como si fueran una coraza que la protegiera del exterior. Nunca bajaba la vista y mantenía la cabeza erguida y el paso ligero. Me sonrió un par de veces, aunque ni una ni la otra nos dijimos nada hasta que descubrí que vivía en un apartamento vecino al que ocupábamos Nico y yo. Más tarde me enteré de que ella ya lo sabía y por eso buscaba mi mirada, para iniciar una conversación que se produjo finalmente un día cuando las dos llegamos a casa al mismo tiempo, y se repitió en varias ocasiones.

Nasila venía de Arabia Saudita, su marido estudiaba Economía y se habían casado poco antes de viajar a los Estados Unidos para completar él sus estudios de postgrado. Era muy joven y estaba embarazada.

—Echo en falta la compañía de mi madre, de mis hermanas, de mis primas, de mis amigas —me confesó un día.

—Yo echo de menos a mi padre.

—¿A tu padre?

—Sí. Mi madre murió y mi hermano vive lejos. No tengo más familia.

—Pobrecita —me miró con lástima—. Yo no sé qué haría si estuviera en tu lugar, sin madre, sin hermanas. Nunca hablo con mi padre, ni con mis hermanos. Los hombres viven en su mundo y nosotras en el nuestro. En casa tenemos nuestro propio espacio alejadas de ellos, disfrutamos de todas las comodidades y siempre tenemos con quien hablar. Lo pasamos muy bien.

Continuamos charlando. A pesar de las dificultades que todavía teníamos las dos con la lengua, pudimos comunicarnos con facilidad, hablar de nuestros países, de nuestras costumbres, de nuestras añoranzas, de todo aquello que nos sorprendía del país que todavía era muy nuevo para nosotras.

El matrimonio de Nasila lo habían concertado sus padres y los de su esposo desde que eran niños. Era un acuerdo formal, reconocido y aceptado por todos. No como en mi caso. A mi primo y a mí nunca nos habían dicho con palabras que debíamos casarnos, aunque desde que éramos niños todos se comportaban a nuestro alrededor como si ese fuera el orden natural de las cosas. Él y yo nunca hablamos del tema, aunque yo intuía que él aceptaba las decisiones de su familia sin rechistar. Tiempo tendría después de casado para vivir amores distintos en brazos de otras mujeres. Como hacía su padre. A mí, en cambio, sólo se me ofrecía una oportunidad y no estaba dispuesta a casarme con quien no amaba. A veces me preguntaba si mi padre había anunciado ya a la familia que no habría boda porque yo me había casado con otro sin su permiso. Y en esos momentos no sentía remordimientos por haber dejado a mi padre solo, sino una inmensa alegría por saberme libre y capaz de tomar mis propias decisiones, aunque no fueran las que él esperaba de mí.

Quise saber qué pensaba Nasila sobre los matrimonios concertados.

—¿Entonces, te casaste sin saber que lo querías?

—En mi país, primero nos casamos, después aprendemos a querernos.

—Pero…

—Reconozco que no siempre surge el amor. Nos respetamos como esposos y como padres de nuestros hijos.

No me atreví a preguntarle si ella había aprendido a amar a su esposo. A mí, que había leído *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y que estaba de acuerdo en todo lo que decía, me pareció inconcebible que una mujer joven se sintiera a gusto en una situación en que su felicidad futura dependiera de si la familia acertaba o no en emparejarla con un hombre que pudiera llegar a amarla y al que ella pudiera amar. El matrimonio y los hijos eran el principio y el final de su vida adulta. No había nada más. La presencia femenina desaparecía tras los muros de las casas, dominada por el hombre que gobernaba tanto la vida privada como la pública. Me parecía extraño que una joven que parecía inteligente y que había tenido la suerte de poder escapar de ese harén moderno en el que, por lo que dijo, parecía vivir, lo añorara y no abrazara las libertades de la mujer contemporánea. Unas libertades que, en aquellos años que siguieron a la consigna hippy de *haz el amor y no la guerra* y a la extensión del uso de la píldora anticonceptiva, nos ofrecían opciones que iban más allá de la libertad sexual. Las mujeres podíamos, al fin, empezar a ocupar un lugar en la vida pública sin que la dependencia del hombre y los embarazos continuados nos lo impidieran. Así se lo comenté.

—Vosotras, las europeas y las norteamericanas, no sabéis donde está la verdadera libertad —me dijo sin perder aquella sonrisa sincera que impedía que alguien se molestara con sus palabras—. ¿Creéis que aspirar a trabajar fuera de casa y ocuparos a la vez de vuestros esposos y vuestros hijos, o renunciar a ser madres por tener una carrera laboral de éxito os hace más libres?

—Sí, claro. Para eso estudiamos, nos formamos. Para no depender de un hombre que nos mantenga.

—Eso os hace esclavas fuera y dentro de casa. No es posible hacerlo todo bien. Nunca vais a estar satisfechas con vuestra labor porque siempre habrá algo que no saldrá como querríais, porque no se puede llegar a todo, tener éxito en todo.

—¿Y la ignorancia en que os obligan a vivir vuestros padres y vuestros esposos te parece una mejor opción? —ataqué yo.

—¿Quién te ha dicho que seamos ignorantes? El que vivamos apartadas de la vida pública no implica que no estemos formadas.

Me irritó esa respuesta.

—Entonces echáis a perder vuestra educación pues no le dais la

utilidad que deberíais.

—No es necesario trabajar fuera de casa para que la formación recibida nos sea útil. La utilizamos para educar a nuestros hijos. Y para pensar.

Yo iba a preguntarle para qué le servía pensar si su pensamiento la llevaba a plantearse preguntas cuyas respuestas quizá no fueran las que debía aceptar dada su condición de mujer. Pero ya no quise replicar, dejamos la conversación aquí y no volvimos a tocar el tema. Yo no podía entender esa manera de concebir su lugar en el mundo en una mujer que tenía la oportunidad de descubrir otras formas de vida. Ella, en cambio, no dudaba. Esperaba cada tarde la llegada de su esposo, se acicalaba para él, y fuera de casa escondía su belleza y se conformaba con hablar con otras mujeres de embarazos y partos.

Una tarde fui a buscarla a su casa para ir a dar un paseo. Me hizo entrar y cerró la puerta enseguida.

—Ya casi estoy lista —dijo mientras terminaba de recogerse el cabello. Era negro, brillante, abundante. Enseguida desapareció bajo el gran pañuelo blanco con el que siempre la había visto.

—Tienes una bonita melena, ¿por qué la escondes? ¿Te cubres la cabeza porque te gusta o porque te han dicho que debes hacerlo? —no pude evitar preguntarle.

Ella se ajustó mejor el pañuelo y bajó la cabeza un instante.

—Me gusta —dijo mirándome de nuevo y recuperando la sonrisa—. ¿Nos vamos?

Salí con ella a la calle. Por unos instantes pensé en mi abuela. Siempre la había visto vestida de negro. Por la muerte del padre, de la madre, de un tío, de un hermano, de su esposo; no había terminado un luto cuando ya empezaba otro. Nos decía que ya se había acostumbrado a vestir así. También llevaba un pañuelo en la cabeza. Mi madre rompió con esa costumbre, aunque sólo poco antes de morir se atrevió a ponerse unos pantalones. «Siempre deseé llevarlos, pero no quería que me miraran mal. Ahora es diferente; antes sólo los llevaban las mujeres fáciles», me confesó cuando le dije que le quedaban muy bien. Me pregunté si mi abuela me habría dicho que no se quitaba el luto porque le gustaba o porque no la dejaba su marido, su familia, el entorno en que vivía, porque de haberlo hecho la hubieran mirado mal. Me pareció que Nasila y mi

abuela tenían mucho en común.

Unos días después de esa conversación descubrí que tanto ella como su esposo, guapo, moreno, joven, y que nunca me miraba a la cara cuando hablaba, eran miembros de la realeza de Arabia Saudi, y que preferían estar alejados del país, pues no todos estaban de acuerdo con la política de Faisal y temían que la situación empeorara para quienes estaban más próximos al monarca. Supe que la situación era crítica cuando unos meses después, en marzo de 1975, Nasila vino llorando a decirme que habían asesinado al rey Faisal y su hermanastro Jalid se había convertido en el nuevo rey de Arabia Saudi. Ella y su esposo estaban preocupados porque no sabían cómo los iba a recibir Jalid cuando regresaran.

Había otras mujeres como Nasila, jóvenes procedentes de países exóticos y familias poseedoras de fortuna y poder, en aquel enclave residencial para estudiantes casados. Todas se comportaban como compañeras sumisas de los hombres que las habían arrastrado hasta allí, y esperaban que ellos terminaran sus estudios para regresar al país de origen con el prestigio que otorgaba una titulación universitaria norteamericana. A veces me preguntaba por qué ella buscaba mi compañía si yo no compartía ninguno de sus puntos de vista ni me reunía con las demás mujeres pues no sabía de qué hablarles. Ignoraba si quería conversar conmigo porque las dos teníamos un nivel parecido de inglés, porque le gustaba nuestra amistad, o porque sabía ser amable siempre porque así la habían educado. No entendí que me apreciaba de verdad y que confiaba en mí hasta que, la mañana en que se puso de parto, me pidió que la acompañara al hospital. Estuve con ella hasta que llegó su esposo.

Pasé muchas tardes en compañía de Nasila y su bebé, que sólo lloraba, mamaba y dormía. Ella lo miraba arrebatada, como si ser madre fuera lo más maravilloso que pudiera vivir una mujer. Eso me decía ella, eso le había oído decir a mi madre. Yo no estaba de acuerdo. Nasila me abría la puerta de su casa siempre con el niño colgado del pecho. Las marcas azules debidas a la falta de sueño se habían llevado la belleza de sus ojos que ahora sólo eran capaces de iluminarse cuando observaba a su hijo dormido. El apartamento olía a una mezcla de leche agria y al perfume fuerte de él y dulzón

de ella, que ambos usaban con profusión. Nasila únicamente salía de casa para ir al parque con las otras mujeres, «para que el niño tome un poco el sol», decía. Enseguida tocaba volver al apartamento para darle el pecho, cambiarle los pañales, calmar una llantina. O intentar que se durmiera y aprovechar ese tiempo para cocinar y limpiar la casa, darse un baño y acicalarse para cuando llegara su esposo.

Algunas tardes me ofrecía a ayudarla con el niño mientras ella se bañaba y descansaba un poco. Una de esas tardes llego su marido, antes de lo que tenía por costumbre. Esta vez sí que me miró. Me miró demasiado. Clavó sus ojos negros en mis piernas que sólo cubrían unos pantalones cortos, en mis pechos bajo la camiseta que solía llevar para ir por casa y con la que había acudido a pasar un rato con Nasila. Sus ojos sabían mirar, sabían halagar, hipnotizar. Eran ojos de cazador que busca hacer suya la presa que tiene más cerca. Ojos acostumbrados a no encontrar rechazo. Era un hombre bello que sabía utilizar su rostro exótico, sus movimientos refinados y una mirada intensa, capaz de dejar a muchas mujeres sin defensas sólo con un leve movimiento de sus largas pestañas. Venía fresco y descansado de la universidad, dispuesto a sentarse ante una mesa bien servida, a que su esposa le dedicara su tiempo a él y no al niño. Quizá incluso a enfadarse con ella porque estaba demasiado cansada para retozar en la cama. Quizá por eso, si podía, se servía antes del sexo que pudiera encontrar. Y hoy me había encontrado a mí, en su casa. Y yo sentí que el corazón se me aceleraba. ¿Fue deseo? ¿Fue rabia? Quizá las dos cosas. Sólo sé que me costó un gran esfuerzo levantarme del sofá y gritarle a Nasila muy fuerte para que me oyera:

—Tu esposo ya ha llegado. Me ha dicho que él se ocupa del niño. Yo me voy ya, que me esperan en casa.

El niño se puso a llorar al escuchar mi voz alterada. Yo me dirigí a la puerta para salir y él se puso demasiado cerca de mí para abrirla y dejarme marchar. Su piel rozó la mía, me habló, la mía entendió su mensaje. No lo miré a los ojos, no quise que viera en ellos el esfuerzo que estaba haciendo para no responderle como él deseaba.

Abrí la puerta de mi casa y la cerré con rapidez. Nico todavía no había llegado. Encendí la radio para no tener que pensar y me puse

a cortar verduras en juliana para relajarme y preparar una buena cena. Nico ya no tardaría en llegar.

13

Procuré visitar a Nasila en horas en que no hubiera posibilidad alguna de que su esposo apareciera. No le comenté nuestro encuentro, ni las intenciones de él, ni mucho menos cómo me sentí yo, aunque me imagino que ella conocía bien a su marido y algo debió de intuir en mi rápida salida de su casa y en mis constantes excusas para no quedarme a cenar con ellos si Nico todavía no había regresado a casa.

Nasila no dejaba de sorprenderme con lo variado de sus lecturas, con sus conocimientos de historia, de ciencia y de literatura, sobre todo con la agudeza de sus observaciones. No entendía por qué estaba dispuesta a olvidarse de todo eso y encerrarse en casa a cambiar pañales y a cocinar. Se lo repetía cada vez que nos veíamos. Ella demostraba una paciencia infinita al escucharme, aunque mis argumentos no la convencieron en ningún momento.

—No me olvido de nada de lo que he aprendido, ya te lo he dicho muchas veces, y no voy a dejar nunca de aprender —respondía mientras cambiaba al bebé de lado para seguir amamantándolo. Sonreía con esa expresión serena y sabia tan suya—. No me importa si no puedo mostrar mis conocimientos en público. Mi mente es sólo mía y nadie me puede impedir que piense.

—Pero desde niña te han dicho cómo debes pensar. No eres libre ni en tu pensamiento. Hay demasiadas cosas que son tabú para ti, como por ejemplo pensar en ejercer una profesión. Podrías ser médico, abogado, lo que quisieras.

—Nadie es libre del todo.

Yo ya no sabía cómo hacerle entender lo injusta que era su cultura con ella, con todas las mujeres, al impedirles ejercer una profesión y obligarlas a obedecer a sus maridos en todo. Al final llegué a la conclusión de que ella ya había llegado tarde para hacer otra cosa que no fuera cuidar de su hijo y de su marido. Yo no, y debía evitar a toda costa que me ocurriera lo mismo. Y mi situación en aquella ciudad universitaria, donde no estaba estudiando ninguna carrera, cada vez se parecía más a la de ella. La única diferencia entre nosotras era que ella tenía un hijo a quien cuidar y yo debía buscar alguna ocupación para no encerrarme en casa a esperar el regreso de Nico todas las tardes.

A pesar de nuestros puntos de vista tan diferentes y que nunca llegaron a converger, yo fui para Nasila lo más parecido a una hermana o a una prima de las que había dejado en su país. Y ella fue para mí la mejor amiga que podía tener, la que más me ayudó a superar aquel primer año en los Estados Unidos marcado por el amor a Nico, la incertidumbre sobre mi futuro, la falta de ocupación y la soledad. Inmóvil en esta cama de hospital recuerdo cuánto me costó entender que nuestra percepción de la realidad nada tiene que ver con esa realidad objetiva que todos queremos creer que existe y que no es más que una invención. Nuestras percepciones están marcadas por lo que hemos vivido, por lo que nos han dicho desde niños. Con esas herramientas interpretamos el mundo. Por eso lo hacemos de formas distintas y en muchas ocasiones contrapuestas. Con Nasila descubrí que era posible mantener una amistad con quienes defienden puntos de vista diferentes a los nuestros. Entendí que hay algo más allá de las culturas y las ideologías que nos define como especie y que tiene la capacidad de unirnos a pesar de nuestras diferencias.

Intentaba buscar sentido a los días que se sucedían demasiado iguales, vencer los momentos en que me preguntaba qué hacía allí, por qué me había ido de casa, por qué había tomado una decisión tan arriesgada sin valorar sus efectos. Mis estudios en la universidad quedaron interrumpidos cuando puse mi firma en los papeles que me convertían en la esposa de Nico. No es que me arrepintiera de mi decisión; amaba a Nico, de eso estaba segura. Sin embargo, no me reconocía en esa joven que se acababa de casar en un impulso forzado por las circunstancias y que había dejado el único mundo

que conocía para irse con él. Dependía de un hombre con el que me había casado sin conocerlo, como Nasila, como mi abuela. Me preguntaba dónde había dejado la libertad que iba a alcanzar una vez terminara mis estudios, si la había perdido para siempre al abandonar la universidad sin finalizarlos. Me respondía que no, pero la pregunta volvía una y otra vez.

Empecé a visitar la biblioteca para sentir que de alguna manera continuaba siendo la estudiante aplicada, aunque ahora mis lecturas no tenían un objetivo claro ni me orientaban a ninguna profesión, ni yo conseguía comprenderlas del todo por no conocer lo suficiente la lengua en que estaban escritas. Lo que antes había sido muy fácil para mí ahora me costaba un esfuerzo. Ya no sabía hacia dónde me dirigía. Todas las certezas en las que había vivido hasta entonces se convirtieron en dudas.

En la biblioteca escribí la primera carta a mi padre. Fue una misiva larga y sentida en la que intentaba explicarle el porqué de mi decisión, en la que le pedía que intentara entenderme. En la que le aseguraba que estaba bien, aunque no le dije que debía repetirme eso a mí misma para ver si así se convertía en una afirmación rotunda, liberada de las dudas que me asaltaban a veces. Le pedía que me escribiera, le decía que lo echaba en falta, que amaba a Nico y que eso no impedía que lo amara a él también. Le dije que me dolía su silencio al otro lado de la línea cada vez que lo llamaba por teléfono para intentar hablar con él.

Salí de la biblioteca para llevar la carta a la oficina de correos. Confiaba en que mi padre la respondería.

No lo hizo. También iba a dejar sin respuesta las cartas que vinieron después. «Hoy he ido a ver a tu padre tal como me pediste que hiciera. No quiere hablar de ti. Está bien, no te preocupes. Ya se le pasará el enfado» me escribió Gabriella en una de sus primeras cartas. «Tu vida no es la suya y tienes derecho a vivirla a tu manera, y a amar a quien quieras, aunque eso te lleve lejos de él» añadió al final, después de firmar y dibujar dos corazones a modo de rúbrica. Tomó por costumbre escribir ese final en todas sus cartas, como si fuera un mantra que me instaba a repetir. Esa frase siempre me hacía sonreír, porque traducía en palabras lo que sentía mi corazón y me devolvía la confianza en mí misma que a menudo creía haber perdido.

Nico volvía a casa tan pronto terminaban sus clases para estar conmigo. Cuando las hojas de los arces alcanzaron su plenitud de ocres, rojos y amarillos empezamos a dar largos paseos por los parques de la ciudad. Un día llegó a casa con un viejo coche que alguien le había vendido a buen precio. Me sorprendió con aquel vehículo demasiado grande, de ángulos rectos y afilados, que habían estado de moda muchos años atrás, y con la carrocería pintada del mismo color que las alas de los canarios. Los fines de semana lo utilizábamos para ir a visitar otros lugares en Massachusetts y en Vermont. Pueblos pequeños y coquetos, con sus iglesias blancas de campanarios adornados con veletas y sus tiendas para turistas donde nos vendían jarabe de arce y nos instaban a volver en febrero para ir con ellos en coche de caballos y visitar la arboleda vestida con cubos metálicos y tubitos ensartados en los troncos para recoger el jugo que producían. El jarabe marrón, espeso y dulce que acompañaba a las *pancakes* y a las *French toasts* con las que Nico y yo solíamos obsequiarnos en las mañanas perezosas de domingo. Caminábamos luego sobre el manto de hojas y dejábamos que los colores nos abrigaran mientras nos quedábamos muy quietos contemplando la luz que desprendían. Luego acelerábamos el paso, corríamos entre risas hasta volver al centro del pueblo. Allí nos tomábamos un chocolate caliente y nos mirábamos a los ojos. En ellos encontrábamos la misma promesa que nos habíamos hecho unos meses antes entre los olivos de mi padre, cuando descubrimos que queríamos estar juntos. Y al llegar a casa, nuestro apartamento nos parecía el mejor de los palacios y hacíamos el amor despacio para que nuestra piel guardara la memoria de esos momentos, de ese regalo que nos hacíamos el uno al otro.

Tuvimos nuestro primer enfado la noche de *Halloween*, después de ocuparnos con otros residentes de vaciar las calabazas y hacer cortes para crear bocas, narices y ojos que se iluminaron con la luz de las velas que introdujimos dentro. Los niños corrían alrededor mientras sus madres los llamaban y les hablaban en su lengua y les ponían los disfraces que llevaban toda la semana cosiendo. Dejamos las calabazas iluminadas en el centro del parque y volvimos a casa.

Sonreímos al contemplar desde la ventana el resultado de nuestro trabajo y a los niños que se disponían ya a ir de puerta en puerta pidiendo golosinas. De pronto Nico se puso muy serio.

—Giulia, hay algo que debo decirte. Ven, siéntate a mi lado.

Iba a sentarme cuando los golpes de manos infantiles sonaron en la puerta. Me habían dicho que debía abrir y dar caramelos a los niños. Y eso hice cuando dos brujas que no deberían tener más de tres años aparecieron en el umbral y gritaron «*Trick or treat*».

Enseguida volví al lado de Nico.

—No conocía esta fiesta, me gusta —dije.

—Precisamente de eso quiero hablarte, de otra fiesta. Dentro de unas semanas se celebra *Thanksgiving*, la fiesta más importante del país.

—¿Y qué se celebra?

—Se conmemora la llegada de los primeros europeos a Norteamérica —hablaba con la seriedad fingida de quien intenta explicar una lección a un niño de manera divertida—. Aquellos ingleses que tuvieron que dejar su patria por su excesivo celo religioso y consiguieron llegar a estas tierras, sanos y salvos a bordo de su *Mayflower*, ante el estupor de los indios que los observaban escondidos y decidieron no atacarlos.

—Seguramente se asustaron al verlos —dije adoptando el tono divertido de él—. No sabía que se celebrara. ¿Y qué hacen?

—Nada especial. No es como las fiestas italianas en honor a las madonas en las que la gente sale a la calle y suena la música y los cánticos. *Thanksgiving* es una fiesta familiar, como la Navidad. Todas las familias se reúnen —me miró a los ojos y de pronto se puso muy serio—, y la mía no es una excepción —dijo demasiado deprisa, como si temiera mi reacción.

—Puedes reunirte con tu familia todas las veces que quieras. No tienes que pedirme permiso para eso.

—Ya lo sé. Pero quiero que vengas tú también.

Golpes en la puerta y niños disfrazados de fantasmas mirando por la ventana desde el exterior me impidieron responder en el acto. Cuando cerré la puerta y volví a sentarme, Nico ya había adivinado cuál iba a ser mi respuesta.

—¿Por qué no quieres venir?

—Nico, ¿por qué no quieres entenderme? Mi padre…

—Tu padre, siempre tu padre —se levantó del sofá—. ¿Qué más da, Giulia? Él está lejos. No aprueba que te hayas casado conmigo ni que te hayas ido de su lado. No responde a tus cartas. ¿No te parece que eso está mal?

Nico había hecho diana allá donde dolía. Mi argumento de que no podía formar parte de la familia de quién mi padre consideraba su enemigo había perdido todo el peso. Tenía que reconocer que, en esos momentos, toda mi familia era Nico.

—Giulia, hace unos meses acordamos que nosotros no éramos ellos —fue hacia las ventanas y bajó los estores enrollables para que los niños dejaran de fisgonear desde el exterior—. Si te pido que vengas a la comida de *Thanksgiving* es porque es importante para mí, porque no me gusta inventar mentiras y no veo razón alguna para mantenerlas. —Volvió a sentarse y me tomó ambas manos—. Porque deseo que te conozcan. Porque soy feliz a tu lado y quiero que lo sepan. Porque sé que te van a querer como a una hija.

—Soy la hija de un hombre al que tu padre odia. Soy la persona en quien podría vengar su fracaso ante la negativa de mi padre de vender el olivar. Quizá hasta podría ser su instrumento para intentar comprarlo de nuevo. No quiero interpretar ese papel. Ve tú solo y pasa el día con ellos. Imagina que me he quedado en Italia.

—Giulia, eres mi mujer. Estamos casados.

—Y tú mi marido.

En un arrebato me levanté del sofá, cogí la chaqueta, abrí la puerta y salí a la calle. Nico no me siguió. Caminé deprisa, me pareció escuchar la voz de Nasila que me llamaba. No me detuve. A los pocos minutos ya no estaba enfadada con Nico sino conmigo misma, por mi reacción brusca, por negarme a escucharlo y a hablar, porque me había asustado al oírle decir «mi mujer». Por un momento envidié a Nasila. Su vida tenía sentido como esposa de su marido. Yo no tenía suficiente con eso, y me molestaba tener que reconocer que esa era mi única identidad en aquella ciudad universitaria tan lejos de casa. Nico no tenía la culpa de lo que me ocurría. Necesité estar un buen rato a solas para comprenderlo.

Cuando regresé a casa él ya estaba en la cama y con la luz apagada. Me acosté en una esquina, lo más lejos que pude de él. Escuché su respiración y supe que estaba despierto.

Al final cedí y acepté acompañar a Nico a casa de su familia. Fue mi manera de compensar el enfado que me causaba que mi padre siguiera con su silencio. Lo hice por Nico, por nosotros. Quizá él estaba en lo cierto y no tenía sentido vivir una mentira que podía ser descubierta en cualquier momento. Era mejor explicar la verdad, las razones que nos habían llevado a ese matrimonio rápido. A mi padre se las había explicado, la familia de Nico también tenía derecho a saberlas. Aunque se enfadaran, como había hecho mi padre. Aunque… si se enfadaban mejor, sonreí para mis adentros, así nos dejarían tranquilos. Enseguida me arrepentí de pensar así. Quería demasiado a Nico para desear que sufriera él también el rechazo de su familia.

Conocí a todos los Pozzi aquel primer día de *Thanksgiving* de los muchos que iba a celebrar en América. No me rechazaron como yo temía; me integraron en sus vidas sin darme la opción de elegir si quería formar parte de ellas o no.

Abro los ojos. Los sonidos de muchas voces se han impuesto a mis recuerdos y me han traído de vuelta a aquí, a esta cama de hospital que todavía no sé cuándo podré abandonar. El trajín viene de la cama de al lado. Veo a una mujer joven y rubia. La acompaña su marido y lo que parece una extensa familia. Hay personas mayores, jóvenes, niños. Todos hablan a la vez. Ellos son italianos, ella extranjera. La joven permanece en silencio y agarra la mano de su esposo. Estoy convencida de que le está pidiendo que se vayan todos y la dejen sola con él. Lo sé, porque lo he vivido. Él sigue charlando con unos y con otros. Ríe con ellos, la mira y le explica despacio aquello que le ha hecho reír. Ella no muestra haber entendido nada. Él no se da cuenta y sigue hablando. La mirada de ella y la mía se cruzan un momento. Está asustada. Se siente sola. Puedo intuir todo eso. Quiero decirle que la entiendo, que una vez estuve como ella. Quiero decirle que le diga a su marido que eche a la familia de la habitación, que él no entiende de sutilezas de manos que piden cosas sin hablar y hay que decírselo bien claro. Que no le va a ser fácil. Que deberá insistir. Que a él le va a costar entender por qué ella prefiere estar a solas con él. Siento ganas de explicarle mi encuentro con la familia de Nico, aunque no sé si voy a poder

hacerlo. Cuando todos se vayan estará tan agotada que sólo querrá dormir.

14

La madre de Nico no se parecía en nada a la mía y al verla me azotó con fuerza la nostalgia de no tenerla conmigo. Necesitaba escaparme del abrazo de aquella mujer que llevaba demasiadas joyas y olía a perfume caro. Quería correr a refugiarme en los brazos de mi madre, como hacía cuando era niña y me obligaban a dejarme besar y abrazar por algún familiar lejano que me pellizcaba las mejillas mientras comentaba lo mucho que había crecido desde la última vez que me había visto. Ella no estaba allí para ayudarme y supe que todavía no había aprendido a vivir sin su amparo, que la necesitaba. Que no había superado su muerte, aunque ya no soñara con ella todas las noches y a veces pasaban días enteros en los que no conseguía recordar su rostro ni el sonido de su voz.

La mujer me dejó al fin, después de mirarme de arriba abajo y susurrarle algo a Claudia, la hermana de Nico, que me observó con interés, luego miró a su madre. Las dos compartieron una sonrisa que no quise aventurarme a interpretar.

—Vamos —dijo Nico tomándome del brazo y alejándome de allí, como si quisiera librarme del escrutinio de las dos mujeres. Allí había otras mujeres: abuelas, tías, primas hermanas, primas segundas y primas lejanas de Nico. Todas se acercaron a saludarme y a darme sus nombres. Sólo conseguí recordar que tres de ellas se llamaban María, aunque no sabría identificar quiénes eran.

—No me habías dicho que estaría aquí toda tu familia —le reproché a Nico.

—Lo siento. Pensé que no te extrañaría siendo italiana. Nosotros también somos italianos y conservamos nuestras costumbres. En las

fiestas familiares nos reunimos todos.

—¿Siempre en tu casa?

—Nadie más se ofrece para acogernos a todos. Mi madre protesta. Cada año dice que será el último y que pedirá el relevo. Nadie la cree… —Nico señaló con la mirada a su madre que sonreía satisfecha con una fuente en la mano de la que asomaban los muslos de un pavo inmenso. La seguía Claudia, la hermana de Nico, con la expresión ausente de alguien que preferiría estar muy lejos de allí.

No quise decirle que mi experiencia con las comidas familiares era muy distinta a la suya. Sólo nos reuníamos mis padres, mi hermano, yo y mi abuela paterna hasta que murió. En las conversaciones siempre salía el recuerdo del tío que se había ido a América y de mis abuelos maternos que habían muerto tras el incendio de los barcos americanos en el puerto de Bari, cuando el gas mostaza se cebó en la población y los supervivientes se vieron abandonados por los suyos y por los americanos. Hablábamos también de la juventud triste de mi madre, que tras su matrimonio abandonó feliz aquella ciudad maldita para irse con mi padre a un lugar alejado de los peligros de la ciudad, aunque también de las gentes que la animaban. Ella había aprendido a vivir entre la soledad de los olivos, aunque siempre me alentaba cuando me oía hablar de mis deseos de vivir en otros lugares. Era un tema de conversación que manteníamos en privado, cuando mi padre no podía oírnos, pues la primera vez que expresé mi deseo de vivir en otros lugares fue durante una comida de Navidad, poco después de que mi hermano se fuera a estudiar al Seminario. Mi madre aprobó la idea y mi padre se enfadó con ella por animarme a abandonar mis responsabilidades como heredera del olivar. Estuvieron dos días sin hablarse.

Nico hizo todo lo que estuvo en su mano para que me encontrara bien ese primer día que tuve que compartir con su familia. Se apresuró a hablar con Paolo, su hermano adolescente, para que dejara de mirarme. Desvió la conversación cada vez que su padre intentaba hablar del mío y de los días que pasó intentando la compra del olivar. Impidió que su madre me sirviera más comida a pesar de que yo le había dicho que era suficiente. Procuró introducirme en la conversación que transcurría demasiado deprisa

en un inglés salpicado de palabras en italiano, acompañado del silencio escrutador de Paolo, de las voces infantiles de los otros dos hermanos pequeños de Nico y de los hijos de sus primas, y de las expresiones exageradas de júbilo de su hermana Claudia. Ella tenía una copa de vino tinto en la mano, las mejillas coloradas y su plato de comida intacto.

Al fin Nico reunió todo su valor, se levantó de la silla, pidió silencio a todos y lanzó la noticia:

—Giulia y yo nos casamos en la Embajada de los Estados Unidos en Atenas hace cuatro meses.

El silencio que siguió lo interrumpió Claudia con una gran carcajada.

—¡Vivan los novios! —exclamó poniéndose de pie y alzando la copa, que no chocó con ninguna de las nuestras y terminó cayéndosele de las manos. Su contenido se vertió en el plato. Allí se mezcló con la salsa de arándanos rojos que acompañaba la ración generosa de pavo que le había servido su madre.

—Vete a la cocina y lávate la cara —reaccionó al fin María, la madre de Nico.

Su primo Donato, sentado a su lado, se levantó para acompañarla. Ella lo apartó de un manotazo y se fue sola. Él volvió a sentarse. Sólo los niños siguieron comiendo. Los adultos tenían los cubiertos en la mano y la mirada fija en mí.

Quería hacerme invisible y desaparecer, salir por la ventana e irme volando muy lejos de allí. Sola. A Nico lo dejaría con los suyos. No podía perdonarle que no me hubiera avisado de que iba a anunciar que estábamos casados de una manera tan pública. Me había imaginado una conversación privada, sus padres y nosotros. Me sentí expuesta como un mono de feria, analizada, sopesada. No me entretuve a adivinar si las miradas de todos ellos eran de aprobación o no. Sólo pisé con fuerza el pie de Nico a mi lado. Creo que entendió lo que le estaba diciendo porque el color subió a sus mejillas, le desapareció la sonrisa y me miró. Me pedía perdón por su travesura. Tuve la impresión de que en aquel momento él también hubiera querido irse de allí.

—El cura no tiene por qué enterarse de que ya estáis casados —reaccionó al fin Ettore—. No hasta después de la ceremonia, cuando se firmen los papeles.

—Papá, nosotros no… —empezó a protestar Nico.

El gesto airado de su padre lo hizo callar. Se sentó. Evitó mirarme.

—Tommaso —se dirigió Ettore a uno de los primos de Nico, un sacerdote joven con el alzacuello de un blanco impecable—. ¿Crees que podrás tener alguna influencia para conseguir una fecha pronto en *Saint Patrick's* o en…?

—Papá —le interrumpió de nuevo Nico, que se había vuelto a poner de pie—. Nosotros ya estamos casados.

—No digas tonterías y sigue comiendo. Y vosotros también —ordenó dirigiéndose al resto de los comensales. Luego se levantó y alzó su copa de vino.

Nico y yo fuimos los únicos que no le obedecieron.

—Por Nico y Giulia —dijo antes de acercarse la copa a los labios y vaciarla de un sólo trago.

—Por Nico y Giulia —respondieron todos, y también bebieron de pie.

Nico y yo permanecimos sentados. Yo, furiosa; él, arrepentido. Más tarde me confesó que no se había imaginado esa reacción por parte de su padre. Me pregunté cómo era posible que lo conociera tan poco. Opté por no decirle nada más y prepararme para enfrentarme a lo que se nos venía encima.

Volvimos a Amherst, él a sus clases, yo a mi curso de inglés, a mis lecturas en la biblioteca y a la compañía de Nasila y su bebé. Los meses que siguieron estuvieron marcados por los preparativos de una boda que otros habían decidido por nosotros.

Dejé en manos de la madre de Nico todos los trámites. Intuí que lo habría hecho de todos modos y que mostrar mi desacuerdo sólo me habría acarreado problemas. Agradecí no vivir cerca de mis suegros y el pequeño apartamento de estudiantes en el que residíamos me pareció el mejor de los lugares pues nos permitía amarnos y vivir sin que nadie nos dijera cómo hacerlo. Todo lo demás se quedaba en la calle, tras la puerta de entrada. Allí hubiera querido dejar también la muestra del tarjetón que se enviaría a familia, amigos y conocidos para invitarlos a la boda y la información del lugar, caro y decorado en exceso, donde se iba a

celebrar el banquete.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó días más tarde la madre de Nico cuando me llamó por teléfono.

—Muy bien —respondí mientras abría con cuidado el sobre y sacaba un tarjetón con el fondo color crema y grandes letras doradas con el nombre de la familia y el nuestro, cenefas de flores rojas y dos anillos entrelazados, uno grande y el otro algo más pequeño.

Guardé silencio unos instantes y creo que ella no llegó a percibir mi disgusto por aquel diseño pomposo y remilgado. Me apresuré a decirle que también me había gustado la elección de restaurante, aunque todavía no lo había mirado. Ya me imaginaba que no iba a ser de mi agrado. Me limité a contestar con un sí a todas las preguntas que me hacía porque sabía que esa era la respuesta que esperaba. Me aferré a la esperanza de que nos dejarían tranquilos después de la boda.

Sólo insistí en que quería ir yo sola a elegir el vestido de novia.

—Ya sé que en estos casos se echa a faltar una madre o una hermana que te acompañe —intervino la que ya era mi suegra como si no hubiera oído mi petición—. Yo puedo acompañarte, o Claudia, si lo prefieres. Ella es joven como tú y estará encantada de ir contigo.

Me negué, no estaba dispuesta a dejar que me vistieran a su gusto. Bastante hacía ya con aceptar la boda que me proponían, un tipo de ceremonia que detestaba por su vocación de espectáculo. Ella insistió en que una o la otra debía ir conmigo a elegir el vestido.

Al final, después de mucha insistencia y algún que otro oportuno lloriqueo por parte de María, acepté que su hija me acompañara. Eso pareció calmarla a ella, no a mí.

—A Claudia le gustará acompañarte —me dijo Nico—. Así empezará a pensar en el vestido que le gustaría llevar el día de su boda, que será pronto. Mi primo Donato y ella quieren casarse desde que eran niños.

Más adelante constataría que Nico nada sabía de su hermana.

Cuando abro los ojos mi hermano Francesco está sentado en una

silla al lado de la cama. Intento incorporarme un poco. El dolor regresa.

—¿Qué haces aquí? ¿Te ha llamado Gabriella? Le dije que no lo hiciera.

—No. Me lo ha dicho una de mis feligresas. Tiene familia en Lecce. Lo sucedido está en la prensa local. ¿Por qué no me has avisado?

—No quería preocuparte.

—Pues estoy preocupado. El médico ha dicho…

—Sí, no me recuerdes el diagnóstico. Sé que tardaré en recuperarme.

—Te pondrás bien —dice sin demasiado convencimiento.

—Sí —sonrío sin ganas.

—La mujer que me ha dado la noticia me ha traído esto —me enseña una fotografía que no quiero ver—. Te he llamado por teléfono y no contestabas… Y aquí estoy.

—Te lo agradezco. Sé que para ti no es fácil venir hasta aquí.

No quería que hubiera sarcasmo en mi voz, pero me ha salido así. Francesco no se da cuenta. Él nunca se da cuenta de nada. Observo que mira el reloj con disimulo. Me imagino que tiene que irse, que lo esperan en su parroquia a muchos kilómetros de aquí. Debería estar contenta de que haya venido y no es así. Su visita me deja indiferente, incluso me molesta. Una vez más me pregunto por qué. No sé desde cuándo me siento así con él, quizá desde siempre. Quiero que se vaya. Me molesta que me mire con esa cara de pena que siempre se le pone cuando está conmigo. «Mi hermana la casquivana», debe pensar, «la que se casó con un hombre al que apenas conocía y abandonó su obligación de cuidar de papá». Ni siquiera me ha preguntado por Carla. Nunca lo hace. Es como si ella no existiera. Sé que las palabras de Francesco, en el confesionario y en el púlpito, ayudan a muchos. Me han dicho que es así y me pregunto por qué a mí me resultan vacías. Quisiera saber qué ocurrió cuando ambos vivíamos en casa de mis padres para que se creara esa lejanía entre nosotros. No se trata sólo de la diferencia de edad, de que somos dos hermanos que no pudieron compartir la infancia, jugar juntos, crecer juntos. Hay algo más. Creo que, al igual que yo, que hui para no tener que aceptar un matrimonio impuesto, él también se fue huyendo de algo. ¿De qué? ¿De mi

padre? ¿De los olivos?

—¿Vas a vender las tierras?

—¿Cómo dices?

—Nada… —se levanta de la silla y recoge la bolsa que tenía colgada del reposabrazos. La abre y me entrega una caja de bombones.

—Toma…

No me gustan los bombones, nunca me han gustado y él todavía no lo sabe. Le doy las gracias. Él vuelve a sentarse.

—Te preguntaba si vas a vender las tierras. Después de lo que ha pasado quizá deberías.

—Creo que no… papá no vendería si estuviera en mi lugar.

—Papá no sabía ver más allá de sus olivos.

15

Yo no había visto a Claudia desde la comida de *Thanksgiving* y sólo recordaba de ella que aquel día bebió sin medida, que la oí vomitar en la cocina y que se retiró a su habitación antes de que terminara la comida. La joven que me vino a buscar a la estación de autobuses aquella mañana era diferente. Vestía unas botas altas bajo una falda larga y una chaqueta de corte masculino. El cabello castaño, suelto y ondulado, le enmarcaba la cara ahora libre de maquillaje y sus ojos grandes y un poco saltones habían perdido la desfachatez de la borrachera y desprendían una tristeza que no se esforzó en esconder.

—Mi hermano sabe hacer las cosas bien —me dijo de pronto cuando ya llevábamos un rato andando sin decirnos nada. Me detuve para interrogarla con la mirada. Ella sonrió. Luego dijo:

—Te ha escogido a ti. Eso es hacer las cosas bien. Y no les ha dado tiempo a que decidieran por él, como han hecho conmigo —dijo como para sí misma mientras echaba a andar de nuevo.

No fui capaz de encontrar un tema de conversación y nos mantuvimos en silencio hasta que llegamos a la primera tienda.

—Mamá quiere que empecemos aquí, en *Kleinfeld*. Una de las tiendas con más solera de Manhattan. Lleva vistiendo a las novias más sofisticadas desde 1941. Prepárate —dijo con una media sonrisa burlona.

Cuando tres horas más tarde salimos de allí, no pude evitar respirar hondo y tuve que hacer un gran esfuerzo para no dar un grito muy fuerte y descargar así la tensión acumulada durante el tiempo en que, consejeras de estilo, modistas, probadoras,

planchadoras, bordadoras y modelos, habían revoloteado a mi alrededor para juzgar las proporciones de mi cuerpo, decidir por mí el estilo que más me convenía, ofrecerme modelos europeos y norteamericanos firmados por diseñadores famosos de los que yo nunca había oído hablar, confeccionar presupuestos detallados del coste y establecer un horario con los días en que se harían las pruebas.

—No grites en la calle. No está bien visto —me avisó Claudia tras soltar una sonora carcajada.

Reí con ella, contenta de que hubiera adivinado mi sentir.

—Vamos a comer y decidimos qué hacer —dijo.

Fuimos a un local que conocía donde servían todo tipo de pasta y ensaladas acompañadas de las distintas opciones de salsa que yo había descubierto a mi llegada a los Estados Unidos. Nunca sabía cuál escoger.

—Italiana, salsa italiana —dijo ella—. Es la que engorda menos de todas.

Seguí su sugerencia.

—Mira —pinchó con el tenedor un tomate muy pequeño y redondo— tienes dos posibilidades: o eliges alguno de los vestidos que has visto en *Kleinfeld*, o nos va a tocar pasar por este suplicio varias veces más, sin que encuentres nada que te guste.

La mire sorprendida. Ella rio.

—No soy tonta. Sé que tú no hubieras elegido nada de todo esto y Nico tampoco. Él no hará nunca nada que lo enfrente a la familia y tú tampoco porque lo amas. Si yo estuviera en tu lugar, decidiría el vestido hoy mismo, cualquiera de los que acabamos de ver te queda bien. Y un problema resuelto. En todas las tiendas vamos a encontrar poco más o menos lo mismo. Ahora que si quieres repetir la experiencia…

Debió leer en mi rostro tal expresión de espanto que la hizo reír de nuevo.

Volvimos a la tienda y escogí el más simple de los vestidos que me habían enseñado. Sin bordados ni pedrería ni adornos de ningún tipo. El único lujo era la tela suave que caía en forma de pliegues irregulares que me recordaban a los que había visto en las túnicas de las esculturas de las diosas griegas.

—A mi madre no le va a gustar, dirá que es demasiado sencillo,

lo encontrará anticuado. Pero no es ella la que lo ha de llevar, y como no lo va a ver hasta el día de la boda, no pasa nada. Prometo guardar el secreto —dijo Claudia.

Le agradecí en silencio que se hubiera convertido en mi aliada.

—Y yo tendré un motivo para librarme de mi primo durante unas horas, con la excusa de acompañarte a ver más tiendas —añadió más seria—. ¿Te importa que nos veamos alguna tarde, aunque ya no tengamos que ir a comprar tu vestido?

—No, claro que no. Si quieres podemos ir mirando un vestido para ti. Tu madre me ha dicho que tu primo Donato y tú teníais previsto casaros pronto.

Claudia respondió con un bufido, un gesto de hastío elevando el labio superior, la mirada puesta en algún lugar lejos de allí y la voz tensa.

—Sí, eso quieren todos. Donato y yo llevamos uno de los restaurantes de la familia. El que acabamos de abrir en Brooklyn. Nos casaremos tan pronto como el restaurante empiece a ser conocido. Ya está *tooodo* previsto —dijo alargando en exceso la primera o de «todo», con la voz cantarína de quien bromea y la mirada ajena a toda esa alegría.

Siempre había creído que los matrimonios programados eran cosa del pasado, o de países como Arabia Saudita marcados por una cultura muy diferente a la nuestra, o de lugares donde todavía persistían tradiciones ya superadas, como ocurría en la Puglia, más concretamente en la familia de mi padre. Entre todos habían planeado, sin decirlo porque ya no quedaba bien reconocer estas cosas en público, que mi primo y yo nos casáramos. Me sorprendió que, en los Estados Unidos, en el país de las libertades, en el país moderno que yo siempre había pensado que era, hubiera familias que decidieran con quién iban a casarse sus hijos. Yo había conseguido escapar a ese destino impuesto, y con frecuencia me preguntaba si, al hacerlo, había perdido a mi padre para siempre. Otras veces estaba convencida de que un día me perdonaría. Me entendería. Claudia, en cambio, obedecía. A regañadientes, pero obedecía. Cómo era posible que aceptara eso. En una ciudad como Nueva York, se reconocía y se aceptaba el amor libre, el casarse con quien uno mismo eligiera y el divorcio. La mujer ya no tenía que estar siempre a merced de sus padres o de su esposo. Así lo creía yo.

Estoy contenta porque mi hija Carla no se va a encontrar con ninguna de esas barreras que las mujeres de mi generación tuvimos que romper. No quiero entrometerme en sus decisiones, aunque reconozco que me gustaría que hablara más conmigo, que me contara sus cuitas como cuando era niña. Hace tiempo que no es así. Se ha ido lejos y sólo ahora empiezo a comprender sus razones. Me pregunto si siempre es así entre madres e hijas, si la ausencia de confidencias durante los primeros años de su vida adulta es su forma de hacernos entender a nosotras, las madres, que ya han dejado atrás la infancia.

16

El día de mi boda no fue el más feliz de mi vida, como decía la tarjeta de felicitación que acompañaba a mi vestido de novia cuando lo trajeron a casa. No fue ni siquiera feliz. Estuvo marcado por las ausencias. La de mi madre, que no tenía remedio y que yo intentaba paliar hablándole cuando me sabía sola en casa. Expresaba en voz alta mi sentir desorientado de aquellos días, mientras buscaba dar forma a mis deseos y encontrar respuesta a mis dudas. La de mi padre, la que más me dolía, por inútil e innecesaria. Porque me pareció que su orgullo era más importante que su amor por mí. Sólo vinieron mi hermano y Gabriella. Él fue el encargado llevarme al altar y apenas tuvimos ocasión de hablar, antes o después de la ceremonia. Estaba demasiado ocupado charlando con los otros sacerdotes, familiares y amigos de Nico y con los responsables de la ceremonia. Representaba a toda mi familia y se creyó en la obligación de hacer el parabién a la extensa parentela de Nico. Se fue al día siguiente de la boda. Dijo que debía volver a su parroquia, y que Nueva York le pareció una ciudad demasiado grande y desquiciada. De mi padre sólo me comentó que se encontraba bien, que no me preocupara por él.

Por fortuna tenía a Gabriella, mi testigo, mi única dama de honor. Sobre todo, mi amiga, que había pedido dinero prestado para poder pagarse el viaje hasta Nueva York y asistir a mi boda. Le enseñé la ciudad que ella había aprendido a admirar en las películas. Todo le entusiasmaba, desde la ropa elegante que descubrió en *Saks l'ifth Avenue* a las baratijas de *Chinatown*; desde la comida en los restaurantes de la familia de Nico hasta los bocadillos

de *pastrami* en el *lower Manhattan* y los *beagels* con queso Philadelphia y salmón ahumado. El *Centralpark* y los rascacielos, los patinadores delante de *Rockefeller center* y las tartas de manzana acompañadas de una taza de chocolate caliente. Le sorprendió que jóvenes de color acarrearan grandes aparatos de radio que llenaban el aire de música *Reggae*. Estaba emocionada.

Charlamos toda la noche anterior a mi boda. A Nico se lo llevaron sus primos y los amigos para despedirlo de su soltería con una gran fiesta que duraría toda la noche y de la que preferí no conocer los detalles.

—¿Por qué dices que no estás bien? No te entiendo. Estás viviendo un sueño y todavía te quejas —me dijo Gabriella cuando le comenté las dudas que a veces me poseían.

—No estudio, no trabajo, no tengo dinero propio. Estoy haciendo todo lo que siempre dije que no haría. Tengo miedo de convertirme en una de esas mujeres que sólo sirven de adorno.

Ella se rio con ganas.

—Tú y tus manías. No será así si tú no quieres.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Pues, no sé… porque es así. Si uno quiere algo tarde o temprano lo consigue. Puede que no todo lo que quiere le llegue al mismo tiempo. Tú… tú quieres a Nico, ¿verdad?

—Sí, sí. Muchísimo. Pero…

—Déjate de peros. De momento te ha llegado el amor, disfrútalo. Otro día te llegará la posibilidad de acabar tus estudios, otro día encontrarás trabajo. Hay un momento para todo. Disfruta de lo que tienes y no dejes de trabajar para conseguir lo que te falta.

—¿Y mi padre?

Gabriella no respondió enseguida.

—Sigue escribiéndole —dijo al fin—, aunque no te conteste. Que sepa que eres feliz y que lo quieres. Quizá algún día entre en razón y acepte las decisiones que has tomado. Todos los padres terminan haciéndolo.

Quise creer que Gabriella tenía razón y me pregunté hasta cuando tendría que esperar para que eso sucediera.

La madre de Nico no ocultó un gesto de desaprobación cuando vio

mi vestido. Miró a Claudia como si le pidiera explicaciones de lo ocurrido. Ella, bellísima dentro de un vestido largo azul noche, se encogió de hombros y miró hacia otro lado. Me imaginé a María dando explicaciones a sus familiares y conocidos de por qué su nuera no llevaba un vestido con la cola larga, por qué las flores de su ramo eran tan sencillas y el vestido carecía de bordados y pedrería y el velo no estaba unido a una tiara de la que brotaran destellos de luz. Quizá buscaría un motivo que justificara la ausencia de collares y gargantillas y que los pendientes de la novia fueran tan discretos que resultaban invisibles. Seguro que pensaría en algo que la hiciera quedar bien, sonreí para mí. Me miré al espejo y me gustó mi imagen. Me reconocí en aquel vestido sencillo, en el rostro que no me había dejado maquillar en exceso. Gabriella lloraba de emoción a mi lado y Claudia me miraba con esa expresión solemne tan suya que había descubierto el día en que me acompañó a comprar el vestido de novia.

Me preparé para enfrentarme a la ceremonia de la que estaba a punto de ser la protagonista. Intenté no pensar en toda la atención que iba a caer sobre mí; sólo importaba que Nico y yo nos queríamos y que pronto estaríamos de nuevo los dos solos, lejos de toda esa pompa que nos resultaba ajena. Aun así, he de confesar que una emoción nueva e indefinida se apoderó de mi cuando entré del brazo de mi hermano en la catedral de *Saint Patrick*, con la marcha nupcial llenando todos los rincones, el olor a vestidos nuevos y a flores recién cortadas y las miradas de las mujeres que alargaban el cuello en exceso para no perderse detalle de la novia recién traída de Italia. Al fondo, ante el altar iluminado, Nico, demasiado consciente de todas las miradas pendientes de nosotros, apenas se atrevía a sonreír.

El sermón del sacerdote se hizo interminable y el banquete de bodas, con sus excesos en cuanto al número de invitados, platos, camareros, cubiertos, gritos de «Vivan los novios» y alcohol, me hizo temer que nunca íbamos a salir de allí. Ese era pues el ritual de una boda, pensé. Aquel con el que nos habían enseñado a soñar desde niñas, cuando sujetábamos los vestidos largos de papel y los sombreros en las muñecas recortables que nos dejaba la anciana *Beffana*, junto con los dulces que llenaban nuestros zapatos la noche del 24 de diciembre. La misma ceremonia que luego habíamos leído

en los cuentos de las princesas que eran nuestros modelos y que más tarde, ya en la universidad, mis compañeras de curso y yo despreciaríamos para cambiarlos por ideales femeninos como Laura Antonelli y otras actrices de cine, sensuales y libres. O celebrábamos el reciente divorcio de Elsa Morante de su marido Alberto Moravia mientras leíamos, casi a escondidas, su novela *La historia*. Una novela que no hablaba de princesas ni de finales felices sino de la dureza y crueldad de la guerra y de la injusticia con que la historia siempre trata a los pobres.

Eran reflexiones impropias para el día de mi boda, que me aseguré de no compartir con nadie, ni siquiera con Nico.

Soporté una sesión inacabable de fotografías. Obedecí las constantes instrucciones del fotógrafo hasta que a Nico y a mí nos dolieron las mandíbulas de tanto forzar la sonrisa. Me dejé admirar por tíos, primos y amigos de Nico. Me abrazaron y besuquearon mujeres de mediana edad con muchos anillos, pulseras y collares, y muchas ganas de hablar. Un niño intentó esconderse bajo mi vestido y protestó porque la falda no era tan ancha como la que llevaba su hermana el día de su boda. Escuché atenta las explicaciones sobre las tradiciones italianas y americanas en las bodas y las anécdotas vividas por quienes ya habían asistido a muchas. Repetí una y otra vez que aplazábamos el viaje de novios hasta el verano porque Nico tenía trabajo y tuve que soportar miradas indiscretas que se fijaban en mi vientre mientras calculaban la posible fecha de nacimiento de la criatura que se imaginaban estaba formándose allí. Reprimí el deseo de agarrar a Nico de la mano y escaparnos de todos ellos. Alguien me dijo que el anillo que nos acabábamos de poner Nico y yo representaba el círculo del amor, el amor que no tiene final. Eso me gustó. A lo largo de la velada repartí conversación y sonrisas, muchos de mis interlocutores me dieron nombres de familiares que vivían en Barí o en Brindisi y que yo no conocía. Comí poco y bebí algo más. Creo que incluso consentí en bañar el primer vals con Nico, aunque ni él ni yo sabíamos cómo hacerlo. Luego me dejé llevar y bañé la *Tarantella*, como hacían todos. Aunque también era la primera vez que la bañaba.

Pisé descalza la alfombra de la suite lujosa que habían reservado para nosotros en el *Waldorf Astoria* y me pareció un lugar inhóspito.

A Nico y a mí nos daba igual que allí se hubiera alojado Marilyn Monroe o que Ella Fitzgerald lo considerara su hotel preferido en Nueva York.

—Volvemos mañana a casa, ¿verdad? —le dije a Nico cuando me acosté a su lado.

—Sí, al fin —sonrió.

Nos quedamos dormidos al instante.

17

Hoy he recibido otro correo de Carla. Me habla mucho de la universidad, de las paredes cubiertas de yedra que recuerdo tan bien, del campus cuidado, del césped mullido, de las fiestas de bienvenida para los nuevos estudiantes, del apartamento que comparte con una estudiante de Económicas brasileña, que todo el día escucha música de María Betania «la que escuchabas tú en tu época, mamá», me dice. De sus compañeros de facultad no escribe gran cosa; tan sólo que son muy pocos los doctorandos, que pasan demasiadas horas en la biblioteca y que no les ha gustado ver a una mujer en su grupo. Parece que especializarse en lenguas antiguas es cosa de varones. No dice más. Me imagino cómo deben de ser esos estudiantes de latín y griego, compitiendo entre ellos por labrarse un futuro profesional que no les va a brindar demasiadas oportunidades, a pesar de completar un largo programa de doctorado y redactar una tesis. Los veo abandonar la universidad seis años más tarde que cuando empezaron, pero con la misma incerteza que tenían al principio respecto a quién podría contratarlos. No me imagino a mi hija entre ellos. No quiero imaginármela así. Confío en que ella sabrá dar una utilidad a sus estudios más allá del mundo académico.

Carla se parece mucho a Nico. Al igual que hizo él, ha sido capaz de elegir unos estudios que las familias de clase media siempre tienen dificultades en aceptar, y lanzarse al vacío de un futuro incierto con la única arma de su ilusión. Comparte con su padre la pasión por el mundo antiguo, él desde la arqueología, ella desde el estudio del latín y el griego. Pero Carla es diferente; no se

obsesiona como Nico.

Durante el tiempo que Nico y yo vivimos en Amherst después de nuestra boda yo conseguí aprender suficiente inglés para estar en condiciones de plantearme continuar mis estudios. Nos pasamos parte del invierno rellenando solicitudes de admisión a distintas universidades, que procuramos fueran las mismas para los dos. Su afición por la arqueología lo había llevado a más de una discusión con su padre durante los primeros años de universidad.

—Tardé mucho en convencerlo —me comentó un día— y al fin he conseguido que aceptara que no voy a formar parte de la empresa familiar. Espera que mis hermanos sí lo hagan.

—¿Y Claudia?

—A ella ya le ha dado la gestión del restaurante que acaba de abrir en Brooklyn. Y a mí ha empezado a llamarme *il professore*, porque dice que esa es la única forma en que voy a ganarme la vida. Creo que en el fondo está orgulloso de que uno de sus hijos quiera dedicarse a la vida académica.

—¿Y Claudia y tus hermanos no quieren seguir estudiando?

—Claudia no, dice que ya sabe todo lo que necesita saber para llevar su restaurante. Y mis hermanos son muy jóvenes y todavía no se han planteado qué quieren hacer.

A mí me hubiera gustado poder decirle a mi padre que ya estaba preparada para terminar mis estudios y que iba a hacerlo en una universidad americana. Pero me había cansado ya de escribirle y no recibir respuesta. A menudo me entraban ganas de subirme a un avión con destino a Italia y presentarme en casa. Quizá nuestro abrazo sería más fuerte que su silencio durante los dos últimos años.

—Nico, cuando lleguemos a nuestra nueva universidad, allá donde sea, buscaré algún trabajo que pueda compaginar con mis clases. Quiero conseguir el dinero necesario para pagarme el billete a Italia. Necesito ver a mi padre.

—Ya sabes que yo, bueno, mi familia puede…

Le puse la mano en la boca y no le dejé terminar la frase.

—Ya sabes que eso no voy a aceptarlo.

—Los dos sois igual de testarudos. ¿No te lo había dicho antes?

—Sí, muchas veces —respondí dándole un golpecito en la

espalda.

Él hizo ver que estuve a punto de tirarlo al suelo. Los dos nos echamos a reír. Yo sabía que Nico tenía razón. Era tan orgullosa y testaruda como mi padre. Lo que Nico no sabía, y yo empezaba a sospechar, era que quizá no me frenaba el orgullo de no querer recibir la ayuda de parte de la familia de Nico, sino la posibilidad de que mi padre no quisiera verme, que no me perdonara nunca por haberlo abandonado. Ese temor se quedó conmigo, fue creciendo con el paso del tiempo y me hizo aplazar la visita en más de una ocasión.

Mientras esperábamos respuesta a todas nuestras solicitudes de programas de postgrado, yo me ofrecí a mecanografiar los trabajos que Nico debía redactar para sus asignaturas. Era su último curso en Amherst y él estudiaba a todas horas; quería obtener las mejores notas posibles para asegurarse admisión y beca en alguna de las más prestigiosas universidades del país. Con el fin de ayudarlo empecé a sacar libros de la biblioteca para él, a hacer un resumen de los contenidos más importantes de cada uno de ellos y entregárselo, a escucharlo con paciencia siempre que deseaba explicarme los temas que estaba estudiando. Me gustaba oírlo, sobre todo cuando hablaba de los descubrimientos arqueológicos de Grecia y en especial de Creta, de las piezas que se hallaban en el museo de Heraküon y de aquel palacio de Knossos que no pudimos visitar. Hablaba con pasión de todo esto, a pesar de no haberlo visto nunca. A medida que pasaban los días y su ritmo de trabajo aumentaba me pareció que se agobiaba en exceso y, aunque me gustaba ayudarlo, a ratos me molestaba que nuestros días transcurrieran sólo entre sus libros y sus papeles llenos de apuntes, que se olvidara de comer, de dormir y de abrazarme.

Espero que Carla nunca desarrolle el carácter obsesivo de Nico. Quiero que sea feliz, aunque no sé si en el ambiente tan competitivo de las universidades norteamericanas logrará serlo. Se siente muy sola, aunque intenta esconderlo. Lo puedo leer entrelineas en su mensaje. Quizá sea esa la causa por la que prefiere que no hablemos por teléfono. Siempre pone la excusa de la diferencia horaria. Y yo acepto sin rechistar esa mentira porque tampoco quiero hablar con

ella de lo que ha ocurrido aquí. Ni de los negros presagios que me vienen cuando pienso en su futuro. Me preocupa que se enrede en unos estudios tan largos, que se aleje del mundo real como hizo su padre. No puedo evitar preguntarme qué tipo de trabajo va a conseguir con un doctorado en latín y griego, que no sea dar clases en la universidad. Y no sé si es eso lo que desea, ni si ella sabe todavía lo que quiere. Quiero ayudarla y no sé cómo. Es difícil dar un consejo objetivo a una hija que quisieras tener cerca cuando ella ha decidido probar suerte lejos de casa. No puedo dirigir su vuelo. Sólo observar la belleza y la fuerza de sus alas y esperar que sea feliz en todos los lugares a donde la lleven. Será de tantos lugares como haya vivido y de ninguno de ellos. Lo sé. He pasado por ahí. Y no es fácil moverse siempre en la incertidumbre sobre cuál es tu origen, si es el lugar donde has nacido y crecido, o el lugar donde vives. Siempre me ha llamado la atención la forma tan diferente en que en Europa y América se responde a la pregunta de «¿De dónde eres?». En Italia respondemos que somos del sitio en el que hemos nacido. En los Estados Unidos responden que son del sitio donde están viviendo en esos momentos, aunque vengan de otros lugares. Y yo no sé ya qué responder a esta pregunta. ¿Italia? ¿Estados Unidos? Comprendo las dos culturas, entiendo cómo piensa la gente en ambos lugares, aunque con mucha frecuencia siento que son ellos los que no me entienden a mí. Aquí y allá, siempre me falta algo que sólo puedo encontrar en el lugar donde he vivido antes y ahora no. Sólo puedo hablar de esto con quienes son como yo. Con quienes han vivido en otros países y convivido con gentes tan diversas. Por eso puedo hablar con Gabriella, ella me entiende, aunque prefiere no mencionar los años que pasó lejos de aquí. Veo dolor en sus ojos cuando surge el tema. Nada ha olvidado. La herida sigue abierta.

Nico consiguió graduarse en la *University of Massachusetts* con buenas notas. Un mes antes había recibido la carta que iba a cambiar de nuevo el rumbo de nuestras vidas.

Aquella tarde entró en casa jadeante. Me abrazó, me besó. Abrió la mochila y sacó una carta.

—Lee —me dijo con los ojos iluminados por la alegría y los

pantalones todavía recogidos para que no se le mancharan de grasa de la bicicleta durante el pedaleo de camino a casa.

Era una carta de la *New York University*, en Nueva York. Le comunicaban que lo aceptaban como estudiante para cursar un doctorado en Historia del Arte y Arqueología.

—Aquí dice que no te conceden la beca, y es una universidad privada —levanté la vista del papel y lo miré, incapaz de compartir su alegría—. No podemos pagar una matrícula tan elevada, y luego está el alquiler de un apartamento en Nueva York, la comida…

Nico negó con la cabeza para que callara y levantó la mano como si pidiera permiso para hablar.

—No te preocupes por eso. Pediré un préstamo a mis padres y les devolveré cada dólar cuando termine los estudios. Sé que me ayudarán, a pesar de que todavía no entienden por qué quiero estudiar pinturas y piedras viejas, como dicen ellos.

Me pareció que una tensión desconocida se apoderaba de cada uno de mis músculos, como si me estuviera preparando para defenderme de un ataque.

—Pero… ¿dónde vamos a vivir? ¿Con ellos? No, por favor, Nico —le dije casi en un susurro—. Quiero que estemos solos. Necesitamos estar solos.

Él se echó a reír. Volvió a abrazarme.

—¿Y crees que yo quiero vivir con ellos? No. Aquí en América, cuando los hijos se van de casa para ir a estudiar a la universidad, se van para siempre. Ya no vuelven a casa de los padres, por muy italiana que sea su familia y tenga a una *mamma* dispuesta a acogerlos con los brazos abiertos y a prepararles sus platos preferidos. No. Afortunadamente, aquí no es así —me acarició la mejilla, el pelo. Me hizo muecas divertidas con la boca, me obligó a reír con él.

Me hubiera gustado creer lo que estaba diciendo, pero lo poco que había visto en la actitud de Ettore y María hacia sus hijos me hacía temer que Nico estuviera equivocado. Me esforcé por parecer alegre y no le hice partícipe de mis dudas. Feliz como estaba con la noticia de su admisión en una universidad de prestigio, Nico no se dio cuenta de que yo intentaba aplazar el máximo posible nuestra marcha de Amherst. Temía el momento en que debíamos instalarnos en Nueva York, presentía que su familia no nos iba a dar

la tranquilidad que necesitábamos. Se creerían en su derecho. Se trataba de su hijo y ellos iban a pagar sus estudios y el apartamento donde viviríamos.

Sólo me sentí algo mejor cuando a mí también me llegó una carta en la que se me informaba que me habían admitido en La *School of Humanities and Social Sciences* del *Brooklyn College*. Tampoco me concedían la beca que había solicitado, aunque, junto con la carta en que justificaban su decisión por las dificultades económicas que atravesaba la universidad durante aquellos años, sí me ofrecían información de cómo conseguir un préstamo.

Pocos días después, cuando Nico y yo estábamos ya ocupados en vaciar el apartamento de Amherst para mudarnos, le comuniqué que había solicitado el préstamo.

—Creo que te has avanzado. Mis padres pueden ayudarnos a los dos. No necesitas pedir préstamos —me dijo, molesto.

—Lo prefiero así. Además, como ciudadana americana que ahora soy y residente de Nueva York, es poco lo que debo pagar. Al fin y al cabo, se trata de una universidad pública. Puedo estudiar y trabajar, y pagar el préstamo.

—No sé si lo entenderán.

—A mí sólo me importa que lo entiendas tú —le dije antes de coger una nueva caja de cartón y empezar a llenarla de libros.

Él movió la cabeza en gesto afirmativo. Se acercó a mí y me besó en los labios con suavidad.

—Lo sé —sonrió—. Luego tomó papel de periódico y empezó a envolver unos vasos antes de meterlos en la caja.

Seguimos trabajando en un silencio sólo interrumpido por el ruido de la cinta adhesiva con la que montábamos y cerrábamos las cajas de cartón que se iban acumulando en la sala. Todavía entraba el sol de la tarde y hacía calor. No me importaba; hacía tiempo que el apartamento había dejado de ser para mí aquel espacio pequeño y feo con el que nos encontramos a nuestra llegada. Era nuestra casa y allí se iban a quedar los recuerdos de nuestros dos primeros años juntos. Aquellas paredes nos habían visto crecer, aprender a amarnos, convertir la atracción que sentimos el uno por el otro desde que empezamos a caminar entre los olivos de mi padre en un sentimiento cada vez más fuerte, en el que la pasión, la ternura y el respeto hacia el otro se habían afianzado. Las paredes nos habían

escuchado reír y soñar en voz alta, pelearnos y amamos. Habían sido testigos de que, en contra de lo que podía esperarse, la decisión de casarnos sin conocernos había sido alocada y arriesgada, aunque no equivocada.

La alegría que sentía de poder volver a estudiar me hizo olvidar los largos meses en los que, a pesar de amar a Nico, también me sentí sola, marcada por la añoranza de mi padre y de mi país, resentida por haber perdido el rumbo de mi vida, aburrida por la falta de una actividad interesante que ocupara mis horas. Momentos de desánimo que conseguí superar gradas a mi amistad con Nasila. Así se lo dije cuando fui a su apartamento para despedirme. Ella tenía a su hijo en brazos y su vientre empezaba a mostrar un nuevo embarazo. Nos abrazamos emocionadas, prometimos escribirnos y visitarnos.

Durante unos años Nasila y yo intercambiamos cartas y fotografías. Misivas que se fueron haciendo menos frecuentes cuando ellos regresaron a Arabia Saudita. En la última que recibí había una fotografía donde aparecía rodeada de sus cuatro hijos. El mayor, el único que llegué a conocer, ya convertido en un adolescente espigado de mirada atenta. Su esposo, tan apuesto y serio como cuando éramos vecinos, estaba sentado a su lado. Todos sonreían a la cámara en el marco de un salón suntuoso con muebles occidentales y caros y colores vibrantes en cortinas, cojines y objetos que adornaban las superficies de los muebles. Ella tenía un libro sobre el regazo del que no pude ver el título. Llevaba una túnica azul celeste con bordados dorados y un *hiyab* del mismo color que escondía por completo sus cabellos y enmarcaba las mismas facciones dulces y ojos curiosos que yo recordaba.

18

Nico y yo nos instalamos en Brooklyn, en una calle con árboles y una larga hilera de casas de ladrillo rojizo, cada una con su tramo de escaleras y barandillas de hierro forjado para acceder a la puerta de entrada y ventanas de cristales curvados que daban a la calle. Era el segundo piso de una casa de dos plantas reconvertida en apartamentos. Estaba situada en una zona tranquila, aunque no lejos de otras partes de Brooklyn donde abundaban las calles sucias, los edificios medio quemados con los cristales de las ventanas rotos, grafitis en las paredes y descampados con basura. Me costó acostumbrarme a ver niños semidesnudos bebiendo de las bocas de las fuentes para apagar los incendios, a cruzarme con jóvenes de piel oscura y mirada torva cuando salía de mis clases y al sonido de las sirenas de la policía que patrullaba las calles todas las noches. Intentaban sin éxito evitar las peleas, robos y asesinatos protagonizados por los *Devil Refreís*. Era uno de los grupos más agresivos de jóvenes sin futuro que, armados de navajas o pistolas, llenaban la crónica de sucesos de aquel Nueva York que mostraba al mundo la cara opuesta del sueño americano. La euforia económica de los años anteriores había llenado la ciudad de quienes ahora se encontraban sin trabajo a causa de las muchas empresas que se vieron obligadas a cerrar, cuando ya nadie esperaba que eso fuera a suceder. Veía esos cambios si me alejaba un poco de las calles consideradas seguras, cuando entraba en el metro y descubría a algún hombre que olía mal y dormitaba en un asiento, o cuando me llegaban los gritos de los niños que jugaban en los descampados. En los años setenta y ochenta del siglo pasado, esa imagen de pobreza

y violencia, que todos hubieran querido ignorar por considerarla de un tiempo pretérito, ocupó el lugar de aquella otra de familias felices y acomodadas que yo había visto en el cine de Specchia cuando era niña. Se habían marchitado las flores hippies que llenaron de esperanza las calles de las ciudades y el corazón de los estudiantes en América y en Europa. De los cantos de protesta de Joan Baez que yo me sabía de memoria sólo quedaba ahora su voz cantando *Gracias a la vida*. Y la de John Lennon, que imaginó un mundo sin fronteras ni religiones.

La universidad a la que asistía había perdido financiación, alumnos y profesores. Muchos de los que habían empezado a estudiar allí cuando la matrícula era gratuita, tuvieron que dejar de hacerlo. A los que quedábamos nos recibieron profesores que creían en las palabras con las que definían la importancia de estudiar historia, aunque los conocimientos que íbamos a adquirir no eran los más adecuados para encontrar un trabajo bien remunerado.

—Estamos aquí para estudiar los éxitos y los fracasos de la humanidad, las épocas brillantes y las épocas oscuras, las civilizaciones que nos han hecho avanzar y los regímenes que las han destruido. Todo esto nos ayuda a entender el presente —dijo el primer día de clase un profesor joven, delgado, con el cabello largo y gafas pequeñas y redondas.

Una chica pelirroja de cabellos largos y una cinta verde en la frente levantó la mano para hablar.

—¿Y si entendemos bien todo lo que nos ha precedido podemos dar una mejor forma a lo que está por venir?

—Quiero creer que sí. Por eso estudiamos historia. Porque creemos que así podremos saber cuáles son los ideales, sistemas y estructuras que han beneficiado a la sociedad y cuáles no.

Me imaginé a mi padre o al padre de Nico sentados a mi lado y preguntándome para qué servirían esos conocimientos a la hora de encontrar trabajo. Yo no podía evitar preguntármelo también. Si tenía que elegir entre quedarme en casa como había hecho mi madre o trabajar fuera, elegía trabajar fuera, sin lugar a duda. Por eso me preocupaba la utilidad de lo que estudiaba de cara a entrar en el mundo laboral. Me alegró escuchar las palabras del profesor que, como si adivinara el pensamiento de muchos de nosotros, se apresuró a decir:

—Y, al contrario de lo que cree la gente, estos conocimientos van a ser importantes en muchas áreas profesionales, como por ejemplo en la educación o en los negocios. O en el periodismo.

Creo que fue aquella primera mañana en la universidad cuando todo lo que yo había sido antes de abandonar Italia empezó a encajar con lo que era ahora. Las preguntas que me hacía desde niña cuando veía o escuchaba cosas que no comprendía y que despertaban mi curiosidad, los libros que me gustaba leer, los viajes con los que soñaba, la universidad que me abría la puerta a otros mundos. Mi casa y el olivar, y el amor de mis padres que me daba fuerza y seguridad. Y luego Nico y ese país nuevo y complejo que empezaba a conocer. Comprendí que debía escribir sobre todo lo que iba descubriendo. Hablar de la historia en el momento en que estaba ocurriendo. Escribir sobre la realidad que veía todos los días como lo hacían los programas informativos en la radio, los periódicos y la televisión. Enviaría mis crónicas a Italia, serviría de puente entre Italia y América. «Papá, quiero ser periodista», dije en voz alta. Como si así él pudiera oírme. «Mamá, quiero ser periodista», dije para mí. No necesitaba gritar para que ella me oyera. Vi su sonrisa en el rostro de una mujer anónima que pasaba por la calle.

Convertí a Oriana Fallad en mi modelo, aunque yo no quería ser corresponsal de guerra ni entrevistar a los políticos más conocidos, como había hecho ella. Observaría, informaría, denunciaría si era necesario, como hizo ella cuando murió su amigo Pier Paolo Pasolini y descubrió el móvil político que había causado su muerte. Hablaría de la ciudad que me había acogido, de sus calles y sus gentes, de todo lo que ocurriera a mi alrededor. Me convertiría en observadora y protagonista de la historia.

Pensando en todo eso regresé a casa en tal estado de euforia que ni siquiera oí que Nico me llamaba desde la acera opuesta a la nuestra para que lo esperara y subir juntos a casa. Él me alcanzó y yo, al verlo, lo abracé con todas mis fuerzas. Había recuperado la ilusión por aprender sobre cosas que me interesaban y, tras aquella primera clase, comprendí que estaba en el lugar idóneo para hacerlo. Estaba deseosa de explicarle cómo había transcurrido la mañana.

Me he quedado dormida y ahora, al despertar, me cuesta abrir los ojos. Las imágenes no me abandonan. Es como si volviera a vivir lo ocurrido. Contemplo un atardecer hermoso. Luca está a mi lado. Los tonos rojizos del cielo no parecen reales. Me recuerdan a una de esas viejas películas en Cinemascope, con sus colores vivos y la música invasora que acompañaba a las escenas para que no quedara duda alguna de que eran importantes. De pronto nos levantamos los dos de la mesa, aterrados. Hemos descubierto el origen del resplandor. De la mancha anaranjada que crece por detrás de los primeros olivos vemos emerger una llama y humo.

Cuando la llama ya ha crecido y el humo se ha hecho más negro y espeso, estamos cerca de Garibaldi.

—¡No subas! —grito—. No puedo moverme de donde estoy. Un dolor intenso me invade. Me golpeo la pierna con algo duro.

Abro los ojos. Creo que he chillado, porque mi compañera de cama me mira asustada. La luz roja que llama a la enfermera está encendida.

La joven que se ocupa de traerme la medicación y vigilar el gotero se sitúa a mi lado, me pasa una toallita húmeda alrededor de los ojos y la parte de la frente que no tengo cubierta. Creo que no sabe si estoy sudando o llorando. Yo tampoco lo sé.

—¿Dónde está Luca? —pregunto—. Ella duda un momento, como si no supiera de qué le estoy hablando. Mira a mi compañera de habitación, que se encoge de hombros. Luego me mira a mí y fuerza una sonrisa.

—Está bien, no se preocupe.

No me creo lo que está diciéndome y giro la cara hacia el otro lado. No sé en qué momento he dejado de sentir su presencia. Cuando cierro los ojos sólo veo llamas que crecen y la sombra de Luca que intenta cruzarlas. Abro los ojos de nuevo para no ver aquello.

Una mujer joven me está mirando desde los pies de la cama. Da un paso hacia adelante y enseguida, como si se arrepintiera de lo que estaba a punto de hacer, vuelve a su posición inicial. La chica dirige su mirada hacia la silla cerca de la cama. Pregunta si puede sentarse. No sé qué decirle, no sé quién es. Ella entiende el desconcierto de mi mirada.

—Soy Laura… Laura di Castello… del periódico…

La interrumpo alzando la mano. Ahora recuerdo la cita. Me la ha anunciado Gabriella esta mañana. «Debes dar a conocer lo que ha pasado, que se tomen medidas para que no les ocurra a otros», me ha dicho ante mi negativa de recibir a nadie. Al final ha logrado convencerme. Y ahora la joven está aquí. Me doy cuenta de que no se trata de ninguna periodista experimentada. Los que ya llevan tiempo en el periódico tienen miedo a perder su trabajo si escriben sobre sucesos que a muchos no les interesa hacer públicos.

Creo ver en ella a una chica atrevida e ilusionada, dispuesta a hacer el que quizá será su reportaje más complejo, el que puede que le censuren. Tengo la impresión de que eso ya lo sabe, y que no le importa. Me reconozco en su mirada, en su curiosidad, en su juventud. En aquella joven que yo también fui y que durante un tiempo muy breve quiso ser periodista para denunciar todo aquello que no le gustaba y que pensaba que podía ayudar a cambiar. Estoy a punto de preguntarle si ella también ha leído a Oriana Fallad. Me detengo a tiempo. ¿Quién, en el año 2014, se acuerda de ella? Me pregunto cuáles son ahora los modelos de referencia de los jóvenes que todavía idealizan esta profesión. Laura parece ser uno de ellos.

—Siéntate, por favor.

La chica sonríe, se sienta. Saca el teléfono móvil y lo enciende.

—Lamento mucho lo que le ha ocurrido.

Mira con detenimiento mis vendajes. Comprendo por su expresión que deben parecerle una mortaja. Percibo su incomodidad y a la vez su interés por descubrir, denunciar, demostrarse a sí misma y a todos que es capaz de escribir un gran reportaje.

—¿Le importa si la grabo? —me dice señalando el teléfono.

Le respondo que no me importa. Enseguida cambio de opinión. Tengo miedo.

—Como quiera —murmura respetuosa—. Guarda el teléfono en el bolso y saca un bolígrafo y un bloc de notas.

Me gusta su actitud. Delicada en su forma de hacerme preguntas, paciente a la espera de mis respuestas, que a veces llegan y otras veces no. Me parece perspicaz, disciplinada, dispuesta a llegar hasta el final, hasta conseguir las pruebas necesarias para desenmascarar a quién o quiénes están detrás de lo ocurrido. Y yo necesito su ayuda para confirmar mis sospechas, aunque no me

atrevo a compartirlas con ella. No sé si quiero que salgan a la luz ahora, tan pronto. Temo un nuevo ataque. A mí, o a Luca. Tan indefensos los dos en nuestra cama de hospital. Qué fácil sería ahora acabar con nosotros. Si esta periodista ha entrado en la habitación mientras yo dormía, cualquiera puede hacerlo. Por un momento me tranquiliza que él todavía no esté en condiciones de hablar, ni siquiera de recibir visitas. Me temo que la cautela no es una de sus cualidades. Y lo admiro por eso. Por eso y por todo lo que he descubierto en él durante los últimos meses. Todavía no sé si me engañan cuando me dicen que está bien, que saldrá de esta.

Quiero creerlos.

19

Nico me aseguró que sus padres no vendrían a casa si nosotros no los invitábamos y así fue, al menos durante las primeras semanas. A cambio debíamos visitarlos todos los domingos. Compartíamos con ellos una comida que se me hacía interminable. Encerrada en aquel comedor, ocupado por demasiados muebles y cegado a la luz del día para que no se estropearan, debía elogiar con entusiasmo cada uno de los platos y pretender que no escuchaba los suspiros que profería la madre de Nico cada vez que hablaba de nuestro nuevo apartamento, que sólo había visitado una vez. Y me miraba compungida mientras Nico intentaba orientar la conversación hacia otros temas.

Volvíamos a casa con un juego de cama o una mantelería con las iniciales de Nico bordadas a mano, o con una figura de cerámica, o un marco de plata, excesivamente trabajado, para exponer nuestra foto de novios. Objetos que yo debía agradecer sin que se me notara que no me gustaban y que al llegar a casa procuraba esconder en lo alto de algún armario para no tener que verlos. No sabía cómo decirle que no quería ningún objeto más, que no me gustaba lo mismo que a ella.

—No le digas nada —me aconsejaba Nico cada vez que le comentaba mi sentir—. Le darías un disgusto. Es mejor así.

—Algún día habrá que decírselo, ¿no te parece?

—Sí, ya se lo diremos más adelante —contestaba evasivo.

Claudia, que tenía el restaurante no lejos de donde vivíamos, tomó por costumbre visitarme. Solía hacerlo cuando sabía que Nico no estaba en casa. Llegaba maquillada y vestida con esmero, como

si en vez de venir a mi casa fuera a ver a alguien importante. Tenía una manera muy especial de decir las cosas, de hablar de sí misma y de su familia como si fueran personajes de un libro o de una película. Me costaba saber cuándo hablaba en serio y cuando bromeaba. Nico era con frecuencia el objeto de sus comentarios. Yo no sabía si lo admiraba o se burlaba de él.

Una tarde llegó a casa más pronto de lo habitual. Algo en ella era diferente. Llevaba unos pantalones vaqueros con pata de elefante y una camisa blanca. Era ropa cara y a la moda de entonces, que acompañaba con un maquillaje discreto. Sus ojos pintados no habían conseguido ofrecer una mirada intensa, sólo triste. Le pregunté si estaba bien. Ella cambió de tema:

—¿Ha salido ya mi hermano?

Pareció relajarse cuando le respondí que sí. Enseguida intentó retomar el tono de burla ligera que usaba siempre que hablábamos de él.

—¿No te molesta que Nico estudie tanto? Siempre está con sus libros. Sólo sale para ir a exposiciones de arte. ¿A que ya te ha llevado a todos los museos de Manhattan?

—A mí también me gustan —reconocí—. En especial los de arte antiguo. Disfruto cuando me habla de la función del arte en las diferentes culturas y cuando me explica historias de arqueólogos y sus hallazgos.

Claudia bostezó de forma exagerada.

—Sí, mi hermano siempre fue muy aburrido. Ha tenido suerte de dar contigo.

—¿Así que piensas que yo también soy aburrida? —dije riendo.

—Sí, mucho. Es broma —añadió enseguida.

Me pareció que iba a decir algo. No lo hizo. Miró la hora, se levantó del sofá y se fue a la cocina. Oí que abría el grifo.

—¿Te apetece salir un rato? —dijo entrando de nuevo al salón con un vaso de agua en la mano.

Yo había pensado quedarme en casa estudiando, pero descubrí algo en su mirada que desmentía la ligereza de esa petición. Era una súplica.

—Vamos a pasar la tarde en Manhattan. ¿Qué te parece?

Accedí a acompañarla. Salimos a la calle y tomamos el metro para ir a Manhattan.

La tarde no era fría y anduvimos un buen rato por una de las zonas más elegantes de la quinta avenida. Claudia se paró cuando pasamos por delante de una tienda de juguetes que exhibía peluches de todas las formas de animales imaginables y de grandes dimensiones.

—Mira, es *FAO Schwarz* la tienda de juguetes más famosa de Nueva York. ¿Entramos?

—Como quieras.

En la tienda apenas había niños, aunque sí muchos adultos vestidos con elegante informalidad y con peluches o muñecas en la mano, y empleadas bellas que respondían a sus preguntas sin perder la sonrisa. Claudia cogió un inmenso oso de peluche de color blanco con un gran lazo rojo. Le acarició las orejas y las patas, intentó hacerlo sentar, luego lo abrazó. Se volvió hacia mí:

—¿Te gusta?

—Sí. Aunque es muy grande para que un niño pueda jugar con él, ¿no?

—Ya.

Tomó las patas delanteras del peluche y las juntó, como si aplaudiera. Volvió a dejarlo donde lo había encontrado.

—¿Tú quieres tener hijos? —dijo de repente.

Era una pregunta que yo todavía no me había hecho.

—Sí… supongo… algún día…

—Yo no. Y voy a tener uno.

Durante unos instantes no supe qué decirle. Ella me observaba muy seria. Cuando al fin me decidí a hablarle hizo el gesto de taparme la boca con la mano.

—El padre no es el tonto de mi primo con quien mis padres y los suyos quieren casarme.

Recordé a Donato, el joven serio que vi por primera vez a su lado durante la comida de *Thanksgiving* y que ella no quiso que la acompañara cuando se sintió mareada y se levantó de la mesa para ir a la cocina. Los vi bailar juntos el día de mi boda, beber juntos, reír juntos. Los vi abandonar la sala donde se había celebrado el banquete cuando el baile no había hecho más que empezar.

—¿Quién?, ¿quién es el padre? —pregunté. Al instante me arrepentí de mi indiscreción.

—El hombre al que amo.

En sus ojos brillaban las lágrimas retenidas. Enseguida bajó la cabeza y echó a andar.

—Vámonos de aquí —dijo.

La seguí. Caminamos en silencio hasta que llegamos a una cafetería elegante que ella parecía conocer bien. Indicó a la camarera que nos acomodara en una mesa apartada, en un rincón con una ventana que daba a la calle.

Nos sentamos y ella pidió un té y un pastel de zanahoria. Yo pedí lo mismo. Claudia miró a su alrededor, a las mesas ocupadas por hombres y mujeres vestidos con la formalidad que requieren los trabajos en los edificios de oficinas acristalados que crecían hacia el cielo en aquella calle importante de Manhattan. El local estaba lleno, animado por el murmullo de muchas conversaciones. Cuando estuvo segura de que nadie se fijaba en nosotras, me tomó ambas manos y me miró a los ojos.

—Donato, mi primo, no debe saberlo. Nadie debe saberlo. Nico tampoco.

Nunca me había gustado que me confiaran secretos, pero asentí con la cabeza.

—No te preocupes. No diré nada a nadie.

—Necesito que me ayudes. Sé dónde debo ir para evitar que nazca el niño y no me atrevo a ir sola. Sólo te pido que me acompañes.

—Yo…

La camarera puso las tazas de té, los pedazos de pastel y la cuenta sobre la mesa. Cuando se fue Claudia bebió un poco de té.

—¿Lo harás? —me pareció que estaba a punto de echarse a llorar. No tuve tiempo de pensar demasiado en la respuesta.

—Sí, sí, claro —era incapaz de negarme—. ¿Estás… estás segura? —añadí.

—Sí —dijo mirando inquieta hacia la ventana que daba a la calle.

Tomó la cucharilla, partió un trozo de pastel y no se lo llevó a la boca. Apartó el plato. Volvió a mirar por la ventana.

—Ahora debo irme —dijo sin dejar de mirar hacia la calle—. Nos encontraremos aquí el jueves a la una.

Claudia abrió el bolso, sacó un espejito y una barra de carmín. Se pintó deprisa los labios sin perder de vista la calle. Luego se

aplicó colorete en las mejillas.

—¿Estoy bien? —me preguntó a la vez que se levantaba de la silla y dejaba dinero sobre la mesa.

—Estás muy guapa —acerté a decir. Me levanté.

Claudia me puso la mano en el hombro y me pidió que me quedara sentada.

—Termina tu pastel. Aquí los hacen muy buenos —sonrió. Enseguida se puso seria de nuevo—. Vendrás el jueves, ¿verdad?

—Sí. Ya te he dicho que sí.

—Gracias. Nunca olvidaré lo que vas a hacer por mí.

Salió de la cafetería y yo la seguí con la mirada. Por la ventana la vi cruzar la calle. Un hombre alto la esperaba al otro lado. Fue hacia ella cuando la vio llegar. Vestía un elegante abrigo de lana color camel y tenía el cabello blanco. Se abrazaron y se alejaron de allí deprisa, sus brazos entrelazando la cintura del otro.

Cumplí mi promesa y no dije nada a nadie. Hubiera preferido no saber el secreto de Claudia; no me parecía correcto que fuera yo la única que conocía la situación en que se encontraba. Me preguntaba qué había visto ella en mí, casi una desconocida, para convertirme en su confidente. No entendía cómo pudo adivinar que yo iba a acceder a ayudarla ni tampoco por qué no se lo había pedido a una amiga.

Los piquetes con pancartas a la puerta de la clínica abortista me aportaron una respuesta. Aunque el aborto era legal en el estado de Nueva York desde hacía más de tres años, tenía muchos detractores que pedían que se cerraran las pocas clínicas recién abiertas que garantizaban una interrupción del embarazo sin riesgos y a un precio asequible. Había leído que los grupos feministas habían luchado durante mucho tiempo por ese derecho. Conocía las denuncias a la práctica de abortos en condiciones que acababan con la vida de las mujeres que no podían asumir el coste abusivo de una intervención con garantías sanitarias. Delante de aquellos vociferantes portadores de pancartas comprendí que lo que para unos era un paso importante hacia la libertad de la mujer, para otros constituía un crimen que debía ser penalizado. Mientras ayudaba a una palidísima y temblorosa Claudia a sortear su paso

entre quienes proferían amenazas o intentaban evitar que entrara en la clínica con palabras encendidas y sonrisas beatíficas, me preguntaba qué derecho tenían a decidir por ella. Me pareció imposible que alguien pudiese decidir algo así a la ligera, como rezaban algunas pancartas. Claudia había pensado mucho sobre lo que iba a hacer antes de decidirse. El proceso había sido doloroso y solitario.

Rellené los formularios en su nombre mientras ella apenas se aguantaba de pie. Lloraba como si estuviera sola y nadie pudiera verla. De fuera nos llegaban los gritos de los manifestantes. De fuera llegó también otra chica acompañada de una amiga. Lucía la misma palidez que Claudia y los mismos ojos rojos de haber llorado. Yo no dejaba de preguntarme cómo era posible que aquellos que gritaban a la puerta de la clínica pensaran que abortar era una decisión fácil. Ellas tenían sus razones, y aunque Claudia no me explicó con detalle las suyas, no me costó adivinar que aquel hombre mayor, que la había abrazado con tanto amor, nunca llegaría a saber que podría haber sido padre de un hijo que no viviría en su casa ni compartiría juegos con los hijos que ya tenía. A ellos les daría todas las noches un beso cuando ya estaban en la cama, incluso les explicaría un cuento si no llegaba demasiado tarde del trabajo.

Una enfermera se llevó a Claudia y a la otra chica, cada una con una bolsa con sus objetos personales. Alguien abrió una de las puertas del pasillo y nos llegó un olor que reconocí. Era el mismo que sentía cada vez que entraba a visitar a mi madre durante el periodo en que estuvo hospitalizada. Me levanté para salir a la calle. Al llegar a la puerta desistí. Los de afuera seguían gritando. Volví a sentarme. Las sillas de plástico duro que ocupábamos la otra chica y yo eran muy incómodas. Antes de quedarse dormida me comentó que venía de Lawton, en el estado de Oklahoma, y había acompañado a su amiga durante el largo viaje en autobús. Yo no podía dormir, ni leer, ni pensar en nada que no fuera el mal rato que estaría pasando Claudia. Me alegré de no ser yo la que debía enfrentarse esa experiencia y de haberme casado con el hombre al que amaba.

Mi mirada no podía entretenerse en las paredes grises y desnudas de la sala y cerré los ojos. Creo que en algún momento yo también llegué a quedarme dormida. Me vi rodeada de brazos que

querían arrebatarme al bebé que dormía en mi regazo. A los brazos les siguieron los rostros del padre, la madre, los hermanos, los tíos y los primos de Nico. Cuando abrí los ojos tuve la respuesta a la pregunta que él me había formulado unos días atrás y yo había contestado con evasivas. Recordé las muchas veces que en los últimos meses se había hablado del tema durante nuestras comidas de los domingos. No, no quería tener hijos. Todavía no.

Agradecí la llegada de una enfermera. Su presencia impidió que continuara preguntándome si Nico respetaría mi decisión o cedería a las presiones de sus padres, que insistían en su deseo de que los convirtiéramos en abuelos. La seguí hasta la habitación donde reposaba Claudia y me quedé con ella hasta que se hizo de noche. A la mañana siguiente volví a buscarla para acompañarla a casa.

20

El médico se acaba de ir y me ha dejado sobre la mesilla de noche el informe de todas las curas practicadas desde mi ingreso en el hospital y de las condiciones en las que se me da el alta. Gabriella ha venido para llevarme a casa. Debería estar contenta porque al fin puedo salir de aquí, pero los ánimos me fallan, me cuesta salir de la cama.

Gabriella saca de una bolsa una camisa amplia y estampada en tonos verdes y unos pantalones blancos.

—Mira lo que te he traído. Anda póntelo. Son prendas muy cómodas que no te van a molestar.

Me siento en la cama. Miro la pierna, ya libre de escayola. Está más delgada que la otra.

—¿Y Luca? ¿Cómo está? Nadie me dice nada. ¿Puedo ir a verlo?

—Él está bien… estará bien. No te preocupes —dice sin mirarme mientras lee el informe de alta.

—¿Puedo ir a verlo ahora?

—Aquí dice que te dan el alta a condición de que vengas cada día al hospital. Que debes continuar con la rehabilitación de la pierna, que sigas andando con las muletas y que pronto podrás volver a caminar. Que las quemaduras evolucionan bien. Que apenas dejarán marcas. Que necesitas un cuidado profesional diario.

Gabriella sigue leyendo sin mirarme y yo entiendo por qué evita responderme.

—¿Cuándo podré verlo? ¿Mañana cuando venga a las curas?

—Mañana u otro día —responde evasiva—. Anda, vístete.

—Quiero hablar con su médico, que me dé toda la información.

—Ahora no puede atenderte. Además… no puedes hacer nada.

—¿Cuándo podré verle? —insisto.

—No lo sé, Giulia.

Empiezo a vestirme despacio.

—Gabriella, no quiero ir a casa. No sé si podré…

—¿Y lo dices ahora, cuando llevas tantos días insistiendo en que quieres irte? ¿Cuándo has conseguido que te den el alta? Ya te dije que hubiera sido mejor que te quedaras aquí unos días más. Pero es tu decisión y yo la respeto, y te ayudaré en lo que pueda —hace el gesto de ponerme la blusa para que vaya más deprisa, enseguida se contiene—. Ahora debes afrontar tu regreso a casa. Anda, vámonos de aquí de una vez —al final la impaciencia puede más y me pone ella misma los zapatos. Me toma del brazo para levantarme de la cama.

—Dime cómo está Luca. ¿Lo has visto?

—No, no lo he visto. Me han dicho que ha salido de peligro y que ha preguntado por ti —coge mi bolso y me lo da.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La enfermera que lo cuida. También me ha dicho que… que no quiere ver a nadie todavía.

La casa está limpia y ordenada, sólo el olor a humo recuerda la desgracia, que me llega con toda su crudeza cuando Gabriella abre los postigos de las ventanas para que entre la luz. Me aparto de la ventana, no quiero ver. Prefiero recordar cómo era todo antes del incendio. La rabia me sube a borbotones por todo el cuerpo, me llega a la cabeza, me golpea las sienes y quiere quedarse allí en forma de migraña. Me resisto, y el dolor va en aumento. Aprieto los puños con fuerza. Enseguida libero de nuevo mis manos para volver a cerrar los postigos.

Gabriella me observa en silencio, suspira y me señala el sofá para que me siente.

—Voy a preparar algo para comer.

—No tengo hambre.

Ella, ya de camino hacia la cocina, regresa y se planta delante de mí con los brazos cruzados. Luego se agacha hasta que su rostro queda a la altura del mío y me acaricia los brazos. Siento el calor de

las yemas de sus dedos a través de las vendas, ahora finas, que los separan de mi piel.

—Giulia, cuanto antes superes esto, mejor. Puedes hacerlo. Aunque si yo estuviera en tu lugar, no tendría miedo de denunciar los hechos. Quizá deberías volver a hablar con la periodista.

—¿Tú crees?

—Creo que buscar al culpable de todo esto, y mantener la esperanza de llegar a encontrarlo, te ayudará a recuperarte más deprisa. A que esa rabia que ahora sientes salga de ti y se canalice en forma de búsqueda de justicia, hasta conseguir que el responsable de todo esto pague por lo que os ha hecho, a ti y a Luca. La periodista, yo, y me parece que tú también, estamos convencidas de que el incendio fue intencionado.

Gabriella tiene razón y yo no sé por dónde empezar. Estoy demasiado asustada, demasiado preocupada por un futuro que ahora no sé por dónde va a transcurrir. Los planes que tenía ya no son viables. El sueño de mi padre no se cumplirá nunca, mi aprendizaje para llevar la empresa ha terminado cuando apenas había empezado. Me siento como si todo lo aprendido a lo largo de los años no hubiera servido para nada y me hallara de nuevo en el punto de partida, como aquel día en Nueva York en el que busqué trabajo por primera vez. No quiero volver a caer en una situación de dependencia como entonces. No quiero que mi hija sepa de mi indefensión, que Nico llegue a enterarse, que su familia lo sepa, que los necesite de nuevo.

Todos mis compañeros de clase trabajaban y yo quise hacer lo mismo. Tenía prisa por pagar el préstamo que me había empeñado en pedir a pesar de que Nico intentó convencerme de que no lo hiciera.

Acudí a mi primera entrevista de trabajo sin decirle nada a él pues imaginaba que se opondría. Fui con una compañera de clase a *The River Café*, un local recién abierto que pedía personal para servir las mesas en horario a convenir. No llegué a entrar, ella tampoco. El lugar, tan cerca del muelle de Brooklyn, parecía estar habitado sólo por grandes camiones cuyos conductores esperaban para descargar la mercancía. No había otros edificios por allí ni

pasaba gente. Cuando leí que buscaban camareras para un restaurante en el que se servirían platos cocinados con ingredientes de primera calidad imaginé que se trataría de un restaurante elegante. Algo parecido debió de ocurrirle a mi compañera de clase pues las dos nos miramos asustadas cuando tomamos conciencia de la desolación de aquellas calles.

Nos alejamos a paso rápido, queríamos correr. No nos atrevimos a hacerlo para no llamar más la atención de todos aquellos hombres que cargaban pesos y que parecían no haber visto a una mujer en mucho tiempo. En nuestro camino de regreso para tomar el autobús nos cruzamos con otras jóvenes como nosotras que acudían al reclamo del anuncio. Pensé que ellas quizá sí aceptarían trabajar en aquel lugar, salir tarde por la noche, pasar miedo al regresar solas a sus casas.

Creo que por primera vez me alegré de no tener la necesidad de trabajar, aunque me costaba aceptar que dependía de Nico y él de sus padres, y que esa dependencia haría difícil que defendiera mi criterio a la hora de decidir nuestros gastos. A veces me parecía una preocupación excesiva e innecesaria, ya que Nico había dejado en mis manos el control de todas las decisiones domésticas y de todos los gastos. Otras, en cambio, me reafirmaba en mi posición. Ocurría siempre después de alguna visita a los padres de Nico, tras escucharlos insistir una y otra vez sobre qué muebles y utensilios domésticos eran imprescindibles y dónde debíamos comprarlos. Miraba a Nico aterrorizada cuando ellos reiteraban su oferta de acompañarnos. Nico callaba y me dejaba responder con educadas evasivas que me dejaban agotada por el esfuerzo de contenerme. Ya de vuelta a casa, malhumorada, acusaba a Nico por su impasividad, por no ser capaz de enfrentarse a sus padres y decirles de forma clara que queríamos hacer las cosas a nuestra manera.

—¿Qué más da? —me decía—. Tú déjalos hablar y luego haz lo que a ti te convenga.

—¿Pero no te das cuenta de que me resulta muy violento negarme siempre a todo lo que me proponen?

Él se encogía de hombros.

—Son buena gente. Sólo intentan ayudarnos.

Llegué a pensar que el problema lo tenía conmigo misma, con la imagen de mujer económicamente independiente que me había ido

formando con mis lecturas y que me alejaba del modelo de ama de casa que había visto en mi madre y en las mujeres de su generación. Quizá fuera así, aunque había algo más. La familia de Nico, especialmente su madre, marcaba demasiado su presencia en nuestras vidas.

—Somos italianos. Las familias italianas somos así —reía Nico mientras me abrazaba por la espalda.

—Yo también soy italiana, y no quiero vivir como lo hacía mi abuela.

Él lanzaba una sonora carcajada y yo me apartaba de él enfurruñada.

Unas horas más tarde nos habíamos olvidado de su familia y nuestra semana transcurría plácida, hasta que llegaba el domingo y debíamos pasarlo de nuevo con sus padres.

Cuando conseguí un trabajo en una pizzeria de Brooklyn, acordamos no decírselo a los padres de Nico. El restaurante estaba muy cerca de casa y no me importaba salir tarde. Descubrí que el mísero sueldo que me pagaban podía multiplicarse gracias a las propinas y me afané en ser la camarera que mejor atendía tanto a los clientes habituales del restaurante como a los que llegaban por primera vez.

Tuve que dejar el trabajo a las pocas semanas. Servía a la hora de la cena. Nico se cansó de cenar solo todas las noches y yo de no tener tiempo para estar con él, de llegar tarde a casa, cansada, con los pies doloridos y oliendo a salsa de tomate y a orégano. De acostarme cuando él ya dormía y de levantarnos como si hubiéramos dormido con un extraño.

—No sé si habría aguantado mucho más sin pedirte que por favor lo dejaras —me confesó Nico cuando le dije que ya no iba a volver a la pizzeria.

Me gustó saber que se había contenido, que no había intentado que cambiara de opinión. Quise pensar que siempre respetaría mis decisiones y que podíamos salvar juntos todas las dificultades que se nos presentaran. Mi mayor fortuna era tenerlo a mi lado. Nunca me hubiera imaginado que encontraría un compañero de camino como él, que llegaría a amarlo tanto. A su lado, mi libertad no estaba en juego.

Seguí buscando trabajo que no fuera en un restaurante y acabé

por aceptar la oferta de trabajar unas horas en la biblioteca del *Brooklyn College*. Era un empleo de esos que sólo se ofrecían a estudiantes y que estaba muy mal pagado. Una ocupación anodina que consistía en volver a colocar los libros devueltos en las estanterías correspondientes, dos tardes a la semana. Pero me daba unos ingresos que eran sólo míos y me permitía imaginar que un día reuniría el valor suficiente y utilizaría ese dinero para comprar un billete de avión y presentarme en casa de mi padre, aunque él no quisiera verme. Quizá era tan testaruda como él pues me pareció indigno pedir a los padres de Nico que me ayudaran en eso. También intuía que, de haberlo hecho, hubiera tenido que ofrecer a cambio algo más de mi tiempo y del de Nico. Yo sabía que sólo podía escapar del control que ejercían sobre su hijo tratándoles lo menos posible. Procuraba alejar a Nico de esa dependencia de ellos que él ignoraba que tenía y que a mí me asustaba.

A Nico y a mí nos apasionaba lo que estábamos estudiando. Éramos los románticos de la familia, como nos llamaba su padre. Él estaba muy interesado en las excavaciones que la universidad estaba haciendo en Grecia y en Italia, aunque todavía no le dejaban participar en ninguna. La competencia era feroz y los pocos afortunados que podían formar parte del equipo de arqueólogos eran estudiantes a punto de finalizar sus tesis doctorales o profesores jóvenes.

—Algún día, pronto, podré ir con ellos —decía a menudo cuando me explicaba todo lo que se había descubierto en el palacio de Knossos o lo que todavía quedaba por descubrir entre las ruinas de la ciudad de Samotracia.

—Y yo te acompañaré. Quiero saber qué ocurrió en Creta después del tsunami que destruyó la isla.

—Nada bueno, me temo. Quedó cubierta de sal durante muchos años. Era imposible plantar nada en aquel lugar y que creciera. Leí en un artículo que la gente pasó tanta hambre que empezaron a enloquecer. Y allí donde antes hubo una civilización brillante, el hambre los llevó a realizar sacrificios humanos buscando el favor de los dioses para que tomaran las tierras fértiles como lo fueron antes del tsunami.

—Aun así, quiero saber qué pasó —insistía yo.

Los dos soñábamos con saber más de cosas que otros consideraban inútiles.

Me pregunto dónde ha quedado esa curiosidad que tuve antaño y que marcó mis primeros años en Nueva York, quizá porque viví de cerca cambios importantes. El mundo también está cambiando ahora, aunque yo no lo sigo como antes. Ya no me interesan los tiempos pasados ni los conflictos presentes que me son ajenos. Apenas entiendo lo que sucede a mi alrededor. Sigo flotando entre dos países, entre dos culturas. Ahora me preocupa la supuesta inutilidad de los estudios de Carla. Quizá porque en los últimos años sólo me he dedicado a aprender cosas útiles, aquellas que no me interesaban en mi juventud y he descubierto que me gustan, que me permiten continuar creciendo. Son conocimientos que necesito dominar para salvar lo que es mío. Y no he conseguido salvarlo. El olor a humo que persiste en la casa me lo recuerda, aunque haya cerrado las ventanas.

Gabriella enciende la televisión y las noticias hablan de olivares enfermos, de propietarios que venden sus tierras ante la amenaza de desastre y de muchos que están dispuestos a comprarlas.

—Lo ves —comenta Gabriella—. El gobierno insta a que se talen los olivos enfermos. Hay quien quiere comprar esas tierras que ya no son productivas y si el propietario no está dispuesto a vender pues… creo que la periodista tiene razón. Ya verás como habrá más incendios, más olivares que se perderán por el fuego. A alguien le interesa que sea así.

—Gabriella, a mí nadie me ha pedido que venda mis tierras. No creo que en mi caso el incendio fuera provocado.

—¿Estás segura de que nadie te lo ha pedido?

—Sí.

De repente, el recuerdo de una conversación, ocurrida semanas antes del incendio, me ataca como si un viento muy fuerte me lo hubiera arrojado a la cara. Lo descarto con la misma fuerza.

—¿Qué te ocurre? ¿En qué estás pensando?

—Nada. Es una tontería. No tiene sentido.

—Tú sabrás. Ahora come —dice señalando el plato de *penne* con

pesto de albahaca que ella ha cocinado para mí y que todavía no he probado. Las dos nos ponemos a comer en silencio.

—Gracias. Está muy bueno —sonrío—. Gabriella, no sé qué haría sin ti. ¿Sabes que te has vuelto a convertir en mi ángel de la guardia?

Ella alcanza la botella de vino y llena nuestras copas. Alza la suya y me insta a hacer lo mismo. Veo delante de mí las vendas blancas que sólo dejan mis dedos al descubierto.

—Por tu pronta recuperación —me guiña un ojo—. Y no pienses en nada más. *Carpe diem* —bebe un sorbo de su copa.

—*Carpe diem* —repito sin mucha convicción antes de llevarme la copa a los labios.

21

En mayo de 1978 tuve la certeza de que, a pesar de las opiniones de los demás, estudiar historia y llegar algún día a ejercer el periodismo no era sólo útil sino imprescindible. Me di cuenta porque no sabía cómo explicarme el asesinato de Aldo Moro. La noticia me llegó a primera hora de la mañana, gracias a Claudia, que se había enterado por la radio. Sentí rabia, desconcierto, pena, nostalgia de los míos. Era incapaz de comprender por qué había ocurrido ese asesinato, qué razones lo provocaron, a qué intereses servía, si pudiera haberse prevenido, qué ocurriría ahora, cómo podría evitarse que se repitiera un suceso de esas características.

Intentaba descifrar qué sucedía a mi alrededor y por qué. Quizá aquella noticia triste actuó como revulsivo para que me centrara todavía más en mis clases y en mis lecturas, animada por el convencimiento de que debía conocer el pasado para comprender el presente y quizá poder actuar sobre él, mejorarlo, evitar errores difíciles de corregir. Volví a ser la alumna aplicada y curiosa que siempre había sido. Eso me devolvió una parte de mi identidad y un objetivo concreto en esa ciudad que apenas empezaba a descubrir. Mis estudios volvían a ser el pasaporte para sentirme útil, para mejorar el mundo. «*To make a difference*», como les decían a muchos norteamericanos en los colegios y en las universidades. Mi deber era aprender a observar el mundo y a pensar sobre él. Y en el mundo estaban ocurriendo muchas cosas que hasta hacía poco me habían pasado desapercibidas.

Nico y yo empezamos a hacer nuevos amigos entre aquella población estudiantil cosmopolita atraída por la libertad y el

prestigio de las universidades norteamericanas. A menudo nos reuníamos para cenar. Recuerdo en especial uno de esos encuentros. Fue en el apartamento de una pareja de Brasil que vivía cerca de *Washington Square*. De todos nuestros amigos eran los que residían en el sitio más céntrico de Manhattan y los que tenían el apartamento más grande. Habían dispuesto una mesa larga donde cada uno de nosotros pusimos el plato que habíamos cocinado en casa. El resultado fue una mezcla colorida de viandas con sabores exóticos. Cira, la mujer brasileña, había preparado para la ocasión una *feijoada* de frijoles negros, acompañada de arroz y naranjas y espolvoreada con harina de mandioca, por la que todos la felicitamos. Luego nos sirvió un vaso de caipiriña, la primera que bebí y que me gustó por el sabor refrescante de la lima.

Recuerdo con claridad aquella cena. La variedad de lo que comimos, las conversaciones, incluso la luz que entraba por la ventana. Coincidió con uno de esos momentos históricos que quien los ha vivido recuerda siempre, como me pasó a mí, como me había pasado también años atrás cuando, siendo muy niña, alguien me dijo que acababan de asesinar a John F. Kennedy.

Alguien puso la radio y Farad, un joven iraní asiduo a nuestras reuniones, se acercó para oír mejor. Los demás continuamos charlando, sentados en el sofá o en el suelo, con el plato cargado de comida en el regazo y la bebida a nuestro lado. Él no se sirvió comida. Estaba muy atento a lo que escuchaba, la mirada fija en la radio, como si pudiera ver a través del aparato. Estuvo así mucho rato.

—¿Qué ocurre? —oí que le preguntaba Nico a Farad.

—Algo terrible… no voy a poder volver a casa. Y temo por la suerte que correrá mi familia.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó una chica morena con un plato rebosante de ensalada en una mano y un vaso de vino en la otra.

—El *Sha* Reza Pahlevi ya no volverá de su viaje a Egipto —respondió Farad—. El ayatolá Jomeni ha regresado de su exilio en la ciudad Santa de Mayaf, en Irak, y ha declarado la República Islámica de Irán.

Yo había visto muchas veces la imagen del *Sha* y su esposa la princesa Farah en las revistas que se vendían en los quioscos de

Specchia y de Lecce. Me parecían una pareja bella y culta que había convertido Irán en un país avanzado. Ignoraba que muchos en su país no los querían, en especial los clérigos y los campesinos que eran los que más habían salido perjudicados por las políticas de acercamiento a occidente del *Sha*. Nunca había oído hablar de Jomeni.

—Jomeni acaba de anunciar medidas que nos devuelven al pasado. —Farad rechazó el plato con comida que la chica morena le ofrecía—. Mis hermanas no podrán ir a la universidad porque son mujeres. Todas las mujeres tendrán que cubrirse la cabeza para salir a la calle.

—¿Por qué? —pregunté.

—Son islamistas radicales; todos los que no piensen como ellos tendrán problemas. Y no sabemos si los dejarán abandonar el país. Nos consideran enemigos de Irán por ser amigos de los Estados Unidos —Farad guardó silencio unos instantes, nos miró a todos uno por uno y luego añadió—: Si tenéis amigos estadounidenses que están allá quizá deberíais decirles que sería mejor que regresaran.

Nadie dijo nada. Farad tenía los ojos brillantes por las lágrimas retenidas.

—Perderemos todo lo que hemos avanzado en el país durante las últimas décadas.

Poco tiempo después pude comprobar que Farad tenía razón. Irán cambió rápidamente la imagen que daba el exterior. Allí donde había privado el vestido occidental volvió a imponerse el ropaje tradicional y los clérigos, condenados al ostracismo en la época del *Sha*, ocuparon la dirección del país y anunciaron desde las mezquitas las bondades del nuevo sistema. Y como ocurre siempre, muchos se vieron amenazados por esos cambios mientras otros sintieron que por fin alguien los respetaba como ciudadanos a pesar de su origen campesino. Eran los que habían tenido que instalarse en la ciudad al quedarse sin tierras durante el proceso de modernización que había impulsado el *Sha*.

Estos acontecimientos me hicieron comprender hasta qué punto había decidido estudiar una ciencia compleja. Ya no podía ignorar que realidades hay muchas, que ninguna es objetiva y que la

historia tiene versiones diferentes dependiendo de quién la observa, cuándo y desde qué punto de vista. Empecé a preguntarme cuál sería mi función como periodista, cómo conseguiría obtener toda la información que necesitaba para hacer una buena crónica, cómo explicaría a otros aquello que descubriría investigando a fondo sobre algún tema y reuniendo testimonios de quienes vivían las consecuencias de un suceso, como Farad. Todavía no había llegado a intuir la existencia de silencios forzados por las circunstancias y las dificultades, muchas veces insalvables, para conocer en profundidad las cuestiones sobre las que los periodistas deben escribir, y el peligro del impacto que lo escrito tiene sobre quienes ignoran los contextos a los que las noticias hacen referencia.

En los meses que siguieron las cosas en Irán no hicieron más que empeorar y afectaron de lleno a nuestro amigo Farad y a los iraníes que en ese momento residían en los Estados Unidos. Aquel noviembre de 1979 un grupo de seguidores de Jomeni entraron en la embajada de los Estados Unidos en Teherán y convirtieron en rehenes a los sesenta y seis ciudadanos norteamericanos que se encontraban allá en aquel momento. Y cuando Nico y yo veíamos las noticias en la televisión la primera era siempre la que se anunciaba con un *America held hostage*, y enseguida aparecían las imágenes de los rehenes con una venda en los ojos, y sobreimpuesto en la imagen el número de días que ya habían pasado desde el secuestro, que acabó más de un año después de que se iniciara. Para entonces el *Sha* había muerto en Egipto y Estados Unidos había roto relaciones diplomáticas con Irán.

No volvimos a ver a Farad. Se había convertido en alguien perseguido tanto en su país como en el lugar donde hasta entonces había sido bien recibido. Cuando sus padres ya no pudieron enviarle dinero tuvo que dejar la universidad y se fue de Nueva York. Nos llamó por teléfono para despedirse. Durante aquellos meses a muchos iraníes se les obligó a salir de los Estados Unidos. No sé si Farad estuvo entre ellos.

Mi interés por conocer y comprender no era suficiente para escribir con soltura sobre lo que iba aprendiendo. Perdida entre dos culturas, empezaba a darme cuenta de que no tan sólo ignoraba la historia de los Estados Unidos sino también la de mi país, la de esa Italia que otros encontraban mejor manera de definirla que yo. Mi

labor como aprendiz de periodista, y mis ansias de llegar a ser una buena corresponsal en un país extranjero, se vieron entorpecidas también por mi limitado conocimiento del inglés. En esa lengua todavía postiza para mí debía escribir exámenes y redactar trabajos para la universidad. Mis notas no pasaban de ser mediocres y eso me preocupaba y me hacía sentir insegura.

Fue por aquellos días cuando Nico volvió a preguntarme si me gustaría tener un hijo. La pregunta me volvió a coger por sorpresa. No tuve que pensarlo mucho para saber la respuesta. Él aceptó de nuevo mi negativa, a desgana.

Acabo de volver del cine con Gabriella.

—Debes salir cada día, no sólo para ir al hospital —me ha dicho hoy cuando me ha dejado en casa después de la cura.

—Me da vergüenza ir así, con las vendas y las muletas. Todo el mundo me mira.

—Eso es cierto. No vas a poder evitar que te miren. Debes aprender a no darle importancia y pensar sólo en ti. Te conviene salir.

—Tienes razón.

—Pues te recojo esta tarde para ir al cine. Ya elegiremos luego la película.

Hemos visto *Argo*, un relato más o menos cierto de cómo algunos de los rehenes de la embajada de los Estados Unidos en Irán fueron liberados. Me ha gustado la película, no sólo por su ritmo narrativo sino también porque me ha hecho regresar a aquellos días en que viví con intensidad la preocupación por lo que ocurría más allá de mí, de mi familia y de mis amigos. Una actitud que ahora no consigo mantener, porque ya no me creo capaz de cambiar nada. Me angustia esa impotencia cuando observo que en el mundo se cometen errores históricos que se repiten una y otra vez e injusticias que quedan impunes. He perdido el deseo de seguir el día a día de los asuntos de quienes nos gobiernan y que marcan las conversaciones de todos. Tanta información aturde más que ilumina. Muchos hablan y pocos reflexionan. Tendemos a aceptar como cierto sólo aquello que está de acuerdo con lo que pensamos. Nos engañamos y nos creemos sabios por tener tantos medios de

información a nuestro alcance. Preferimos ignorar que somos sujetos de la manipulación de quienes pretenden orientar nuestro pensamiento para alimentar sus intereses. Puede que no esté bien abstraerse de todo lo público como hago yo, pero quizá no puede ser de otra manera cuando envejecemos. Cuando al fin nos damos cuenta de que lo único que de verdad importa es la calidad de nuestros afectos.

Ahora, ya de vuelta en casa, ante un nuevo mensaje de Carla donde me relata con entusiasmo su vida en Nueva York, descubro que ella vive en una ciudad diferente a la que yo conocí, aunque sólo en algunos aspectos. Me gusta saber que está conociendo a jóvenes de distintos países y que le interesa saber qué motivos los han llevado hasta allá y por qué muchos de ellos no quieren volver a su lugar de origen. Sus razones no son muy diferentes a las que tenían aquellos a quienes yo conocí.

22

La hermana de Gabriella me ha traído hoy una novela que acaba de leer. Se llama *Americanah* y su autora es Chimamanda Ngozi, una nigeriana que, como yo, ha vivido muchos años en los Estados Unidos. Ha pensado que me gustaría. Y me ha gustado. Me ha distraído de otros pensamientos más urgentes, de decisiones que debo tomar. Su lectura me ha traído el recuerdo de Rose y he comprendido, después de tantos años, cuan diferente es la percepción que tienen de sí mismas las africanas y las afroamericanas. La seguridad de unas y la amargura de las otras.

Rose era mi amiga. La única que consideraba sólo mía. Por aquel entonces los amigos de Nico, su familia y sus compañeros de universidad formaban nuestro círculo social. Eran sus fiestas a las que acudíamos, las parejas con quienes íbamos a cenar, al cine, al teatro, a exposiciones, a algún concierto. Así eran las cosas cuando yo estudiaba en el *Brooklyn College*. Puede que fuera esa la razón por la que no me preocupé en hacer nuevos amigos, quizá tampoco era el lugar propicio para iniciar amistades. Apenas había tiempo entre clase y clase y mis compañeros y yo nos despedíamos con prisas tan pronto terminaba la última hora lectiva del día. A todos nos esperaba una familia o un trabajo al que atender, o ambas cosas. Terminar la carrera iniciada años atrás era para ellos, al igual que para mí, un deseo que habían tenido que aplazar para atender las urgencias que les había deparado la vida, como un embarazo demasiado temprano o una enfermedad de larga convalecencia. O el haber recién descubierto que querían seguir estudiando, cuando tiempo atrás renunciaron a hacerlo ante la posibilidad de trabajar y

ganar dinero, en vez de pasarse años pagando el préstamo que les habría permitido financiar su paso por la universidad y llegar a graduarse.

Los estudiantes blancos eran, en general, individuos solitarios, poco habladores, que sonreían por no ser descorteses, estudiaban en la biblioteca cuando había un examen y entregaban trabajos redactados a fuerza de quitarse horas de sueño para terminarlos a tiempo y obtener una buena nota. Los estudiantes de color, en cambio, formaban un grupo compacto cuyos miembros compartían conversaciones y risas y se sentaban siempre juntos, alejados de los blancos. Rose no era así. Rose era negra, pero le gustaba estar sola. Alguna vez yo había percibido la mirada de disgusto de sus compañeros de color porque ella no se unía al grupo. Tampoco se unía a nosotros, los blancos. Se sentaba siempre en la primera fila porque allí, tan cerca del profesor, nadie quería estar. Yo también me sentaba en la primera fila, pues todavía eran muchas las palabras que no entendía cuando los profesores hablaban deprisa o hacían referencia a hechos que todos conocían de la historia de ese país que no era el mío. Tenía la esperanza de que desde allí podría comprender mejor, atreverme incluso a hacer alguna pregunta, darme a conocer como la extranjera que era y que no juzgaran mi destreza con la lengua o mi nivel de conocimientos con el mismo rigor con que lo harían si hubiera nacido allí. El resultado fue desigual; dependía mucho del profesor. Para algunos mi procedencia despertaba curiosidad: la vieja Europa, Italia, el origen toscano o veneciano que todos insistían en darme, porque eran las únicas zonas de Italia que habían visitado en su viaje a Europa. Ningún profesor había oído hablar de lugares como Specchia, Brindisi o Barí.

Un día de invierno, cuando ya todos habíamos salido del aula, recordé que me había dejado allí los guantes y tuve que regresar. Desde la puerta vi a Rose. Estaba donde siempre. Tenía la mirada fija en un papel y la mano derecha cerrada en un puño. Pude escuchar un sollozo que se interrumpió de golpe cuando me descubrió observándola. Giró la cabeza hacia el otro lado. Yo me acerqué hasta llegar al lugar que había ocupado. Recuperé mis guantes. Observé que Rose se secaba las lágrimas con disimulo y empezaba a recoger sus cosas.

—¿Qué te ocurre? ¿Puedo ayudarte?

Rose no respondió. Metió el bolígrafo en una bolsita de lona y cerró la cremallera con tanta rabia que el agarrador se desprendió de la cremallera y cayó al suelo. Lo recogí y se lo di.

—Gracias —acertó a decir.

Yo no me moví de donde estaba. Ella se levantó y tuve que apartarme para dejarla pasar. De pronto se volvió hacia mí.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad?

—No, soy…

—No me importa de dónde vienes. No eres de este país y con eso me basta. A ti puedo enseñártelo. Mira —dijo entregándome unas cuartillas mecanografiadas—, lee aquí —me señaló un texto escrito a mano en bolígrafo de color rojo—. Eso es lo que piensa de mí el maldito Dr. Nolan.

Leí el comentario del profesor. La felicitaba por su trabajo. Le daba la nota más alta de la clase. Le decía que iba a ser una excelente periodista. Miré a Rose sin entender la causa de su malestar.

—Una excelente periodista *negra*, pone ahí. Fíjate en el matiz. ¿Por qué crees que lo ha dicho así? Nunca escribiría que sería una excelente periodista *blanca*. —Rose alzaba la voz—. Nunca usarían ese adjetivo contigo ni con nuestros compañeros blancos. ¿Lo entiendes ahora? —me arrancó los papeles de la mano.

Le dije que sí, aunque no la entendía. Ella se dio cuenta.

—Me llamo Rose porque mi madre quiso ponerme el mismo nombre que Rose Parks, la primera *negra* norteamericana que, en diciembre de 1955, poco antes de que yo naciera, se negó a cederle el sitio en el autobús a un hombre blanco e irse a la parte trasera del vehículo reservada a los negros. Porque hasta hace pocos años la gente de mi raza no podía probarse la ropa en las tiendas de los blancos, no podían llevar a sus hijos al mismo colegio que los blancos. Hasta en la cárcel nos separaban. En el islote de Alcatraz, cuando todavía era una prisión de alta seguridad, los presos negros estaban en una galería diferente a la de los blancos.

—Ahora ya no es así. Yo veo gente de todas las razas en el metro, en el autobús, en la universidad.

—Cierto, ya no es así —hizo el gesto de tirar los papeles a la papelera. Debió de pensarlo mejor porque los dobló sin cuidado y

los metió en una cartera, junto a sus libros y libretas—. Y ha costado mucho esfuerzo y mucho sacrificio conseguir que las cosas cambiaran, aunque sea sólo en apariencia. La diferencia persiste. En su cabeza y en la nuestra. Para ellos, los *blancos*, siempre seremos hijos de esclavos, inferiores. Para nosotros, ellos siempre serán quienes nos compraron y nos vendieron, nuestros amos, los que nunca vieron en nosotros la misma dignidad de seres humanos que sí reconocían para los de su raza. Estamos obligados a convivir, pero nunca seremos iguales. Ni ellos ni nosotros lo deseamos.

La dejé hablar y poco a poco su tono de voz se fue moderando. Salimos juntas a la calle y caminamos hasta la parada de metro.

—Te llamas Giulia, ¿verdad? Nunca he conocido a nadie con ese nombre. Me gusta. Gracias por escucharme —sonrió con los ojos y con los labios—. Hasta mañana.

A partir de ese día Rose y yo iniciamos una amistad casi secreta, pues ella insistía en que nuestros compañeros no debían vernos juntas. Nos encontrábamos en el parque, como si fuéramos dos amantes que huyen de quienes los vigilan. Sentadas en un banco, aunque hiciera frío, tomábamos el almuerzo que cada una había traído de casa y charlábamos. Charlábamos mucho de nuestras infancias tan distintas, de nuestras calles, de nuestros juegos, de nuestros colegios, de nuestros hermanos, de nuestros padres, de su madre y de la mía, de los años duros en que tuvimos que aprender a vivir sin ellas. De «su hombre», como decía ella, y del mío. De los que vinieron antes y de los que quizá vendrían después, pues ella cada vez tenía más dudas. Amaba a su hombre guapo, aunque le asustaba su obsesión por saber siempre lo que hacía en cada momento del día. Le molestaba que no entendiera por qué ella no quería casarse todavía y empezar a crear esa gran familia con la que *él* siempre había soñado. Rose había empezado a mentirle. A decirle sólo lo que él quería escuchar, a guardarse para sí sus planes y sus ilusiones. A empezar a buscar las palabras adecuadas para que no se enfadara demasiado cuando ella al fin se decidiera a decirle que no quería seguir con él. A mirar a otros hombres con la esperanza de encontrar a alguno que pudiera comprenderla.

Nunca quiso venir a mi casa, a pesar de las muchas veces que se

lo propuse. Tampoco me invitó a la suya. En el parque leíamos nuestros escritos y comentábamos las lecturas antes de entrar en clase. Allí también corregía Rose mi inglés todavía errático. Lo limpiaba, como decía ella, para que quedaran sólo las ideas y los profesores se fijaran en ellas y no en las faltas de ortografía y en las frases que todavía construía como si estuviera escribiendo en italiano y no en inglés. «Recuerda que debes hacer frases cortas. Aprende a utilizar más el punto y seguido. Si no lo haces así, no entenderán lo que escribes. Y, créeme, no tendrán paciencia para descifrarlo», me prevenía.

Ella sí que tenía paciencia. Entendía, corregía. A ella le debo en gran parte el terminar con buenas notas aquel curso.

La última vez que vi a Rose fue el día de mi cumpleaños. Acepté la idea de Nico de que hiciéramos una fiesta para celebrarlo. Yo había invitado a Rose a compartir conmigo ese día, a que conociera a Nico y a nuestros amigos. La apreciaba de verdad y ella a mí. Me dijo que sí, que vendría. Parecía ilusionada. Me alegré de que, por fin, aceptara venir a mi casa. Pero la fiesta tuvo que empezar sin ella ya que, una hora más tarde de lo previsto, todavía no había llegado. Mientras yo la esperaba, todos empezaron a llenar su plato de plástico con las creaciones culinarias que habían aportado a la fiesta. Yo no conseguí comer, ni interesarme en ninguna de las conversaciones que se habían iniciado. Con la mirada fija en la puerta, esperaba la llegada de Rose. Al fin sonó el timbre y corrí a abrir.

Rose extendió los brazos y colocó en los míos el pastel que había hecho.

—Feliz cumpleaños, Giulia —sonrió.

—¡Qué bien que ya estés aquí! Pensaba que habías tenido algún problema. Vamos adentro —dije apartándome de la puerta para dejarla pasar.

Rose no se movió.

—Yo… —miró hacia el interior— yo no puedo quedarme.

—¿Te ocurre algo?

—Sé que no seré bienvenida.

—Pasa, por favor. A Nico le he hablado mucho de ti. Está deseando conocerte. Y los demás también.

—No, no puedo.

—Eres mi amiga, Rose. Mi única amiga.

—Lo sé. Y yo también soy tu amiga. Pero no de ellos. No lo seré nunca.

—Nadie te pide que lo seas. Es sólo una fiesta.

Entonces ella me dio la espalda y corrió escaleras abajo mientras negaba con la cabeza.

—Rose —grité, al tiempo que oía cómo la puerta de la calle se cerraba tras ella. Entré en casa con el pastel en la mano. Miré a mi alrededor. Creo que comprendí en aquel momento lo que ella me confirmó meses más tarde en una carta: que habría sido la única persona de color en aquella fiesta. En la carta me decía también que se había ido de Nueva York y que había dejado allí a su hombre guapo muy enfadado. Ahora vivía en North Carolina y había ganado una beca, de las reservadas a las minorías étnicas, para hacer un doctorado en la universidad. Me decía que, después de todo, el Dr. Nolan tenía razón y ella no podría librarse nunca de la etiqueta de *negra*, aunque fuera precedida de los mayores méritos académicos o profesionales. Me invitaba a visitarla. Nunca tuve la oportunidad de hacerlo.

Todavía vivía yo en Nueva York cuando Jesse Jackson fundó la Coalición Arco Iris, que busca la igualdad de derechos para los afroamericanos, las mujeres y los homosexuales. Tendrían que pasar unos años más para que la coalición *Rainbow Push*, rescatara del olvido el término *afroamericano* y lo extendiera hasta que acabó substituyendo al término *negro* que había marcado la infancia y la juventud de Rose.

23

El 23 de noviembre de 1980, varias poblaciones del sudoeste de Italia desaparecieron como si hubieran recibido un castigo bíblico. Hasta ese día había visto noticias de guerras, de desastres de todo tipo. Todavía guardaba el recuerdo de la imagen de aquella niña vietnamita desnuda que huía del bombardeo con napalm y que mis padres y yo vimos aterrorizados en la televisión. Mas nada me había preparado para ese día, varios años después, en que era mi gente la que moría, la que quedaba atrapada bajo los escombros de los edificios tras el terremoto de Irpina. Cuando vi lo que había quedado de Santange dei Lombardi y de otras ciudades que conocía, no podía dejar de pensar que bajo esos muros que ya no existían quizá todavía respiraba Donatella, una compañera de clase de la universidad de Lecce que vivía en algún lugar de la Campania, o Flavio, el chico que cuando estábamos en el colegio quería ser arquitecto y se fue con su familia a Teora porque su padre consiguió el puesto de médico en aquella localidad. Delante del televisor observé horrorizada los rostros de los supervivientes que andaban con la mirada alucinada de quien no sabe dónde se encuentra. Y cuando la cámara mostró sin pudor las manos y las zapatillas deportivas que asomaban de entre los escombros, me puse a temblar.

Después de muchos intentos conseguí hablar con mi hermano por teléfono. Me aseguró que él estaba bien y mi padre también. Me dijo que estuviera tranquila, que el terremoto no había afectado a la región de la Puglia y que allí estaban llegando muchos de los supervivientes en busca de asilo. Que la gente de Bari, Brindisi,

Specchia y Lecce abrían sus casas para acoger a los que se habían quedado sin nada.

—Al fin he tenido una conversación larga con papá, como te prometí que haría —dijo después de un largo silencio.

—¿Y qué te ha dicho?

—He pensado que la mejor forma de hacerlo salir de sí mismo es enfrentarlo a los problemas de otros.

Yo estaba demasiado impaciente para dejarlo continuar.

—Francesco, ¿qué te ha dicho? ¿le has hablado de mí?

—Le he llevado a casa lo que queda de una familia. Dos hermanas ya mayores que han perdido a sus esposos y no tienen dónde acudir.

—Francesco —grité a través del auricular—. No has contestado a mi pregunta.

Siempre me había molestado esa tendencia de mi hermano a no hablar para evitar situaciones desagradables. Presentí que esa era la razón por la que no respondía a mi pregunta.

—Sí, le he hablado de ti y no quiere saber nada. Lo siento, Giulia —dijo al fin.

Estaba a punto de echarme a llorar.

—Prométeme que seguirás intentándolo.

—Giulia… yo…

—Prométemelo, Francesco, por favor.

No pude escuchar su respuesta. La comunicación se había cortado de nuevo por problemas de conexión con Italia.

En la televisión, en la radio, en los periódicos que destacaban la noticia con fotos, entrevistas a los supervivientes y artículos de opinión, se hablaba del número de muertos que iba en aumento a medida que pasaban los días y que se contaban en miles, de las 250.000 personas que se habían quedado sin hogar y de los 679 municipios que habían recibido el impacto del terremoto. Durante varios días otras noticias sobre el terremoto de Irpina empezaron a denunciar la falta de prevención sísmica con la que se habían construido los edificios en todas las provincias afectadas y la descoordinación de los responsables de protección civil para ayudar a la población, para buscar supervivientes o desalojar edificios que amenazaban con derrumbarse.

Vivía pendiente de las noticias que llegaban de Italia. El temor

de que lo ocurrido en la Campania y otras regiones del sur pudiera ocurrir también en la Puglia me mantenía inquieta, incapaz de concentrarme en nada que no fuera el peligro que se cernía sobre aquellos que amaba y que se habían quedado lejos. Por eso volví a llamar a mi padre, aunque hacía ya tiempo que había desistido de hacerlo.

Él respondió al teléfono y yo no pude decirle nada. Tan sólo me eché a llorar cuando oí su voz al otro lado de la línea.

—Estoy bien, Giulia —dijo—. Y colgó el teléfono.

Seguí llorando mientras miraba el auricular ahora silencioso. Hacía seis años que no oía su voz. Esas palabras, tan pocas, fueron para mí como las gotas de rocío que dan de beber a quien no tiene agua y le permiten seguir viviendo, no perder la confianza en que un día podrá saciar su sed. Así me sentí yo con respecto a mi padre. Por primera vez vi la reconciliación posible, cercana incluso. Pensé en llamarlo de nuevo. No lo hice. No quise enfrentarme a los pitidos de un teléfono que alguien desatiende al otro lado. Sabía que mi padre había hecho todo lo que en aquel momento era capaz de hacer. Lo conocía demasiado bien. Su orgullo le impediría seguir con una conversación en la que él ya había dicho lo más importante. Y los dos sabíamos que había abierto con cautela una puerta cerrada desde hacía muchos años. Una puerta que seguiría abriéndose hasta dejarme entrar del todo. Con esa esperanza me sequé las lágrimas y empecé a creer que muy pronto podríamos abrazarnos de nuevo.

Llamé a Gabriella con insistencia, todos los días. No hubo respuesta. No podía evitar preguntarme si la había atrapado el terremoto en algún lugar entre Specchia y Milán, pues hacía ese recorrido con frecuencia. Tras cada una de esas llamadas sin éxito ya no era capaz de comer en todo el día. Y cuando por la noche cerraba los ojos se repetía siempre el mismo sueño: reconocía la mano que colgaba de una camilla con un cuerpo cubierto por una sábana. Sabía que era la suya porque llevaba un anillo de plata de grandes dimensiones que se compró el primer verano que estuvo trabajando en Milán.

—Estoy bien —me dijo cuando al fin se puso en contacto conmigo—. Acabo de llegar de Roma. No te he llamado antes porque me había dejado la agenda en casa.

No pude evitar echarme a reír y a llorar al mismo tiempo. Ella hizo lo mismo desde el otro lado del mar.

Los padres de Nico formaban parte de nuestra vida, por mucho que yo intentara mantenerlos al margen. Lo único que teníamos en común era que amábamos a Nico y respetábamos todas sus decisiones. Yo era la más importante de sus decisiones y si él me quería tanto debía ser porque lo merecía. Así entendí que lo veían ellos. Y no tenían dudas de que él merecía lo mejor. Por eso, pasados los primeros meses en que María tuvo que aceptar que su hijo no iba a casarse con la mujer que ella había imaginado para él, asumió con pragmatismo la situación y se dispuso a quererme.

Lo mismo hizo Ettore. Ambos conocían bien a Nico y sabían que no aceptándome a mí lo perderían a él.

Nico quería a sus padres y se dejaba querer por ellos. Había asumido su papel de hijo preferido y, para no disgustarlos, siempre se las ingeniaba para hacer su voluntad sin enemistarse con ellos. Era esa una habilidad que Claudia envidiaba en él y también los dos hermanos menores, que no dudaban en enfrentarse a María o a Ettore en largas discusiones que siempre acababan perdiendo. Nico no gozaba de la confianza de sus hermanos y eso le entristecía; no era capaz de entender el porqué de esa desconfianza. A él, el modelo de familia que representaban ya le parecía bien. Quizá porque había conseguido librarse un poco de la tutela y control estricto que ejercían sus padres sobre Claudia y los otros dos al optar por una profesión que lo alejaba por completo del negocio familiar, del que se ocuparían los otros hermanos, e incluso quizá de Nueva York. Sus sueños de arqueólogo de prestigio lo llevaban muy lejos de allá, a Italia y a Grecia. Yo confiaba en que esos sueños se cumplirían algún día y me enfrentaba a su familia con la mejor disposición de ánimo que podía. Sabía que debía hacer como Nico; aceptarlos como eran sin cuestionarlos, sin esperar que algún día cambiaran aquello que me molestaba de su actitud. Creo que ellos intentaban hacer lo mismo.

Esas buenas intenciones por parte de todos no eran suficientes para que muchas veces María se comportara como la *mamma* italiana que llevaba dentro, sobreprotegiera a Nico y me echara a

mí las culpas si descubría el mínimo signo de preocupación en él. Tampoco conseguía guardarse para sí el comentario que surgía de sus labios cada vez que nos reuníamos con ellos para comer o cenar:

—¿Y cuándo me vais a hacer abuela?

Yo pensaba que había aprendido a dominarme delante de ellos, pero la insistencia en esa pregunta me alteraba. Miraba a Nico con rabia, como si tuviera la culpa de la falta de tacto de su madre. Él se encogía de hombros y tiraba hacia atrás la cabeza. Yo entendía su mensaje: «no le hagas caso, ella es así, no puede evitarlo».

Yo tampoco podía evitar molestarme por la pregunta tantas veces repetida.

La familia de Nico no dejaba de sorprenderme. Me daba la impresión de que no eran ni italianos ni americanos, aunque ellos se definían como ambas cosas. Sus costumbres y su manera de pensar eran las mismas con las que Ettore había crecido en Italia y María había recibido desde niña. Ignoraban que, en Italia, incluso en el sur, ya casi nada era como ellos recordaban. Allí muchas mujeres de mi edad estaban convencidas de que no querían depender de padres ni de esposos. Todas las que podíamos hacerlo optábamos por ir a estudiar lejos de casa, para liberarnos de las normas de otros tiempos que nos hubieran obligado a estar en el domicilio familiar a las diez de la noche, a no recibir a amigos y a casarnos pronto con un hombre que gustara también a nuestros padres y, si era conocido o familiar lejano, mucho mejor. Estudiar nos liberaba de ese matrimonio temprano y nos preparaba para ejercer una profesión que nos daría la independencia económica de nuestros maridos, en el caso de que decidiéramos casarnos. Y en ese sur olvidado muchas familias iban aceptando poco a poco los cambios, como ocurría en otros lugares de Europa. Yo empezaba a entender que, en los Estados Unidos, en ese Nueva York libre y cosmopolita de edificios altos y acristalados, muchas familias italianas se habían encerrado en una burbuja del tiempo y mantenían las costumbres que se trajeron con ellos cuando emigraron. Creo que si hubieran regresado entonces a Italia para establecerse de nuevo allí se habrían encontrado con un país muy distinto al que recordaban, o del que habían oído hablar a sus familiares. Quizá tampoco habrían obligado a Claudia a casarse con su primo Donato, como hicieron en un ceremonia extravagante y cara orientada a satisfacer su

orgullo de familia exitosa.

Claudia me pareció la víctima de la desorientación que da el pertenecer a dos mundos opuestos y no reconocerse en ninguno. Educada entre la necesidad de mantener las normas colectivas que establecía su familia y la libertad individual que proclamaba la sociedad norteamericana y que se enseñaba en el colegio, Claudia obedecía las pautas de una cultura y la otra sin saber con cuál de las dos quedarse o cómo conseguir combinarlas. Creo que yo era la única que llegué a entender el dilema de Claudia, que descubrí su infelicidad y su incapacidad para escapar de las presiones que recibía de su familia. La fui entendiendo a medida que observaba su comportamiento en las reuniones familiares, las cosas que decía y la elocuencia de sus silencios. Sobre todo cuando mostraba sin tapujos sus estados de ánimo durante nuestras salidas por la ciudad y en nuestras conversaciones, que se habían hecho cada vez más habituales desde el día en que la acompañé a la clínica abortista.

No teníamos mucho de qué hablar los padres de Nico y yo, aunque en los días buenos, aquellos en que todos nos esforzábamos para que aflorara lo mejor de nosotros, conseguíamos que las comidas familiares fueran amenas y libres de malentendidos. Creo que la presencia de Claudia también me ayudaba. Me parece que incluso vieron con buenos ojos que su hija, a la que consideraban un tanto tarambana y díscola, tuviera tan buena amistad con la chica dulce, algo sosa, estudiosa y tan enamorada de su Nico en que yo me había convertido a sus ojos.

Aquel día de *Thanksgiving* de 1980 María no se sintió con ánimos de organizar la comida en su casa. Estaba todavía muy afectada por las noticias del terremoto y había sido una de las primeras en responder a la llamada del presidente italiano Sandro Pertini que pedía a los norteamericanos de origen italiano que aportaran dinero para ayudar a los damnificados por el terremoto y a la reconstrucción de todos los municipios afectados. Y lo hicieron, en una muestra de solidaridad sin precedentes entre los que se habían hecho ricos en el nuevo mundo y no habían olvidado las condiciones en que muchos de ellos o sus familias llegaron a América. Y la madre de Nico nunca olvidaría la historia de sus padres, procedentes de Messina. Sus familias habían llegado a Nueva York tras el terremoto de 1908 y el tsunami que siguió y que

pasó por el estrecho de Messina entre Sicilia y la península italiana y mató a unas cien mil personas, sólo en la ciudad de Messina.

—Dios debió de salvar a mis padres de la muerte porque estaba seguro de que harían algo bueno —decía convencida aquel día en que, por primera vez en muchos años, se había negado a cocinar.

Vi cómo se esforzaba en reprimir la crítica que hubiera deseado hacer mientras observaba que ni Claudia ni yo sabíamos cómo cortar el pavo. Interceptó con la mano el gesto de las otras mujeres de la familia que estaban dispuestas a ayudarnos y dejó que entre las dos lo hiciéramos de la mejor manera que supimos.

—Estáis recién casadas —dijo moviendo la cabeza cuando al fin conseguimos ponerle la comida en el plato, no sin habernos ayudado antes con los dedos—. El año que viene lo haréis mejor.

Estábamos todos reunidos en el restaurante de Claudia y Donato que habíamos cerrado al público. Claudia, que había optado por servir sólo pasta, pizzas y ensaladas en el local de su propiedad, era tan neófita como yo en el ritual del que su madre nos había querido convertir en protagonistas.

Aquel día me pareció que no era yo la única que sabía que Claudia no amaba a Donato; María también lo sabía. Lo descubrí por la forma en que la miraba, en cómo seguía sus movimientos, en el suspiro que a veces se le escapaba cuando los veía juntos. María apenas hablaba con su yerno y cuando lo hacía entablaba con él una conversación forzada que ni uno ni otro estaban interesados en continuar. Yo me preguntaba por qué, si sabía que su hija no iba a ser feliz, había insistido en casarla.

Más tarde, cuando se descubrió la verdad sobre Donato, me convencí de que María no quería a su hija. No al menos como mi madre me había querido a mí. No como yo quiero a mi hija.

He recibido un nuevo mensaje de Carla. Me dice que al fin ha visto a Nico, que la cena con él en un restaurante ha ido bien. Me imagino que parte de la conversación entre ellos se habrá centrado en su pasión común por el mundo antiguo. Me dice Carla que Nico le ha pedido que vaya con él a ver a la abuela. A mí me continúa extrañando que no la haya invitado a su casa. No me gusta que le pida ir a ver a María, aunque no debería de extrañarme. Al fin y al

cabo, es su abuela, ¿por qué no tendría que ir? Pero conozco demasiado bien a María y a Nico, y creo que él continúa necesitando la protección de su madre. Temo que hagan sufrir a Carla. No quiero que su abuela la domine como intentó hacer conmigo, con Nico, con Claudia. Carla parece contenta, parece haber olvidado sus últimos encuentros con su abuela y con Nico.

Cuando todavía era muy niña me había hablado en varias ocasiones del salón y de la cocina de la nueva casa de Nico que yo nunca visité, de los árboles sin hojas y con las ramas secas vestidas de nieve que se veían desde sus ventanas, de la mujer guapa y callada que vivía allí y de su tripa, que veía más grande en cada visita, hasta que le dijeron que aquella mujer era la madre de su hermano. Un muñeco llorón demasiado grande para ella que se negó a tomar en brazos la única vez que le permitieron hacerlo. Una vez la vi, ya adulta, ponerse muy seria al reconocer el sonido de unos dibujos animados en la televisión, un día en que me visitó una amiga acompañada de su nieta. Eran los mismos que había visto en la casa de su padre y de su abuela, y en su recuerdo venían acompañados de las palabras de alborozo que rodeaban a ese hermano que ella no podía creer que lo fuera porque no vivía en nuestra casa, con ella y conmigo.

Hoy, después de mi cura en el hospital, he convencido a Gabriella para que me acompañe a ver al médico que se ocupa de Luca. He preguntado por él y una enfermera me ha dicho que estaba operando, que después tendría que pasar visita, que no sabía cuándo iba a volver.

—Llévame a dónde está Luca. Tú sabes dónde está —le pido a Gabriella cuando nos alejamos del box de las enfermeras.

—Es mejor que no. Él no quiere que lo veas así.

—Por favor, Gabriella, necesito verlo.

Al final hemos conseguido colarnos en la zona de cuidados intensivos. Miro a Luca a través del cristal; él no me ha visto, tiene el rostro vuelto hacia el otro lado. Apenas puedo ver nada de él que no sea la escayola que cubre su pierna y el cabestrillo en el que reposa su brazo izquierdo cubierto de un imponente vendaje.

—Está durmiendo, vámonos —me susurra Gabriella—. Mejor

que no te vea.

Acaricio el cristal que nos separa y le lanzo un beso con la mano. Estoy segura de que si él hubiera estado despierto no me habría atrevido a hacerlo.

—Pronto podrás besarlo de verdad, ya lo verás —me dice Gabriella mientras tira de mi brazo para alejarme de allí.

Me sonrojo como si tuviera quince años. Ella ríe, divertida.

—¿O sea que todavía no os habéis ni siquiera besado?

Gabriella no dice nada más, aunque estoy segura de que se pregunta por qué me cuesta tanto decidirme. No serviría de nada explicarle mis razones. «El pasado es el pasado, Giulia, y debes superarlo. Pasa página, *move on* como dirían en América. ¿A qué estás esperando?». Esa sería su respuesta.

De regreso a casa observo que, muy cerca de la cancela de entrada a mi finca, hay un coche parado de color azul oscuro. No es un modelo nuevo; tampoco es un vehículo que haya visto antes. Conozco bien los automóviles que se mueven por ese tramo de la carretera, que solo lleva a las casas de quienes tenemos tierras en esta zona. No creo que pertenezca a ninguno de mis vecinos. Lo habría reconocido. Gabriella sale del coche para abrir la cancela que da acceso a mis tierras y a mi casa. Es justo en ese momento, mientras ella está de espaldas a la calzada, cuando veo que un hombre delgado sale de entre las fincas, sube al coche parado y se aleja de allá deprisa. Lleva una gorra con visera y gafas de sol. No puedo verle la cara.

24

El restaurante que Claudia regentaba con su marido se convirtió pronto en el local de moda para los adultos jóvenes residentes en el Brooklyn más acomodado. Y Claudia, quien parecía haber asumido su destino con resignación, se tomó a su vez en alguien que vivía para trabajar. No tardaron en ampliar la oferta de platos y en contratar a una cocinera con la que Claudia solía perder la paciencia y llenarla de insultos a la más mínima equivocación. Al final, y en contra de la opinión de Donato, la echaron a la calle. Enseguida contrataron a un cocinero también de origen italiano y con cierta experiencia. Y fue Donato quien se encargó de supervisarlo, de corregirlo, de formarlo. Ya no se fiaba de los estallidos de mal humor de su mujer y tenía miedo de que estos acabaran con el negocio que tan bien y tan rápido iba prosperando.

Donato disfrutaba con su trabajo, le gustaba pensar en pequeños cambios en los platos que servían para sorprender a los clientes y pasaba horas con el cocinero experimentando con nuevos sabores y presentaciones. Ponía especial énfasis en la combinación de colores y texturas a la hora de presentar los platos y en incorporar ingredientes que venían de otras tradiciones culinarias. Siempre atento con quien entrara en el restaurante, se sentía satisfecho cuando veía las mismas caras una y otra vez. Enseguida memorizó los nombres y platos predilectos de sus clientes habituales y la mesa que les gustaba ocupar. No tardó en empezar a agradecer su fidelidad con pequeños obsequios que iban desde no cobrarles el vino que habían consumido hasta regalar flores a las señoras.

A Claudia le traían sin cuidado estas atenciones; de hecho, le

traía sin cuidado el restaurante y también lo que pensara Donato de su desidia. No sé si él se quejaba en privado de su actitud; yo siempre observé que la trataba con respeto, aunque con frialdad. Todas las muestras de cariño y de euforia las guardaba para sus clientes habituales.

A pesar de haberse librado de la responsabilidad de supervisar al cocinero, Claudia apenas tenía unas horas libres a lo largo del día. Siempre había algo que hacer en el restaurante y cada vez me resultaba más difícil salir de compras con ella o tomamos un café, como teníamos por costumbre hacer antes de su matrimonio. Había algo en Claudia, en su mirada ajena a todo, que me hablaba de soledad, que me decía que necesitaba ayuda, aunque nunca me la había vuelto a pedir desde el día en que tuve que acompañarla a la clínica. Nunca hablamos de aquello, nunca me dijo si todavía se encontraba con el hombre del abrigo color camel o con otro. Yo tampoco quise preguntárselo. Reconocí en ella las señales de desorientación e inquietud que yo había experimentado durante el primer año de mi estancia en los Estados Unidos. Quizá fuera por eso, o porque Rose, la única amiga que había logrado hacer en la universidad, se había ido, o porque ahora formábamos parte de la misma familia, me sentía bien en su compañía.

Algunas tardes iba a visitarla. Salíamos a dar un paseo por el cercano *Prospect Park* cuando ella podía permitirse un pequeño descanso antes de que empezaran a prepararse para servir las cenas. A veces también me quedaba para ayudarlos. No me importaba hacerlo y tanto a Donato como a ella les gustaba que les echara una mano. Luego, cuando venía Nico a buscarme, nos quedábamos a cenar con ellos.

Una de aquellas tardes, al llegar al restaurante los encontré abriendo envoltorios de papel de donde salían fotografías enmarcadas. Donato las miraba antes de apilarlas en dos grupos diferentes. Parecía alegre; nunca lo había visto así. Claudia estaba de espaldas a la puerta de entrada y él me vio primero. Me indicó que me acercara.

—¿Qué son estas fotos? —pregunté mientras observaba la imagen en blanco y negro de Frank Sinatra.

—Cosas de Donato —respondió Claudia. Se levantó y se dirigió al fondo del restaurante.

—¿Te apetece un café?

—Sí, gracias —contestamos Donato y yo al unísono.

Nos llegó el ruido de la cafetera. Donato cogió tres de las fotografías y las puso una al lado de otra. Luego rebuscó por la mesa hasta dar con una hoja de cartulina grande pintada con muestras de colores distintos.

—¿Cuál te gusta más?

—No sé. ¿Qué es lo que se va a pintar?

—Las paredes del restaurante —dijo Claudia que llegaba con las tazas de café.

—Quiero darle otro aire, que no sea el clásico lugar de comida italiana con manteles a cuadros blancos y rojos y ventanas pintadas en las paredes o fotografías de paisajes de Italia.

—A la gente le gusta así. Les parece que están en Italia —dijo Claudia.

Yo me reí.

—Eso es una caricatura —dije.

—¿Tú crees? —se quedó pensativa un momento, enseguida reaccionó—. Es igual, quienes vienen aquí no han estado en Italia y puede que no vayan a ir nunca por allí.

—¿Lo ves? Giulia está conmigo —Donato ignoró el comentario de su mujer y continuó alineando fotografías—. Es una decoración obsoleta.

—¿Qué más da? Servimos comida y se la comen. Cada día llenamos el restaurante. Déjate de decoraciones. Ya está bien así —se terminó su café y se levantó con un gesto de hastío.

Donato negó con la cabeza y me miró. Creo que esperaba que yo dijera algo, que lo ayudara a convencer a Claudia. Yo no sabía qué más decir.

Él cogió unas cuantas fotos y me indicó que lo siguiera hasta la otra punta del restaurante.

Claudia volvió para recoger las tazas de café y llevarlas a la cocina.

—Fíjate, a lo largo de esta pared pondré las fotos de todos los italianos que se han hecho famosos en América, tanto los que nacieron en Italia como los que nacieron aquí de padres italianos —apoyó en la pared la foto de Frank Sinatra que yo había visto antes y otra de Al Pacino—. ¿Qué te parece la idea?

—Me gusta mucho.

Claudia puso los ojos en blanco.

Volvimos a la mesa donde estaban apiladas las fotografías y Donato dejó las que llevaba en la mano y eligió otras tres.

—Y en esa pared —dijo señalando la pared opuesta— pondré las fotos de todos los italianos que no son famosos pero que contribuyeron con su trabajo a crear este país.

Observé las imágenes que me enseñaba. Mostraban familias enteras de vestido humilde y complexión oscura posando delante de las cámaras con motivo de una boda, hombres subidos a vagonetas en un descanso durante la construcción del ferrocarril, parejas de aspecto famélico con niños pequeños retratadas en lugares donde la cocina y las camas ocupaban el mismo espacio, hombres y mujeres delante de una tienda con nombre italiano, familias sonrientes comiendo helado en compañía del hijo vestido de soldado, hombres subidos en andamios altos que se afanaban en la construcción de un edificio. Había fotos muy antiguas, de principio de siglo, otras que parecían tomadas en los años posteriores a la segunda guerra mundial y algunas más recientes.

—¿Qué te parece? ¿Pongo a los famosos en una pared y a los anónimos en otra o los mezclo todos?

—Mézclalos —dije sin dudarlo.

—Gracias —me miró y sonrió—. Yo había llegado a la misma conclusión.

—Te has gastado un dinero innecesario en comprar y hacer enmarcar todas esas fotografías, y ahora lo gastarás en pintar unas paredes que no lo necesitan —comentó Claudia con el tono cáustico que empezaba a ser habitual en ella cuando hablaba con Donato.

Me pareció que era injusta con él.

—Claudia, a mí me parece buena idea lo que quiere hacer.

—¡Bah!

—Gracias —me guiñó el ojo Donato. Y empezó a recoger las fotos.

—Espera —le dije—, ¿puedo acabar de ver las que tienes de italianos anónimos? Me gusta ver fotografías de otras épocas.

—A mí también —sonrió—. Es una manera de conocer la historia.

—Sí —me senté a la mesa para mirar las fotos con calma—.

Quizá te pida alguna para llevarla a clase. El profesor de historia de los Estados Unidos me ha encargado hacer una presentación sobre Nueva York en 1945. Por lo que llevo leído, fue un año muy importante para la ciudad y la euforia del final de la guerra la situó al mismo nivel que Paris y Londres.

—Creo que incluso superó a las ciudades europeas, o eso he oído decir siempre —volvió a guardar la cartulina pintada de colores—. Llévate todas las fotos que necesites, pero no te quedes con ninguna, ¡eh! —dijo mientras se dirigía a la cocina.

Empecé a mirar más de cerca las fotografías en tonos sepia y en blanco y negro de aquellos emigrantes de épocas diferentes. En todas me pareció leer historias de hambre y miseria que habían dejado atrás. Observé que sus protagonistas compartían una misma mirada de determinación, la fuerza de un sueño y la esperanza de llevarlo a cabo. La mirada de Nico, quien, al contrario de los protagonistas de las fotos, había crecido en una familia acomodada, tenía esa misma determinación cuando me hablaba de las excavaciones en las que participaría. Yo me alimentaba de esa ilusión que él ponía en sus proyectos, de su confianza en que todo lo que deseamos de verdad podemos conseguirlo. Me hubiera gustado que estuviera a mi lado en ese momento para abrazarlo con todas mis fuerzas.

Estuve un rato mirando las fotografías. Claudia se sentó a mi lado y también pareció interesarse. Lanzó un par comentarios jocosos sobre la ropa que llevaban los retratados, y de sorpresa cuando vio el metal retorcido y oxidado que formaba las barandillas de las cunas donde dormían los niños.

—Mi padre siempre dice que, gracias a nosotros, a los irlandeses y a los chinos, este país ha prosperado. Bueno, gracias a todos los que llegaron aquí con ganas de trabajar. Y creo que tiene razón.

Claudia miró el reloj de pulsera que llevaba puesto y se levantó.

—Voy a empezar a preparar las mesas.

—Un segundo, que miro las dos últimas y te ayudo.

Unos instantes después, la imagen que descubrí en una de las fotos me dejó sin habla.

—¡Claudia! —grité cuando me hube recuperado un poco.

Me levanté con la fotografía en la mano y las piernas temblorosas.

—¿Qué ocurre, Giulia? ¿No te encuentras bien?

—Claudia —dije señalando la foto donde aparecía un hombre de cabellos castaños que posaba sonriente y bien vestido junto a otros dos y a una mujer al pie de una noria en un parque de atracciones —. Creo que ese hombre es mi tío. El que se fue a América y del que sólo supimos que llegó bien a Nueva York, y ya no recibimos más noticias.

—¿Estás segura? —dijo Claudia observando la foto con interés.

—He visto ese rostro muchas veces desde que era niña. Es el mismo que aparece en la última fotografía que mi padre recibió de él. Nunca perdió la esperanza de que se reencontrarían. He de preguntarle a Donato quién le ha dado esta fotografía.

Tomé la foto y fui a la cocina. Claudia se quedó preparando las mesas.

Donato y el cocinero tenían el rostro congestionado y los ojos brillantes cuando me vieron entrar. Tuve la impresión de que a Donato le incomodaba mi presencia allí. Por eso no me moví de la puerta y esperé impaciente a que él se acercara.

—Donato, necesito que me digas quién te ha vendido o te ha dado esta fotografía. Ese de ahí —dije señalándolo con el dedo— creo que es mi tío, el hermano de mi padre que se fue a América.

Donato no dijo nada hasta que no salimos de la cocina.

—No lo sé, Giulia. Uno de nuestros clientes las ha comprado por mí. Provienen de lugares diferentes, según tengo entendido.

—¿Puedes preguntarle dónde consiguió ésta en concreto, si conoce a este hombre o si sabe de alguien que quizá lo conozca? Es muy importante.

Donato me pidió calma con las manos. Caí en la cuenta de que mi excitación me había llevado a hablar demasiado deprisa, a levantar la voz en exceso, a pedirle algo que quizá no estaba a su alcance.

—Por favor —dije algo más calmada.

—Está bien, lo intentaré. Aunque es muy difícil dar con quienes aparecen en las fotos. Muchas provienen de estudios de fotógrafos que ya han cerrado, otras de casas que se han vaciado porque sus propietarios han muerto y los herederos no tienen interés en guardar viejas fotografías familiares.

—Estoy hablando de una foto más reciente. Se debió tomar

durante los años cincuenta. No hace tanto de eso.

—Haré lo que pueda.

Le di un beso en la mejilla.

—Gracias —le dije mientras tomaba el mantel que me tendía Claudia para seguir preparando las mesas.

Unos meses más tarde Donato me dio un papel donde estaba apuntada la dirección de quien creía que era mi tío. Yo ya había perdido la esperanza de encontrarlo, pero cuando tuve aquel papel en la mano ya no fui capaz de concentrarme en nada más que no fuera encontrar a aquel hombre al que no conocía ni me importaba conocer. Pero él podría ser el vehículo que me permitiría volver a ver a mi padre. Estaba segura de que no nos echaría de casa si aparecíamos Nico y yo allí con el hermano al que tanto había añorado.

La fotografía ha aparecido hoy entre los papeles de mi padre que estoy ordenando de nuevo. Él la guardó junto a la que le había enviado su hermano poco después de su llegada a Nueva York. Contemplo ese rostro que tantas veces vi de niña y hay algo en él que descubro por primera vez. Creo que he visto esa cara, no sé dónde, quizá en las calles de Nueva York. Aunque no puede ser. No tiene sentido. Dejo las fotografías en la carpeta donde las he encontrado, la pongo en su sitio y salgo del despacho de mi padre. Miro el reloj. Gabriella está a punto de llegar para llevarme al hospital.

Después de mi cura voy a ver a Luca. La cama está recién hecha y vacía. Se lo acaban de llevar para hacer la primera sesión de rehabilitación. En el box, donde tantas veces he ido ya a preguntar por él sin éxito, encuentro al médico que sigue la evolución de Luca. Tiene prisa, lo esperan en consulta, me dice. Yo insisto en hablar con él y me dedica unos minutos.

—Le quedaran unas marcas de las quemaduras, en el rostro y en los brazos, que se pueden eliminar con cirugía estética. Ya se lo he dicho a su hijo.

—¿Su hijo está aquí? —me sorprende esa noticia.

—Sí. Ha llegado hoy desde Milán para ver a su padre. Acaba de irse. Volverá dentro de unos días.

Intuyo que el médico se ha dado cuenta de que nada sabía de esa visita porque enseguida añade:

—Como ya le he informado a él, debo decirle que el señor Gióla tendrá dificultades para volver a andar bien. Apenas podrá flexionar las piernas. No podrá ponerse de rodillas y lo más seguro es que le quede una cojera, más o menos moderada.

Intento asimilar toda esa información, que no me haga daño, que no acreciente todavía más el sentimiento de culpabilidad que me domina desde el día del incendio.

—Señora, debe alegrarse. El señor Gióla tiene quemaduras y traumatismos de tal gravedad que podría haber muerto. Y está vivo. Y se recuperará. El proceso de rehabilitación será largo. Del empeño y constancia que él ponga en la rehabilitación dependerá que quede mejor o peor. Y ahora, si me disculpa, debo irme. Me están esperando otros pacientes.

—Gracias —consigo decir.

Lo veo alejarse con una carpeta en la mano, el paso decidido y la cabeza alta. La bata blanca, que lleva abierta, le confiere un aspecto solemne, tan habitual en los de su profesión y que yo detesto. Me recuerda demasiado a los médicos que atendieron a mi madre y no consiguieron salvarla.

25

—No es un buen barrio; no vayas sola —me aconsejó Donato. A Nico tampoco le gustó la dirección que aparecía en el papel y se ofreció a acompañarme. Pero el día que habíamos previsto para desplazarnos hasta el Bronx y conocer al fin a mi tío, Nico no pudo venir conmigo. Como alumno aventajado que era, uno de sus profesores lo había citado ese día para hablarle de su posible participación en un proyecto de investigación. Comprendí que no podía arriesgarse a perder esa oportunidad.

Incapaz de aplazar por más tiempo aquel encuentro, le pedí a Donato que me acompañara.

—No puedo, Giulia. Me es imposible dejar el restaurante, busca otro día en que Nico pueda acompañarte.

Yo no quería buscar otro día, no me sentía capaz de esperar más.

—Te acompaño —dijo Claudia, y tomó la chaqueta que colgaba de un perchero.

—Claudia, ahora no…

—¿Por qué no? Que te ayude él —dijo señalando a la cocina. Quizá hubiera tenido que decir que ya iría otro día para que Claudia no tuviera problemas con Donato. No lo hice. Intuía que mi testarudez le daba a Claudia la excusa perfecta para alejarse por unas horas del restaurante y de Donato. Antes de salir a la calle ella se ajustó la chaqueta, se puso en su sitio un mechón de cabello que le había caído en la cara y respiró hondo.

—Vamos —dijo.

Abrió la puerta, salimos a la calle y echamos a andar hacia la parada de metro.

Cuando llegamos a la dirección que me había dado Donato, ya hacía rato que andábamos por calles con los muros cubiertos de grafiti, con la pintura de puertas y ventanas desconchada, algunos cristales rotos y cortinas que en algún momento habían sido blancas y enteras y que ahora colgaban torcidas tapando a medias alguna ventana. Un hombre dormía en la calle encima de unos cartones. A su lado, en un carro de supermercado, guardaba todas sus pertenencias. Había botellas vacías en la acera y el olor a güisqui y a vomito nos acompañó durante un buen tramo de nuestro recorrido. También nos acompañaron las miradas de algunos hombres, blancos y de color, y de algunas mujeres que arrastraban a sus hijos de la mano y les gritaban palabras soeces cada vez que intentaban separarse de ellas. Claudia se agarró con fuerza a mi brazo y yo al de ella. Agilizamos el paso. Procuramos no devolver la mirada a nadie y seguir nuestro camino con la mayor naturalidad posible. Aun así, un hombre nos siguió hasta el portal de la casa. Claudia gritó cuando sintió que tiraban de su bolso. Una ventana se abrió en el primer piso y de ella brotó una retahíla de insultos. El hombre se fue sin el bolso, no sin antes responder de la misma manera a la mujer de cabellos mal teñidos color zanahoria que se había asomado a la ventana.

—Busco a Flavio Cicinelli —aproveché para decir.

La ventana se cerró de golpe.

Claudia y yo nos miramos sin saber qué hacer.

—Entremos —propuse.

Empezamos a subir una escalera oscura que olía a beicon frito. Estábamos a punto de llegar al rellano del primer piso cuando se abrió una puerta y apareció la mujer que había gritado por la ventana.

—¿Para qué lo buscan?

—Soy su sobrina —respondí.

—Él no tiene familia —dijo, a la vez que bloqueaba la entrada con su cuerpo.

—Sí, tiene un hermano en Italia y yo soy su hija.

La mujer me miró de arriba abajo. Luego se concentró en mi rostro. No nos dejaba entrar; tampoco cerraba la puerta. Mantuvo su indecisión unos instantes. Al final se apartó un poco y nos dejó pasar.

El suelo de linóleo gris oscuro estaba levantado en casi todas las juntas. Había un sofá de asientos hundidos cubierto por una sábana vieja, una mesa de formica con un aparato de televisión encima, otra mesa también de formica con patas metálicas y cuatro sillas con asientos de plástico. Cuando la mujer nos hizo sentar en el sofá descubrí delante de nosotros un frigorífico blanco y muy antiguo, una pica llena de platos sucios y una cocina con dos fogones eléctricos.

—Soy la mujer de Flavio.

El corazón se me aceleró. Miré hacia la puerta de entrada. Ella siguió mi mirada.

—No mire a la puerta. Él no va a volver.

—Me han dicho que vive aquí.

—Aquí sólo vivo yo y mis tres hijos. Él ya hace mucho tiempo que se fue. Primero a la cárcel, después al cementerio.

Me pareció que dejaba de respirar. Claudia debió notar la impresión que causaron en mí aquellas palabras pues me acaricio la mano para recordarme que no estaba sola.

—Ya puedes decirle eso a tu padre. Porque es él quien te ha enviado, ¿no?

—No, él…

—Flavio siempre hablaba de su hermano.

—¿Por qué nunca nos dio su dirección? ¿Por qué rompió el contacto con nosotros?

—Eso pregúntaselo a tu padre.

La mujer seguía de pie ante nosotras, con los brazos cruzados, el vestido lleno de manchas de aceite y un reto en la mirada. Su postura me obligaba a levantar la cabeza para mirarla.

—Y por qué… ¿por qué fue a la cárcel? —susurré. Tenía un nudo en el estómago que me impedía pronunciar las palabras con claridad.

—¿Cómo dice?

—Giulia quiere saber por qué su tío fue a la cárcel —intervino Claudia.

La mujer suspiró. Finalmente descruzó los abrazos, tomó una de las sillas de formica y se sentó.

—Porque era joven, porque quería ser actor, porque se casó conmigo y tuvimos tres hijos a los que no podíamos dar de comer,

porque era demasiado ingenuo y se fio de quienes le ofrecían mucho dinero por un trabajo fácil mientras esperaba su oportunidad como actor. Soñaba con triunfar en Broadway —suspiró.

Mi padre nunca me había dicho que Flavio quería ser actor. Me di cuenta de que nada sabía de aquel tío que no fuera la nostalgia que sentía mi padre por el recuerdo de su infancia compartida, la preocupación por lo que podía haber sido de él y la esperanza de su regreso.

La mujer bebió un sorbo de la botella de Fanta de naranja que tenía abierta.

—Un día, unos del barrio le ofrecieron mucho dinero si los recogía en un coche a la salida de una joyería en Manhattan que tenían previsto atracar.

Claudia y yo dimos un respingo.

—La cosa no salió bien. Hubo un muerto. Los atracadores consiguieron escapar y Flavio no. La policía actuó deprisa esa vez, no como cuando hay problemas en el barrio. En esos casos siempre llegan demasiado tarde.

La mujer dirigió su mirada hacia la ventana y guardó silencio. Luego bajó la cabeza y se miró las manos enrojecidas que tenía sobre el regazo.

—Lo acusaron de homicidio en primer grado y lo metieron en la cárcel. Los verdaderos culpables desaparecieron para siempre del barrio.

Me sentí incapaz de decir nada, de moverme. Ella siguió hablando:

—Hace ahora casi un año me llamaron de la cárcel de Lewisburg para informarme de que había muerto —volvió a mirar hacia la ventana—. Me dijeron que había muerto de una neumonía. Como todos los meses, yo había viajado a ese lugar odioso en Pennsylvania para visitarlo hacía tan sólo dos semanas. Estaba delgado y pálido, aunque ya me había acostumbrado a verlo así. Le fallaba el ánimo, le pesaba demasiado la injusticia que cometieron con él. Dile todo eso a tu padre, díselo —ahora sí me miró. Con rabia—. Si él no hubiera sido tan testarudo, quizá Flavio todavía estaría vivo.

—¿Qué quiere decir?

—Pregúntaselo a tu padre —repitió.

Ya no quiso decir nada más. Se levantó y miró hacia la puerta. Comprendimos su gesto y Claudia y yo nos levantamos también. Ella abrió la puerta antes de que nosotras llegáramos al umbral.

Al salir del apartamento nos cruzamos con un hombre muy joven. Tenía la mirada torva y olía a alcohol y a sudor. Se quedó mirándonos como si quisiera desnudamos. O robarnos. Nosotros bajamos la vista hasta dejarla reposar en nuestros zapatos mientras intentábamos bajar las escaleras sin que se nos notara el miedo. Creo que nos hubiera atacado de no ser por la voz de mi tía.

—¡Otra vez, Tommaso! —gritó la mujer—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no bebas?

Ni ella ni yo le dijimos al chico que yo era su prima y dudo que supiera que llevaba el mismo nombre que mi padre.

Aquella noche Nico escuchó conmovido el relato de mi encuentro con la parte de mi familia que ya no volvería a ver. Quise compartir con él mi frustración por haber perdido lo que yo creía que iba a ser una oportunidad de acercarme de nuevo a mi padre. Aquel viaje que había fantaseado hacer junto con su hermano, aquel anhelado reencuentro con él que yo iba a proporcionarle, nunca se produciría.

—Iremos tú y yo a ver a tu padre, no te preocupes, aunque él diga que no quiere verte. Dudo que cuando nos presentemos en su casa por sorpresa quiera seguir con esa actitud suya. Y si aun así continúa, entonces yo te aconsejaría que te olvidaras de él. No te merece.

Nico tiene razón, pensé mientras me dejaba abrazar y acariciar por él.

Escondí en un rincón de mi mente las palabras de aquella mujer que decía ser mi tía y que culpaban a mi padre de la mala suerte de su hermano. No sería hasta mucho más tarde cuando tuve que sacarlas del olvido.

26

Gabriella acaba de irse y estoy sola en casa. Quiero escribirle a Carla y no me decido a hacerlo. Temo que pueda adivinar cómo me siento en realidad. Que mi falta de preguntas sobre Nico y su familia se revele como lo que en realidad es, la forma de esconder mi malestar. Me pregunto si han llegado hasta allí las noticias de la enfermedad de los olivos de Salento. Si ha visto las fotos que aparecen en los periódicos. Si ha leído que la bacteria *Xylella fastidiosa* está matando a los olivos de la Puglia. Si sabe que muchas de las vibrantes arboledas, que han prosperado durante siglos, son ahora troncos retorcidos de árboles muertos.

Al final decido escribirle y enciendo el ordenador. Ahora, que ya estoy de nuevo en casa y fuera de peligro, creo que es el momento de explicarle qué me ha pasado y qué está ocurriendo en la Puglia. Estoy segura de que no sabe nada. No creo que las agencias de noticias consideren la muerte de los olivos de la Puglia como una noticia importante. Diferente sería si se tratara de algún famoso. Entonces el mundo entero lo sabría.

Así era al menos hace años, cuando murió John Lennon y yo estaba allí.

Aquel lunes 8 de diciembre de 1980 las aulas de todas las universidades de Nueva York se vaciaron de estudiantes. Sabía que Nico estaría también entre la multitud que rodeaba el edificio Dakota donde unas horas antes habían disparado a John Lennon y lo busqué entre los congregados allí. Desistí enseguida. Había

demasiada gente para pretender encontrar a alguien. Me quedé con mis compañeros de clase. A nuestro alrededor, gente de todas las edades y de todas las clases sociales guardaba silencio, algunos exhibían pancartas donde en letras negras habían escrito: *John, we love you*. Muchos estaban llorando. La radio ya había informado de la muerte de Lennon en el Roosevelt hospital. Yo no lloraba, no sé llorar por alguien a quien no he conocido en persona. En cambio, unos días más tarde, cuando en compañía de Nico volvimos a reunirnos una gran multitud en el *Central Park*, al lado del edificio donde Lennon fue asesinado, su música y las letras de sus canciones que todos cantábamos emocionados, consiguieron que algo se rompiera dentro de mí. Creo que fue allí donde comprendí que me había convertido en adulta. Que la época de mi vida que habían marcado esas canciones se cerraba aquel día. Mis sueños ya eran diferentes a los que había tenido mientras las escuchaba en el tocadiscos en casa de mis padres.

Miré a Nico, que cantaba a mi lado. Él me abrazó la cintura y siguió cantando. Encontrar a un hombre como Nico no había entrado en mis planes de adolescente, y lo había escogido como compañero de un viaje que, antes de conocerlo a él, siempre había pensado que haría sola. Ya no podía imaginar el trayecto de mi vida sin él. No me importaba que fuéramos en vagones distintos, incluso que eligiéramos estaciones diferentes para hacer un alto en el camino. Me bastaba con saber que íbamos en la misma dirección y que nada podía erigirse en obstáculo para llegar el uno al corazón del otro y quedarse allí, y alimentar la fuerza de sus latidos. Me pregunté cómo iba a hacer Yoko Ono para vivir sin su amado John. Me pregunté si yo sabría cómo continuar viviendo si algún día me faltaba Nico.

Seguía sin tener una profesión, sin adquirir la independencia económica que me había propuesto lograr desde que descubrí que era buena estudiante. Eso me preocupaba. Luchaba a menudo conmigo misma para no dejarme llevar por el desamparo cuando observaba que no dejaba de ser una ciudadana de segunda en aquel país, cuya idiosincrasia era a veces capaz de comprender y otras no. Tomé conciencia de las dificultades a las que debería enfrentarme para acceder a una profesión. Cada vez me pesaba más mi situación de dependencia de Nico y de su familia. Mi sueño de libertad, de no

ser como mi madre y las mujeres de su generación, estaba todavía pendiente. No quería a renunciar a él y me esforzaba en pensar que estaba en camino de conseguirlo. Nico estaba a mi lado. No me quedaba sola como Yoko Ono. Sonreí.

—Estás muy guapa cuando sonríes, deberías hacerlo más a menudo. ¿A qué se debe esa sonrisa?

—Pensaba en ti, en nosotros.

—¿Qué pasa conmigo?

—Lo sabes de sobra.

Nos abrazamos. Enseguida nos alejamos de la multitud que ahora entonaba *Imagine* con la emoción de los actos solemnes.

Fue al salir del parque cuando me sentí observada. Giré la cabeza y lo vi. Era el rostro de perfil de un desconocido. Había visto ese mismo rostro dos veces en pocos días, en lugares distintos, siempre a mi espalda, aunque algo alejado. Se lo comenté a Nico.

—Vamos a preguntarle por qué te sigue, y a avisarle de que deje de hacerlo si no quiere que lo denunciemos —me tiró de la mano para ir hacia el desconocido.

El hombre debió intuir nuestra intención de acercarnos porque echó a andar en dirección opuesta, luego a correr. Lo perdimos entre la multitud que caminaba sin prisas, cargada con paquetes, disfrutando de las luces navideñas y de los patinadores que, como todos los años, se deslizaban por la pista de hielo del *Rockefeller Center*.

Pasaron unos meses hasta que volví a ver al desconocido y mucho tiempo hasta que empecé a pensar que era él quien, tras haber cambiado de casa y de barrio, empezó a llamarme por teléfono de madrugada y a colgar sin decir nada.

La carta que recibí aquel diciembre de mi hermano me cogió por sorpresa. Con pocas palabras, que era su manera habitual de expresarse, me informaba de que mi padre se había vuelto a casar. La ceremonia la había oficiado un sacerdote de Specchia en una iglesia vacía, con la única presencia de los testigos y sin banquete posterior para celebrarlo. Él se había enterado por Ángela, la novia, que lo llamó por teléfono para decírselo. La mujer lo apreciaba. Gracias a él, ella, su hermana, su cuñado y el hijo de ambos se

habían podido alojar en casa de mi padre durante unos meses tras el terremoto de Irpina. Así se habían conocido. «Ángela ha conseguido en poco tiempo lo que ni tú ni yo hemos logrado. Parece ser la única capaz de comunicarse con él» —escribía mi hermano.

Me alegré por mi padre, sabía que la compañía le haría bien, aunque no conseguí evitar el resentimiento. Me dolía comprobar que ya no formaba parte de su vida, ni siquiera me hacía partícipe de los cambios importantes que le acontecían. Aun así, decidí escribirle una carta breve felicitándolo. También le decía que me faltaba muy poco para graduarme en la universidad. Imaginé que esa noticia le gustaría.

Él no respondió. Ángela sí lo hizo. Fue una misiva amable, escrita con la letra torpe de quien no tiene costumbre de hacerlo y con la naturalidad de quien se siente a gusto en su propia piel. Me sorprendió leer que mi padre le había hablado mucho de mí. Por la forma en que lo decía no tuve duda alguna de que no estaba mintiendo.

Creo que fue aquel día cuando retomé mi decisión de ir a ver a mi padre. Ya no me importaba que él insistiera en que no quería verme. Hubiese preferido que Nico viniera conmigo, que mi padre llegara a conocerlo y a apreciarlo, pero decidí que iría sola a verlo si él no podía venir conmigo. Ya había retrasado el viaje durante demasiado tiempo. Debía cerrar esa herida que me impedía vivir con plenitud, dejar de pensar que yo había tenido la culpa de que mi padre no me hablara, dejar de sentir que sería capaz de llegar a odiarlo por lo que me estaba haciendo. Que él le hubiera hablado a Ángela de mí era una buena señal. Así se lo comenté a Nico, quien esta vez ya no insistió en que debía esperar hasta que él pudiera acompañarme.

—Haz lo que creas conveniente. Si ese viaje te puede devolver la serenidad, hazlo.

Compré el billete con mucho tiempo de anticipación, para viajar a finales de mayo. Para entonces ya habría terminado mi último curso en la universidad y confiaba en que mi padre se sentiría orgulloso de mí. Ya más tranquila por la decisión tomada me concentré en mis estudios y soporté lo mejor que pude las horas tediosas que pasaba devolviendo libros a las estanterías de la biblioteca.

Me acercaba cada vez más al objeto de estudio que creía que iba a definir mi vida profesional. Me interesaba la historia de los Estados Unidos, sobre todo su relación con Europa y más concretamente con Italia. Me parecía que así podía unir los dos mundos a los que, después de seis años de vivir en América, creía pertenecer. Los dos se complementaban. Me sentía afortunada porque era capaz de comprender las dos culturas sin tener que decantarme por ninguna de ellas. Me quedaba con las dos.

Nico vivía sus estudios de arqueología con la pasión de quien sabe que le resultaría imposible renunciar a adentrarse en el conocimiento de cómo vivían y en qué creían quienes transitaron por unos lugares que para los neófitos eran sólo piedras abandonadas por el tiempo. Yo era uno de esos, hasta que Nico me contagió su entusiasmo. No había ido nunca a París y por tanto no había visitado el Louvre ni me había quedado ensimismada ante la estatua alada de la diosa Nike que preside la escalinata de Dani. Él sí, y me prometió que no tardaríamos en visitar juntos ese espacio del museo donde, la primera vez que visitó Paris con su familia, descubrió su vocación. A la espera de que llegara ese día lo escuchaba cada vez más interesada cuando me hablaba con tanto fervor del Santuario de los Grandes Dioses en Samotracia y de los enigmas que encerraba y que él se proponía desvelar. Cada vez estaba más cerca de conseguir un puesto en el equipo de arqueólogos de la *New York University* que trabajaban en las excavaciones de Samotracia dese hacía años.

Él también me escuchaba con atención y me hacía muchas preguntas cuando le hablaba de la historia de los italianos en América y le revelaba aspectos que él ignoraba a pesar de que su familia formaba parte de esa realidad que para mí era un objeto de estudio y para él retazos de historias que había escuchado durante su niñez y que ahora cobraban sentido.

Una tarde, en el restaurante de Claudia y Donato, les comenté lo que estaba leyendo. Ellos seguían divertidos mi relato de la historia de las familias italianas en Norteamérica, sus propias familias, desde la objetividad del observador.

—*Columbus Day* siempre me ha parecido una fantochada —dijo Claudia cuando le expliqué por qué y cómo se elegía cada año el invitado de honor a esa fiesta que celebraba la participación de los

italianos en el desarrollo de la ciudad de Nueva York.

Donato mostró más curiosidad.

—Nico y tú tenéis suerte de disfrutar con las mismas cosas —me dijo muy serio—. Aunque no sirvan para nada, como dice mi suegro.

—Papá adora a Nico. Y mamá también —intervino Claudia.

Me sentí incómoda. Como siempre que Claudia hablaba de su familia.

—En cambio yo he sido una molestia para ellos desde que nací. No veían el día en que podían librarse de mí. Y aquí estoy, cumpliendo sus órdenes.

Donato se sonrojó. La mano que tenía sobre la mesa se cerró en un puño y él se apresuró a esconderla en su regazo. Enseguida se levantó.

—Voy a la cocina a ver cómo marcha la preparación de la cena.

—Eso, vete, vete. Y quédate allí. Es eso lo que quieres, ¿no?

Claudia cogió la botella de vermú *Cinzano Rosso* y llenó hasta arriba el vaso que todavía conservaba el hielo.

—Ya es el segundo, Claudia. Creo que no deberías…

—¿Y tú quién eres para decirme lo que debo hacer? Ah sí, eres la mujer perfecta, ideal para el hombre perfecto que es mi hermano. La chica seria y juiciosa, la buena estudiante, la que todo lo hace bien —cogió el vaso y vació de un trago la mitad de su contenido.

—Claudia, ¿qué te ocurre?

—Anda, déjame y vete a tu casa. Tu maridito te espera.

Se levantó de la silla, yo me levanté también e intenté agarrarle un brazo. Ella me empujó para que me apartara y se fue hacia la caja registradora. Abrió el cajón y empezó a sacar dinero que luego dejó caer al aire. Por el suelo y encima del mostrador quedaron esparcidos los billetes.

—Dinero, dinero. Hacer dinero. Eso es lo único que le importa a mi padre. Sus restaurantes, sus tiendas y todos nosotros para tirarlos adelante. Menos Nico y tú. Los únicos que os habéis librado de hacer su voluntad. ¿Por qué?, dime por qué —gritó.

Alterado por el grito Donato salió de la cocina, justo a tiempo de recoger a Claudia antes de que cayera al suelo. La sujetó como pudo y se la llevó a la cocina. Enseguida abrió la puerta, todavía sujetaba a Claudia.

—Giulia, esta noche Claudia no… no podrá hacer nada. ¿Te importaría quedarte y ayudarme?

Asentí con la cabeza y me puse a recoger el dinero del suelo y a guardarlo en la caja registradora. Me quería ir de allá, volver a casa enseguida y explicarle a Nico lo sucedido. Cuando lo llamé para decirle que iba a llegar tarde tenía un nudo en la garganta.

Creo que lo que más me hirió de las palabras de Claudia fue que no las esperaba de ella. La creía una amiga. La envidia que descubrí que dictaba sus palabras esa tarde fue suficiente para que me hiciera el firme propósito de alejarme de su compañía. De todas las pasiones humanas, la envidia es la que me parece más temible. Había sufrido sus ataques ya en el colegio, cuando mis buenas notas me condenaban al ostracismo y a las burlas de mis compañeras. De todas menos de Gabriella, que fue quien me abrió los ojos sobre lo que estaba ocurriendo, la que me indicó cuáles eran los signos que indicaban si alguien albergaba ese sentimiento. Ella lo había aprendido pronto pues también era objeto de envidias, no por sus buenas notas sino por su belleza. Y en su caso era todavía peor, me dijo, ya que además de la envidia debía convivir con la hipocresía, pues todas nuestras compañeras aparentaban ser amigas suyas. Sólo para criticarla a sus espaldas y maquinar la manera de conseguir que dejara de ser el centro de todas las miradas.

Yo no tenía la culpa de la infelicidad de Claudia y me pareció injusto que me atacara con sus palabras. El que los exámenes estuvieran al caer me ayudó a no tener que dar explicaciones a Nico de los verdaderos motivos que me alejaron del restaurante de su hermana, que hasta entonces había visitado con frecuencia.

27

Habían pasado varias semanas desde aquel incidente en el restaurante cuando una tarde al llegar a casa vi que Claudia cruzaba la calle y se acercaba a mí. Debía de llevar bastante tiempo esperando pues en la acera todavía quedaban restos de la última nevada y ella tenía los ojos vidriosos del frío y movía los pies para darse calor.

—¿Me invitas a un café? —me dijo con un gesto que intentaba parecerse a una sonrisa.

Cuando entramos en casa enseguida puso las manos en el radiador de la calefacción. Al cabo de un rato se quitó el abrigo y me siguió hasta la cocina.

—Te debo una explicación.

Asentí y puse el agua a calentar. Ella sacó las tazas y el azúcar del armario. Un par de veces creí que iba a decir algo. Cuando nos sentamos en el sofá, se puso a llorar.

—No, no llores. Aquel día estabas nerviosa, eso es todo.

—Necesito decírselo a alguien —dijo entre sollozos.

—¿Qué ocurre? —le di la caja de *Kleenex* y ella tomo uno. Empezó a enjugarse las lágrimas en silencio.

—Donato es gay —su voz era un susurro—, es gay —repitió. Se sonó la nariz.

Quería que me salieran las palabras adecuadas para ayudarla, para calmar su desasosiego, pero la sorpresa se me llevó el habla.

—Aquel día, poco antes de que llegaras, lo había sorprendido abrazado al cocinero. Los dos intentaron hacerme creer que el abrazo no era lo que parecía… Y todavía me dio más rabia que

negaran lo que acababa de ver.

Mi incomodidad iba en aumento. Hubiera deseado que Claudia no me hubiera elegido a mí una vez más como confidente de sus problemas. No se me ocurría ninguna manera en que pudiera ayudarla. Nunca había conocido a nadie que fuera gay, o quizá sí y no me había dado cuenta, como me había ocurrido con Donato. Me preguntaba hasta cuándo él habría mantenido su homosexualidad en secreto si Claudia no lo hubiera descubierto. Durante unos instantes creí detestar a Donato, no porque fuera gay, sino por no haber tenido la valentía de decírselo a Claudia antes de la boda. Por haber permitido ese matrimonio infeliz para los dos.

—¿Y qué vas a hacer? —conseguí preguntar al fin.

—Nada.

—¿Nada? Deberías pedir el divorcio. Él puede rehacer su vida y tú la tuya.

Entonces me miró. En sus ojos había una tristeza vieja.

—Mi madre dice que el divorcio es para los protestantes, que nosotros somos católicos, casados por la iglesia, y que nuestro matrimonio nos une para siempre.

Me preguntaba si la familia de Claudia sabía que el divorcio se había aceptado por fin en Italia, en 1974, justo antes de que yo me fuera de allí, aunque la ley se había aprobado ya en 1970. Recordé cómo en la universidad los estudiantes nos manifestamos a favor del divorcio y que al fin ganamos el referéndum, muy a pesar del papa Pablo VI y de la iglesia más conservadora.

—Claudia, Italia es un país católico y el divorcio ya es posible. Además, son muchos los católicos que están a favor.

—Lo sé, pero mi familia y la familia de Donato viven en una burbuja que no quieren romper.

—No te entiendo.

Claudia puso una cucharada de azúcar en la taza y removió el café. El tintineo de la cucharilla sobre la taza de cerámica rompió el silencio. Dejó la taza en la mesa sin beber de ella.

—Sus principios, sus creencias, sus valores, su manera de educar a los hijos corresponden a los que tenían cuando salieron de Italia.

—Ha pasado mucho tiempo, todo ha cambiado.

—No importa que muchas de las familias llegaran aquí hace una o dos generaciones. No importa que a su alrededor los valores sean

diferentes a los que trajeron de Italia. Se aferran a los que recibieron de sus padres y de igual forma los transmiten a sus hijos. Y eso les da seguridad como grupo en este país donde todo el mundo tiene sus raíces en lugares tan diferentes y con creencias tan distintas. Cuando ellos salieron de Italia pensar en el divorcio era una aberración, y siguen pensando lo mismo.

—¿Y qué dice Donato?

—Al principio lo negó todo con tanta vehemencia que me hizo dudar. Por eso empecé a buscar señales que me confirmaran o desmintieran lo que había visto aquel día en la cocina. Y las encontré. Interpreté su inapetencia sexual como lo que realmente era. Hasta ese día pensaba que era culpa mía pues ya sabes que yo…, bueno ya sabes que amaba a otro, que lo amo todavía.

Rechacé la idea de preguntarle si continuaba viéndose con su amante.

—Busqué entre sus cosas —continuó Claudia—. Encontré recortes de periódico que hablaban de Harvey Milk, de su lucha por defender los derechos de los homosexuales y de su asesinato hace dos años por esa causa. Comprendí el verdadero significado de las llamadas telefónicas que hacía o recibía por la noche y queme decía que eran de su hermano, su interés en contestar siempre el teléfono, su insistencia en ir al gimnasio todos los días.

—No entiendo como tu madre…

—Cuando fui a casa llorando a explicarle a mi madre lo que había ocurrido, me dijo que debía aguantar. Que no lo comentara con nadie, que mantuviera las apariencias y que pidiera a Donato que fuera discreto. Que era mi deber como esposa y como propietaria de un restaurante de éxito mantener el secreto.

—¡Estamos en el siglo XX! Esas cosas, estas cosas ya no ocurren —exclamé alarmada.

—Ocurren. Si no hay escándalo, las tiendas y los restaurantes de las dos familias mantienen el negocio en alza y todos salen ganando. Si esto saliera a la luz, la clientela que ahora tenemos disminuiría en vez de aumentar. Es bueno para todos mantener el secreto.

—Para todos menos para vosotros dos. Y Donato, ¿qué piensa hacer?

—Donato es una buena persona, aunque le cuesta tomar

decisiones. Al principio pensó renunciar a sus verdaderos deseos y aprender a quererme. Cuando al fin hablamos con calma sobre él y sobre mí, me confesó que yo tampoco se lo puse fácil. Él ya está harto de fingir y quisiera salir del armario, como están haciendo muchos, pero teme el escándalo y la reacción de su familia. Teme también que lo señalen con el dedo como posible portador de esa enfermedad nueva y que la gente se aparte de él.

Me hubiera gustado que un sentimiento diferente a la impotencia me permitiera ayudar a Claudia. Sentía una pena inmensa por los dos, por no poder permitirse amar a quien eligiera su corazón, por pasar sus días en la cárcel en que se estaba convirtiendo su convivencia forzada, por su futuro sin sueños que lo forjara y sin esperanza de cambio. Comprendí que el mundo no era tan distinto de antaño como yo creí mientras leía párrafos de libertad en mis libros. Un escalofrío me recorrió la espalda cuando llegué a la conclusión de que mi padre quizá hubiera actuado igual que la familia de Claudia si yo me hallara en su misma situación. Quise pensar que mi madre me hubiera comprendido, me hubiera ayudado. Aunque tampoco estaba segura. De lo que sí estaba segura era de que yo no habría dejado de luchar para cambiar la situación.

—Tienes sólo veintidós años. Tu familia no puede condenarte a vivir de esa manera. Debes convencerlos de que el divorcio es lo mejor para ti y para Donato. Si te parece bien, le diré a Nico que hable con ellos. Y yo también lo haré, si quieren escucharme.

Me dedicó una sonrisa triste.

—Mejor no le digas nada a Nico.

—¿Por qué?

—Porque no querrán escucharlo, y a ti menos. Te dije que mis padres no me habían querido nunca. Ya ves que no exageraba.

—Tienes que pedir el divorcio —insistí yo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque si lo pido me quedo en la calle, sin dinero y sin trabajo. Ya me lo ha avisado mi madre.

—Ya encontrarás trabajo.

—No sé hacer nada. Me educaron para ir siempre bien vestida y peinada, para hacer bonito. Y para ocuparme junto con Donato del restaurante que mi padre ha abierto para nosotros.

—Puedes aprender. Eres joven. Además, algo sabes ya, algo has aprendido durante este tiempo a cargo del restaurante.

Ella se levantó del sofá y yo la imité. Se puso el abrigo y me abrazó.

—Gracias por escucharme. Gracias por ser mi amiga —fue hacia la puerta y antes de llegar se giró—. Por favor, no le digas nada a Nico.

Abrió la puerta para salir.

—Espera, ¿adónde vas?

—A casa.

—¿Con Donato?

—Es mi marido y yo su mujer.

Cerró la puerta despacio.

Estuve inquieta durante días. Me abrumaban los secretos que Claudia me obligaba a guardar. Quería compartirlos con Nico. Estaba segura de que él también querría ayudar a su hermana y buscaría la forma de hacerlo. Me costó mucho permanecer en silencio sobre este tema.

Aquel año la comida de Navidad se me hizo más interminable que otras veces. Los excesos en los platos, las risas, las conversaciones animadas, los brindis, los ojos vidriosos de Claudia, la mirada baja de Donato. Me sorprendió la naturalidad con que los padres de Nico bromeaban con unos y otros, derrochaban una felicidad ficticia, una unión familiar que ahora sabía estaba forjada a partir de un sacrificio. Me pregunté qué más escondían aquellas veinticinco personas reunidas alrededor de la mesa, qué secretos inconfesables podrían encontrarse bajo la alegría de quienes en ese momento recibían con un gran aplauso la llegada a la mesa de los *cannoli* que durante generaciones habían comido primero en Italia, aunque no vivieran en Sicilia, y ahora en Nueva York. Sólo los niños y Nico me parecieron libres de dobleces. Quizá exageraba y veía secretos y disimulos allá donde no los había.

Agradecí el silencio de la nieve recién caída cuando salimos a la calle.

Esta mañana he recibido un nuevo mensaje de Carla. Me riñe por no haberle dicho antes que he estado hospitalizada. Está preocupada

por mí. Me dice que no estoy segura viviendo aquí sola. Insiste en que viva en la ciudad, cerca de todo. Me anuncia que va a venir a casa durante las vacaciones en la universidad y que me va a ayudar a buscar un lugar donde vivir en Specchia o en Lecce. Que no estará tranquila hasta que no sepa que vivo en un lugar «civilizado». Me cuenta que ha visitado a la abuela y que prefiere no hablar ahora de ella. Que no me preocupe, que está bien, pero que tiene cosas más importantes que contarme y no quiere perder tiempo hablando de la familia. Leo entre líneas el esfuerzo por contener el desengaño que ha supuesto ese reencuentro. Me entristece saber que mi intuición era acertada. Al mismo tiempo me alegro de que ya haya ocurrido ese encuentro y que Carla esté tomando las medidas necesarias para protegerse, como hice yo. Creo que ella lo tiene más fácil. Han pasado muchos años. Ha crecido lejos de ellos, aunque los recuerdos de infancia siempre vienen a visitarnos. A menudo sólo traen los momentos felices, o aquellos que hemos convertido en felices a fuerza de esforzarnos en recordarlos de esa forma. Los otros, los que no podemos maquillar, desaparecen, aunque a veces nos sea imposible evitar que nos ataquen de forma imprevista. Me pregunto qué recuerda Carla de su infancia a mi lado. Si supe disimular lo suficiente la tristeza y la incertidumbre que con frecuencia me atenazaban y que me obligaban a preguntarme qué hacía allí. Me ataban a la duda continua entre quedarme en Nueva York y seguir luchando, o volver a casa y empezar de nuevo. Había estado demasiado tiempo alejada de la Puglia y quizá intuía que el retorno tampoco sería fácil.

Me pregunto si Carla recuerda nuestras risas, nuestros pícnics en los parques, nuestro jugar a hacerse cosquillas, las historias que inventaba para ella, el libro que me pedía que le leyera todas las noches antes de acostarse. Un libro de grandes dibujos que ella señalaba con el dedo cuando todavía no sabía leer. O quizá recuerda mis gafas de sol cuando no eran necesarias, los besos con lágrimas, mi insistencia para que cenara deprisa, o las noches en que me esperaba despierta hasta que yo volvía de trabajar y luego se metía en la cama conmigo y su peluche preferido. En esas noches, cuando ya dormía a mi lado, le acariciaba la frente mientras me preguntaba si había pasado miedo durante mi ausencia, si había llorado. Buscaba los surcos minúsculos de las

lágrimas en su rostro ahora relajado y si los encontraba me quedaba despierta preguntándome qué debía hacer para que las sombras de la culpa que me envolvían se rasgaran y me dejaran ver el camino que debía seguir.

28

Soy madre de una hija adulta que ya no necesita que la cuide.

Y así debe ser. Y me alegro de que así sea. He tenido que aprender a no tratarla como a una niña, a no enfadarme con ella cuando quiero que me cuente cosas y ella prefiere no hacerlo. A no sentirme mal cuando me dice que me meto en su vida, que le hago demasiadas preguntas, que la juzgo. Todo eso ya pasó. Las dos superamos su adolescencia y creo que la superamos bien. Mas no puedo evitar sentirme triste cuando paso por delante de su habitación vacía, cuando sé que durante mucho tiempo no voy a poder compartir ninguna comida con ella, ninguna charla intrascendente, ningún momento en el que, a ella o a mí, se nos escape una confidencia.

Sé que si la tuviera delante le diría lo que estoy pensando para este lugar, para estas tierras. Una idea todavía sin forma concreta, pero una idea, al fin y al cabo. Un proyecto, un algo que me permita no hundirme a pesar de lo ocurrido. Salir a flote como siempre he hecho. Me escucharía y me daría su opinión. Puede que fuera contraria a la mía, que intentara sacarme «ideas locas de la cabeza», como dice ella. Aun así, quiero escucharla. Quiero que sea ella la primera en saber de mis planes. A ella le he hablado siempre, desde que supe que estaba embarazada.

Nico y yo asistimos a la multitudinaria manifestación en el *Central Park* para apoyar la segunda sesión especial de la ONU sobre el desarme nuclear. Volvimos eufóricos a casa, con la sensación de

haber hecho algo para cambiar el mundo. Una vez más me sentía parte de la historia; estaba convencida de que nuestra generación conseguiría crear un mundo nuevo, diferente, mejor que el que habíamos recibido, porque surgiría de nuestra preocupación y nuestro esfuerzo por luchar para resolver los problemas que descubríamos a nuestro alrededor. El saber más tarde que aquella había sido la mayor manifestación antibelicista de la historia nos llenó de orgullo y de buenos augurios. Aquel año también hubo un eclipse total de luna y murió Grace Kelly, la princesa que para mí no había dejado de ser nunca actriz.

En los años que siguieron todo aquello que sucedía a mi alrededor y en el mundo me ofrecía oportunidades de escribir. Y lo hacía, con entusiasmo. Intentaba ofrecer una opinión, documentada y a la vez personal, de las noticias que más me impresionaban. Guiada por mi ingenuidad sobre cómo funcionaba el mundo del periodismo, envié mis crónicas a algunas revistas italianas. La única que me respondió lo hizo haciéndome saber que ya tenía los periodistas que necesitaba. Y los textos que escribí en inglés no pasaron de ser ejercicios de clase que redacté cuando estaba estudiando en el *Brooklyn College*. Guardo todavía algunos de los escritos de entonces. Se refieren a acontecimientos muy distintos, como el asesinato de Indira Gandhi, la muerte de Rod Hudson a causa del SIDA, el hallazgo de los restos del *Titánic*, el desastre de Chernóbil, o el paso del cometa Halley.

Creo que concebí a Carla el día que en la televisión todos vimos las imágenes de jóvenes sacando con las manos ladrillos del muro de Berlín, que había partido Alemania en dos desde 1961.

No pude ir a Italia para sorprender a mi padre con mi visita, como al fin había decidido hacer. El ginecólogo me aconsejó que no tomara el avión para un viaje tan largo si quería mantener mi embarazo y llevarlo a buen término. Aquel día, al regresar a casa después de la visita médica, yo sólo pensaba en el hijo que iba a tener y en que haría todo lo que fuera necesario para protegerlo. Todo lo demás quedó en un segundo plano. Quise creer que la falta de interés de mi padre por verme me había ayudado a que no me importara demasiado el haber tenido que cancelar mi viaje. Mi casa

ahora estaba en Nueva York, en la calle de Brooklyn donde vivía, en el *College* donde al fin había conseguido graduarme, aunque no con la mejor nota de mi promoción. Me gustaban los cafés y las tiendas, la nieve en invierno, los restaurantes donde servían comida de sabores exóticos. Me gustaba el contraste entre los edificios altos que se alzaban hacia el cielo de Manhattan y los árboles de los parques que me ofrecían el mayor espectáculo de colores cuando llegaba el otoño. Me gustaba observar el apacible transcurrir del río Hudson, y ya había aprendido qué calles y qué barrios no debía visitar sola.

Mi casa estaba sobre todo entre los brazos de Nico, en nuestro apartamento que ahora nos afanábamos en preparar para la llegada de nuestro hijo. Estábamos ilusionados con la perspectiva de ser padres. Con mi graduación en la universidad había conseguido recuperar la confianza perdida. Sabedora de que podía conseguir lo que me propusiera ya no me importó aplazar un poco más el desarrollo de una profesión a favor de la maternidad. Por eso volqué mi pasión por los libros y el aprendizaje de cosas nuevas en la búsqueda de información de cómo ser madre. Lo hice con el mismo tesón que había puesto mientras estudiaba para mis clases. Me convertí en una experta en dietas, ejercicio, formas de enfrentarme al parto, ventajas y desventajas de la anestesia epidural y beneficios de la práctica del yoga para resistir los dolores de parto, de las propiedades de la lactancia materna, de la mejor forma de acostar a los bebés en su cuna para evitar la muerte súbita, de curar la dermatitis del pañal, de cómo elegir el mejor pediatra, de cuál era la hora óptima para el baño diario del bebé o cómo vestirlo para que no pasara frío ni calor.

Nico y yo acudimos a clases de preparación para el parto con la ilusión de vivir juntos ese día que iba a ser tan especial. Allí, entre colchonetas en el suelo y ejercicios de respiración, nos hicimos amigos de otras parejas que asistían con nosotros a las clases. Las mujeres, todas con una educación universitaria, olvidamos los temas que nos habían interesado hasta entonces para centrarnos en la evolución de nuestro primer embarazo y en decidir cuál era la mejor de las distintas opciones que teníamos a la hora de parir a nuestros hijos.

Había quienes, asustadas por lo que habíamos leído de la

tendencia de los médicos a practicar cesáreas innecesarias, se preparaban para evitar el ingreso hospitalario y tener a su hijo en casa.

—¿No es peligroso? —pregunté al recordar un comentario que hizo una vez mi madre acerca de una amiga suya que murió al dar a luz.

—Ahora ya no —repuso muy convencida la defensora del parto en casa.

—¿Y si se presentan complicaciones?

Estábamos en el vestuario donde nos quitábamos la ropa cómoda con la que habíamos hecho los ejercicios y nos volvíamos a vestir para salir a la calle. Nuestras tripas, ya muy abultadas, y el espacio reducido del vestidor, hacían lentos los movimientos y las conversaciones alargaban todavía más ese rato que pasábamos allá. A veces nuestras charlas se dilataban tanto que hacían perder la paciencia a los maridos que esperaban fuera, que no tenían tanta habilidad ni temas en común para entablar conversaciones entre ellos como hacíamos nosotras.

—No pasa nada —intervino otra chica—. La comadrona te aconsejará entonces que vayas al hospital. Yo pienso tener a mi hijo en una bañera. Dicen que el parto bajo el agua es el menos doloroso para la madre y el menos traumático para el hijo.

—Pues yo tengo miedo —añadió otra.

—Nosotras también —dijimos todas a la vez.

—Cuando me ponga de parto —intervino la que estaba ya a punto de salir de cuentas— pienso ir enseguida al hospital y pedir que me duerman de cintura para abajo. Dicen que con esa anestesia no sientes dolor y puedes estar despierta y ver nacer al niño. No es como hace unos años, que dormían a las mujeres del todo y se despertaban ya con el bebé en brazos.

Ese tipo de conversaciones se hacía cada vez más frecuente a medida que muchas de nosotras nos acercábamos al momento de dar a luz. A mí me aturdían, incluso me desorientaban. Había tantas opciones, todas con sus puntos a favor y en contra, que se hacía muy difícil elegir. Al final, después de leer mucho sobre el tema y escuchar todo tipo de opiniones, opté por una solución intermedia que descubrí que hacía poco se estaba poniendo en práctica en algunos hospitales de ciudades como Nueva York, Toronto o

Quebec. Consistía en dar a luz en el hospital, en una habitación decorada como si no fuera de hospital, rodeada de familia y amigos, sin anestesia y con médicos al otro lado de la puerta que pudiesen actuar con celeridad si algo no iba bien.

Dejé que fuera Nico quien avisara a su madre de que yo no quería que ella estuviera allá. Sabía que insistiría, que no entendería por qué no la dejábamos estar presente en el nacimiento de su primer nieto cuando el hospital lo permitía. Sabía que Nico lo pasaría mal enfrentándose a ella, pero lo dejé que solucionara el problema como mejor pudiera. Comprobé que consiguió lo que le pedía y que, al igual que a mí, no le importó que su madre se tomara a mal nuestra decisión. Nico no había necesitado que le explicara que quería estar tranquila y tener a su madre cerca no me ayudaba. Me sentí orgullosa de él. Nico y Claudia fueron los únicos que quise que me acompañaran. Él respiró conmigo cada vez que llegaba una contracción y no dejó de acariciarme cuando volvía la calma. Claudia mantuvo su mano en la mía a pesar de lo mucho que la apretaba. La comadrona alternó las órdenes precisas con las palabras de ánimo.

Carla nació bastante rápido para sorpresa de todos nosotros. Ya en mis brazos, sus ojos me miraron sin verme y me pareció que reaccionaban al sonido de mi voz. Cuando su piel rozó la mía por primera vez y su mano diminuta se posó sobre mi costado mientras la amamantaba, supe que ese gesto me unía a ella para siempre. Ese roce fue el más feliz de los acontecimientos que había vivido hasta entonces. Me pareció que Nico sentía lo mismo cuando vi cómo tomó entre sus brazos todavía torpes a Carla. En los meses que siguieron pude comprobar que no me equivocaba. Carla, yo y su trabajo nos convertimos en los tres pilares sobre los que Nico construía su vida, y ponía tanta pasión en ellos que no había fuerza que pudiera romper aquel edificio de bases tan sólidas.

29

Nico trabajaba sin descanso, con la ilusión y la energía en aumento cada vez que daba un paso más para conseguir su sueño de ser un arqueólogo reconocido y de trabajar en las ruinas de Samotracia. El paso más importante hacia ese fin ocurrió poco antes del primer aniversario de Carla, cuando tras la lectura de su tesis doctoral, muy aplaudida por su originalidad y brillantez, el departamento de Antropología de la *New York University* le ofreció un puesto de investigador junior. Aunque ese tipo de oferta de trabajo era habitual en las universidades europeas, resultaba insólita en una universidad americana, me explicó emocionado. No sabía de nadie que hubiera obtenido su primer trabajo en la universidad donde había cursado su doctorado. Él era pues un privilegiado al haberlo conseguido, y tenía ante sí la responsabilidad de no defraudar a quienes tanto habían confiado en él. Yo estaba convencida de que eso no ocurriría nunca. Nico disfrutaba con su trabajo como un niño con sus juguetes y no le fallaba el ánimo ni acusaba el cansancio, ni siquiera cuando alguna noche Carla lloraba y no nos dejaba dormir, o al día siguiente de una noche pasada en el hospital porque a la niña le había subido la fiebre de manera excesiva y nos habíamos asustado.

Yo pasé aquel primer año de vida de Carla dedicada a ella y feliz de poder hacerlo. Creo que leí todo lo que había por leer acerca de cómo cuidar de los niños durante los primeros años, cómo estimular su desarrollo, cómo alimentarlos. Ponía en práctica todo lo que leía, y Nico me apoyaba en todas mis decisiones. Lo dejaba todo en mis manos. A mí no me importaba que estuviera ausente la mayor parte

del día, que trabajara hasta muy tarde en casa, que apenas tuviera tiempo para mí o para Carla. Me bastaba con poder compartir con él algunos ratos, con saber que nos amábamos. No fui consciente de lo sola que estaba hasta unos meses más tarde, hasta que la última de las amigas que había hecho durante las clases de preparación para el parto retomó su trabajo como periodista, enfermera, médico, abogada, profesora, y ya no tenían tiempo para nuestras largas conversaciones telefónicas en las que hablábamos sobre la última novedad de nuestros retoños. No tenía otras mujeres con las que poder hablar y compartir experiencias similares.

Gabriella y yo seguíamos escribiéndonos, aunque con menos frecuencia. Sus diseños empezaban a tener una tímida acogida en los circuitos de moda de Milán y esa inestabilidad de recién llegada a un entorno laboral tan competitivo no le dejaba otra opción que no fuera observar, trabajar mucho y calcular muy bien cada uno de los pasos que daba en ese mundo del que todavía lo desconocía casi todo. Debía asegurarse de que la rendija de puerta que había conseguido abrir no volviera a cerrarse de golpe y la dejara de nuevo afuera. También estaban las mujeres de dos colegas de Nico, ya profesores con puesto fijo en la universidad. Con ellas sólo podía hablar de futuros colegios para los hijos. Eran mayores que yo, con estudios universitarios, aunque sin profesión ni deseo de tenerla. Pendientes en todo momento de las carreras de sus esposos, solían contar los días que faltaban para viajar con ellos a cualquier lugar donde se celebrara un congreso, o hablaban de sus planes para el año sabático que pasarían lejos del frío de Nueva York, entre las ruinas de las antiguas ciudades mediterráneas.

Me vi sola con Carla en el parque, sola con Carla en casa durante demasiadas horas. Disfrutaba de cada momento con ella, de cada gesto, de ser la primera que la había visto empezar a gatear, de ser mis brazos a los que había acudido cuando fue capaz de dar sus primeros pasos, de ser a mí a quien abrazaba antes de quedarse dormida a la hora de la siesta, a mí a quien llamaba cuando se despertaba. Por eso me sorprendió descubrir que no tenía bastante con cuidar de Carla, que echaba a faltar horas de estudio y lectura, amigos con los que conversar, lugares nuevos que visitar, todo aquello que siempre había asumido que tendría algún día. Cuando comprobé que ese sentimiento no hacía más que aumentar, me sentí

culpable. No me atreví a hacer partícipe a Nico de mi inquietud.

El día en que Carla aprendió a poner bien los labios para dar un beso y me estampó su primer beso húmedo en la mejilla, me puse a llorar. No se merecía una madre como yo.

Una vez más Claudia se convirtió en la única persona con quien compartir algún rato de charla. Adoraba a Carla y tomó por costumbre pasar por casa cuando tenía algún rato libre y sabía que yo estaba sola. En más de una ocasión estuve tentada de decirle qué me ocurría, pero desistí. Estaba segura de que no me comprendería.

—Eres una mujer con suerte —me decía. Y cuando empezaba así yo ya temblaba.

Ella percibía mi malestar y se apresuraba a añadir:

—No es que no te la merezcas, entiéndeme. Aunque has de saber que pocas mujeres son tan afortunadas de tener un marido como Nico y una hija como Carla.

Sentaba a Carla sobre su regazo y empezaba a acariciarle el pelo y las mejillas.

—¿A que sí, mi niña?

Carla se movía inquieta hasta que conseguía bajar al suelo de nuevo y venir hacia mí. Y yo deseaba que no fuera tan arisca con ella, que no le diera más motivos de los que ya tenía para envidiarme. Al mismo tiempo no podía dejar de pensar que Claudia no hacía nada para ayudar a que mejorara su suerte. Simplemente aceptaba lo que otros decidieron por ella. Yo ya había dejado de decirle que debía divorciarse y de escucharla cuando se quejaba de su mala suerte. Pero una de esas tardes, mientras observaba la ternura y la paciencia con la que intentaba ganarse el afecto de Carla, no pude evitar decir en voz alta lo que estaba pensando.

—Claudia, deberías tener un hijo.

Durante un instante siguió jugando con Carla sin decir nada, sus mejillas teñidas de rojo. Después se levantó del suelo y se sentó frente a mí.

—¿Has hablado con Donato?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque él también dice que debemos tener un hijo.

—Pues entonces, ¿a qué esperas?

Carla le puso sobre la falda un coche de madera pintado de azul y con las ruedas rojas. Ella se lo devolvió sin mirarlo y la niña se puso a llorar. Cogí el coche y lo hice rodar por el suelo. Carla se fue tras él con el paso todavía torpe.

—Tú estás tan loca como él —me dijo con desprecio.

—Donato es un buen hombre. Y creo que puede ser un buen padre.

—Ya sé que es un buen hombre. Ha sido mi mejor amigo desde que éramos niños, y me quiere. Y sé que está sufriendo. Se siente culpable y no sabe cómo salir de la situación en la que nos encontramos. Yo también creo que sería un buen padre, que volcaría en nuestro hijo todo el cariño que guarda y que no puede compartir conmigo… ni con esos hombres tan asustados y desorientados como él, entre los que todavía no ha encontrado a quién amar.

—Entonces, ¿por qué no tener un hijo? ¿Qué hay de malo en ello?

Claudia guardó silencio unos instantes.

—No entiendes nada, Giulia. Él o yo algún día encontraremos a alguien de quien nos enamoraremos de verdad, y entonces, ¿qué sería de nuestro hijo?

Tuve que darle la razón y reprimí las ganas de decirle una vez más que si tan bien comprendía la situación en que se hallaba debía divorciarse y reorientar su vida, dijeran lo que dijeran sus padres o el propio Donato. Mas no estaba yo en la mejor situación para dar consejos a nadie. En esos momentos me debatía conmigo misma porque, aunque según Claudia lo tenía todo, ansiaba más. Quería también una profesión, un reconocimiento externo de mi valía como persona que podía ofrecer su saber para mejorar la sociedad, tener la oportunidad de poner en práctica la formación que me había procurado en conseguir. Quería ese futuro brillante que mis profesores siempre habían augurado para mí desde que era niña y mi madre me hacía una trenza muy larga todas las mañanas antes de ir al colegio.

Esta carencia que para mí era tan importante me parecía ridícula cuando la comparaba con los problemas de aquellos que, como Claudia, vivían en la jaula del desamor. Debía esconder mi necesidad de ejercer una profesión pues era un lujo superfluo. Un

deseo que me avergonzaba sentir cuando dejaba a Carla dormida en su cuna y acudía al lado de Nico, quien, siempre ajeno al desaliento y durante los años que llevábamos juntos, había demostrado de todas las maneras posibles cuánto me amaba.

Cuando Nico me comunicó ilusionado que lo habían aceptado para formar parte del equipo que trabajaría en Samotracia fui incapaz de alegrarme. Él pensaba que podría acompañarlo y esperarlo todos los días a que volviera de la excavación. Yo sabía que no sería así, que su familia nunca vería bien que yo me fuera con él, aunque su opinión no me importaba. Comenté con Nico la posibilidad de llevar a Carla con nosotros.

—El lugar donde vamos a residir no es el adecuado para una niña tan pequeña. Necesita cuidados que allí no podrás darle. Y además hace mucho calor. Mi madre estará encantada de cuidarla. Son sólo unos meses.

Comprendí entonces con toda claridad que amaba a mi hija mucho más de lo que me había imaginado; en ningún momento me pasó por la cabeza la idea de separarme de ella, aunque sólo fuera por poco tiempo y supiera que estaría bien cuidada en casa de los abuelos.

Dejé que Nico se fuera. Despreocupado y feliz como un niño. Estaba segura de que una vez en Samotracia y concentrado en su gran pasión iba a acordarse muy poco de nosotras.

No fue así. Nico me llamó todas las semanas. Hasta el día en que cayó de la moto que conducía y no pudo hacerlo.

Hoy, al abandonar el hospital después de visitar a Luca, he pensado en Nico, en su estancia en el hospital griego después del accidente. Me imagino lo solo que se debió sentir en un país extraño, rodeado de quienes hablaban una lengua que no entendía.

Sus únicas visitas deberían de ser las de sus colegas. Como ahora lo son para Luca las mías y las de Gabriella, cuando me acompaña. Su hijo no ha regresado, o al menos él no me ha comentado nada. Habla poco. Creo que está incómodo cuando voy a visitarlo. No le gusta que lo vea así, «indefenso, feo y lisiado», como me dice medio en broma medio en serio. Yo lo miro a los ojos e intento, sin éxito, averiguar qué siente, aunque no sé todavía qué siento yo. A veces

creo que puedo llegar a amarlo, otras que ya lo amo. Otras, las más, que sólo me mueve la lástima, los remordimientos, la culpa. Muy a menudo me digo a mí misma que necesito estar sola hasta que recupere mi norte, hasta que deje de vivir en una duda permanente sobre todo lo que hago.

30

Nico ya no fue el mismo después del accidente.

Al abrirse los cristales de la puerta de llegadas del aeropuerto lo vi aparecer sentado en una silla de ruedas, con su maleta sobre el regazo y un caminador plegado encima, casi rozándole la cara. Sus padres, Claudia, Carla y yo lo esperábamos. Él no cambió la expresión de su rostro al vernos. Siguió con los labios apretados y la mirada ausente.

—Ve con papá —empujé a Carla para que se acercara.

La niña fue hacia él y le enseñó el oso de peluche que yo le había comprado hacía poco y que no abandonaba ni de noche ni de día.

—Ito —dijo Carla. Le dio un beso al peluche y lo elevó hasta el rostro de su padre para que él también lo besara.

Nico apartó la cara. Enseguida, como si se arrepintiera, miró a su hija un instante y le revolvió el pelo sin decirle nada. Carla abrazó a su peluche y volvió a mí. Me estiró de la falda para que la cogiera en brazos. María aprovechó el momento para acercarse a su hijo antes de que lo hiciera yo.

—Vamos —ordenó. Abrió el andador y tomó la mano de Nico para ayudarlo a levantarse.

Él se soltó de su mano, apoyo los codos en la silla de ruedas y se puso de pie con dificultad. Enseguida se apoyó en el caminador. Entonces empezó a andar muy despacio. Pasó por mi lado sin decirme nada. Todavía no había pronunciado palabra alguna. No lo hizo hasta que no llegamos a casa, hasta que sus padres se fueron y dejamos de escuchar el llanto de su madre y su reiterada pregunta

de cómo pasó. Hasta que Carla se puso a jugar con sus peluches en un rincón, cansada de que su padre no le hiciera ningún caso todas las veces que había intentado acercarse a él.

—Nunca podré volver a trabajar en una excavación —me miró por primera vez desde que había llegado.

—No digas eso. Con la nueva operación recuperarás la movilidad. Aquí hay mejores médicos que en Grecia.

—Giulia, tengo cinco huesos rotos en la rodilla derecha.

Ya no dijo nada más. Unas horas más tarde lo ayudé a desvestirse y a meterse en la cama. Me acosté a su lado. Nos dimos la espalda y fingimos que dormíamos.

La operación salió todo lo bien que podría esperarse para una fractura múltiple de rodilla. La siguieron demasiados días en los que, la inmovilidad forzada que debía mantener hizo que Nico pasará del silencio en el que se había encerrado durante los primeros días a una irascibilidad creciente. No aceptaba el haberse convertido en un hombre que no podía hacer nada sin mi ayuda. Cuando hablaba sólo era para quejarse de su mala suerte. O de que hacía calor o frío. O para manifestar que tenía hambre o que quería irse a la cama. El resto del tiempo lo pasaba mirando la televisión. Yo me sentaba a ratos a su lado y, cuando Carla ya se había acostado, los dos veíamos en silencio los capítulos de *Brideshead Revisited* y de *Roots*. Un par de veces intenté que se riera conmigo con las ocurrencias de los protagonistas de *Cheers*. No lo conseguí.

Mi compañía y la de Carla parecía irritarlo y tuvimos que aprender a hablar en susurros y a dejarlo solo cuando nos lo pedía, que era cada vez más a menudo.

No tardaron en diagnosticarle una depresión. Las causas no estaban claras. Quizá era proclive a esa condición, quizá el detonante de su estado fue el golpe que recibió en la cabeza cuando cayó de la moto. O había sido su dificultad para aceptar que no podría continuar ejerciendo su profesión, o el largo proceso de recuperación y la incertidumbre de si debía o no someterse a una tercera operación. No lo sabían.

Lo medicaron. Era lo que se hacía en esos casos. Durante un tiempo indefinido debía tomar una combinación de ansiolíticos y

antidepresivos que lo mantenían en un letargo del que ni yo ni Carla conseguíamos sacarlo. El resto del tiempo asistía a sus sesiones de rehabilitación. Siempre lo acompañaba su madre. Él lo quiso así, y yo tuve que aceptar la presencia de María todos los días en mi casa cuando venía buscarlo para llevarlo al hospital.

—El taxi está abajo, vamos —le decía.

Él la seguía obediente, ayudado por el caminador que manejaba cada vez con más soltura. Antes de salir dejaba que le diera un beso que rara vez me devolvía. Me asomaba luego a la ventana para observar cómo entraban con dificultad en el taxi. Enseguida me apresuraba a sentar a Carla en su cochecito y salir a la calle para ir al parque. Me ponía las gafas de sol para que nadie pudiera verme llorar. Aquellos días Carla debió percibir que algo me ocurría pues cuando me agachaba para abrochar o desabrochar el cinturón del cochecito se agarraba a mi cuello y me besaba. Yo la abrazaba con fuerza y seguía llorando en silencio. Sólo conseguía calmarme cuando la veía jugando en el arenal, a veces sola, a veces con algún niño de su edad. Luego miraba a mi alrededor y descubría otros niños, otras madres, otras voces, risas. Observaba el movimiento de las hojas de los árboles, sentía el aire que ya anunciaba el otoño, me dejaba acariciar por el sol. Por unos instantes todo estaba en orden. Todo mi mundo era aquel banco del parque del que no quería levantarme para regresar a casa.

María fue ocupando mi lugar en la vida de Nico. Empezó por quedarse en casa todas las tardes, cuando traía a su hijo de regreso de la rehabilitación. No me quedó más remedio que invitarla a tomar café cuando regresaban. Ella se sentaba satisfecha en el sofá, entre Nico y yo. Hablaba y hablaba, y Nico parecía escucharla. Días después consiguió lo que yo todavía no había logrado: mantener una conversación con Nico que no fuera una sucesión de quejas por parte de él. Los dos hablaban del hospital, de las sesiones de rehabilitación, de las historias de quienes, como él, estaban recuperándose de lesiones parecidas a las de Nico, incluso más graves. De quienes los acompañaban, dónde vivían, a qué se dedicaban y si habían cenado alguna vez en los restaurantes de la familia. Nico parecía divertirse con las historias que le narraba su madre. Ella, animada por la atención que recibía, conseguía alargar la tertulia alrededor de la taza de café hasta que se hacía la hora de

cenar. La primera vez que, por cortesía, la invité a cenar con la esperanza de que me dijera que tenía que volver a casa para estar con su marido, ella aceptó.

—¿Te ayudo con la cena? —me dijo esa primera vez.

—No hace falta, gracias.

—Pues voy a llamar a Ettore por teléfono para que venga también.

A partir de ese día todas las tardes tuve que ponerme a cocinar para mis suegros, cenar con ellos, participar en conversaciones que no me interesaban y recoger yo sola los platos mientras desde la cocina escuchaba su charla. El primer día que oí a Nico reír tras una ocurrencia de su madre el plato que estaba secando se me cayó al suelo y se rompió. Nadie pareció escuchar el ruido, nadie se ofreció para ayudarme a recoger los pedazos. Sólo acudió Carla, con el osito de peluche en la mano izquierda y el dedo pulgar de la mano derecha en la boca.

Aquella noche, tumbada en la cama al lado de Nico, intenté preguntarle qué le pasaba, por qué nos evitaba a Carla y a mí.

—No os evito. Simplemente no estoy de humor.

—Con tu madre pareces estar muy a gusto.

—No es lo mismo. Con ella todo es más fácil.

—¿Qué quieres decir?

No respondió. Insistí:

—¿Qué te ocurre con nosotras, Nico? ¿Ya no nos quieres?

—No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Sentí que se movía a mi lado, que se acercaba. Me rozó los labios con los suyos, me pasó la mano por la mejilla y por el pelo. Luego se apartó y se giró de espaldas.

—Estoy cansado. Voy a dormir. Duerme tú también.

Giovanni acaba de irse. Ha venido a verme porque se ha enterado de que ya estoy en casa. Me dice que se le hace extraño estar en esta casa sin Carla. Me pregunta por ella, más por cortesía que por interés. Me da la impresión de que prefiere no saber nada de su vida. El chico está triste, desorientado. Creo que todavía se pregunta qué hizo mal para que Carla lo dejara. Es lo mismo que

me preguntaba yo hace años, cuando todo cambió. Me hubiera gustado que Nico hubiera sido tan sincero conmigo como lo ha sido Carla con Giovanni.

31

Nico avanzaba despacio en su recuperación, pero avanzaba.

Las sesiones en el hospital y la medicación le fueron permitiendo hacer lo que los médicos y su madre denominaban vida normal, aunque para mí no lo era en absoluto. Cada vez reconocía menos en él al hombre con el que había decidido compartir mis días. Estaba segura de que ese Nico se había quedado en algún lugar entre el polvo de las excavaciones de Samotracia, y el Nico que ahora nos miraba a Carla y a mí con indiferencia era el molde vacío del hombre al que amaba. Era como si él hubiera regresado a las seguridades de la infancia. Su madre volvía a ser la protagonista absoluta de ese universo recuperado, en el que ya no cabía nadie más.

Rechazo el recuerdo de la madre de Nico porque me molesta y porque a veces pienso que empiezo a parecerme a ella. Me cuesta callarme y, aunque creo que ya he aprendido a no hacerlo, a veces tiendo yo también a intervenir en la vida de mi hija más de lo que quisiera. Cuando me doy cuenta me enfado conmigo misma por ver en mí algo de la actitud de aquella mujer. Entonces no sigo por esa vía. Me avergüenzo de haberla iniciado. Carla lo sabe. Por eso me dijo lo que tenía que decirme como pudo: deprisa, sin preparación, temerosa de que si me daba tiempo le haría demasiadas preguntas, le pediría saber lo que ni ella misma sabe, quizá le exigiría respuestas a preocupaciones que son las mías, no las suyas, no todavía. Creo saber el verdadero motivo que se esconde tras su

decisión. Ella me lo ha ido diciendo, a su manera, a lo largo de los años. Hemos hablado de esto muchas veces. De ese padre que un día ya no volvió a ver y del que recuerda cada abrazo, cada beso, cada risa, cada carrera por el parque.

Adivino cosas que no me gustan y preferiría estar equivocada en mis deducciones. El pobre Giovanni nunca se habría imaginado escuchar de Carla unas palabras demasiado unívocas para ponerlas en duda, demasiado tajantes para dejar un resquicio a la esperanza, demasiado ásperas para ser pronunciadas por la joven que él todavía ama con la devoción del primer amor y con la ingenua certeza de que su presente y su futuro la tendrán a ella como compañera. Siempre. A contracorriente. Porque el suyo era un amor que había despertado incredulidad en algunos, envidia en otros. Formaban una pareja de las de antes, de las que se conocían muy jóvenes y se esperaba que continuaran juntos hasta ser abuelos y que, de verdad, no sólo en apariencia, cumplieran con aquello de «amarse y respetarse hasta que la muerte nos separe». Hasta hace unas semanas yo pensaba que Carla y Giovanni eran inmunes a los cambios que han traído los tiempos nuevos, en los que ni el trabajo ni el amor son estables. Ellos dos sí. Así los había visto yo también hasta que Carla me explicó sus planes.

—Me voy, mamá. Me han aceptado en la universidad y me han dado una beca.

Irse… universidad… beca… ¿en qué momento me he perdido yo los pasos de la vida de mi hija? Me siento en el sofá y la miro.

—No me digas nada, por favor. Hace tiempo que lo voy pensando.

—Pero… ¿por qué no me lo habías comentado? Yo te habría asesorado, te habría guiado.

—Tú habrías intentado convencerme para que me quedara aquí, contigo.

Creo que es injusto lo que acaba de decirme.

—Yo nunca haría eso. Lo sabes muy bien. Yo también me fui de aquí, ¿recuerdas?

Ella baja la cabeza, se pone tras la oreja un mechón de cabello que amenaza con taparle la cara.

—Mamá…, no es lo mismo.

—¿Por qué?

—Pues… pues porque parte de mi familia está allá —levanta la cabeza y me mira.

Ya lo ha dicho. Ha verbalizado al fin lo que yo me temía que un día iba a ocurrir. Me ha cogido por sorpresa que fuese ahora, tan enamorada de Giovanni, tan satisfecha con sus estudios en la universidad, que defiende con vehemencia cuando alguien le dice que aprender latín y griego no tiene futuro. Parecía feliz. Sé que, al igual que me ocurría a mí cuando tenía su edad, el olivar y lo que pueda ocurrir con él no le importa. Y yo la entiendo. Pero está Giovanni, el chico al que dice querer. Estoy yo… ¿tan poco le importamos?

—¿Y Giovanni?

—Sí, mamá, Giovanni es muy importante para mí. Y tú también —adivina lo que estoy pensando. Se sienta a mi lado y me abraza. Se separa de mí enseguida.

—Quiero mucho a Giovanni. Y a ti también, mamá, lo sabes de sobra.

Estoy a punto de echarme a llorar. Me pregunto cómo se me ha ocurrido pensar, aunque haya sido por un instante, que Carla no me quiere lo suficiente. Entiendo ahora a mi padre, cómo se dejó llevar por esa primera reacción visceral, hasta que lo llevó demasiado lejos y no supo cómo volver al punto de partida. Sólo avanzar hacia adelante, dejar de hablarme, no responder a mis cartas, no informarme. Quiero hablar con mi hija, quiero que me abra su corazón como lo hacía cuando era niña.

—Lo sé —le digo, y le aparto con suavidad la greña de cabello que le tapa el ojo derecho. Ella se deja hacer—. ¿Qué te ocurre, Carla?

—Pues que, que quiero que me conozcan y que me quieran ellos también. ¿No lo entiendes?

Se levanta del sofá en un arrebato.

Creo que la entiendo. Mi niña… tiene casi veinticinco años y sigue sin comprender qué hizo mal para perder el cariño de su padre y de su *nonna*. La admiro por su voluntad, por su capacidad de conservar la inocencia de la primera infancia. Y sufro, sufro porque veo lo que ella no ve, lo que no puede ver porque si lo viera no sería como es. Y yo la quiero tal cual es, ingenua y confiada. Cree que los amores duran para siempre, que su padre volverá a

abrazarla como cuando era niña y estará feliz al verla de nuevo, y que la *nonna* le preparará los *cannoli* que ella recuerda como los mejores que ha probado nunca. Confía en que Giovanni irá a visitarla mientras esté allá y que los dos volverán a Specchia o se quedarán en los Estados Unidos. Y que ella y yo estaremos siempre unidas, aunque vivamos lejos la una de la otra.

Ahora soy yo quien me levanto del sofá, voy hacia ella y la abrazo. Muy fuerte. Ella me devuelve el abrazo con la misma intensidad. Temo que el encuentro con su padre y su *nonna* no va a ser lo que espera y sé que va a sufrir si no es así. Además, por las pocas palabras que he intercambiado con Giovanni por teléfono antes de que ella llegara, he comprendido que su herida tiene difícil curación, que no ha entendido nada de lo que ella ha intentado explicarle. No lo veo muy dispuesto a salir de la Puglia para irse a vivir con ella a la otra parte del mundo, por mucho que la quiera. Este es el único mundo que conoce y me parece que le gusta, que no tiene necesidad de conocer mundos nuevos. «Sí, cariño, le digo a Carla sin que me oiga, los otros se irán de tu lado; yo siempre estaré contigo». Enseguida me alegro de no haber hablado en voz alta. ¿Por qué pienso que yo voy a ser el único afecto con el que siempre va a poder contar? Me pregunto por qué estoy tan segura de que perderá el amor de Giovanni. Me gustaría mirar su futuro con más optimismo; no sé cómo hacerlo. Comprendo que la razón de mis temores no es que ella se vaya de mi lado sino otra que tiene que ver con mi propia historia, con ese vaivén de afectos y desafectos, de encuentros, pérdidas y reencuentros que ha ido marcando mi vida.

Le acaricio el cabello y ella se deja hacer. Nos quedamos un rato en silencio, abrazadas.

Unos días más tarde la acompaño al aeropuerto y espero con ella hasta el último momento antes de pasar el control de pasaportes para tomar el vuelo que la llevará de nuevo a la ciudad donde nació y vivió sus primeros años. A buscar a una familia que ya no existe para mí. Giovanni no ha querido venir con nosotros a despedirla.

Menos mal que el sol se cuela con fuerza por las grandes ventanas y no queda raro que yo lleve las gafas de sol puestas.

32

No fui la única que tuve consciencia del cambio que se había producido en Nico. Sus compañeros de la universidad tampoco reconocían en él al colega joven, brillante, curioso, apasionado y lleno de energía, cuyo rápido reconocimiento en el mundo académico había provocado la envidia en más de uno.

—No importa si de momento no puedes volver a la excavación. Hay mucho trabajo que puedes hacer desde aquí, que siempre quisiste hacer —le dijo Andrew, uno de sus colegas, el día que vino a casa para intentar convencerlo de que escribieran juntos un artículo que les había solicitado una de las más prestigiosas revistas de arqueología.

—Escríbelo tú solo. No tengo humor.

—Debes hacerlo. No puedes estar más tiempo apartado de tu trabajo.

—Ya lo haré más adelante, ahora no.

Andrew me miró. Yo asentí con la cabeza. Sabía lo que iba a decirle. Lo habíamos comentado más de una vez por teléfono los días en que Nico no quería hablar con nadie.

—Has de ponerte a escribir ya. Te juegas el puesto si no lo haces. Recuerda el lema *Publish or Perish*[1] Tienes material recogido y analizado, sólo te falta darle forma de artículo.

—Todavía no estoy bien.

—Ya lo veo —suspiró—. Mira, trabajar en el artículo que te propongo te va a ayudar a volver a interesarte por tu trabajo. Y es urgente que lo hagas. Hay más de uno que no te ha perdonado por llegar antes que ellos al puesto que ahora ocupas. No dudes de que

harán todo lo posible para aprovechar la situación y quedarse con tu plaza.

Andrew se fue tras arrancarle la promesa de que se pondría a trabajar en el artículo que le proponía. Yo pensé que aquel era el primer paso para que Nico volviera encontrarse con quien había sido.

Unos días después de esa visita tuve que hacer un gran esfuerzo para evitar pronunciar las palabras que eran justas pero que no debía decir para no empeorar la situación todavía más. También reprimí el deseo de dar un empujón a María y echarla de mi casa. Ocurrió al regresar de la rehabilitación, cuando Nico le pidió al taxista que esperara unos minutos mientras él subía a casa a recoger unas carpetas para ir a trabajar un rato a la universidad. Su madre despidió al taxi sin contemplaciones.

—Descansa un rato. Ya irás más tarde —venía diciendo ella cuando entraron en casa.

—Se lo he prometido a Andrew, he de ir ahora.

—Giulia, prepáranos un café, ¿quieres? —dijo ignorando las palabras de su hijo.

Se sentó en el sofá y tocó ligeramente el asiento para que Nico se sentara a su lado.

Él miró el reloj. Luego se sentó. Ella le acarició el brazo.

—Si no puedes continuar con tu trabajo en la universidad, no pasa nada. En el fondo creo que esto que te ha ocurrido al final será para bien, ya lo verás. No sé qué interés tiene estar todo el día arrodillado, pasando calor entre el polvo y desenterrando trozos de piedra.

Nico puso las manos sobre los muslos y hundió los dedos con fuerza. Estaban tan tensos que parecían las garras de un águila.

Yo no dije en voz alta todo lo que estaba pensando. Tampoco me fui a la cocina a preparar el café. En vez de eso fui a la habitación donde solía trabajar Nico, recogí las carpetas que había estado preparando aquella mañana y se las llevé a la sala.

—Toma —le tendí las carpetas—. Creo que debes ir ahora.

—Mujer, deja que se tome un café.

Ignoré su petición.

—Ve ahora y vuelve pronto. Carla necesita verte y si regresas a casa tarde ya estará dormida. Además, Andrew me ha dicho que también se irá pronto hoy.

—¿Ha llamado Andrew?

—Sí —mentí.

Nico tomó las carpetas y las ordenó de forma diferente a como yo se las había dado. Se levantó.

—Mamá, tengo que irme.

Le di la chaqueta y me puse la mía.

—Te acompaño hasta que venga el taxi —le dije mientras abría la puerta. Antes de salir me volví hacia María:

—Carla está durmiendo. Si se despierta, dígale por favor que enseguida subo.

Me apresuré a cerrar la puerta.

Cuando diez minutos más tarde entré en casa, María ya tenía la chaqueta puesta y el bolso en la mano.

—Me voy ya —dijo—. Carla no se ha despertado.

Se fue sin darme los consabidos dos besos al aire, uno cerca de la mejilla derecha, el otro de la izquierda, con los que siempre me obsequiaba antes de despedirse.

Yo abrí los brazos y empecé a dar vueltas por toda la sala como si una música hermosa que sólo yo podía oír guiara mis movimientos. Había ganado la primera batalla.

Nico recuperó la fuerza en las piernas, volvió a andar sin la ayuda del caminador, pudo subir y bajar escaleras, aunque con cierta dificultad, conducir el coche, viajar en metro y en autobús. Cuando los médicos le dieron el alta, las articulaciones de su rodilla ya habían llegado al máximo de su recuperación, aunque no era suficiente para permitirle arrodillarse o ponerse en cuclillas. Quedaba pues inhabilitado para el trabajo de campo, para imaginar *in situ* cómo fue la vida en los lugares donde las inscripciones y los mosaicos permitían reconstruir lo que había quedado escondido bajo la tierra que los cubrió durante siglos. El trabajo de arqueólogo con el que había soñado desde que era niño, y que ya había llegado a conseguir gracias a su energía y conocimientos, dejó de existir para él.

Su futuro profesional le pareció una condena después de recibir el alta médica. Continuaría en la universidad, sí, al menos de momento. Andrew así se lo aseguró. Pero ya nada sería lo mismo. El laboratorio donde analizaría las piezas recogidas por otros, los libros que consultaría, los artículos que escribiría, las clases que quizá daría a jóvenes que todavía no habían pisado una excavación, no le interesaban. Nada de eso tenía ya sentido para Nico si no podía volver a agacharse y descubrir una vasija, una moneda, un trozo de mosaico, cualquier objeto o inscripción que le hablara del pasado y que nadie hubiera descubierto antes que él. Ni poder asistir emocionado a la llamada de sus compañeros cuando, desde otro lado de la excavación, anunciaban a gritos un nuevo descubrimiento por pequeño que fuera.

—Volverás a disfrutar con tu trabajo, ya lo verás. Podrás analizar esos objetos en tu laboratorio de la universidad —le dije la primera y única vez que hablamos del tema.

—No —apartó la mano que yo le había puesto sobre el muslo.

Se levantó del sofá sin mirarme y se fue a la cocina. Escuché el sonido de los cubitos de hielo al caer en el vaso y sus pasos mientras se dirigían al armario donde guardábamos güisqui, ginebra y otras bebidas que comprábamos para las visitas, porque ni él ni yo acostumbrábamos a beber. Al menos no hasta ese primer güisqui, al que siguieron dos más.

Creo que fue ese día cuando tomé conciencia de que nunca recuperaría al hombre que todavía amaba. Comprendí que el accidente le había arrebatado la ilusión que había guiado sus mejores años, y que de alguna manera Carla y yo formábamos parte de ese tiempo que se había ido. Era como si, el vemos a su lado todos los días, fuera el recordatorio constante de un tipo de vida que, si no podía continuar teniendo, prefería olvidar. Quería empezar de nuevo, limpio del pasado reciente que ahora le hacía daño. Quizá incluso volver a los años despreocupados de la infancia. Lo supe la primera vez que me llamó para decirme que no volvería a casa esa noche, aunque preferí ignorarlo.

—Dormiré hoy en casa de mis padres —dijo con una voz que va no me pareció la suya.

—… ¿y Carla?

Tardo un poco en contestar.

—Mañana he de llegar pronto a la facultad. Tengo una reunión importante y si duermo en Manhattan llegaré antes.

—Nico…

—Te llamaré mañana.

Colgó el teléfono antes de que pudiera decirle nada. Yo me tragué las lágrimas porque Carla estaba a mi lado, ya en pijama, esperando a su padre.

Nico nunca había dormido fuera de casa, por muy larga que hubiera sido su jornada, por mucho que tuviera que madrugar al día siguiente. Antes del accidente, cuando llegaba a casa nos abrazaba a mí y a Carla. Intentaba salir pronto de la universidad para poder jugar un rato con su hija, y le leía un cuento todas las noches. A veces el cansancio podía más que él y me los encontraba a los dos dormidos en la estrecha cama de Carla. En aquellos días que ya pertenecían a la nostalgia, él había sido capaz de despertarse de buen humor por las mañanas, compartir cena y charla conmigo y acariciarme cuando nos acostábamos como si cada noche me descubriera de nuevo.

33

Nico desaparecía de mi vida con la misma rapidez con que se había instalado en ella. Yo no estaba dispuesta a dejar que se fuera, pero él me impedía que me acercara, que le hablara. Se limitaba a acariciarme la mejilla con gesto distraído antes de inventar una excusa cualquiera para salir de casa. A Carla ya no la aupaba cuando extendía sus bracitos hacia él y la niña aprendió pronto a no acercarse a su padre.

Creo que nunca me he sentido tan sola como durante aquellos meses. Nico estaba enfermo y necesitaba una ayuda que yo no podía darle porque me rechazaba.

Siempre pensé que la labor de curas y psicólogos, esos extraños que ayudan a otros a volver a encontrar su camino, era un cuento. Que nadie mejor que las personas que nos aman puede ayudarnos a superar los problemas. Estaba visto que me equivocaba. Nico huía de mí y se refugiaba en su madre, aunque tampoco ella conseguía hacerle hablar, sólo comer lo que le cocinaba y aceptar dormir en su habitación de adolescente. No estaba segura de que un psicólogo pudiera ayudar a Nico, aun así debía intentarlo. Lo comenté con Claudia, no tenía a nadie más.

—Los italianos no necesitamos psicólogo, para ayudarnos tenemos a la familia. Eso dice mi madre, aunque ya sabes que no estoy de acuerdo con ella en muchas cosas. Tampoco en esto. Si quieres hablaré con Nico para convencerlo de que acuda a un psicólogo. Puede que a mí me escuche. Dame unos días, intentaré convencerlo poco a poco.

Acudí al hospital donde habían tratado a Nico y expliqué su

caso: el accidente, el golpe en la cabeza, la fractura múltiple de rodilla, la larga, aunque incompleta recuperación, los cambios obligados en su trabajo, su actitud conmigo y con su hija. Pedí que me dieran el nombre de algún psicólogo que se especializara en un caso como el suyo.

—Por lo que cuenta, parece que su esposo está sufriendo una depresión postraumática. Aunque en su caso el trauma no parece ser lo suficientemente importante como para provocarle esa reacción —comentó el médico generalista que me atendió, sin levantar la vista de los papeles que estaba consultando.

«Y usted qué sabe», estuve a punto de decirle. No me gustó aquel hombre, y todavía menos cuando me recomendó que Nico acudiera al departamento de psiquiatría. Me levanté y me fui sin decirle adiós cuando vi que los papeles que miraba con tanta atención no correspondían a la historia clínica de Nico.

Al final busqué por mi cuenta un psicólogo con buenas referencias y, gracias a la ayuda de Claudia, Nico accedió a visitarse con él.

Nico acudía a sus entrevistas semanales con el psicólogo, aunque yo no veía cambio alguno en su relación conmigo o con Carla.

—Bien, creo que me está ayudando —me decía cuando le preguntaba cómo le iba en las sesiones—. Y enseguida cambiaba de tema.

Él pasaba ahora algo más de tiempo en casa, y yo llegué a desear que no lo hiciera. Su presencia nos agobiaba hasta tal punto que Carla y yo deambulábamos en silencio por el apartamento, en un intento de simular una cotidianidad que ya no era nuestra porque se había visto alterada con su presencia.

Temíamos incomodarlo, que nuestras voces o la televisión le molestaran durante las horas que pasaba encerrado en su estudio.

Carla sólo mostraba alegría cuando salíamos de casa. Y yo alargaba cada día más el tiempo que pasaba en el parque con ella o haciendo la compra y otras gestiones domésticas fuera de casa.

—Nico está trabajando en un nuevo proyecto —me dijo un día Andrew cuando llamó por teléfono—. Se le ve contento. Ya se puede hablar con él como antes del accidente.

Preferí no decirle que yo no había notado ningún cambio y que ni él ni nuestra relación eran como antes.

—Me alegra oírle decir que sale antes de la facultad para llegar pronto a casa y estar con vosotras —añadió Andrew—. Es buena señal que no se centre sólo en el trabajo. Creo que a nuestro Nico ya le falta muy poco para estar recuperado del todo, ¿verdad?

—Sí —respondí con la entonación alegre digna de una gran actriz—. Ahora debo dejarte, Andrew. La niña se ha despertado ya de su siesta.

—Claro, no te preocupes. Me imagino que Nico ya debe estar a punto de llegar. Dile que me llame, por favor. He de comentar con él un par de detalles de la solicitud de financiación para un proyecto que se ha de enviar mañana a primera hora.

—Se lo diré. Adiós Andrew.

Colgué despacio el teléfono.

Nico llegó tarde aquel día, como ya venía ocurriendo desde hacía casi dos meses. Como continuó sucediendo durante las semanas que siguieron.

Cuando un tiempo después descubrí la verdadera razón de sus ausencias tuve que aceptar que el hombre al que amaba se había ido la mañana en que fui a despedirlo al aeropuerto para ir a las excavaciones de Samotracia, y ya no regresaría.

Al fin he aprendido a usar las muletas y ya no me duelen los brazos como me ocurría durante los primeros días. Hoy el médico me ha dicho que dentro de poco ya estaré recuperada del todo. Esa noticia me ha dado energía. He ido luego a ver a Luca y otra vez se lo habían llevado a rehabilitación. No me he esperado a que regresara. Gabriella tenía que volver a Lecce pronto para sus clases en la academia y no he querido que llegara tarde por mi culpa.

Suena el teléfono y lo saco del bolso. Escucho la voz de Luca:

—Pon la televisión, RAI 1. Están hablando de los olivos.

A la imagen de olivares desolados la acompaña una voz en off que informa de que no se sabe muy bien cómo se propaga la bacteria que afecta a los olivos y cómo se podría detener. «Los informes de la cooperativa italiana de agricultores *Coldirelli* —continúa la voz en off— estiman que más de un millón de los sesenta millones de olivos de la Puglia están afectados por la bacteria y mueren por su propia cuenta o son cortados y quemados por las autoridades. Hay una fuerte presión por hacer algo ante los líderes nacionales y europeos, temerosos de que las bacterias se

expandan por olivares de todo el continente e infecten también almendros y cerezos». Las imágenes muestran troncos recortados y restos carbonizados de un campo de olivos. Los oficiales marcan árboles legendarios con una equis roja, que significa su eventual destrucción. «Asesinos», gritan los furiosos propietarios a los hombres con motosierras. Tras ellos un grupo de activistas insultan a gritos a los agrónomos que inspeccionan los árboles.

—¿Lo estás viendo? —dice Luca.

—Sí. Y ayer leí que la Unión Europea ha ordenado crear una zona de control, justo al norte de Lecce. Con el tiempo, cualquier árbol a menos de cien metros de uno infectado, también será cortado.

En las imágenes que cada uno está siguiendo desde su televisor, se ve a un agricultor de la zona de Lecce. Habla junto a los restos de un árbol centenario aserrado que dio positivo en la bacteria, y acaricia un nuevo brote que aparece en lo alto del supuestamente infectado y muerto tronco cortado. «¿Cree que este árbol está enfermo?», pregunta. «¡*Xylella* sólo existe en su cabeza!»

—Giulia, cada vez estoy más seguro de que la periodista que te entrevistó estaba en lo cierto.

Yo también lo creo así, aunque ahora no me apetece hablar con él de eso. Quiero preguntarle cómo se encuentra, disculparme una vez más por haber sido yo la causa de su desgracia. Ese es el tipo de conversación que Luca quiere evitar, por eso comparte conmigo las noticias de la televisión, se aleja de los temas personales. Todavía no me ha dicho que su hijo vino a verlo. Todavía no he podido adivinar qué siente hacia mí. Puede que él tampoco lo sepa.

34

Nico había conocido a Lucía unos meses atrás, en la consulta del psicólogo, mientras ella esperaba a que saliera su madre para acompañarla de vuelta a casa. Hablaban todos los miércoles un ratito, hasta que llamaban a Nico para que entrara. Ambos anhelaban esos encuentros, que continuaron produciéndose después de que la madre de Lucía dejara de ir al psicólogo. Ella acudía todos los miércoles sólo para ver a Nico.

Todo eso lo supe mucho más tarde, después del día en que decidí ir a esperarlo en la creencia de que le gustaría la sorpresa de verme allí. Había dejado a Carla con Claudia y mi plan era proponerle ir a cenar a uno de nuestros restaurantes favoritos, que no habíamos visitado desde antes del accidente. Nico parecía haber recobrado un poco de su antigua energía en el trabajo, al menos eso decía Andrew, y yo quise creer que también había llegado el momento de recuperarlo como amigo, amante, esposo, padre de mi hija, todo lo que había sido para mí y estaba convencida de que continuaría siendo.

Me disponía a cruzar la calle cuando los vi salir del portal. Iban abrazados. Me detuve, incapaz de dar un paso más. No me vieron. Estaban demasiado pendientes el uno del otro. No pude escuchar qué se decían. En sus gestos y en su forma de andar se adivinaba una familiaridad de intimidad compartida y la ilusión de los primeros encuentros. Los seguí procurando que no me vieran. Nico cojeaba, pero la forma de abrazarla, la sonrisa que descubrí un momento en que se giró hacia ella para besarla y vi su perfil, era del mismo tipo de las que me dedicaba a mí antes de que todo se

torciera para nosotros.

Entraron en una *deli* y me escondí para observarlos sin que me descubrieran. Los vi reír, elegir vino, quesos y otras viandas. Salieron a la calle con una bolsa de papel que llevaba Nico mientras ella, risueña, lo agarraba del brazo y se apretaba contra él. Me giré de espaldas, aunque estaba segura de que no me habían visto. Supe que esa noche él me llamaría para decirme que una vez más se quedaba a dormir en casa de sus padres.

Nico se fue de casa el mismo día en que yo le pregunté acerca de lo que había visto. Se limitó a decirme que sí y que no a todas mis preguntas. Sí, amaba a Lucía. Sí, quería alejarse de nosotras. Sí, le hacía daño vernos. Sí, quería iniciar una nueva vida. Sí, buscaría trabajo en otra universidad, lejos. No, no quería hacernos daño. No, no quería engañarme. No, no sabía qué le había ocurrido. No, no iba a olvidarse de Carla. No, no iba a olvidarse de mí tampoco. No, no podíamos vivir juntos. Yo escuchaba los monosílabos con que respondía a cada una de mis preguntas y no era capaz de reconocer a Nico en el hombre que tenía delante, que ya no me miraba a los ojos y hacía ya demasiado tiempo que había dejado de hablarme y de acariciarme. No pude, o no quise, encontrar otra explicación que no fuera el accidente sufrido para explicar el cambio tan radical que Nico había experimentado. Tuvo que pasar todavía un tiempo hasta que llegara a aceptar del todo que el cambio, fuera cual fuere su origen, iba a ser irreversible.

Firmamos los papeles de divorcio con la misma celeridad con que unos años atrás habíamos firmado los de matrimonio. No hubo problemas a la hora de acordar las condiciones económicas.

Carla viviría conmigo y pasaría un fin de semana con su padre cada quince días. Nico aceptó pagar una cantidad mensual suficiente para cubrir todos nuestros gastos.

Tras la firma de los papeles Nico me dio la mano con la misma frialdad eficiente que usaría con alguien a quien acabara de conocer. En compañía de su abogado, caminó deprisa hacia la salida a pesar de su cojera. Yo no podía moverme de donde estaba. Claudia me agarró por el codo con delicadeza y me acompañó hasta un banco que había en el pasillo, ahora vacío.

—Sentémonos un rato aquí, te hará bien.

Claudia y Donato se ocuparon de mí. Me ofrecieron compañía, consuelo y trabajo en su restaurante. Una obligación que me marcó una disciplina y una rutina diaria que me obligó a abandonar mi casa y ocuparme durante unas horas en algo que no fuera pensar en mis pérdidas. Me costó adaptarme a ese nuevo ritmo que otros me imponían para ayudarme, para que dejara de llorar mi mala suerte, que es lo que en aquellos meses solía hacer a menudo.

Primero fue mi padre, luego Nico. Me preguntaba por qué me ocurría esto, qué había hecho mal, por qué aquéllos a quienes amaba querían olvidarse de mí, vivir como si yo nunca hubiera formado parte de sus vidas. Muchas veces, mientras sentada en el suelo me obligaba a jugar con Carla a hacer construcciones con las piezas de madera de colores, me preguntaba si ella también terminaría yéndose de mi lado. Debía prepararme para cuando llegara ese momento, protegerme, abrazarla y besarla poco, procurar no estar con ella todo el día, evitar pensar que ella me iba a salvar de la soledad que amenazaba con ahogarme. Quería convencerme de que verla hablar usando cada vez más palabras, responder a sus múltiples preguntas, alimentarla, buscar un colegio, jugar con ella, explicarle cuentos y meterla en mi cama cuando tenía miedo era todo lo que yo necesitaba. Carla parecía adivinar esos pensamientos. Le bastaba con alzar la cara unos instantes para que sus labios perdieran la sonrisa y su mirada adquiriera la gravedad de la de los adultos tristes. Y a mí me bastaba ese gesto para borrar todos los propósitos que intentaba imponerme. Entonces abrazaba a Carla con todas mis fuerzas, la besaba, le hacía cosquillas, imaginaba las historias bonitas que me pedía que le contara y me concentraba en su respiración tranquila, en la calidez de su cuerpo pequeño junto al mío, en el sonido claro de su voz y en la suerte que tenía de tenerla a mi lado.

Cuando Carla empezó a ir a la escuela cambié mi horario de trabajo en el restaurante de Claudia para poder estar con ella cuando saliera del colegio. Ese cambio me llevó a la cocina, a disfrutar del olor de la albahaca mientras la cortaba para preparar el pesto, a utilizar la cantidad justa de salvia para el *saltinbocca alla*

romana, a usar con soltura la máquina de hacer pasta para dejarla bien fina antes de cortarla y rellenarla. A hacer el mejor tiramisú, los mejores *cannoli* y la *panna cotta* más suave.

—Se te da muy bien eso de cocinar, ¿lo sabías? —me comentó un día Donato tras probar una de mis salsas.

Lo miré sorprendida. Nunca me había interesado por la cocina.

—¿De veras?

—Hablo en serio. Hay personas que tiene un don para la cocina y creo que tú eres una de ellas. De la misma manera que Claudia nunca será una buena cocinera.

Miré hacia la puerta. Temía que Claudia pudiese oír el comentario y sentirse ofendida.

—Tranquila —rio—. Ella ya lo sabe y está de acuerdo conmigo.

Nunca me hubiera imaginado que un buen cocinero como Donato admirara mis habilidades culinarias. Hasta ese momento estaba convencida de que no poseía ninguna. Mientras vivió mi madre, la cocina fue su feudo y su cárcel. «Tu estudia, hija, me decía, así no tendrás que pasarte el día encerrada en la cocina como yo». Y yo volvía a mis libros, convencida de que la cocina no era un lugar para mí, que podía aspirar a ocupar otros puestos que me elevaran a una categoría social superior. Nunca supe cuáles serían esos puestos. Disfrutaba leyendo. Así alimentaba mi curiosidad por todo lo que sucedía fuera de la cocina de mi madre y el olivar de mi padre.

Estaba convencida de que algún día el conjunto de los conocimientos aprendidos me convertiría en una profesional, urbana, libre e independiente. Continuaba disfrutando de la lectura, eso no había cambiado. La novedad fue que esos días en la cocina del restaurante de Claudia descubrí que tampoco sentía el transcurrir de las horas cuando me dejaba llevar por los aromas de las hierbas y las mezclas de ingredientes que se me ocurrían mientras trabajaba en las recetas básicas de la cocina italiana, y que disfrutaba haciéndolas a mi manera. Donato no tardó en añadir a los platos de la carta la coletilla de *chef style*, y fue Claudia quien me comentó que eran los más solicitados.

Quizá fueron las palabras de alabanza y reconocimiento de Donato las que consiguieron que tomara conciencia de aquel cambio, y las que, unos años más tarde, me ayudaron a imaginar

una nueva salida cuando todo volvió a torcerse.

Hago Skype con Carla. Al fin ella y yo hemos encontrado fuerzas para hacerlo. Para no escondemos detrás de mensajes que podemos revisar antes de enviarlos para que revelen lo menos posible todo aquello que nos preocupa. La veo bien. Tiene buena cara. Con su ordenador portátil me va enseñando el lugar donde vive, la habitación donde duerme, la cocina, el baño. Las dos *roomates* con las que comparte apartamento me saludan con la mano, me dicen *Hello*. Enseguida olvido sus nombres. Carla se sienta a la mesa donde estudia y seguimos hablando, sólo ella y yo.

Hablamos de lo ocurrido, a mí, a Luca. Prefiero no enseñarle la desolación de nuestro olivar. Tampoco ella me pide que se lo muestre. Me pongo de pie y camino para que vea que estoy bien y que ya no necesito muletas. He escondido las marcas todavía visibles de las quemaduras en mis brazos con una blusa de manga larga, las de la cara con una buena capa de maquillaje. Ella no me pregunta por qué voy maquillada cuando sabe que no suelo hacerlo.

—¿Cómo están Nico y la abuela? —pregunto al fin.

—Bien. Los veo poco.

Cambia de tema. Su evasiva me dice mucho de la situación.

—Carla… —ella sabe qué voy a decirle y no me deja continuar.

—No te preocupes por eso. Estoy bien. De verdad, mamá.

La creo. Ha hecho lo que quería hacer. Los ha visto, pasa algunos ratos con ellos. Me parece que ya va asumiendo que las cosas no son muy diferentes de lo que fueron durante los últimos años de nuestra estancia en Nueva York.

Carla está contenta. Disfruta con sus estudios, con la vida en esa ciudad que ahora ya no está sucia ni es peligrosa. Me habla de lugares que recuerdo muy bien como la fuente Bethesda en el *Central Park* y de paseos que no existían cuando yo estaba allí, como el *High Line* en el *West Side* de Manhattan. «Te encantaría, mamá», me dice. «Ocupa el lugar de una antigua línea de ferrocarril para trasladar mercancías, reconvertida en un paseo precioso, con zonas ajardinadas y todo». Hay entusiasmo en todo lo que cuenta, curiosidad, proyectos, ilusión de llevarlos a cabo. De pronto se pone seria.

—Mamá, ¿qué vas a hacer ahora? ¿Vas a vender las tierras?

—Tengo una idea —estoy a punto de explicársela. Decido no

hacerlo. Me parece demasiado alocada.

—Cuéntamela.

—Otro día, cuando la tenga más elaborada.

Cambio de tema y continuamos nuestra conversación hablando de otras cosas. Ella no insiste. Unos minutos después finalizamos la conexión porque Carla se tiene que ir a clase. Allí, delante de la pantalla que ya no me trae su imagen, me encuentro con la mía. Me veo mayor, pienso que no le he confiado a Carla mi proyecto porque quizá no es viable. Para llevarlo a cabo necesito unos conocimientos que no tengo y no sé si conseguiré adquirirlos. Por primera vez pongo en duda mi capacidad para nuevos aprendizajes. Un talento que siempre tuve y que me permitió salir adelante.

35

A Nico no lo veía nunca. Era su madre quien venía a recoger a Carla los fines de semana que le tocaba estar con él. Entraba en el apartamento y se acomodaba en el sofá con la excusa de esperar a que Carla estuviera lista, aunque ella la estuviera esperando con la bolsa que yo le preparaba con todo lo que iba a necesitar durante los dos días que pasaría fuera de casa. María aceptaba el café que yo le ofrecía por compromiso, porque sabía que era eso lo que se esperaba de mí, porque no quería estar a malas con ella. Entre sorbo y sorbo, suspiraba:

—Qué pena, Giulia —y me miraba con ojos de lástima—. Nunca más *vamos* a recuperar a Nico. Se lo ha llevado esa pelandusca de Lucía. Lo ha apartado también de nosotros.

Al cabo de un rato se levantaba, tomaba a Carla de la mano y se la llevaba. Cuando cerraban la puerta el silencio de la casa me oprimía de tal forma que sólo podía continuar respirando después de dar un grito muy largo, muy agudo, que me crispaba las manos, los brazos y las piernas mientras duraba. Me ofrecía el mismo bienestar de una buena llantina, de esas que me consolaban en los años raros de mi adolescencia y que ahora, a fuerza de controlarme para no entristecer a Carla, había aprendido a reprimir. El grito era mi único desahogo, y su efecto tranquilizador duraba lo suficiente como para permitirme vestirme, salir de casa y encerrarme en la cocina del restaurante. Allí, gustos, aromas y la posibilidad de experimentar platos diferentes, me ayudaban a pasarlas horas, a que se me hiciera algo más corta la espera de la llegada de Carla el domingo por la noche.

—Este fin de semana tampoco he visto a papá —me decía en más de una ocasión. La *nonna* y el *nonno* y los tíos me han llevado a muchos sitios, me han hecho reír y me han comprado helados.

—¿Te han dicho dónde estaba papá?

—No. Sólo que estaba lejos de Nueva York. Busca trabajo en otra universidad.

A veces me daba la impresión de que Carla empezaba a acostumbrarse a vivir sin su padre. No parecía echarlo en falta. Tuvo que pasar mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que no había sido así.

—Siempre me preguntan si me gusta el nuevo colegio.

—¿Y tú que les dices?

—Que me gusta —respondió demasiado rápido. Y se fue a su cuarto a jugar.

Yo sabía que no estaba contenta, aunque no me lo dijera. A mí no podía engañarme.

Carla asistía a un colegio privado en Manhattan, donde todos los niños eran blancos y vestían uniforme y los edificios tenían yedra que subía por las paredes y cambiaba de color durante el otoño. Un lugar donde los niños apenas podían disfrutar de pisar y jugar con el manto de hojas amarillas, ocres y granate que dejaban los días de otoño, porque enseguida venían los jardineros a retirarlas y dejar el verde del césped limpio, como decían ellos.

Una de aquellas tardes, al llegar a casa y vaciar la cartera de Carla para sacar los restos de comida con los que volvía todos los días, cayeron varias hojas multicolores en el suelo. Me agaché para recogerlas.

—No las tires, mamá —dijo Carla a mi espalda.

Me levanté con las hojas en la mano y se las di.

—¿Para qué las quieres?

—Para seguir mirándolas cuando llegue el invierno.

Sonreí. Pensé en las hojas y las flores que yo recogía de niña y las secaba entre las páginas de los libros.

—No se lo digas a nadie del colegio. No quieren que juguemos con las hojas. Se las han llevado todas. Yo he conseguido salvar estas y las he escondido.

No le di más importancia al comentario de Carla hasta que en días sucesivos me fue hablando de otras prohibiciones, que a mí me parecieron absurdas: no se podía correr por el jardín, sólo en el gimnasio y durante las horas de gimnasia y deportes. No se podía cantar, salvo en la hora que se dedicaba a música. No se podía reír ni sonreír fuera del rato de recreo. Unos días más tarde me llegó la nota de que se suprimía la bata con la que se evitaba que se ensuciara el uniforme. El motivo era que, a los seis años, los niños ya debían aprender a comportarse de manera que no ensuciaran la ropa. Me pregunté a qué tipo de juego podría entregarse un niño de esa edad si no quería mancharse.

—¿A qué jugáis?

—Hacemos construcciones, jugamos al *Twister*, leemos. Luego nos cambiamos para ir al gimnasio y allí sí podemos correr.

Miré por la ventana. Era uno de esos días brillantes de otoño con el cielo de un azul intenso y la temperatura todavía agradable.

—¿En un día como hoy también?

Carla siguió mi mirada hacia la ventana.

—Siempre, mamá. Si nos manchamos nos castigan.

Observé la tez tan blanca de mi hija, que ya acusaba la falta de horas de juego al aire libre. Creo que fue la primera vez que pensé que en Italia hubiera tenido una escuela menos estricta, una infancia más libre. Pensé que debería cambiarla de colegio y comprendí con amargura que no era libre para tomar esta decisión. El colegio lo pagaban Nico y sus padres. Lo habían elegido porque era uno de los mejor considerados en la ciudad, adonde acudían los hijos de las familias residentes en el *Upper East Side*, que llegaban a la escuela en limousine y los recogían criadas uniformadas. En el colegio abundaban los vástagos de familias italianas e irlandesas de al menos tercera generación, las que habían hecho fortuna y estaban bien posicionadas en el círculo del Nueva York más elitista.

Durante mis años en Estados Unidos había aprendido que allí era más fácil cambiar las normas que en Italia. Se podían comentar decisiones, aportar puntos de vista diferentes, ofrecer a votación nuevas alternativas sobre cómo hacer las cosas. Con ese convencimiento me presenté a la reunión de padres que había organizado el colegio para explicar los objetivos del ciclo de enseñanza primaria que acababa de iniciar Carla. Iban a hablarnos

de la forma en que trabajarían para conseguir la mejor formación posible de los niños que habíamos confiado a su cargo y convertirlos en los dirigentes del futuro. Me alegré de asistir yo sola a la reunión. Nico me había dicho por teléfono que hubiese querido ir también, pero que no podía por hallarse fuera de Nueva York, en una entrevista de trabajo para una universidad de no recuerdo qué estado.

Escuché toda la palabrería destinada a persuadir a una audiencia que venía ya predispuesta a escuchar ese tipo de discurso, a reforzar su idea de que habían acertado en su elección de colegio. Cuando nos llegó el turno a los padres para intervenir no hubo preguntas; en cambio escuché varios comentarios que alababan la línea educativa del colegio y felicitaban al director y a los profesores de los éxitos obtenidos, que todos parecían conocer. Sonaron aplausos después de cada una de las intervenciones. Cuando me pareció que ya nadie tenía nada más que decir, me levanté y presenté mis objeciones a la excesiva estructuración del tiempo de los niños, a la ausencia de juegos al aire libre, a las normas tan estrictas que, en mi opinión, podían entorpecer el desarrollo de su creatividad. Creo que lo dije bien, que usé las palabras adecuadas, que evité en todo momento resultar ofensiva o demasiado crítica. Empecé a dudar de que hubiera sido así cuando se hizo el más tenso de los silencios tras mi intervención. Enseguida se oyó un murmullo de voces apagadas que el director cortó en seco:

—Señora, esta ha sido nuestra manera de hacer las cosas desde que se creó el colegio. Y siempre nos ha dado buenos resultados.

No me gustó su tono arrogante. Iba a contestarle como se merecía, pero opté por no hacerlo al descubrir muchos gestos de asentimiento entre la audiencia. Me senté, cerré las manos en un puño y las puse sobre mi regazo para controlar la crispación. Al otro extremo de la sala un hombre se levantó, me miró unos instantes como si quisiera pedirme permiso y luego miró al frente, hacia el director y los profesores.

—Si en este país nadie hubiera cambiado la forma de hacer las cosas que heredamos de nuestros ancestros, nunca nos habríamos convertido en el país puntero en muchos aspectos que somos hoy. No me parece descabellada la idea que propone la señora de que nuestros hijos dispongan de más tiempo sin estructurar, que se

aburran si es preciso. Muchas veces el aburrimiento ayuda a mantener viva la llama de la imaginación y hace posible la creatividad.

Con un escueto «está bien, lo pensaremos» el director dio por terminada la reunión de padres.

No me uní a ninguno de los grupos que se formaron al terminar el acto. No me cabía duda de que mi intervención era el tema de muchas de sus conversaciones. Salí a la calle y eché a andar hacia la parada de metro. Tenía que hablar con Nico. Intentar explicarle las razones por las que estaba segura de que ese colegio no era el más conveniente para Carla. Sabía que no iba a ser fácil que nos encontráramos para hablar del tema, que inventaría excusas para no tener que verme. Y que al final me tocaría tratar el asunto con María. Y que ella, deslumbrada por todo lo que aquel colegio representaba, «un colegio tan caro no puede ser malo» en cuanto a ascenso en la escala social, no iba a querer escuchar mis razonamientos. Carla era mi hija y yo no podía tomar decisiones con respecto a su educación.

Caminé más deprisa para exorcizar la rabia.

No me di cuenta de que me estaban siguiendo hasta que oí una voz a mi espalda:

—Ha sido muy valiente al enfrentarse a todos ellos.

Me giré. Él vestía una gabardina beige y sus ojos azules sonreían divertidos tras las gafas de montura de metal que parecían muy ligeras.

—David, David Morton —dijo tendiéndome la mano—, soy el padre de Sarah. Nuestras hijas van a la misma clase.

—Gracias por salir en mi defensa. Aunque, ya ve, nadie nos ha hecho caso.

—Eso ya lo veremos. A veces es necesario dar el primer paso para que otros se atrevan a seguir. Usted tiene razón, este colegio tiene problemas importantes. Si la crítica a su forma de hacer se extiende a otros padres, no tendrán más remedio que cambiar de planteamiento. Es cuestión de tiempo, ya lo verá. Espero que no sea demasiado pues quiero que mi hija se beneficie de los cambios que han de venir.

—Espero que tenga razón.

—Tengo el coche aquí. Puedo acompañarla a su casa, si lo desea.

—Gracias, tomaré el metro. Vivo lejos de aquí, en Brooklyn, y tengo una parada al lado de casa.

—¿Brooklyn? —Un gesto de sorpresa cruzó su rostro. Enseguida lo cambió por una sonrisa educada.

Acepté que me acompañara hasta la parada de metro. Por el camino hablamos del colegio, compartimos nuestras críticas y lo difícil que era acertar en la educación de los hijos. Nos despedimos con un apretón de manos. No supe nada más de él hasta que unos meses más tarde Carla trajo a casa una tarjeta rectangular de un bonito color azul, con dibujos de soles y estrellas de factura infantil y en el centro, escrito en letra adulta y clara, el texto de la invitación a la fiesta de cumpleaños de Sarah. La dirección correspondía a un edificio en *Park Avenue*.

El día de la fiesta, Carla y yo llegamos al *Upper East Side* un poco antes de la hora prevista y aprovechamos para dar un paseo por la zona. La nieve caída la noche anterior se había ya retirado de calles y aceras, en cambio el *Central Park* conservaba todavía el manto blanco, apenas mancillado por algunas pisadas. En las ramas desnudas de los árboles, la nieve se había cristalizado y lanzaba destellos de luz. Hacía sol aquella tarde de sábado y las calles estaban animadas por quienes sacaban a pasear a sus perros de raza, de apariencia tan aristocrática como la de sus amos. Vi un dálmata de paso arrogante y no pude por menos que sonreír al recordar la película *101 dálmatas*, que me había cautivado de niña.

Decidí que compraría el vídeo para verlo con Carla. Estaba segura de que a ella también le gustaría. Pasé por delante del palacete que aloja la *Frick Collection*, y que había visitado años atrás con Nico. Más allá reconocí el edificio donde se había rodado *Desayuno con diamantes*, una de mis películas preferidas, que había visto varias veces. Los porteros uniformados de los edificios más exclusivos de la zona se distraían observando las entradas y salidas de esos seres acaudalados en cuyo selecto grupo sólo tenían un lugar como servidores. Pude ver cómo algunos de ellos daban conversación a las *nannies* jóvenes que salían a pasear con los niños que estaban a su cargo.

Carla estaba excitada. Era la primera vez que acudía a una fiesta de cumpleaños y abrazaba el paquete con el regalo que habíamos comprado para su amiga. Cuando llegamos a la casa, una criada nos

abrió la puerta. Dentro se oían las voces de muchos niños y la melodía conocida de una canción infantil que alguien cantaba en directo. Anduvimos entre globos de colores por un apartamento de dimensiones inmensas. Carla me apretaba la mano con fuerza. De pronto se paró y no quiso seguir andando. Me dio el paquete.

—Dáselo tú, es tu amiga —le susurré, a la vez que le devolvía el paquete.

—No veo a Sarah… mamá, vámonos. No quiero estar aquí.

—Carla, te lo pasarás muy bien. Ya verás —la animé.

—Quédate conmigo.

—No puedo. Es una fiesta de niños. Fíjate, no hay ninguna mamá aquí. Volveré dentro de un rato a buscarte.

Carla volvió a darme el paquete y echó a correr hacia la salida. Yo la seguí. Nos cruzamos con otro niño y su madre que acababan de llegar. La criada que atendía la puerta nos interrogó con la mirada.

—No quiere quedarse. Dice que no ve a Sarah.

La mujer se agachó y se puso a la altura de Carla.

—¿Quieres que vaya a buscarla?

—Gracias —respondí yo por ella.

Regresó al poco rato con Sarah y su padre. Carla le tendió el regalo y me volvió a agarrar la mano.

—Puede quedarse si quiere. Carla parece que lo prefiere así —dijo él.

—Yo…

—Mamá, quédate, por favor.

—¿Lo ve? Venga, me ayudará a distraer a toda esta chiquillería. Es la primera vez que organizo una fiesta de cumpleaños y no sé si estoy a la altura —rio.

El tiempo pasó muy rápido mientras David y yo nos ocupábamos de intervenir para evitar alguna pelea, limpiábamos manos manchadas con chocolate que amenazaban con marcar las paredes, acompañábamos a niños al cuarto de baño y organizábamos juegos con los críos sentados en círculo a nuestro alrededor. La doncella se afanaba en retirar vasos de refrescos azucarados antes de que cayeran al suelo y de limpiar los charcos pringosos cuando no había podido evitar el accidente.

Vinieron madres y niñeras a recoger a los pequeños invitados,

todavía excitados tras el consumo de tanto azúcar en forma de pastel y caramelos. Carla y yo fuimos los últimos en irnos, porque fue hacia el final de la fiesta cuando ella empezó a disfrutar de verdad, cuando ya quedaban menos niños y ya se sentía cómoda en el nuevo entorno.

—Gracias, muchas gracias por ayudarme hoy —me dijo David cuando ya nos íbamos.

—No hay de qué. Lo he pasado muy bien.

Carla volvió a adentrarse en el apartamento para continuar jugando con Sarah.

—¡Carla! —la llamé. Ella volvió de mala gana y le agarré la mano para que no volviera a escaparse.

—Me gustaría invitarles un día a cenar, a usted y a su esposo.

—Mi padre se fue y no vive con nosotros —dijo Carla.

Creo que mi rostro adquirió el mismo tono que los semáforos cuando anuncian a los peatones o a los automovilistas que deben detenerse.

—La madre de Sarah también se fue —dijo David mirando sólo a Carla.

36

Creo que si no hubiera sido por mi trabajo en el restaurante de Claudia y Donato me hubiera sido muy difícil superar la soledad de aquellos primeros años sin Nico. Su compañía me ayudaba. Sabían escucharme, aunque no me permitían que me encerrara en una visión negativa de mí y de mis circunstancias.

—Quiérete un poco más. Tú también has de quererte —me decía Donato—. No es suficiente con que te queramos nosotros.

Procuraba hacerles caso. Nunca imaginé que los aromas de la cocina y la invención de nuevos platos con los ingredientes de siempre fueran a convertirse en una parte tan importante de mis días, en el salvavidas que me permitía mantenerme a flote aunque no viera más allá del mar agitado que me rodeaba. El restaurante era el lugar donde imaginaba, creaba y disfrutaba. Donde me sentía reconocida y valorada. Sólo se enturbiaba esa sensación cuando María aparecía por allí. Su visita dejaba un poso de negatividad que nos afectaba a todos, y en especial a Claudia. Por fortuna venía pocas veces. Cuando María se iba, Donato y yo recuperábamos al poco rato la ligereza de ánimo de la que disfrutábamos antes de su llegada. A Claudia le costaba mucho más que a nosotros. No tardamos en darnos cuenta de que con cada nueva visita de su madre ella tardaba más en recuperarse. Mientras permanecía bajo su influencia se mostraba taciturna, ajena a todo, incluso agresiva si alguna vez Donato y yo intentábamos bromear acerca del efecto nefasto que las visitas de su madre tenían sobre ella.

—Basta ya —nos dijo un día, muy alterada—. Es mi madre. ¿Me meto yo acaso con la tuya, Donato, que es tan culpable como la mía

por habernos condenado a vivir juntos?

Donato suspiró, dejó el trapo con el que estaba limpiando la mesa y se sentó a su lado. Le acarició el brazo. Claudia rechazó su mano con brusquedad.

—Claudia —le dije—, no deberías hablar así. Sabes que puedes cambiar esta situación cuando quieras.

Donato asintió con la cabeza. Ella continuó con la mirada fija en la pared vacía, como si no hubiera oído ni visto nada. De pronto se giró hacia mí.

—¿Me meto yo con tu padre, Giulia, que hace años que no quiere saber nada de ti?

Había atacado con saña, allí donde sabía que iba a doler. Donato iba decir algo y alcé la mano para que permaneciera callado. Me levanté y me fui a la cocina para que no me vieran llorar.

Los episodios de mal humor de Claudia eran cada vez más frecuentes y su atención a los clientes del restaurante empeoraba con el paso de los días. Perdimos a algunos de los más veteranos debido a su falta de tacto y de respeto. Otros, los que tenían confianza con Donato, le comentaron que aguantaban el mal hacer Claudia porque la comida que servían era muy buena.

Una noche Donato hablo con Claudia sobre este tema, le recordó que los dos eran responsables del buen funcionamiento del restaurante y que ella también debía poner de su parte. A la mañana siguiente me puso al corriente de la situación. Escuché, desconcertada, el relato de aquella conversación.

—¿Celos? ¿De mí?

—Sí, celos. No sé cómo no nos hemos dado cuenta antes.

—No lo entiendo. Si ella siempre dice que no le gusta la cocina —miré a Donato y en su expresión pude leer lo que intentaba decirme—. ¿Crees que María tiene algo que ver con esto?

—Me temo que sí. Nunca ha sabido valorar a Claudia, y no hace más que hablar de lo bien que se te da eso de la cocina y de cómo le gustaría que Claudia fuera como tú. Ya sabes que las comparaciones son odiosas.

—Yo no la he oído nunca decir eso.

—A ti no te lo va a decir, me imagino que no quiere que se te suban los humos. A mí, tampoco. Nunca me ha felicitado por el éxito del restaurante. Pero a Claudia no hace más que echarle en

cara que nosotros dos lo hacemos mejor que ella.

—¿Eso te dijo?

Donato no respondió enseguida.

—Sí. También me dijo… me dijo que no quiere que continúes trabajando con nosotros.

Donato bajó la cabeza, como si quisiera pedirme perdón por lo que acababa de decirme.

—Si fue ella, fue ella la que insistió en que…

No pude continuar. Aquellas palabras cayeron sobre mí con el ímpetu de una tormenta que se lleva las construcciones más débiles que encuentra a su paso. Así me sentía yo, con los tableros del refugio que me afanaba por construir destrozados.

—Ya. Pero no te preocupes, Giulia. No voy a hacerle caso. Gracias a ti el restaurante empieza a ser conocido y valorado. Así se lo dije.

—¿Y qué te respondió?

—Nada. Cogió la chaqueta y salió de casa dando un portazo.

Tiré la cebolla que acababa de cortar a la sartén y la removí un poco. Pronto ya no podría estar en esa cocina ni aprender de Donato. Pronto dejaría de ganar un dinero por mi trabajo que completaba la pensión insuficiente que recibía de Nico.

—Buscaré otro trabajo. Dame un poco de tiempo.

—De eso nada. Tú continúas aquí, con nosotros. A Claudia ya se le pasará.

Durante varias semanas no volvimos a hablar del tema. Claudia nunca me comentó nada y yo evité cualquier conversación con ella. Busqué excusas para no salir juntas a tomar un café como solíamos hacer alguna tarde, y empecé a espiar sus reacciones, a intentar adivinar en sus gestos y en sus miradas los sentimientos que los guiaban. Vi lo que ya conocía, vi a la mujer que nunca había sido feliz, que quizá había perdido toda esperanza de serlo algún día. Que vivía asustada, convencida de que los demás eran siempre mejores que ella.

Sin la compañía de Claudia ya no tuve ánimos de sentarme a tomar un té en algún sitio o de obsequiarme con una cena que no hubiera cocinado yo. Pequeños lujos que tras la ruptura con Nico me habían sacado de casa por un rato, me habían ayudado a salir del círculo de infelicidad en el que me había encerrado.

Gabriella se ha convertido en mi única amiga, en el único apoyo que tengo ahora que Carla está lejos. Quiero pensar que yo también la apoyo a ella, que nos ayudamos. Aunque no estoy segura de que sea así. Siempre fue la más fuerte de las dos. Ella dice que soy yo, y que ahora también voy a salir airosa de esta situación. Me gustaría tener su seguridad. Estoy esperándola para que me lleve a mi sesión de rehabilitación; yo todavía no puedo conducir. Me preocupa que cada día conduzca los 70 km que hay desde Lecce hasta aquí. Muchas veces le he insistido en que tomaré un taxi. «Tú también lo harías por mí» es su respuesta. Ya quedan pocos días. El médico me ha dicho que ya casi estoy lista para volver a ponerme al volante. Mientras la espero hago un *mirepoix* fino de cebolla y empiezo a cortar la zanahoria, el apio, el ajo, abro un frasco de aceitunas negras. Descubro que me falta la pasta de anchoas y no voy a poder hacer la salsa siciliana que tanto le gusta a Gabriella.

Suena el teléfono. Es una llamada de la policía. Me comunican que han encontrado una nueva línea de investigación. Que ahora ya están seguros de que el incendio fue provocado. Que incluso tienen un sospechoso.

Creo que fue un par de meses después de dejar el trabajo en el restaurante de Claudia y Donato cuando David me invitó a cenar por primera vez, sin las niñas. Sarah y Carla se habían hecho muy amigas y en más de una ocasión David y yo habíamos organizado alguna salida de domingo para que ellas disfrutaran de un cambio de paisaje, comieran hamburguesas con patatas fritas y un refresco tamaño gigante, felices de que levantáramos por un día la prohibición de ingerir comida basura.

Me vestí para la ocasión. Al fin y al cabo se trataba de mi primera cita, y si bien sólo veía en David a un amigo con quien me encontraba a gusto, me sentía halagada porque sabía que yo sí que le gustaba a él.

—Estás muy guapa —me dijo nada más verme.

Sonreí, coqueta. Ya sabía que me iba a decir eso.

Cenamos en un restaurante tranquilo, cerca de su casa. Un lugar elegante y discreto, frecuentado sólo por quienes podían pagar los elevados precios que aparecían en la carta al lado de los platos más

sofisticados. Yo pedí la mezcla que me pareció más exótica, platos que no había probado nunca y que despertaron mi curiosidad.

David me habló de su exmujer. Me dio la impresión de que llevaba tiempo deseando hacerlo.

—La madre de Sarah se fue hace cuatro años. A Ibiza, la isla donde nos conocimos. Me imagino que sigue allí. Hace tiempo que no sé nada de ella.

¿Y Sarah? ¿No quiso llevársela con ella?

—Tener un hijo fue un capricho mío.

¿Capricho?

—Eso me dijo, también me recordó que bastante había hecho ya ella con parirla, con lo mal que se lo pasó durante el embarazo y el parto.

¿Y nunca ha vuelto a ver a Sarah durante estos años?

—No. Ni creo que lo haga. No quiere saber nada de mí ni de los años que pasó en esta ciudad.

—¿Tan mala vida le dabas? —pregunté con cierta ironía señalando con la mirada el sofisticado entorno que nos rodeaba.

—Elisabeth es un espíritu libre. Muchas veces me dijo que vivía encerrada en una jaula de oro, que estaba harta de no verme durante todo el día, de que trabajara por las noches y durante el fin de semana. Le daba igual que yo fuera uno de los abogados de más éxito en Nueva York.

Pensé que a mí me habría pasado lo mismo que a Elisabeth. No se lo dije.

—Elisabeth y yo nos conocimos durante el *Gap Year*[2] que pasé viajando por Europa, cuando me dejé crecer el pelo y la barba, vestía túnicas blancas y me bañaba desnudo en las playas de Ibiza. Nos casamos allí mismo y vivimos una temporada en una casita pequeña y blanca, cerca de nuestros amigos y acompañados por las canciones de Abba. Hasta que a mí se me acabó el dinero y mi padre me llamó al orden.

—Se acabó el sueño de libertad —sonreí y tomé la copa de vino que el camarero acababa de llenar.

—Ella se hubiera quedado a vender pulseras y collares en la isla. De hecho, creo que es eso lo que hace ahora. Yo la convencí para que volviéramos a Nueva York.

—¿Y fue una equivocación?

—Sí. Nos equivocamos los dos. Yo en insistirle que viniera aquí y ella en aceptar hacerlo, y en pensar que yo no iba a cambiar. De esa equivocación nació Sarah. Y ella sí que ha conseguido lo que su madre no pudo.

—A la fuerza, ¿no? Alguien debía cuidar de Sarah cuando ella se fue.

—Sí, primero fue a la fuerza. Ahora no. Continúo trabajando mucho, aunque me reservo tiempo para mi hija. Me da igual si gano menos dinero.

—Decir que no debe de ser muy difícil en un trabajo como el tuyo.

—Lo es, aunque voy aprendiendo —tomó la copa de vino y bebió un sorbo—. Me gusta lo que hago, y aspiro a lograr un equilibrio entre trabajo y vida privada que pocos en mi profesión consiguen.

Continuamos comiendo en silencio. Quizá David esperaba que yo le hablara de mí. No lo hice, no estaba preparada. Me dolía la ausencia de Nico y todavía buscaba una explicación a lo que nos había sucedido. A veces incluso confiaba en que, de alguna forma, él se curaría y volvería a ser como antes. Volvería a amarnos a mí y a Carla. Me engañaba con esos pensamientos, lo sabía. Eran mi coraza, los que me permitían evitar embarcarme en una nueva relación como la que sin duda me estaba proponiendo David aquella noche. Esa era la razón de sus confidencias, del tono íntimo que había tomado la conversación y que yo había cortado con mi negativa a hablar de mí.

Para romper el silencio le pregunté por su trabajo. Me respondió con un tono de voz diferente al que había usado antes, como si se refiriera a otra persona. Me habló de clientes famosos, de casos ganados, de entrevistas en los periódicos, de eventos sociales a los que debía asistir, de cenas que debía organizar. Acontecimientos que le aburrían y no podía eludir porque formaban parte de las estrategias necesarias para mantenerse en la cumbre.

—La última cena que organicé en casa fue un auténtico desastre. El servicio de catering, uno de los mejores y más caros de la ciudad, trajo unas ostras que intoxicaron a varios de mis invitados. No voy a volver a llamarlos. Dentro de un par de meses tengo que organizar otra de estas cenas y no sé de quién fiarme.

—Trabajo en el restaurante de mi excuñada y su esposo. Puedes llamarlos y preguntarles si saben de algún servicio de confianza.

¿Cómo se llama el restaurante?

—Siracusa¡Ah! Como la ciudad siciliana. Estuve allí hace años. Comida italiana, imagino. Me temo que no será lo suficientemente exótica para los esnobs de mis invitados.

Me sentí ofendida por el comentario. Quizá fue esa la razón que me llevó a decir las palabras de las que me arrepentí nada más pronunciarlas.

—La comida italiana puede ser muy exótica. Te invito un día a cenar a casa para que puedas comprobarlo.

—Vendré solo. No creo que Sarah sepa apreciar nada más allá de un plato de pasta —añadió con una sonrisa demasiado elocuente para que yo no pudiera entender su significado.

Me puse del color de las granadas. Él alzó su copa para brindar conmigo. Obedecí. Callé lo que hubiera debido decirle para que no se entusiasmara demasiado con la propuesta. El mal ya estaba hecho. Tenía que seguir adelante. Hoy pienso que si no hablé entonces fue porque en el fondo quería cocinar para él, demostrarle que sabía hacerlo, apuntarme un punto en la escala de autoestima que tanto necesitaba.

37

Neoyorkino de nacimiento, judío y de familia originaria de Inglaterra que había llegado a los Estados Unidos muchos años atrás, David no estaba demasiado familiarizado con la cocina mediterránea. No me resultó difícil sorprenderlo con los platos que le serví aquella noche. Creo que, además, venía predispuesto a que le gustaran. Cuando terminó de comer el sabayón con frutos secos que le serví de postre, que me guardé muy bien de decirle que en Italia se comía por San Valentín, me miró feliz, satisfecho y algo borracho.

—Es la mejor comida que he probado nunca. Y tú la mejor cocinera.

Me tomó la mano y la besó sin que yo tuviera tiempo de retirarla. La escondí enseguida que me la dejó libre.

—No exageres —me levanté—. ¿Quieres café?

Él no me siguió a la cocina como yo había temido que hiciera. Cuando regresé a la sala me dio un papel y un bolígrafo y me pidió que le escribiera el nombre de los platos que le había servido. Yo tomé el bolígrafo y apunté sólo el nombre del postre.

—¿Y los otros? ¿Cómo se llaman?

—No lo sé. No tienen nombre.

—¿Cómo que no tienen nombre?

—Me los acabo de inventar.

Dejó el bolígrafo en la mesa, se quitó las gafas, las limpió con la servilleta y volvió a ponérselas.

—Pues vamos a darles un nombre ahora mismo.

—De acuerdo —reí. Me gustó el juego que me proponía.

Durante un buen rato estuvimos lanzando nombres que iban de lo más poético a lo más audaz. En más de una ocasión estallamos en una carcajada ante lo absurdo de nuestras ocurrencias. Avanzaba la noche sin que notáramos el paso del tiempo. No se me escapó que él intentaba alargar la velada con la excusa de la cocina. Había encontrado un tema de conversación que me mantenía a su lado y estaba dispuesto a explotarlo. Ya de madrugada, cuando los dos estuvimos al fin de acuerdo en cómo íbamos a llamar a los entrantes, al primer plato, al segundo, a los *contomi* y al postre, David me entregó la lista.

—¿Crees que el día 20 del mes que viene podrías cocinar esto en mi casa para un grupo de quince personas?

Miré la lista. Lo miré a él.

—Hablo en serio —sonrió.

—Yo… yo no…

—No podría encontrar otro cáterin mejor. Y sé de lo que estoy hablando. He probado ya muchos.

—Yo no puedo, no lo he hecho nunca —dije devolviéndole el papel.

Él no lo quiso.

—Quizá puedas encargarlo en el restaurante de mis cuñados —sugerí al fin. Si quieres puedo preguntarles.

—No. Ya no quiero saber nada de restaurantes que traen la comida a casa. Dime todo lo que necesitas, ingredientes, utensilios. Lo que sea. Lo tendré todo a punto. Quiero que lo hagas tú.

Dichas por otro hombre, aquellas palabras hubieran sonado como una imposición, como una orden. En él parecían una súplica, aunque estudiada para que surtiera el efecto deseado, eso lo supe más tarde. Su voz, su mirada expectante detrás de las gafas, el gesto casi infantil con el que esperaba la respuesta, sabían camuflar muy bien la firmeza de su voluntad.

—Te pagaré bien.

—No, no es eso. Es que…

—Será un trabajo y cobrarás por él.

Presentí que iba a decirme que me iría bien ganar ese dinero. Y tenía razón. No levanté la cabeza del papel para que no se diera cuenta de mi turbación.

—Y no te preocupes por mí —añadió—. Ya me voy.

Entendí perfectamente qué quería decirme.

Acepté. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Cuando él se fue aún tenía la lista en la mano. Fui a buscar papel y bolígrafo. Debía apuntar qué ingredientes había puesto y en qué proporciones antes de que se me olvidara.

La noche de la cena me había pasado casi todo el día trabajando en la cocina del gran apartamento de David en *Park Avenue*. Le había pedido a Donato que me dejara el día libre sin darle explicaciones de mis planes. David fue a buscar a Sarah y a Carla al colegio. Luego vino un par de veces a preguntarme si necesitaba su ayuda. Me negué y él no insistió más. Al cabo de un rato oí que se había unido al juego de las niñas. Enseguida entraron los tres a decirme que se iban al parque. Me pregunté cuántas horas extra tendría que trabajar David al día siguiente para recuperar las que estaba pasando con las niñas.

Lo dejé todo listo y me fui a casa con Carla poco antes de que llegaran los invitados, no sin antes dejar instrucciones claras a la doncella sobre cómo debía servir los platos, a qué temperatura, en qué orden y con qué vinos. La mujer estaba versada en cenas de muchos comensales, platos y vinos diferentes, y no encontró dificultad alguna para entender mis instrucciones.

Cuando llegamos a casa, me dejé caer, agotada, en el sofá. Carla se sentó a mi lado y empezó a explicarme todo lo que había hecho aquella tarde, a qué juegos nuevos había jugado con David, lo bien que se lo había pasado. Pidió que le pusiera un video de *Sesame Street* que habíamos grabado hacía un par de años y que a ella todavía le gustaba ver.

No sé quién de las dos se durmió antes. Cuando abrí los ojos era ya medianoche. Tomé a Carla en brazos, la llevé a su habitación, le puse el pijama y la metí en la cama. Ella no se despertó. La observé durante un rato, como hacía todas las noches antes de acostarme. Me daba paz verla. La charla ilusionada de unas horas antes, su sueño sereno de todas las noches, los abrazos y besos con los que me agasajaba todas las mañanas al despertar y cuando salía del colegio, me decían que lo estaba haciendo bien. Que estaba consiguiendo que superara la ausencia de su padre. Ya apenas

preguntaba por él y hacía tiempo que se había resignado a no verlo. Yo también me había resignado, aunque todavía me preguntaba qué había hecho mal, qué pude hacer y no hice, cómo podría haberlo ayudado a volver a ser quien había sido o si algún día se curaría de la “enfermedad” que lo aquejaba. Me costaba aceptar que en su nueva vida sólo había sitio para Lucía y para su madre. «No te atormentes, no está en tu mano cambiar las cosas. Mira hacia adelante, cuida de tu hija y cuídate tú. Vive cada día como si fuera un regalo», me había escrito Gabriella cuando le comenté cómo me sentía. Yo hubiera deseado poder seguir sus consejos, a todas horas. Sólo lo conseguía en esos momentos en que observaba la respiración tranquila de mi hija dormida y le acariciaba la mejilla antes de darle un beso en la frente y salir dela habitación dejando la puerta abierta para poder oírla si me llamaba.

No tardé en quedarme dormida.

—La cena fue todo un éxito —me despertó la voz de David al teléfono.

Me incorporé en la cama. La buena noticia me había despertado del todo. Miré el reloj que había dejado sobre la mesilla de noche. Eran las ocho de la mañana.

—Uno de los asistentes me comentó que le gustaría contratar el mismo catering y me pidió tus datos —David parecía excitado, impaciente, contento—. No he querido dárselos antes de hablar contigo. ¿Se los doy?

—Sí —respondí, apenas consciente de lo que estaba diciendo.

A ese primer cáterin que me encontró David, le siguieron otros muchos. Primero fueron sus amigos, luego sus colegas, luego los amigos de unos y de otros. Profesionales jóvenes, *yuppies*, como los llamábamos entonces, deseosos de darse a conocer, satisfechos de pertenecer al selecto grupo de nuevas, o no tan nuevas, fortunas que daban brillo a la ciudad que volvía a emerger en todo su esplendor después de unos años de crisis. Todos se convirtieron en clientes asiduos que al poco tiempo trajeron a otros.

Aquella mañana después de mi primer servicio de cáterin, mientras hablaba conmigo por teléfono, David fue capaz de imaginar una empresa allí donde yo sólo veía una actividad con la

que me distraía y me permitía ganar algo de dinero. No es que Nico no cumpliera puntualmente todos los meses con el pago que se había acordado en el divorcio, el motivo era sólo mío. Había imaginado un futuro en el que sería libre para moverme a mi antojo, con la independencia económica que me iba a dar mi trabajo.

Me recriminaba que todo hubiera salido al revés, que mis planes se hubieran torcido de una manera irrecuperable. Había dependido de Nico desde que nos conocimos y el único trabajo que había conseguido se lo debía a su familia. En momentos así se me olvidaba que mi hija era el mejor de los regalos que me había traído ese presente que nunca imaginé así y que cocinando me sentía tan a gusto como leyendo. Que el olor a libros nuevos cuando entraba en una librería, el de los aromas que me envolvían cuando cocinaba y el de Carla, sentada a mi lado para que le leyera un cuento, era todo cuanto necesitaba, todo cuanto amaba. Me daban más energía de la que nunca hubiera imaginado tener y me mantenían atenta, curiosa e ilusionada.

David supo ver todo eso antes de que yo me diera cuenta. Y diseñó para mí y conmigo la empresa que me uniría a él y a la ciudad de Nueva York durante los años siguientes.

Espero una nueva llamada de la policía que no llega. Les he hablado de las amenazas que recibí antes del incendio que nos llevó a Luca y a mí al hospital. Me dicen que ya lo saben, que tienen el informe que presenté en su momento, que están siguiendo pistas. Que confían en que no van a tardar en encontrar al culpable. Que no me preocupe.

—Me dijeron que tenían ya un sospechoso…

—Hemos de estar seguros antes de proceder a su detención. Además, él no actúa sólo y puede conducirnos a los demás. Tenemos que ser pacientes.

—Y mientras tanto, ¿qué hago yo? Necesito protección. Ayer vi a un hombre cerca de mi finca.

—Lo sabemos.

—¿Es el sospechoso?

—Eso no lo sabemos todavía.

—¿Y si vuelve a hacerme daño?

—Esté tranquila. Estamos vigilando toda la zona. Lo que podía haberle ocurrido ya le ha ocurrido. Ahora nadie la va a molestar.

A pesar de lo que me dice el policía yo no me siento segura en mi casa. Estoy en peligro mientras sea la propietaria de unas tierras que otros quieren poseer. Hay demasiados intereses, desde destinarlas a cultivos más productivos hasta dedicarlas a instalaciones tecnológicas. Su situación lo permite. Mis árboles no estaban enfermos, pero ya no existen. Ahora debo imaginar mi futuro sin ellos. La idea de la nueva empresa sigue rondándome, va tomando forma. Creo que es posible llevarla a cabo. Me gustaría compartirla con Luca. A veces pienso que es un proyecto que quizá a él también le ilusionaría. No sé qué va a hacer cuando salga del hospital. Quizá incluso vuelva a su casa, a Milán. Me parece que se han terminado sus años de nómada.

38

Creo que fue la rapidez con que *Trani Gourmet Foods* alcanzó el éxito lo que me alejó definitivamente de Claudia. Me dijo cosas terribles el día en que les anuncié a ella y a Donato que no continuaría trabajando con ellos porque no podía cumplir con todos mis compromisos. Me acusó de aprovecharme de todo lo que había aprendido en su restaurante para luego hacerles la competencia. Me gritó, me insultó. Ni siquiera me dejó entrar a la cocina para recoger mis cosas. Nunca podré olvidar la rabia que desprendía su mirada, la lista de gravísimas acusaciones que había acumulado desde que nos conocíamos, el rencor que guiaba sus palabras, el dolor que me causó el perder a quien había considerado mi amiga.

Aquel día me alejé del restaurante deprisa, todavía preguntándome en qué me había equivocado para que Claudia me tratara de esa manera. Intenté no ceder a la auto compasión ni a asumir la responsabilidad por lo que acababa de ocurrir. Debía hacerlo, aunque dudaba mucho de que conseguiría mi propósito. Las palabras de Claudia se repetían cual eco en mi mente, se convertían en martillos que se afanaban con su repiqueteo rítmico y continuado. Siguieron mis pasos rápidos, me acompañaron al cruzar la calle y mientras caminaba por la acera en dirección a la parada de metro.

Donato, que me había seguido con intención de alcanzarme, me agarró del brazo para que me detuviera. Jadeaba.

—No se lo tomes en cuenta. Está muy alterada.

Me solté de su mano.

—A mí me ha dado la impresión de que lleva mucho tiempo

alimentando los sentimientos que han dado pie a sus palabras.

—No es feliz —dijo sin mirarme.

—Yo no tengo la culpa de su infelicidad —grité.

Donato me miró. Una tristeza infinita ocupaba su mirada.

—Yo, sí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba descargando toda mi ira en él, y que no lo merecía. Que sufría en silencio, incapaz de resolver una situación que tanto daño les estaba haciendo a él y a Claudia. Adopté un tono más suave y le acaricié la mano que había rechazado momentos antes.

—Tú tampoco, Donato.

Le di un abrazo y seguí mi camino hacia la parada del metro. Él ya no me siguió. Dos días después me trajo mis cosas a casa.

Durante casi un año nos vimos con cierta frecuencia. Intercambiamos recetas, trucos y confidencias, siempre a escondidas de Claudia, a quien ya no volví a ver. En el último de nuestros encuentros me presentó a Robert, su nueva pareja. Se iban a San Francisco, donde pensaban abrir un restaurante. Claudia se quedaba con todo; a cambio había aceptado firmar los papeles del divorcio. Cuando años más tarde visité San Francisco, Donato y Robert ya habían abierto un segundo restaurante. Nunca dejamos de hablar por teléfono y de escribirnos, y de sentirnos satisfechos con el éxito del otro como si fuera también el nuestro.

María seguía ocupándose de Carla cuando Nico no podía hacerlo, algo que ocurría con demasiada frecuencia. Parecía que adoraba a su nieta y que era feliz ejerciendo de abuela. Había sabido ganarse a Carla con sus carantoñas y sus canciones napolitanas, sus pizzas, sus *cannoli* y los juguetes nuevos con los que la recibía cada quince días. Ella y yo teníamos poco que decirnos, salvo para hablar de las travesuras de Carla e intercambiar palabras cordiales dictadas por las normas de cortesía, no por el cariño. Nunca me preguntaba cómo me iba en mi trabajo y desde hacía ya algún tiempo había dejado de criticar a Lucía y guardaba silencio respecto a ella, de la misma forma en que lo hacía sobre Nico y Claudia. Yo supe por Carla que Lucía «era muy simpática y guapa» y que le había dicho que «pronto tendría un hermanito para jugar con él los días en que

los visitara».

Aunque para entonces yo ya había aceptado que Nico nunca volviera a formar parte de mi vida, la noticia me produjo un gran malestar.

La ruptura definitiva con Nico y su familia llegó un poco después de que naciera el hijo de Lucía. El distanciamiento de él con respecto a su hija se hizo todavía mayor, hasta el punto en que la niña se abrazaba a mí llorando cuando tenía que ir a su casa y me decía que quería quedarse conmigo, o con su abuela, no en casa de su padre. Unos meses después, María dejó de cubrir las ausencias de su hijo y empezó a dar excusas para no ocuparse de Carla. A mí no me importaba en absoluto, pero Carla estaba triste. Quería a su abuela y ella la había decepcionado.

—La *nonna* ya no me quiere —me había dicho al regreso de una de sus últimas visitas a casa de Nico.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre tiene al bebé con ella y me aparta cuando me acerco.

—Pídele que te lo deje tener en brazos —dije intentando esconder la rabia que sentía al conocer la forma en que María trataba a mi hija.

—Ya lo he hecho, varias veces. Siempre me dice que no. Y me envía a la sala a ver la televisión.

Me imaginé a Carla sola frente al televisor durante horas mientras Nico, Lucía, María, y quizá más miembros de la familia, acunaban al recién nacido, celebraban sus primeras sonrisas de bebé dormido, admiraban la perfección de sus deditos y se preguntaban si se parecía más a Lucía o a Nico. Me imaginé a Nico diciendo que se parecía a su abuela María, para tenerla contenta. Eso, y con esa finalidad, es lo que había dicho cuando nació Carla. Tenía que hablar con María, pedirle que le hiciera caso a Carla, que no permitiera que Nico la ignorara de esa forma, que la niña necesitaba saber que su padre y su abuela la querían igual que antes.

—No es bueno para Nico ver a Carla. Le trae recuerdos que le hacen daño —me respondió María cuando al fin encontré el momento y las palabras adecuadas para hablarle del tema.

—María, Nico no es ningún niño. Tiene vida nueva, esposa nueva, ha vuelto a ser padre. Creo que a veces se olvida de que

también es el padre de Carla y debe asumir su responsabilidad con respecto a ella.

—Ya lo hace. ¿No te paga puntualmente todos los meses?

Sus palabras me hirieron como si me hubieran clavado agujas por todo el cuerpo.

—¿Eso es todo? ¿Es que no quiere a Carla? ¿Y usted, María? ¿Usted tampoco?

María guardó silencio. A mí la rabia me subía hasta la garganta, los latidos acelerados de mi corazón amenazaban con ahogarme.

—Lo único que me importa es el bienestar de mi hijo.

Por unos instantes la sorpresa me dejó muda. Cuando reaccioné, no pude hacer otra cosa que gritarle:

—Y ¿cómo le explico yo a Carla que su padre y su abuela, a los que adora, no la quieren? Dígame, ¿cómo?

—No lo sé. Tú eres su madre.

—Entiendo. Y usted ya tiene un nieto de repuesto. Ya no necesita a Carla —añadí como si mordiera cada una de las sílabas que pronunciaba.

Si no hubiese sido porque ella se levantó enseguida del sofá y cogió el bolso para irse, la hubiera echado de casa. Me alegré de que Carla estuviera jugando en casa de Sarah y no hubiera oído la conversación.

—Nunca me gustaste —dijo cuando le abrí la puerta para que se fuera.

Cerré de un portazo. Ya no tenía que fingir cordialidad ante ella.

Decidí que no volvería a dejar a Carla con mi suegra ni con Nico. Ellos debieron decidir lo mismo porque a partir de ese día lo único que recibí de la familia fueron los cheques mensuales que me enviaba Nico obligado por los acuerdos del divorcio. Cheques que algunos meses empezaron a retrasarse. Ni siquiera hubo llamadas telefónicas de disculpa por parte de Nico o de su madre de que no podían recoger a Carla para que pasara el fin de semana con ellos.

No comprendía, y me temo que sigo sin comprender a pesar de los años transcurridos, por qué la familia de Nico se portó tan mal conmigo. Durante mucho tiempo me afané en buscar un culpable: yo, Nico, Claudia, María, Ettore, Lucía. Incluso llegué a pensar que mi padre tenía razón al no fiarse de la familia, que el motivo de su enemistad no era sólo la negativa a vender el olivar, sino que había

intuido algo en Ettore y su hijo que no le gustaba. Y que yo me había enemistado con mi padre por culpa de ellos.

También llegué a pensar que había algo en mí que provocaba que, quienes me habían querido, un día dejaran de hacerlo. Durante un tiempo alimenté este tipo de pensamientos. Hasta que dejé de buscar un culpable, hasta que comprendí que a veces no queda más remedio que aceptar todo aquello que nos va sucediendo sin intentar preguntamos el porqué.

Carla no me ha vuelto a dar noticias sobre Nico. Me pregunto cuántas veces ha logrado verlo desde que llegó a Nueva York. Si ha estado en su casa y ha visto a su medio hermano. Si no me dice nada de ellos es porque no quiere herirme, o la han herido a ella y está demasiado triste para comentarlo conmigo. Preferiría que se sintiera libre para hablarme. Quiero ayudarla en el caso de que el recuerdo de su padre, esa fantasía que ha ido alimentando a lo largo de los años, se haya hecho añicos. O quizá todo son fantasías mías y están felices juntos. Esperaré para enviarle un mensaje con mis preguntas.

Acaba de llegar la esperada llamada de la policía. Me han dicho que vienen hacia aquí. Tienen noticias.

39

Carla fue durante aquellos años la única depositaría de mis afectos. El origen de mis alegrías, de mis sueños y de mis preocupaciones. La que me daba fuerza para seguir adelante, la que escuchaba mis historias, recibía mis caricias, me hacía reír y me descubría un mundo nuevo a través de su mirada de niña.

Ya me había cansado de escribir cartas a mi padre y de enviarle fotos de Carla sin recibir respuesta. La reconciliación que yo esperaba que él finalmente iniciara tras convertirse en abuelo, nunca se produjo. De Italia sólo me llegaban las cartas de Gabriella, que se había adjudicado el papel de tía de Carla tan pronto supo de su nacimiento. Eran cartas esporádicas pero impregnadas de cariño, cargadas de buenos consejos, dispensadoras de ánimos para seguir adelante y poco dadas a comunicarme sus noticias. Nada sabía sobre ella aparte de que se había establecido en Roma y trabajaba en compañía de otro diseñador con el que convivía desde hacía unos años. A veces esa ausencia de confidencias por su parte me hacía sentir como una niña pequeña necesitada de consejos e incapaz de ponerse en la piel de otro y de ofrecerle su ayuda en caso de necesidad. Me dolía esa actitud de Gabriella y en más de una ocasión estuve a punto de decírselo por carta. Desistí. Esas cosas era mejor hablarlas cara a cara o por teléfono. Más adelante comprendería las razones de su silencio.

Y luego estaba David. Atento, rico, imaginativo, dotado de un atractivo especial que no se le escapaba a ninguna mujer, aun antes de enterarse de que era un abogado de éxito y uno de los separados con más aspirantes a convertirse en su nueva esposa de todo

Manhattan. Él lo sabía. Y se divertía, y bromeaba con las mil maneras de flirteo que practicaban las mujeres del *Upper East Side*. Y buscaba mi compañía. Era mi amigo, mi único amigo. Con él compartía conversación, cenas, excursiones con las niñas y a veces la cama en su casa o en la mía, siempre por iniciativa suya, que yo aceptaba de buen grado, aunque sin ilusión. Nunca viví con él la magia de los primeros encuentros, no me permití el aleteo de las mariposas en mi estómago que descubrí con Nico ni el deseo de pasar más tiempo en su compañía. Él sí que procuraba arrancarle horas a los días para poder estar conmigo. No podía dejar de preguntarme qué había visto en mí. Gabriella me había dicho años atrás que tenía una peligrosa tendencia a dejar bajar mi autoestima hasta el suelo y ser yo misma la que parecía disfrutar pisoteándola. La suya era como un globo que subía y subía hasta llegar a lo más alto. Yo era incapaz de pensar en esos términos. Prefería que no subiera el globo por los aires a tener que recoger los trozos rotos cuando una rama lo pinchara en su camino hacia arriba. Por eso no respondía a los avances de David para que fuéramos algo más que los padres de nuestras respectivas hijas, que se habían hecho muy amigas, y amantes ocasionales. Aunque quizá no fuera sólo por eso. Me preguntaba cuánto tiempo más iba a ser posible mantener esa situación. Creo que si alguien me hubiera preguntado entonces si quería a David no habría sabido qué contestarle. Nico era todavía un recuerdo demasiado doloroso y estaba asustada. Necesitaba estar sola. Así se lo dije la noche en que celebramos mi cumpleaños con una cena romántica en un restaurante caro.

—Como quieras —dijo. Y siguió comiendo en silencio, sin mirarme.

Llegó el verano y él llevó a Sarah a la casa de sus padres en *los Hamptons* y la dejó allí para volver a su trabajo en Manhattan, con la intención de regresar todos los fines de semana para estar con su hija. Durante unas semanas no me llamó. Sólo supe de él gracias a Carla, que hablaba por teléfono con Sarah. Me admiraba oír las largas conversaciones que, con sólo ocho años, Carla era capaz de mantener con su amiga.

Fue un verano largo, de pocos encargos, aunque suficientes para mantener mi empresa. Con lo que había ahorrado en los meses anteriores pude comprar una furgoneta en la que trasladar con más

comodidad los alimentos y utensilios que necesitaba para cocinar en las casas que solicitaban mis servicios de cáterin. Los días en los que no estaba ocupada, Carla y yo huíamos de la humedad de Nueva York para refrescarnos en lugares boscosos y con lago al norte del estado o en alguna playa de New Jersey. Inventé juegos para ella, participé ilusionada en los que me proponía, nos reímos mucho. Creo que aquel verano nos curamos las dos de nuestra pérdida o al menos acumulamos la suficiente energía para asimilarla sin que nos hiciera daño. Una noche, mientras tumbadas sobre la hierba íbamos descubriendo estrellas y constelaciones, supe que me había convertido en el timón fuerte que guiaría mi propio destino, y que podía hacerlo sola. Fue uno de los momentos de felicidad que recuerdo y que he llevado conmigo a lo largo de los años.

Mi estado de euforia desapareció dos días más tarde, cuando Carla, tras una larga conversación telefónica con Sarah, empezó a hacerme preguntas.

—Mamá, ¿por qué no podemos ir con David y Sarah a casa de sus abuelos en la playa? Aquí me aburro.

No me esperaba esa pregunta. Pensaba que Carla y yo lo pasábamos bien en nuestras salidas. Como no supe qué responderle, le lancé una pregunta de la que enseguida me arrepentí.

—¿No estás bien conmigo?

Carla me miró. Conocía esa expresión, era la que mostraba cuando la atacaba la tristeza. La que yo siempre alejaba con mis caricias, con las historias que le explicaba antes de acostarse, con los planes para ir juntas a algún lugar divertido. Esta vez era yo la causa de su desdicha. Había actuado como la madre posesiva que no quería ser. Mi pregunta, aunque de forma inconsciente por mi parte, encerraba una recriminación, una velada acusación de culpabilidad por desear estar con su amiga. Así debió entenderlo, pues me rodeó el cuello con sus brazos y empezó a darme besos, como era su costumbre cuando quería hacerse perdonar por alguna travesura.

—Ya le dije a David que no iríamos. Tengo trabajo —argumenté.

—Sarah me ha dicho que, si tú no puedes venir conmigo, David me llevaría un viernes y me dejaría allá hasta el viernes siguiente.

Podría pasar toda la semana en casa de los abuelos de Sarah.

Separarme de Carla, una semana… no, no podía. No estaba preparada, no me había imaginado que tan pronto ella se sentiría dispuesta a ausentarse de mi lado, aunque fuera por pocos días.

—¿Tú quieres ir? —me obligué a preguntarle.

—Sarah me ha dicho que iremos a recoger conchas a la playa cuando baja la marea, que tiene una casa en un árbol de su jardín donde podemos dormir, como hacía su padre cuando tenía nuestra edad, que me enseñará a montar a caballo, que haremos pícnics, que tomaremos helados, que…

La respuesta estaba en sus palabras, en su mirada ilusionada. La mía no la esperaba. Yo tampoco.

—No puedes ir sola. Eres demasiado pequeña.

—¡Pero mamá! David me llevará en su coche y me traerá de vuelta a casa.

—David no es tu padre. No puedes ir con él.

—¿Por qué? —Era la primera vez que esa pregunta, tantas veces formulada ante todo lo que le llamaba la atención y que yo tan a gusto respondía, encerraba un razonamiento adulto y una protesta firme ante la injusticia que había sabido intuir en mi respuesta.

—Porque lo digo yo.

Carla se apartó de mi lado con brusquedad, cogió la muñeca *Barbie* con la que había estado jugando y se fue camino a su habitación.

—Eres mala —gritó sin volverse hacia mí.

Creo que durante un instante dejé de respirar. Mala. Carla me había llamado mala. Sus palabras no obedecían sólo a la reacción típica del niño al que no se le concede un capricho. Estaba convencida de que su acusación se sustentaba en una verdad. No era mala como decía ella, sólo egoísta. Le estaba impidiendo pasar unos días felices con su única amiga. Y yo me estaba negando a aceptar que ella ya había pasado la edad en que me necesitaba para todo. Comprendí que David, Sarah y Carla se habían vuelto a organizar, y esta vez me habían dejado fuera de sus planes. No tenía derecho a echarle las culpas a nadie. Era yo quien había provocado esa reacción al frenar un mayor acercamiento de David.

Mi hija y yo nos habíamos enfadado por primera vez porque ella tenía deseos propios que no coincidían con los míos. Como ahora,

que ha decidido que se va de Italia, y yo me he quedado aquí llorando su ausencia como una *mamma* italiana. Me avergonzaba de mi respuesta «porque lo digo yo». Recordé lo mucho que me irritaba aquella frase durante mi infancia las pocas veces que se la oí decir a mi padre, lo injusto que era no responder a la pregunta de una hija, por pequeña que fuera, por difícil que resultara dar una respuesta. Me molestaba que Carla descubriera que mis razones para que ni ella ni yo fuéramos a *Long Island* no eran coherentes ni lógicas. Y sin embargo estaban allí, poco definidas pero importantes, y habían guiado mis decisiones hasta esa tarde.

No fui capaz de soportar la desilusión de Carla. Ni siquiera intenté ofrecerle planes alternativos, salidas que antes de esa conversación no hubiera dudado de que íbamos a disfrutar juntas. Cuando unas horas más tarde salí de casa para atender el compromiso de cáterin de aquel día y Carla se quedó sola en casa viendo el vídeo de la película *ET*, ya no me conformé con la idea de que la película le iba a gustar. De que al terminar de verla se lavaría los dientes y se iría a la cama. De que abriría los ojos un momento y me abrazaría cuando, unas horas más tarde y todavía con la chaqueta puesta, entraría en su habitación para taparla y darle un beso de buenas noches.

A la mañana siguiente llamé a David para comunicarle mi decisión.

—No sabes cómo me alegro. Sarah lleva todo el verano diciéndome que quiere que venga Carla. El viernes por la tarde pasaré a recogerla.

Se hizo un silencio que no quise interrumpir.

—Giulia, me gustaría que vinieras tú también, ya lo sabes. Podemos salir el viernes y regresar a Nueva York el domingo por la tarde. Mis padres están deseando conoceros, a ti y a Carla.

Si por un momento pensé en ceder a la petición de David y pasar el fin de semana en *Long island*, la mención de sus padres apartó de golpe ese pensamiento.

—No puedo. Tengo un cáterin este viernes —mentí.

No me creyó. Lo supe porque ya no insistió en buscar otro fin de semana.

Nunca me había sentido tan sola como durante aquella semana que Carla pasó en *Long island*. Me pregunté qué hacía yo en aquella ciudad de edificios que pretendían rascar el cielo, caminando entre seres anónimos que pasaban por mi lado sin verme. Me parecieron tristes, como yo. Eran rostros silenciosos que viajaban en vagones de metro cubiertos de grafiti, que aguantaban como podían el calor húmedo de las calles que hacía el aire irrespirable, o que en el interior de los coches mantenían la mirada fija en un semáforo, impacientes por llegar a algún sitio.

Ni siquiera el tiempo que pasaba cocinando lograba hacerme olvidar que nadie me esperaba en casa. Tampoco me ayudaba poner la radio cuando conducía la furgoneta, ni buscar la sombra de los árboles del parque que estaba cerca de casa. Una noche en la que no tuve ánimos de cocinar sólo para mí, decidí ir a cenar a un restaurante. Pensé que me distraería ver otras caras, que quizá me sentiría más resignada al comprobar que otros también comían solos. Sabía que en Nueva York viven muchos que carecen de familia y de amigos. Imaginé que al verlos me sentiría más afortunada que ellos. Mi soledad iba a durar sólo una semana.

Entré en un restaurante sin mirar la carta ni el precio. Sólo me importaba que hubiera gente, que tuviera una iluminación cálida y que las mesas tuvieran mantel y servilletas, algo muy poco frecuente en los restaurantes de Nueva York. Quería obsequiarme, que alguien cuidara de mí, aunque fuera por un rato.

Me escapé de allí antes de que el camarero llegara a preguntarme qué quería comer. Me sentí observada por muchos ojos felices que compartían comida y conversaciones, relegada a una mesa muy pequeña, en el rincón más oscuro, al lado de la puerta de entrada al cuarto de baño. Miré a mi alrededor; era la única que no compartía mesa con nadie. Imaginé que los demás comensales hablaban de mí, que me compadecían por mi soledad. Abrí la carta y me escondí tras ella. Empecé a leer nombres de platos que en otro tiempo me hubiera gustado probar y que aquel día me quitaron el hambre. El camarero seguía ocupado atendiendo a otros comensales con la sonrisa forzada de quien espera ganarse una buena propina de parejas, familias y grupos de amigos que celebraban que estaban juntos con vino caro y muchos platos, que eran felices. Aunque quizá éramos el camarero y yo los únicos

conscientes de la felicidad de los otros. Ellos, como yo antes, seguramente sólo llegarían a valorar lo que habían tenido si algún día lo perdían.

Aproveché que una mujer salía del baño para levantarme de la mesa y salir tras ella, para que no se notara demasiado que iba a irme del restaurante sin haber consumido nada.

Conseguí llegar a casa antes de echarme a llorar.

Hace unos días que he empezado a dejar los postigos de las ventanas abiertos durante la mañana. Necesito que entre la luz del sol. Pero hasta hoy no he querido salir y adentrarme en mis tierras. Quería conservar la imagen de lo que fueron. Cerrar los ojos a lo que ahora son, olvidarme de la urgente necesidad de tomar una decisión. Hoy me he propuesto salir. Debo hacerlo. Abro la puerta. Respiro. Todavía huele a humo.

40

Vino septiembre, octubre… Sarah y Carla continuaron jugando juntas a la salida del colegio. Y David volvió a inventar excusas para vernos. Esta vez dejé que se acercara. No sabía si lo amaba o no. Lo único que me importaba era que él y yo podíamos compartir caricias, conversaciones, decisiones relacionadas con la educación de nuestras respectivas hijas, lecturas, risas e ideas creativas para nuestros trabajos. Y que nos respetábamos mutuamente. Creo que teníamos mucho más en común que muchas parejas que decían amarse.

Mis días transcurrían entre los ratos que David y yo robábamos a nuestras jornadas de trabajo para estar juntos, los fogones impolutos de los apartamentos de decoración exquisita donde preparaba cenas para celebrar éxitos ajenos y el acoso constante del remordimiento por no poder ocuparme de Carla cuando debía de cocinar para un evento.

En la furgoneta hice pintar el nombre de mi empresa, *Traní Gourmet Foods*, y el número de teléfono. Resaltaban las grandes letras amarillas sobre el fondo azul oscuro del vehículo. En él me movía por los mejores barrios de Manhattan, por todas las calles que conformaban el Nueva York más alejado de los guetos que unos años atrás habían caído víctimas de la heroína y después del crack, y continuaban dominados por drogadictos, camellos y bandas juveniles. Guetos que no estaban demasiado alejados de mi apartamento en Brooklyn, al que muchas veces debía regresar ya entrada la noche, siempre preocupada por si la frágil frontera que marcaba la diferencia entre zonas seguras o no hubiera cambiado

de manzana o de esquina y el peligro amenazara con llegar al edificio de apartamentos donde vivía. Por fortuna eso no ocurrió y años después, cuando yo ya no residía en Nueva York, los edificios de las calles aledañas a donde había vivido empezaron a llenarse de artistas y profesionales jóvenes que eliminaron los grafitis y lo afianzaron como barrio de clase media.

Creo que fue David quien me hizo sentir insegura en mi barrio con sus comentarios. Yo no conocía la historia de Nueva York y los cambios que la ciudad había experimentado en los últimos años, él sí. Además, cualquier lugar lejos de las calles donde habitaban los más privilegiados le parecía inseguro. Insistía en que Carla y yo estaríamos mejor viviendo con él en su apartamento.

Yo me negaba siempre. Alegaba todo tipo de razones, que él interpretó, acertadamente, como excusas. Creo que nunca llegó a entender que yo necesitara mi espacio y que, aunque me gustaba pasar horas en su compañía, necesitaba vivir en un lugar propio, rodearme de los muebles y objetos que yo había elegido y que habían marcado una nueva etapa después de que Nico se fuera. Quería mis libros, mis discos, mis vídeos, las mantas con las que nos cubríamos Carla y yo cuando veíamos la televisión en pijama. Quería asomarme por las mañanas a la ventana de la habitación donde dormía y saber que, aunque no tuviera vistas espectaculares, era sólo mía y que prefería no compartir con nadie, ni siquiera con él. No me importaba quedarme algún día en su casa si sabía que a la mañana siguiente regresaba a la mía y que mi ropa, mis zapatos, mis papeles y todos los objetos que formaban parte de mí estaban en mi casa y no en la suya. Creo que Carla se sentía de forma parecida pues con frecuencia insistía en que fuera Sarah quien viniera a jugar a nuestra casa y no al revés.

Fue durante aquellos meses cuando empezaron las llamadas telefónicas. Ocurrían durante la noche. Cuando descolgaba el teléfono sólo podía escuchar la respiración de alguien al otro lado de la línea. Nunca su voz. No le dije nada a David. No quería darle la razón en sus argumentos.

Un año después empecé a alejarme de David. No fue la falta de cariño ni de confianza. Tampoco las exigencias de nuestros trabajos

que dejaban poco tiempo para el descanso, ni mi salida precipitada del país que ocurrió más tarde, ni desavenencias en cuanto a nuestra forma de pensar. Estábamos de acuerdo en todo lo que ambos creíamos importante, o en casi todo, como descubrí el día en que me llevó a cenar al más exclusivo de los restaurantes que había visitado con él.

—Ayer estuve hablando con el rabino Benjamín —dijo tan pronto el camarero se alejó después de darnos la carta. Yo andaba distraída observando el entorno y no presté atención a sus palabras.

Estábamos en un restaurante de apertura reciente, al que él había insistido en llevarme. Era uno de esos lugares donde las mujeres parecían más pendientes de vigilar el abrigo de visón para que nadie se lo llevara «por equivocación» que de la comida que se servía, y mucho menos de la conversación con los hombres que las acompañaban.

—¿Te gusta este sitio? —pregunté algo incómoda por el silencio de un lugar que parecía inhabitado. Por los pocos comensales de cuidados cabellos blancos y rostros inexpresivos, el olor a perfume caro y la solicitud excesiva del camarero que nos había atendido. A él pareció sorprenderle mi pregunta.

—Es un lugar tranquilo y me han hablado muy bien de él —bebió un poco del vino blanco que nos acababan de servir.

Yo tomé la carta. Me costaba entender cómo había gente que consideraba normal pagar precios tan altos por unos platos que no pasaban de ser discretos.

—Espero que el *steak tartar* haga honor al precio que piden por él —bromeé.

David no respondió. Parecía un poco inquieto. Volvió a tomar un sorbo de vino. Yo lo imité. El vino estaba bueno, debía reconocerlo.

—Como te decía, ayer estuve hablando con el rabino de mi sinagoga —se limpió los labios con la blanquísima servilleta—. Le estuve hablando de nosotros.

Dejé la copa en la mesa.

—¿De nosotros? ¿Para qué? —Él me tomó la mano. Sentía la fuerza de sus dedos como si quisieran inmovilizarme.

—Creo que ha llegado el momento de que tomemos una decisión. Y yo ya he tomado la mía.

—¿Qué ocurre?

Él respiró hondo antes de contestar.

—Desearía que nos casáramos.

Quise llevarme de nuevo la copa a los labios. No pude porque él todavía me retenía la mano. Durante unos instantes le aguanté la mirada.

—¿Y le has dicho al rabino que querías casarte conmigo? ¿Por qué?

Yo sabía que él imaginaba otro tipo de comentario por mi parte. Quizá una muestra de alegría que no tuvo.

—Le he pedido permiso.

David no parecía el mismo de siempre. Estaba demasiado tenso, demasiado formal. Yo nada comprendía de rabinos ni de permisos.

—¿Y no te parece que, si quieres casarte conmigo, yo debería ser la primera en saberlo y no el rabino? —le espeté sin molestarme en disimular mi malestar.

—Verás —me soltó la mano. Yo aproveché para tomar la copa, dar un nuevo trago de vino y dejar mi mano fuera de su alcance. De pronto tenía muchas ganas de irme a casa—. Tú no eres judía.

—David, todavía no me has preguntado si yo quiero casarme contigo.

Siguió hablando como si no me escuchara.

—Me ha dicho que no hay problema en que nos casemos, si tú…

—Si yo, ¿qué?

—Si tú te conviertes al judaísmo.

La llegada del camarero con las ostras que habíamos pedido interrumpió la conversación y evitó que yo lo hiriera con palabras guiadas por la confusión y la ira.

—Ya está, ya te lo he dicho —intentó sonreír, como para hacerse perdonar. Tomó la copa y volvió a beber. No se le había escapado mi reacción.

Yo miré las ostras que acababan de traernos. Ya no tenía hambre.

David me pedía una conversión religiosa a una fe de la que nada conocía ni tenía interés por conocer. Y todavía no me había preguntado si lo amaba lo suficiente como para casarme con él. Según él, el permiso del rabino era todo cuanto necesitábamos. Qué poco sabía de mí. Qué poco parecía importarle todo aquello que

ignoraba. Me pregunté en cuantas asunciones falsas se había construido nuestra relación. Por su parte y por la mía.

—No tienes que contestarme ahora. No quiero presionarte —la voz de David me pareció lejana.

—David, yo…

—No. No me digas nada todavía. Ahora comamos tranquilos —roció con unas gotas limón una ostra que pareció encogerse y se la llevó a la boca.

Yo estaba pensando en todo lo que quería decirle y él no me dejaba. Le hubiera dicho que, aunque nací y crecí en un país católico, nunca me había considerado miembro de ninguna religión. Que me resultaba difícil entender cómo es posible que quienes practican una religión estén convencidos de que poseen la única verdad, y que incluso muchos de ellos estén dispuestos a morir o matar por defenderla. ¿Lo ofendería si le decía todo eso? Añadiría que esa aceptación acrítica de unas creencias transmitidas de unos a otros a través de los siglos, y que hace mucho perdieron su significado original, no casaba con mi forma de ser.

—¿No te gustan las ostras? Están deliciosas.

Tomé una ostra. No recuerdo si llegué a comérmela. Miré a David, que en ese momento se agachaba para recoger la servilleta que se le había caído al suelo. Hasta hacía unos minutos había creído que quienes habían tenido la suerte de recibir una educación esmerada eran menos proclives a seguir normas impuestas por otros. Creía que David era uno de ellos.

Él me sonrió antes de continuar con las ostras. Yo me lo imaginé por primera vez con la cabeza cubierta por la kipá en la sinagoga o cantando los salmos el día ya lejano de su *bar mitzvá*. En varias ocasiones me había hablado de sus años en una escuela privada judía, a la que no había querido llevar a Sarah. Yo lo había acompañado a la fiesta de *bar mitzvá* de uno de sus primos y a un par de celebraciones de boda de sus amigos. Él me había explicado el significado de aspectos de la ceremonia que me llamaron la atención, como la copa de cristal que el novio debe romper una vez casados. Me había imaginado que David asistía a esos ritos de la misma forma que yo, como un espectador respetuoso de lo que para otros era importante. Pensaba que el seguimiento estricto de los cultos que dictaba la tradición era cosa de los padres, que en la

nueva generación muchos ya no los practicaban, como ocurría en Italia y en otros países católicos. Allí las fiestas en honor a las *madonnas* habían ido perdiendo el cariz religioso entre los más jóvenes, que en cambio mantenían vivo su carácter festivo y folklórico. Comprendí que todo lo ignoraba sobre las creencias que habían marcado la infancia de David y que de alguna manera formaban parte de él. Tenía ante mí a un hombre que me hablaba de cosas que yo no era capaz de entender. Me preguntaba qué parte de mí que él tampoco podría entender afloraría en el futuro.

—Mis padres estarían encantados de que pudieras formar parte de nuestra familia, de nuestra comunidad.

Las palabras «padres», «familia», «comunidad» me despertaron un desasosiego que creía haber superado. No tenía nada en contra de aquella pareja elegante que recibieron a Carla con alegría y me observaron de arriba abajo la única vez en que accedí a visitarlos. Un hombre y una mujer que me agasajaron con la estudiada naturalidad que sólo dominan quienes están acostumbrados a recibir extraños en su casa, y que con una amabilidad exquisita me preguntaron por mi país, me hablaron de sus viajes por Europa y Asia y se interesaron por la buena marcha de *Trani Gourmet Foods*. Nunca imaginé que tuvieran algo que decir respecto a las decisiones de su hijo. Ahora comprendía que no era así. Que quizá me encontraba repitiendo una situación demasiado similar a la que había vivido con Nico. Una familia entrometida, un hijo incapaz de mantener su independencia con respecto a las tradiciones y las costumbres que habían guiado la vida de sus padres y que no tenían por qué guiar la de él. Yo había roto con mi padre para ser libre a la hora de tomar mis propias decisiones. Me inquietaba el papel tan importante que jugaban los padres de David y el rabino para ser ellos, y no yo, los primeros en conocer su decisión de casarse conmigo. Me pareció que nadie tomaba en cuenta mis deseos, como si no albergaran ninguna duda de que el matrimonio con un hombre rico fuera todo cuanto deseaba. Me humillaba que se hubieran atrevido a pensar así de mí, que incluso David no fuera capaz de ver que yo era diferente, que era capaz de mantener y hacer crecer mi propia empresa y que le había demostrado que podía cuidar de mí y de Carla sin la protección económica que representaba un matrimonio ventajoso.

No necesité esperar al final de la cena para dar una respuesta a su pregunta. Escondí mi enfado como mejor pude e intenté hablarle con toda la serenidad de que fui capaz. No se merecía que lo tratara con brusquedad y yo lo quería lo suficiente como para no hacerle daño.

—David, no soy religiosa. No quiero aparentar algo que no siento. No necesito casarme. Estoy bien contigo así, como hasta ahora. No me pidas más.

—Me lo imaginaba —me sorprendió su tranquilidad—, pero tenía que probarlo.

Llenó nuestras copas de vino y alzó la suya para brindar.

—Se hará como tú dices. No quiero perderte —acercó su copa a la mía.

Salimos del restaurante tal como habíamos entrado, abrazados. Durante la cena habíamos llegado a un acuerdo con respecto a nuestra relación. Y aunque decidimos continuar juntos, aquella noche los dos preferimos pasarla en nuestra propia casa.

Ese día David no me explicó las razones que había detrás de su propuesta acelerada de matrimonio. Las averigüé mucho más tarde, cuando ya no me importaban.

Qué diferente fue aquella cena con David a esta comida de hoy con Luca en la cafetería del hospital. La pasta no está al dente y la salsa parece vertida directamente de un bote de cristal. Eso no nos importa. Es la primera vez que Luca ha podido abandonar la planta donde lleva tanto tiempo ingresado. Aunque todavía está muy débil, nos han dicho que pronto le darán el alta. Su cuerpo tardará en recuperarse de las fracturas y quemaduras, pero hoy su mirada no acusa el desgaste por las semanas transcurridas inmovilizado en la cama, por la incómoda escayola, por el dolor de las curas, por los ejercicios de recuperación que quizá nunca va a poder dejar de hacer. Me mira de la misma forma en que lo estaba haciendo la noche del incendio, justo antes de que descubriéramos el resplandor rojizo que nos hizo correr hasta el olivar. Me dejo llevar por esa mirada que me acaricia, que tiene la capacidad de devolverme la ilusión. Cada vez me pregunto menos si puedo confiar en él, aunque la duda siempre llega en un momento u otro. Ahora también me ha

llegado, por eso rompo la intimidad del momento:

—La policía sospecha de un grupo que ha provocado incendios en otros lugares de Salento para vender a los constructores los terrenos que antes ocupaban los olivares. Para convertirlos en zonas residenciales turísticas.

Luca aparta de golpe la mirada, se endereza en la silla, toma el tenedor. Enseguida lo vuelve a dejar al lado del plato de pasta que apenas ha probado. Me mira de nuevo. Ahora sólo encuentro la mirada de un hombre que sufre.

—Tarde o temprano encontrarán al culpable, ya lo verás.

Nos ponemos a comer en silencio. Tragamos a la fuerza la pasta que tenemos en el plato. No sé si él está arrepentido de haber querido decirme tantas cosas con su mirada de hace unos instantes. Yo sí que lo estoy por no haberle dejado hacerlo. Decido que debo darle, y darme, una nueva oportunidad.

41

Tras aquella cena con David, comprendí que su disposición a seguir los preceptos que marcaba su religión ocurría también entre los miembros de otras confesiones religiosas. Entendí al fin el fervor que había visto unos años antes durante la misa de Nochebuena en la catedral de *Saint Patrick*, a la que yo asistí en compañía de Nico y su familia al poco de llegar a Nueva York. Para mí había sido un acto no desprovisto de cierto aire folklórico, mezclado con la nostalgia de las Nochebuenas de mi infancia.

—Es su forma de honrar a Dios y de mantenerse unidos a la comunidad que formamos los católicos de Nueva York. Los ayuda a sentirse como si estuvieran en Italia —me dijo Nico señalando a sus padres que seguían con devoción la ceremonia.

Yo no había visto esa devoción en Italia, o quizá no la había sabido ver porque no la compartía, y creo que mis padres tampoco. Participaban en las ceremonias religiosas básicas, bautizos, comuniones, bodas y entierros, porque así lo mandaba la costumbre. Nunca nos obligaron a mi hermano ni a mí a asistir a misa los domingos y les había costado mucho aceptar que a su hijo «me lo haya robado la iglesia», como solía decir mi padre.

—Si tus padres fueran ahora a Italia verían que las cosas son muy diferentes de cómo ellos las dejaron —le dije a Nico en aquella ocasión.

—Puede que tengas razón, pero aquí ser practicantes de una religión es importante. Hay tantas lenguas, orígenes y razas que nos separan que la religión nos une a un grupo concreto, a una identidad bien definida e inmutable. Nos da seguridad.

Aquella nochebuena no fui capaz de comprender lo que ahora veía con claridad. Conocer las costumbres de David me permitió entender el porqué de la mirada de extrañeza que recibía de muchos cuando, a su pregunta de cuál era la religión que profesaba, yo les respondía que ninguna. Quizá les resultaba incomprensible mi actitud cuando ellos podían escoger entre muchas confesiones distintas, desde las numerosas ramas de las iglesias protestantes hasta religiones más minoritarias y también las que venían de lugares lejanos. Budistas, sintoístas, sijs, bahá'is, mormones, musulmanes, todos tenían sus templos. La oferta era inmensa, no como en Italia, en España e incluso en Francia, donde los no católicos constituían una minoría tan escondida que la mayor parte de la población ignoraba su existencia.

Después de un tiempo de soledad, de incertidumbre, de cuestionar constantemente mis decisiones, de trabajar muchas horas y de no saber qué dirección iba a tomar mi vida, mis recién descubiertas habilidades en la cocina me mantuvieron en el camino que había empezado a recorrer a tientas. Hasta que el camino tomó forma y dirección.

Empezaba a sentirme parte de la ciudad que me había acogido y en la que descubrí que podía ser una cocinera con iniciativa. Disfrutaba con mi trabajo y no echaba en falta la nunca iniciada carrera como periodista que había sido mi deseo durante varios años. Aprendía. Aprendía mucho. Cada día. Con cada nuevo problema al que me enfrentaba, con cada nueva duda que me surgía, con el éxito o el fracaso de la solución que adoptaba. Estaba descubriendo los placeres y las dificultades que conllevaba el hacer crecer la empresa que había creado sin imaginar que un día se convertiría en un nombre de referencia entre los habitantes del *Upper East Side*.

Trani Gourmet Foods ya daba trabajo a dos personas que tenían un contrato regular y a algunos colaboradores puntuales. Yo pasaba poco tiempo en la cocina y estaba desarrollando otras habilidades. Iba mejorando mi capacidad para seleccionar a quienes iban a trabajar conmigo, para formarlos en cómo quería que se hicieran las cosas y para controlar que cumplieran bien con su cometido.

También estaba aprendiendo a gestionar la imagen de mi empresa, a diseñar el tipo de publicidad que quería darle, a seleccionar los clientes que más me convenían y a mantenerlos fieles. Era consciente de que si quería continuar en la posición que había alcanzado con tanto esfuerzo no podía parar de innovar, ni dejar nada al azar. Debía arriesgarme en la combinación de los ingredientes de la cocina italiana tradicional, en la incorporación de toques procedentes de otras culturas culinarias, en la presentación de los platos, incluso en la invención de relatos que acompañaban a cada una de mis creaciones y las hacía únicas. Muchas veces eran esos relatos, muy breves, lo que la gente recordaba y no el nombre del plato en cuestión. Mantener el equilibrio entre la innovación y la tradición que esperaban mis clientes me mantenía alerta, curiosa, disciplinada y con los pies bien afianzados en tierra firme.

Creo que me hubiera sido imposible hacer crecer la empresa sin la colaboración de David, que me introdujo en su mundo de privilegios y me permitió conocer los deseos y expectativas del amplio grupo de jóvenes profesionales formados en Harvard, Princeton o Yale, hijos de padres que ya habían asistido a esas universidades, cantado en sus *Glee* clubs[3] y recibido bromas parecidas en los ritos iniciáticos que les permitían ser aceptados en las exclusivas *fraternities* y *sororities*[4] que llevaban combinaciones de letras del alfabeto griego por nombre. Jóvenes que habían vivido infancias doradas, con veranos en *Long island* o en *Martha's Vineyard*, que llevaban el esmoquin con naturalidad, jugaban bien al tenis y se habían desposado con mujeres bellas, licenciadas en prestigiosas universidades femeninas como *Smith College* o *Mount Holyoke College*. Mujeres que estaban dispuestas a aparcar títulos y posibles profesiones lucrativas para dedicarse a mantener una vida social, que brillaban cual objetos preciosos en cenas y cócteles, en donde con frecuencia se gestaban los avances y el éxito en las carreras de sus esposos.

Yo había acompañado a David a alguna de esas celebraciones y tuve que asumir el papel de extranjera exótica que me adjudicaron aquellas damas sonrientes, de una educación refinada, sutiles en la transmisión de un mensaje claro en cuanto a su intención de mantenerme fuera de su grupo. Una decisión que le molestaba a David y que coincidía con mis deseos. Creo que para entonces ya

había asumido que mi única amiga era Gabriella, a la que no había visto desde el día de mi boda con Nico y con la que sólo podía comunicarme por carta o por teléfono, siempre que tuviera en cuenta las seis horas de diferencia horaria que me separaban de Italia, sus horarios laborales y los míos. El tiempo en el que coincidíamos las dos despiertas y libres de responsabilidades era tan limitado que preferimos comunicarnos por carta. No era un carteo regular, aunque sí suficiente para que nuestra amistad no se perdiera con la distancia y el paso del tiempo. En su última misiva me decía que estaba viviendo en Japón. Luego dejó de escribirme.

Donato, aunque en aquellos años continuaba en California, se convirtió en mi amigo y mentor, en la única persona que podía aconsejarme sobre los aspectos más importantes para mantener el buen funcionamiento de *Trani Gourmet Foods*.

—El secreto está en utilizar ingredientes frescos de calidad, cocinar bien, experimentar de forma controlada, tratar con delicadeza a los clientes y conseguir que las buenas referencias lleguen a otros —me dijo cuando mi empresa empezó a tomar impulso.

Yo había seguido sus consejos. A veces hablábamos hasta bien entrada la madrugada. Compartimos ideas y experiencias. Y gracias a él pude salir adelante cuando me di cuenta de que yo sola no podía con todo.

Fue Donato quien me envió a Flora, la primera de mis empleadas. Llegó ya formada, después de haber trabajado durante un tiempo en uno de sus restaurantes, con la disciplina y la práctica necesarias para hacer bien su cometido. Era italoamericana como él, y capaz de resaltar en su trabajo y en su forma de ser lo mejor de las dos culturas. Con ella me sentía tranquila y poco a poco le fui dando más responsabilidades.

Mi nueva vida como empresaria de éxito me obligó a cuestionarme en más de una ocasión mi capacidad para ser una buena madre. También tuve la certeza de que algo no acababa de encajar, de que un peligro me acechaba en la ciudad que ya consideraba mía. Recuerdo una tarde en especial en que de nuevo llegaba tarde a recoger a Carla del colegio. Quise hacer demasiadas cosas aquella mañana. No recuerdo cuáles. Sólo que fueron muchas, diferentes. Gestiones que tenían que ver con todo aquello que

estaba aprendiendo para dar forma a esa empresa incipiente en la que justo había empezado a creer. Había necesitado que me confirmaran una y otra vez que a los paladares mejor acostumbrados a comer bien les gustaban mis creaciones. *Trani Gourmet Foods* se había puesto de moda entre los profesionales jóvenes de Manhattan. Me urgía conseguir más ayuda en la cocina y en la distribución. Necesitaba tener tiempo para pensar en cómo mejorar y en cómo mantener la buena posición que había alcanzado.

Iba a hacer una nueva gestión por teléfono cuando me di cuenta de la hora que se había hecho. Imaginé a Carla llorosa mientras la maestra responsable de su clase le daba su opinión sobre mis tardanzas y mis olvidos. Sobre lo malo que es para los niños que las madres trabajen y no les dediquen tiempo. Veía ya sus labios apretados, su mirada condescendiente sobre Carla, su enfado mal disimulado pues no podía dar por terminada su jornada laboral hasta que esa madre irresponsable no viniera a buscar a su hija. Pude adivinar las frases en voz alta que pronunciaría como si yo estuviera delante para escucharlas.

Salí con la ropa que llevaba por casa, sin preocuparme por si me había peinado o no, por si iba en zapatillas o había atinado a ponerme unos zapatos. El trayecto era largo, con cambios de metro, pasillos y escaleras interminables. Decidí que volvería a hablar con Nico, insistiría una vez más en que debíamos cambiar a Carla de colegio. Ya se lo había dicho en un par de ocasiones y su respuesta había sido siempre la misma, que él confiaba en el criterio de sus padres para elegir el colegio de Carla y que debíamos de estar agradecidos de que fueran ellos los que se hicieran cargo de los gastos de la educación de nuestra hija en uno de los colegios más exclusivos de Manhattan.

El «colegio exclusivo» de Manhattan era una cárcel para Carla y una pesadilla para mí. A pesar de haberme reunido con la tutora varias veces no había conseguido hacerle ver que Carla no tenía ningún problema de aprendizaje por el hecho de hablar dos lenguas, como ella afirmaba: «Disculpe señora, pero usted no entiende nada de pedagogía». Lo decía con la mirada altiva de quien cree que todo lo sabe. «Debe hablarle a su hija sólo en inglés. El tener dos lenguas la confunde». Carla había empezado a sentirse

rara, diferente a las demás, y se negaba a hablarme en italiano. Sólo lo hacía cuando habían pasado unas horas desde que había salido del colegio, cuando ya de noche las dos nos acurrucábamos en el sofá, o al despertarse por la mañana. Entonces, libre ya de los prejuicios impuestos por la escuela, me obsequiaba con algunas palabras cariñosas en italiano antes de volver de nuevo al inglés. Yo nunca dejaría de hablarle en mi lengua, que también era la suya.

Las estaciones de metro pasaban con demasiada lentitud y mi enfado conmigo misma iba en aumento. La maestra de Carla volvería a acusarme de no procurarle a mi hija la seguridad que una buena madre debe dar a sus hijos. Según ella estaba criando a una niña solitaria que hablaba poco con sus compañeros de clase porque, por mi culpa, no podía expresarse con claridad. Además, yo era una madre que acababa de abandonar a mi hija una vez más al cuidado de extraños.

Cuando al fin llegué al colegio el sudor me había pegado la blusa a la espalda, el corazón me latía con fuerza y había chocado un par de veces con otros viandantes, quienes seguramente esperaban una disculpa que no tuve ni la energía ni el tiempo de darles. La verja que separaba el patio del colegio de la calle estaba abierta. Vi a algunos niños, todos un poco mayores que Carla, que jugaban a la pelota mientras esperaban a que vinieran a buscarlos.

Carla no estaba allí, tampoco su maestra. Me imaginé que estarían dentro del edificio de la escuela. Entré en el patio. Fue entonces cuando la vi. Cuando los vi.

Había un hombre al lado de Carla. Un hombre joven. Llevaba un traje azul marino que le venía algo estrecho. Vestía con una formalidad excesiva que llamaba la atención porque en nada se parecía al estilo *casual chic* adoptado por los padres y madres que llevaban a sus hijos a aquel colegio. Estaba segura de que aquel hombre no formaba parte de la escuela. Me pregunté dónde estaban todos los maestros y por qué no había nadie al cuidado de los niños que todavía estaban allí. Por qué la maestra no estaba con Carla cuando siempre me decía que debía de cuidar de ella si me retrasaba. ¿Dónde estaba?

Fue Carla quien me descubrió primero.

—Mamá, mamá —gritó. Y vino corriendo hacia mí.

Yo fui hacia ella. Nos abrazamos.

De reojo vi cómo el hombre que había estado hablando con Carla se alejaba con cierta rapidez, cruzaba la entrada con la verja abierta y salía a la calle. No logré verle la cara. Sólo el perfil que no me recordaba a nadie conocido y una mata de cabello oscuro.

—¿Quién era ese hombre que hablaba contigo? ¿Un maestro nuevo?

—No lo sé —se encogió de hombros.

—¿Y qué te estaba diciendo?

—Me ha preguntado mi nombre.

—¿Y se lo has dado?

Carla sonrió.

—Claro, mamá. —Creo que le extrañó mi pregunta, que intuyó mi incomodidad ante su respuesta, porque me miró con curiosidad y se le borró la sonrisa—. ¿He hecho mal?

Le acaricié el cabello.

—¿Y te ha dicho algo más?

—Sí. Me ha preguntado dónde vivía.

—¿Y se lo has dicho? —creo que por unos segundos dejé de respirar. Tomé a Carla de la mano y se la apreté con fuerza.

—Me haces daño, mamá.

Aflojé la presión e intenté calmarme un poco.

—¿Se lo has dicho? —Volví a preguntar.

—Le he dicho que vivo en Brooklyn, y luego has venido tú. Y él —miró a su alrededor— ¿dónde está? No lo veo.

—Se ha ido.

Llevé a Carla a un banco de madera de donde se acaban de levantar dos niñas de unos diez años. Nos sentamos.

—Carla, escúchame bien lo que voy a decirte: no des nunca tu nombre ni digas donde vives a ningún desconocido. Es muy importante. Lo entiendes, ¿verdad?

Ella asintió muy seria.

Miré hacia la puerta del edificio de la escuela. Todavía no había visto salir a ningún responsable.

—Carla, ¿te gustaría cambiar de colegio?

—Sí, respondió enseguida. Vendrá Sarah conmigo también, ¿verdad?

Sarah. No había pensado en ella.

A la mañana siguiente pedí una reunión urgente con la maestra

de mi hija y con la directora del centro.

David ya no volvió a pedirme que me casara con él. Nos habíamos instalado en una relación cómoda, de amigos inseparables, de amantes sin exigencias. Eramos una pareja que se había adaptado con facilidad al ritmo de trabajo que tan poco tiempo nos dejaba libres. No necesitábamos más. Al menos yo no. Y me pareció que él tampoco. Trabajaba demasiadas horas como para que le quedara tiempo de dedicarse a nuevas relaciones. Si alguna vez inició o respondió a flirteos, no me lo dijo. Tampoco yo quise preguntárselo. En realidad, no me importaba. Él estaba allí cuando lo necesitaba. Había llegado a conocerme bien y también sabía que podía contar conmigo, que esa relación tranquila de la que disfrutábamos era preferible al cambio constante de pareja o a las frecuentes infidelidades a las que se habían acostumbrado algunos de sus amigos y colegas. Vivir cada uno en su casa llegó a ser un aliciente más en nuestra relación. Nos libraba de la rutina y nos mantenía el deseo y la ilusión en cada encuentro. Nos daba el contrapunto que necesitábamos para mantenernos independientes y a la vez acompañados. Para sentirnos amados y libres.

La noche en que todo cambió, en que el orden relativo que había conseguido dar a mi vida se rompió en pedazos, me despertó un sonido que al principio no fui capaz de identificar. Tuvieron que pasar unos instantes para que comprendiera que se trataba del teléfono. Cuando al fin me levanté de la cama el mido cesó. Volví a acostarme, sólo para volver a levantarme enseguida pues el teléfono sonó de nuevo. Dudé en si debía responder. Quizá era una de las llamadas sin palabras que habían vuelto a producirse en las últimas semanas. O una de esas llamadas obscenas que alguna vez había recibido y que me asustaban, no tanto por su contenido soez sino porque siempre me quedaba la duda de si quien llamaba lo hacía al azar o sabía quién era, donde vivía y que estaba sola en casa con una niña dormida. Pero en esas ocasiones el teléfono nunca sonaba dos veces seguidas. Esa diferencia me intrigó y decidí contestar.

—¿Giulia? —Era una voz de mujer, ronca, desconocida.

—Soy yo.

—¿Giulia Cicinelli? —quienquiera que fuera había pronunciado bien mi nombre.

—Sí. ¿Quién es? ¿Qué…? —no fui capaz de terminar la frase. La mujer había pronunciado mi nombre sin acento, como sólo quienes tenían el italiano como primera lengua sabían hacer en Nueva York.

—Soy Ángela.

42

—Creo que debes venir. Tu padre necesita verte —su voz sonaba lejana, como un susurro.

No sé si me dio más detalles o los imaginé, si le hice preguntas o no hubo necesidad de hacerlas. Si llegó a explicarme por qué me había llamado a mí antes que a mi hermano. Me recuerdo sentada en el sofá, con la mirada fija en el teléfono, mientras esperaba a que se hiciera de día para reservar dos billetes con destino a Bari. Después todo es confuso. Mi reunión con Flora, a la que convoqué con urgencia en mi casa, las instrucciones precisas que intenté darle de cómo debía dirigir *Trani Gourmet Foods* durante mi ausencia y que ella me ayudó a completar. Yo estaba demasiado alterada para pensar en todos los detalles. A ella le encomendé también que organizara y supervisara el trabajo de mis otros dos empleados. Después llamé a Donato.

—Pasa en Italia todo el tiempo que creas necesario. Puedes confiar en Flora. Si tiene alguna duda me llamará y la solucionaremos entre los dos.

Creí en sus palabras. Necesitaba hacerlo así. No tenía otra opción. Era parte del esfuerzo que tenía que hacer para no pensar en los más que posibles desastres que mi ausencia iba a provocar en el funcionamiento de *Trani Gourmet Foods*. Conseguí dejar atrás esta preocupación cuando el avión traspasó la barrera de nubes y ocultó la ciudad de Nueva York. Sólo entonces me permití pensar en cómo iba a ser ese encuentro con mi padre después de tantos años de ausencia. Ángela me había dicho que él necesitaba verme, aunque lo negara siempre que se lo preguntaba. Hubiera preferido que

fuera sólo su voluntad, y no la grave enfermedad que lo aquejaba, la razón de que me abriera la puerta de su casa y de su corazón cuando lo sorprendiéramos con nuestra visita.

Carla no estaba contenta. No sabía nada de ese abuelo del que nunca le había hablado porque estaba resentida por su actitud orgullosa, porque se había negado a cualquier contacto conmigo, con nosotras. Tampoco le había hablado de la Puglia, de nuestra casa, del olivar, de Specchia, de Lecce, de Ban o de Brindisi. Era demasiado doloroso el recuerdo de todo aquello. Ahora sentía no haberle explicado nuestros orígenes, no haberle enseñado a amarlos. Sólo conocía Nueva York, su colegio, sus amigos. Y sólo hablaba en inglés, pues dejó de utilizar el italiano cuando supo que su abuela María tenía otro nieto al que cuidar y ya no venía a buscarla para ir a su casa y cocinarle sus platos favoritos, comprarle helados y llevarla al cine.

—Mamá, ¿cuánto tiempo estaremos fuera de casa?

David me había hecho la misma pregunta unas horas antes mientras nos llevaba en su coche al aeropuerto. A los dos les entristecía que yo no fuera capaz de contestarla.

—Pronto —respondí.

—Sí, pero ¿cuándo? No se me escapó el tono de protesta y frustración de aquella pregunta.

—Cariño, volveremos enseguida que podamos, te lo prometo —dije abrazándola.

Creo que conseguí que se sintiera mejor y que empezara a disfrutar de la novedad de su primer vuelo. Me gustó ver su sorpresa al comprobar que la noche había durado muy poco porque enseguida el sol volvió a colarse por las rendijas de las persianas bajadas de las ventanillas del avión y nos despertó la voz que anunciaba que nos iban a servir el desayuno. Disfruté respondiendo a todas las preguntas que ese fenómeno le suscitó.

Nada parecía haber cambiado durante el tiempo transcurrido desde mi partida precipitada años atrás. En el aeropuerto me acunó el sonido de las voces que hablaban la lengua con la que crecí. Observé con cierta sorpresa el movimiento de manos que acompañaba a muchas conversaciones, la ausencia de la variedad de idiomas y acentos, de razas y tonos de piel a los que me había acostumbrado y la sobriedad de los colores que hombres y mujeres

utilizaban para vestir. Había una elegancia natural en la forma de moverse, diferente a la que veía por las calles de Nueva York. Empecé a pensar si yo me movía como ellos o lo hacía de forma distinta.

Me hubiera gustado que alguien nos estuviera esperando cuando llegamos a la terminal con nuestras maletas y vimos a la gente hacer señas a quienes salían con nosotros. Se encontraban con los suyos y se abrazaban, se besaban y reían, alegres de estar juntos tras una larga separación. Sólo Ángela sabía el día y la hora de nuestra llegada y no estaba allí.

Alquilamos un coche y conduje de camino a casa.

Los troncos arrugados de los olivos, la tierra a su alrededor y el gris que revelaban sus hojas cuando las movía el viento, permanecían como yo los guardaba en mi recuerdo. Todo lo demás había cambiado. Me llamó la atención el tono azul brillante, como el que utilizan los niños para dibujar el mar, con el que se había pintado la verja de entrada a nuestra propiedad. Rompía el equilibrio del marrón, verde y ocre de la tierra y los olivos, hería el espacio. El sendero que, bordeado de matas de menta e hinojo llevaba hasta la casa, se había substituido por una lengua de cemento gris que terminaba en un garaje. Era una construcción de ladrillo y hormigón que se había llevado la belleza ocre de la pared de piedra y el banco de madera en el que yo solía sentarme para leer en las tardes de verano, protegida por la sombra que proyectaba la pared de la casa.

Al entrar no reconocí el olor. Ya no se percibía el aroma de pan recién horneado, de menta y canela como cuando vivía mi madre, ni el de tabaco de pipa que solía fumar mi padre. En el aire flotaba el recuerdo de desinfectante, col hervida y ausencia de ventilación. Los muebles eran nuevos, de líneas rectas y ángulos agresivos, construidos con un material brillante que no era madera y que pretendía imitarla. No vi la gran cómoda antigua que mi madre había heredado de la suya ni las sillas y la mesa de madera noble que tanto apreciaba ella. Descubrí esos muebles unos días más tarde, encerrados en un cobertizo de madera toscamente construido, allí donde empezaba el olivar.

—Tu padre no me dejó venderlos —me comentó Ángela cuando me abrió la puerta del cobertizo—. Tuvimos que construir esto para guardarlos, pues yo no los quería tener a la vista.

Pasé la mano por la cómoda ahora cubierta de polvo y abrí uno de los cajones. Me pareció sentir todavía el olor a lavanda, vi las manos de mi madre que solían guardar allí los camisones blanquísimos, las medias y su ropa interior. Lo cerré despacio.

—Tu padre dice que te los guarde para ti, que está seguro de que te gustará tenerlos. No me hace caso cuando le contesto que no te los vas a llevar a la otra punta del mundo.

Vi que la puerta del cobertizo no se cerraba con llave y me prometí volver allí con Carla, para explicarle quién era yo y quiénes eran mis padres. En la casa ya nada quedaba de nosotros.

Ángela se movía por la casa como si fuera suya y nosotros unos huéspedes venidos de lejos. No dejaba de hablar. Tomó nuestras maletas y las metió en la que había sido mi habitación. Cerró la puerta enseguida. Pensé que era mejor así. Prefería no ver los cambios que seguramente habría introducido en el que fue mi espacio y que ahora no iba a ser capaz de reconocer.

—¿Dónde está mi padre? —la interrumpí en mitad de una frase.

—Allí —señaló con el dedo la ventana abierta de la sala.

Lo vi en medio del olivar, sentado en la silla de siempre, la que colocaba bajo la copa de Garibaldi, su olivo preferido. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la vista alzada. Supe que estaba conversando con él. Me pregunté si alguna vez le hablaba de mí, de nosotras. Si le decía a él lo que no era capaz de decirme a mí.

Tomé la mano de Carla y salí de la casa.

—Al final le he dicho que ibas a venir —me susurró Ángela—. Se lo he dicho esta mañana. He pensado que era mejor avisarlo. La sorpresa de verte después de tantos años podría… ya sabes, el corazón. Está muy débil. Creo que se está preparando para recibirte. Lleva horas hablándole al viejo olivo.

Asentí con la cabeza, presioné con fuerza la mano de mi hija y me aparté de Ángela.

El encuentro que tantas veces había imaginado estaba a punto de suceder y a mí no se me ocurría otra forma de acercarme a mi padre que no fuera mi saludo de siempre, aquel que había repetido todos los días cuando llegaba a casa después del colegio o de la

universidad y que tanto había echado en falta desde que me fui. Escuché mi voz como si no me hubiera ido nunca de aquel lugar, como si sólo hubiera transcurrido una semana desde la última vez que vi a mi padre.

—Hola papá, ya estoy aquí —dije mientras andaba hacia él con Carla de la mano.

Mi padre giró la cabeza y nos miró. Se quedó inmóvil, muy serio. Luego se levantó, algo torpe, y vino hacia nosotras, despacio. Tuve la certeza de que él también había pensado muchas veces en nuestro encuentro, de que quizá sucedía tal y como él lo había imaginado, de que no sabía si estaba ocurriendo de verdad o lo estaba soñando. Primero llegó una sonrisa tímida, y enseguida el abrazo, largo, intenso, impregnado del olor a tomillo y a menta que yo recordaba de todos sus abrazos y de cuando caminábamos juntos por el olivar. Las lágrimas llegaron después, las de él y las mías. Carla se había soltado de mi mano y no se unió a nuestro abrazo. Ángela nos observaba desde la puerta de la casa.

No hubo necesidad de decirnos nada de lo que habíamos pensado el uno del otro durante los años de nuestra separación. De recriminarme él que me fuera tan lejos, de acusarlo yo de soberbia por no querer verme, de no interesarse por mi vida en América, de no alegrarse de tener una nieta ni desear conocerla. Fue fácil olvidarse de todo eso. Creo que ni el uno ni el otro nos habíamos imaginado nunca que pudiera ser así de simple. Me sentí como la hija amada que había sido siempre, y a la vez respetada como la mujer adulta independiente y la madre en que me había convertido. Tuve que luchar conmigo misma para perdonarme por no haber tomado la decisión de ir a ver a mi padre antes, por creer que ya no me quería. No sé si él también se acusaba de haber rechazado todos mis intentos de acercamiento. Me imagino que sí, porque durante aquellos primeros días tras nuestra llegada, mientras comíamos o hablábamos de cualquier cosa, sus ojos brillaban con las lágrimas que se esforzaba por retener.

No fue hasta la comida del segundo día cuando mi padre se fijó de verdad en Carla. Ni siquiera se había dado cuenta de que la niña lo evitaba. Era su forma silenciosa de mostrar su resentimiento

hacia él. Por su culpa estábamos allí, lejos de su casa, del colegio que había tenido que dejar un mes antes de que se acabara el curso, de sus amigas, de su mundo. En un lugar donde hablaban una lengua que ella entendía y no quería hablar, donde no había cines ni cintas de vídeo con las películas que le gustaban y en la televisión sólo encontró una serie de dibujos animados que ya conocía. Se sentaba en silencio a la mesa y apenas comía lo que le ponían en el plato. Ajena a nuestras conversaciones, pocas veces levantaba la cabeza para mirarnos. Fue en una de esas ocasiones cuando mi padre al fin captó su presencia resentida.

—Veo en Carla la misma expresión que ponía tu madre cuando estaba enfadada.

Carla se sonrojó. Enseguida bajó la cabeza y se quedó mirando al plato con la comida todavía intacta.

—Alguien debería enseñarle a esta niña a hablar en nuestra lengua —continuó mi padre.

—Sabía hablarla. Y todavía la entiende.

—En América no hablan italiano —intervino Ángela.

—Carla sí. Aunque prefiere no hablarlo. No insistáis, por favor.

—Nosotros no, pero creo que tú sí deberías insistir —mi padre me miró muy serio. No había acusación en su mirada. Me pareció que intuía las razones que me habían llevado a no forzar a mi hija a que hablara.

Después de la comida mi padre dijo que se retiraba a descansar y no lo vimos hasta unas horas más tarde, cuando salió al porche, donde Carla y yo jugábamos a adivinar palabras. Con cada nuevo acierto por parte de ella, yo aprovechaba para traducirle al italiano las palabras que todavía no había aprendido o que había olvidado.

—¿Me dejas un rato a tu hija?, quiero decir, ¿a mi nieta? —sonrió y tendió la mano hacia Carla.

Ella me miró interrogante y yo asentí con la cabeza.

Carla se dejó tomar de la mano y siguió a su abuelo. Se giró antes de entrar en casa, y yo volví a mostrarle mi aprobación con una nueva inclinación de cabeza.

Me quedé sola en el porche. Oí trastear a Ángela en la cocina. No quise entrar a ayudarla. Parecía una buena mujer, atenta y trabajadora. Aunque había algo en ella que no me gustaba, que no entendía. Que no sabía darle un nombre. Lo presentí la primera vez

que la vi junto a mi padre. Él no reaccionaba a sus caricias, como si le molestara esa manifestación pública de cariño. Ella seguía con sus zalamerías, ajena a su falta de respuesta. Hablaba de la enfermedad de mi padre como si él no tuviera nada que decir.

—Fue un infarto. Tuvimos suerte de que estuviera aquí conmigo cuando empezó a sentirse mal y no allá afuera, con sus olivos.

Mi padre iba a hablar. Ella lo interrumpió.

—Lo llevé al hospital enseguida. Pasé con él todo el día y toda la noche. Estuve todas las noches de su estancia allí sentada en una silla, al lado de su cama. Gracias a eso pude avisar cuando le sobrevino el segundo infarto.

Tomó la mano de mi padre. Él la apartó con suavidad.

—Ahora he de vigilar que tome la medicación y que no fume, tal como le ha dicho el médico.

Mi padre me miró. Levantó los hombros y volvió a bajarlos en un gesto de impotencia. En verdad parecía otro, pálido y flaco como nunca lo había visto. El médico me había dicho aquella mañana que tenía muchas posibilidades de sufrir un nuevo infarto, quizá el definitivo.

—También hay que cuidar su dieta. El médico ha dicho…

—Déjalo ya, Ángela, no quiero aburrir a Giulia con mis dolencias.

Se levantó de la silla.

—Voy a descansar un rato.

Ángela suspiró y empezó a recoger la mesa.

Llevábamos ya casi una semana allí y yo todavía no sabía qué decirle a aquella mujer amable que velaba por mi padre y no parecía tener otro tema de conversación que no fuera la salud de él y la forma efectiva en que ella sabía cuidarlo. No había mostrado interés alguno por saber de mi vida en Nueva York, por mi trabajo, por Carla. Era como si su relación con nosotras se limitara a darnos el parte sobre la evolución de la enfermedad cardiaca de mi padre, a cocinar nuestra comida y servirla y a limpiar todos los días la habitación que Carla y yo compartíamos.

—Por favor, no es necesario que limpié nuestra habitación —le había comentado yo a la mañana siguiente de nuestra llegada cuando, después de desayunar, fui a mi habitación y me encontré las camas hechas y nuestra ropa ordenada en el armario, a la

manera que ella creyó conveniente.

—No es ninguna molestia.

Al día siguiente volvió a entrar en nuestra habitación, armada de escoba, trapo del polvo, fregona y cubo con agua. Yo no sabía cómo explicarle que para mí sí que era una molestia que ella tocara mis cosas, que entrara en mi espacio privado.

El ruido de una silla al moverse apartó mi vista del olivar y se llevó mis pensamientos. Ángela se sentó a mi lado.

—Están jugando —dijo en un susurro.

—¿Cómo dice?

Ellos. Carla y tu padre. Están jugando juntos. En la planta de arriba.

43

Estaban los dos allí, sentados en el suelo. En el cuarto de mi hermano, que se había convertido en una especie de trastero grande. Entre los dos habían montado las vías del tren eléctrico. Conversaban, cada uno en su lengua. Aunque no entendieran las palabras del otro, parecían ponerse de acuerdo en donde poner los túneles, las montañas y las casas y en qué orden colocar los vagones de colores brillantes de aquel tren que yo recordaba como uno de los juguetes preferidos de mi hermano y mío. Y de mi padre. Ahora volvía a ver en él aquella expresión de niño grande que tanto me gustaba. Estaban ambos tan absortos en su juego que no se dieron cuenta de que Ángela y yo los observábamos.

Cerré la puerta con cuidado. Hubiera deseado sentarme en el suelo con ellos y unirme a su juego. No lo hice. No quise estropear con mi presencia ese encuentro entre abuelo y nieta que había llegado al fin, cuando yo ya empezaba a perder la esperanza de que pudiera producirse algún día.

—Mamá —me dijo Carla aquella noche con los ojos iluminados por una alegría nueva—. El *nonno* me ha dicho que mañana volveremos a jugar con el tren, y que un día iremos a pescar. Y que me va a engrasar las ruedas de tus viejos patines para que pueda ir a patinar a una explanada que hay cerca de aquí.

La complicidad entre Carla y mi padre crecía con cada día que pasaba. Me gustaba verlos juntos. Me devolvía la estabilidad perdida durante años, cuando el enfado con mi padre me dejó sin

familia y Nico me introdujo en la suya a la fuerza, con la confianza de que algún día me sentiría parte de ellos. Nunca fue así, y todavía no sé si él llegó a entenderlo. Ahora ya nada importaba porque él se había alejado demasiado de nosotras y Carla estaba creciendo sin padre. Muchas veces, durante los primeros meses después de nuestra separación, me había preguntado si sería importante para ella esa ausencia, como decían muchos, si yo sería capaz de ofrecerle todo el cariño que necesitaba para crecer alegre y sana. Y la respuesta había llegado más tarde y era un sí muy grande, a pesar de mi trabajo, a pesar del poco tiempo que pasábamos juntas. Y ahora nuestra pequeña familia de dos había crecido, porque ella había descubierto que tenía un *nonno* con el que podía jugar y reír. Ese sentimiento de pertenencia a una familia y a un lugar que Carla y yo experimentábamos era la causa de que yo hubiera alargado nuestra estancia, a pesar de que mi padre ya estaba fuera de peligro.

—Mamá, el curso ya se ha terminado, ¿podemos pasar las vacaciones de verano aquí? Dime que sí, mamá, por favor —me había pedido un día Carla colgada de mi cuello.

No supe decirle que no, a pesar de que David y mi empresa esperaban mi regreso. Creo que en el fondo yo tampoco quería irme de allí todavía. Deseaba reparar con mi padre lo que se había roto entre nosotros, y temía el reencuentro con David. No lo echaba en falta, no como había pensado que lo haría, no cómo él me echaba en falta a mí y me repetía casi a diario cuando me llamaba por teléfono. En más de una ocasión hice ver que no había oído la llamada para no tener que conversar con él. Prefería hablar con Donato y con Flora. Saber si las cosas iban bien en *Trani Gourmet Foods*. Me preocupaba no estar allí para mantener el buen ritmo que había tomado mi empresa. Era mi creación y me sentía orgullosa de ella. Por eso me entristecía cuando intentaba explicarle a mi padre mi trabajo y él cambiaba de tema de conversación. Lo hacía de tal manera que no podía enfadarme con él. Porque me pedía que le hablara de Carla y yo me sentía feliz de que, al fin, se interesara por esa única nieta de la que nada había querido saber hasta entonces.

Mi padre fue perdiendo el tono pálido de su piel, ganó algo de peso y se recuperó hasta tal punto que el temor de que pudiera producirse un nuevo infarto dejó de ser una preocupación médica y

pasó a convertirse en un asunto a olvidar. Al menos eso es lo que hizo él. Ángela relajó un poco su vigilancia en cuanto a la dieta y yo ya no pensé en la amenaza de la muerte inminente de mi padre que me había llevado hasta allí. Carla y su *nonno* se hicieron inseparables. Creo que él sintió que con Carla me recuperaba a mí, a la niña que fui. Descubrí asombrada la velocidad con que el italiano que Carla había aprendido durante sus cuatro primeros años de vida regresaba de nuevo a ella, crecía en léxico y en expresiones y se convertía en una lengua que hablaba tan bien como el inglés, que ahora sólo usaba cuando se dirigía a mí.

—No nos tenemos que ir todavía, ¿verdad mamá? —me dijo un día Carla, cuando ya era pleno verano y llevábamos allí casi dos meses.

Yo me sentía parte de ese lugar y a la vez extranjera. Me unía a él mi padre, la tierra, los olivos, la luz, los aromas de las plantas y el sonido de mi propia lengua. Pero empezaba a pesarme mi soledad de mujer adulta que ya no tenía nada en común con las niñas con las que había crecido y que ahora vivían en Lecce o en Brindisi, ocupadas en el cuidado de sus hijos, con trabajos no tan satisfactorios como se habían imaginado cuando estudiaban en la universidad, o superando un divorcio reciente. No tenía a nadie con quien hablar, con quien compartir cómo había sido mi vida desde que me fui de casa y todo aquello que estaba experimentando a mi regreso. Era como si mis años en América no hubieran existido, como si nunca hubiera conocido a Nico ni a su extraña familia, como si no hubiera sufrido con nuestra separación, como si todo aquello que me había convertido en la mujer que era no hubiera pasado. Como si *Trani Gourmet Foods* fuera la empresa de otro y yo sólo me ocupara de dar algún consejo por teléfono. Mi única referencia con el mundo que había quedado al otro lado del mar era Carla. Ella era la hija de Nico, la niña que yo había parido en un hospital de Nueva York, la que me había acompañado en los tiempos duros de la enfermedad que terminó alejando a su padre de nosotras. La que insistía en hablar conmigo sólo en inglés, la alumna seria de un colegio para niños ricos, la amiga de Sarah. La que me había llevado hasta David, el hombre al que estaba aprendiendo a amar, aunque todavía con miedo a que todo fuera mal, como había ocurrido con Nico. David era el otro testimonio de

una vida que parecía desvanecerse con cada día que pasaba. Y yo quería recuperarla. Necesitaba recuperarla.

Las llamadas de David eran mi único punto de anclaje con el presente que había conseguido crear, con la ciudad que ya había hecho mía, con unos sentimientos que no podía compartir con nadie más. David me hablaba de su mundo, que era también el mío. Yo deseaba compartir con él cómo había sido el reencuentro con mi padre, con mi país y con mi pasado. No encontraba las palabras adecuadas. No era sólo la frialdad que imponía la conversación por teléfono; creo que intuía también que él no podría entender mis deseos, mis satisfacciones y mis cuitas. Por eso, en todas nuestras conversaciones había siempre una parte de mí que se quedaba a la sombra, que tenía miedo de darse a conocer, que se escondía y luego se culpabilizaba por haberse escondido.

Gabriella me habría entendido, estaba segura. Pero Gabriella estaba lejos, en Japón, y no podía volver a Italia todavía.

Muchas veces durante aquellos días sufrí el vértigo de haber perdido todo lo que me había costado tanto esfuerzo conseguir. A las pocas semanas de estar en casa de mi padre volví a sentirme como la niña y la joven que tenía que dar explicaciones de todo lo que hacía. No es que él me lo pidiera, no era necesario; yo sabía que lo esperaba. Él y yo habíamos recuperado nuestro antiguo rol con respecto al otro. Volvíamos a ser padre e hija, con todo lo que eso suponía en cuanto a cariño y a control. Comprendí que me estaba autocensurando cuando no fui capaz de explicarle qué había sucedido con Nico o de decirle que David me había pedido matrimonio y que yo me había negado, cuando opté por no preguntarle sobre su relación con Ángela y me callé la opinión que me había forjado de ella. Él en cambio no tuvo reparos en aconsejarme sobre cuestiones acerca de la educación de mi hija que él consideraba importantes y yo no. Lo escuchaba hasta que perdía la paciencia, me rebelaba y le explicaba mis razones para hacer las cosas de forma diferente. Los dos discutíamos hasta agotar nuestros argumentos. Después nos reconciliábamos, como habíamos hecho siempre.

Carla era feliz. Jugaba con su *nonno* y con dos amigas que acababa de hacer, un poco mayores que ella y que residían en propiedades colindantes a la nuestra. Sus días eran largos y

pictóricos, bendecidos por la despreocupación de la infancia. Los míos pasaban demasiado deprisa. Me debatía entre el deseo de quedarme allí un poco más, en ese limbo sin memoria ni futuro, y el de volver a la vida que había construido lejos de allí. Me entristecía pensar en la vuelta porque volvía a alejarme de mi padre ahora que lo había recuperado. Carla y él se comportaban como si nuestra partida no fuera a ocurrir nunca.

Al final fue Ángela quien decidió por todos nosotros.

—El martes me voy a casa de mi hermana. Estaré allí unos días —me dijo un día en que, después de pedírselo en muchas ocasiones, había por fin aceptado que fuera yo la que cocinara la comida principal.

No sabía que tuviera intención de irse. Ella respondió a mi pregunta antes de que se la formulara.

—Está delicada de salud. Me necesita.

Me pareció que había algo más tras esa marcha precipitada. Comprendí que Carla y yo éramos la causa de su alejamiento cuando empezó a quitarse el delantal y, sin dejar de mirarme a los ojos, dijo:

—Tu padre ahora no me necesita.

Quizá no le faltaba razón a Ángela. Compartía habitación y cama con mi padre, pero por el día transitaba por la casa en silencio mientras cumplía con sus tareas de limpieza y cocina, cogía el coche para ir a hacer la compra en Specchia o le llevaba la correspondencia que traía el cartero a mi padre, que ya había vuelto a recuperar la rutina de ocuparse de la gestión de sus tierras. Ella no hablaba con ninguno de nosotros. No parecía que tuviéramos nada que decimos. No me extrañó que hubiera alimentado un resentimiento hacia mí que prefería airear en otro lugar, desahogarse ante la escucha atenta de alguien de su sangre, que la quisiera de verdad y pudiera aconsejarla. Lejos del clan que ahora formábamos mi padre Carla y yo y en el que ella había perdido su lugar y volvía a ser una advenediza.

Mi padre la acompañó a la estación de autobuses y volvió muy triste. Me pareció que había entendido los motivos de su marcha, supe con toda seguridad que quería a Ángela, a su manera, y que la

iba a echar en falta. Y comprendí que había llegado el momento de preparar nuestro viaje de vuelta.

Mi padre y Carla protestaron cuando les comuniqué que debíamos irnos. Uno y otro insistieron en que nos quedáramos un poco más.

—Papá, tienes que venir a Nueva York a vernos —dije en un intento de zanjar la discusión.

—Sí, *Nonno*, vente en el avión con nosotros —Carla se abrazó a mi padre—. Te enseñaré mi colegio, iremos al parque, te llevaré a ver unas torres altísimas y subiremos hasta arriba del todo en un ascensor. Subimos tan alto que duelen los oídos, aunque enseguida se pasa.

Mi padre se dejó acariciar y besar por Carla. Luego la sentó sobre sus rodillas y la abrazó como hacía con mi hermano y conmigo cuando éramos pequeños.

—Iré, iré el año que viene.

Ángela regresó a casa el día antes de nuestra partida. Volvía a ser la mujer afable que había visto a nuestra llegada. Aunque yo no fui capaz de cambiar mi opinión sobre ella. A pesar del cariño que mostraba hacia mi padre había algo en esa mujer que no me gustaba, que no encajaba. No pude evitar sentir una desazón desconocida cuando, tras despedirnos en el aeropuerto, volví la vista hacia ellos y vi cómo tomaba la mano de mi padre. Más que un gesto de cariño me pareció de posesión. Mi padre tenía puesta su mirada y todos sus sentidos en Carla y en mí.

—Mamá, el *nonno* está llorando —me dijo Carla.

Y se puso a llorar ella también.

Estoy sola en casa y hace demasiado calor. Me molesta la ropa que llevo puesta, que roza la piel nueva y todavía demasiado tierna. Tardaré en recuperarme del todo, y Luca todavía más que yo. Quiero descansar, que él me vea bien mañana cuando vaya a buscarlo. Mañana, después de la sesión de rehabilitación, ya podrá irse a casa. Le darán el alta hospitalaria.

Cierro los postigos para evitar que entre la luz del tórrido mediodía. Me desnudo y me meto en la cama. Vuelvo a levantarme para encender la televisión. No quiero quedarme dormida. Me asusta lo que veo cuando se me lleva el sopor durante el día. Por la noche no, por la noche es diferente. Me tomo una pastilla y duermo

sin sueños. Ahora no.

Las voces que surgen del televisor van perdiendo fuerza y regresa de nuevo el lamento de la madera que me ensordece. No son los tablones del cobertizo que el fuego deshace, son los gritos de mi madre los que escucho, los de su ropa ordenada en los cajones de la cómoda que heredó de su abuela, los de las fotos familiares que guardaba dentro de una caja de zapatos y que Ángela trasladó allí, sin ni siquiera darle la oportunidad a mi padre de revisarlas y elegir las que quería tener en casa. Veo el certificado de boda de mis padres, mis primeros cuadernos escolares que ella guardó siempre, la trenza espesa que se cortó al casarse e hizo preservar como se hacía entonces, al lado de la mía más rubia, menos espesa y que también recibió el mismo tratamiento. Aunque yo no me la corté porque me casaba sino porque no quería llevar el mismo peinado que cuando era niña. Allí están también los misales de nácar de mi hermano y mío del día que hicimos nuestra primera comunión y una estampilla devota con el nombre de cada uno anunciando el evento. Aparecen los faldones largos con los que nos bautizaron a mi hermano y a mí, y a ella. «Los que un día llevarán también tus hijos» me había dicho una vez que quería vestir a mis muñecas con ellos, y me los quitó de las manos y los envolvió con cuidado en papel de seda.

Las llamas se están llevando las fotos de los momentos más importantes de la infancia de mis padres, de sus primeras salidas como novios, cogidos del brazo, sonrientes. Imágenes que yo había observado una y otra vez, sentada al lado de mi madre mientras ella me explicaba la historia detrás de cada una de ellas: «Aquel día me había enfadado por primera vez con tu padre porque me regaló un perro y yo no lo quería. Se lo devolví y él se quedó tan triste que al día siguiente le pedí llorando que me lo trajera de nuevo». Ese fue *Peleón*, el perro de mi infancia.

El fuego está consumiendo también la mesa donde tantas comidas compartimos, se lleva las conversaciones de mis padres que mi hermano y yo no entendíamos de niños, las palabras airadas de nuestras primeras rebeliones de adolescentes, los consejos de cómo comer, vestir, comportarse en público, con quien deberíamos casarnos, quienes de nuestros familiares eran de fiar y quienes no, las múltiples suposiciones de dónde podía estar el tío que se

embarcó rumbo a América, el anuncio de mi hermano de su decisión de convertirse en sacerdote. Los brindis de cumpleaños, las comidas alegres y las tristes. Las últimas horas con mi madre antes de que la enfermedad la recluyera en una cama de hospital. Su silla preferida, sus hilos de coser, sus telas, sus vestidos, que mi padre no quiso dar a nadie a pesar de la insistencia de Ángela. No me queda nada de ellos, de nosotros. Todo se lo está llevando el fuego. ¿Y Luca?, ¿dónde está Luca? No lo veo. ¿Se lo ha tragado también el fuego que intenta apagar? Lo llamo. No contesta. Lo vuelvo a llamar, ahora más fuerte. El humo me hace toser. Abro los ojos. Bajo la sábana con la que me he cubierto la cabeza como hacía cuando era niña y tenía miedo. Me levanto y voy a la ducha. El agua fría me alivia al caer sobre la piel nueva y se lleva el calor.

No abro los postigos para no tener que ver la marca en el suelo del cobertizo que ya no existe, el lugar donde Ángela encerró la vida de nuestra familia antes de que ella llegara. Sé que las imágenes volverán a visitarme. Me duelen, me entristecen, me enfurecen. Las temo y al mismo tiempo quiero que regresen.

Me pertenecen.

44

A nuestro regreso a Nueva York David me recibió con el más largo de los abrazos. Luego me miró y volvió a abrazarme. Como si no terminara de creerse que estuviera de nuevo allí. Todavía conservaba el moreno de los días de verano pasados en *Long Island* y el cabello aclarado por el sol. Se había cambiado la montura de las gafas. Ahora parecía un hombre demasiado serio, que podía trabajar sin descanso durante muchas horas, mayor de lo que era. Le quité las gafas para besarlo. A mí me gustaba más el aire de chico desenfadado que tenía con sus antiguas gafas y sin ellas, pero imaginé que en su trabajo debía cuidar todos los detalles. Ahora tenía la imagen que sus clientes del Manhattan acomodado esperaban del abogado en quien depositaban su confianza.

—No te gustan, ¿verdad? —dijo señalando las gafas que todavía tenía en la mano tras nuestro abrazo.

—No me gustan nada.

Reímos los dos. Y él sacó del bolsillo de su chaqueta las antiguas gafas y se las puso.

—Lo sabía. Por eso he venido preparado.

Me puso un brazo sobre los hombros y nos dirigimos a la salida del aeropuerto.

Era un sábado de finales de agosto y el calor húmedo había dejado las calles de Manhattan casi vacías. David y Sarah subieron con nosotros a casa. Los dos se sentaron en el sofá. Enseguida David se levantó y puso en marcha el aparato de aire acondiciononado que bloqueaba parte de una de las ventanas. Volvió a sentarse.

—Descansad un poco, duchaos. Os esperamos aquí. Luego

iremos a casa. He preparado una cena de bienvenida —dijo guiñándome el ojo.

Carla y yo obedecimos sin entusiasmo.

—Mamá, estoy cansada. No quiero ir —me dijo Carla al oído antes de entrar en su habitación.

Yo tampoco quería. Necesitaba estar en casa. Descansar, vaciar las maletas o no hacer nada. Volver a sentir mío aquel espacio que ahora me parecía diferente de cuando me fui. Desde donde estaba podía ver parte del perfil de David y escuchar el murmullo de la conversación tranquila que mantenía con su hija. Me sabía mal decirle que no queríamos ir a su casa. Me agaché un poco para llegar a la altura de Carla, le retiré el pelo de la cara, le acaricié la mejilla.

—Hemos de ir, cariño. Nos han organizado una cena de bienvenida y no podemos desairarlos. Te prometo que volveremos pronto.

—¿No podemos cenar mañana?

Claro que podíamos, pensé yo. En cambio, sólo dije:

—Anda, ve a la ducha.

Carla empezó a desnudarse con cara de fastidio. Yo me preguntaba cómo era posible que David no entendiera que Carla y yo necesitábamos descanso. Tuve la impresión de que había pensado sólo en él: quería verme, hablar conmigo, estar conmigo. Había asumido que yo deseaba lo mismo. Y no era así. Más tarde me entró la duda sobre quién estaba equivocado en sus percepciones, si él por querer estar conmigo después de una larga separación o yo por preferir quedarme en mi casa sin su compañía.

Fue la primera vez que me hice ese tipo de pregunta y no iba a ser la última.

Aquella noche la pasé en su casa. Carla se había quedado dormida antes de servir el postre y resultaba más sencillo llevarla a la habitación de Sarah que alterarle el sueño durante el trayecto en coche hasta Brooklyn. A mí también me resultó más sencillo dejarme acariciar y penetrar por David que intentar explicarle por qué esa noche hubiera preferido dormir sola. Me imaginé que cualquiera podía entenderlo sin palabras y estaba furiosa con él porque no había sido capaz de adivinar que mi respuesta a sus caricias no era la de otras veces, que me sentía lejos de allí,

disgustada con él, con ganas de que todo acabara y me dejara tranquila.

Trani Gourmet Foods había sobrevivido durante mi ausencia. No había perdido a ningún cliente; tampoco nadie nuevo había llamado para un cáterin. Entonces no supe apreciar que era todo un éxito que nada hubiera cambiado. No se puede dejar sin dirección durante tres meses una empresa que está empezando a despegar y esperar encontrarlo todo como si no nos hubiéramos ido. Durante los primeros días tras mi regreso me enfurecí al descubrir fallos que no eran tan importantes como a mí me parecía y que podían corregirse sin demasiadas complicaciones. El primero fue el estado en el que se hallaba la furgoneta que transportaba la comida. Nadie la había limpiado y el azul brillante de su carrocería estaba cubierto por una capa grisácea a causa del polvo acumulado durante las largas semanas sin lluvia.

—Alguien le dio un golpe mientras estaba aparcada en la calle —me comentó Flora cuando observé que la parte lateral izquierda de la furgoneta estaba hundida y con marcas blancas.

—¿Y por qué no me dijiste nada? ¿Por qué no la llevaste al mecánico para que la arreglara?

—Yo… yo pensé que no era necesario. La furgoneta funcionaba.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que da una mala imagen circulando en ese estado?

—Lo importante es la calidad de la comida que traslada.

—Lo importante es todo, Flora. La imagen también cuenta en un negocio como este.

Abrí la puerta de la furgoneta con rabia. Lo que vi dentro todavía me enfureció más.

—¿Cómo es posible? —empecé a gritar. Cuando me giré para pedirle explicaciones, ella ya se había ido.

Saqué yo misma los contenedores de comida vacíos y sucios que olían a salsa boloñesa, los envoltorios que habían contenido quesos diversos, los papeles que guardaban restos de la crema que había resbalado de alguna bandeja de *cannoli* y las almendras que se habían escapado de alguna bolsa. No dejaba de renegar, a gritos, en aquel garaje donde sólo podían oírme los coches sin conductor ni

pasajeros.

Cuando tuve la furgoneta vacía limpié las alfombrillas y me la llevé a un túnel de lavado, de donde ella salió con sus colores recuperados y yo todavía con una rabia acumulada que no pude descargar con nadie hasta unas horas más tarde, cuando reuní a mis empleados para amonestarlos por su forma desmañada de trabajar.

—Nadie se ha quejado de nuestra comida —protestó el más joven.

La intervención rápida de Flora impidió que lo despidiera. Estaba demasiado furiosa para pensar en otra forma de mostrar mi autoridad.

—Giulia tiene razón. No hemos trabajado bien. Ahora que está ella aquí podrá guiarnos para hacerlo mejor.

Me pareció escuchar un tono de sarcasmo en su voz, una velada acusación por haber dejado tanto tiempo mi empresa sin control. Preferí ignorarlo y me obligué a pensar que Flora había intervenido con el único objeto de ayudarme. Despedir a un empleado significaba buscar a otro y formarlo. Y yo todavía tenía que recuperar el control de la empresa.

Me llevó unas semanas ajustar de nuevo todo lo que se había alterado durante mi ausencia. Me dediqué a revisar las facturas y los recibos que se habían generado. Todo parecía estar en orden. Durante aquellos días constaté que me aburría ese trabajo de control minucioso, y que le estaba dedicando un tiempo que hubiera preferido usar para investigar en la cocina, leer, pasear o jugar con Carla.

—Es normal —respondió David cuando le comenté qué me ocurría—. Les pasa a todos los empresarios cuando ven crecer las tareas de administración. Tienes la opción de aprender a gestionarlo tú o contratar a alguien que lo haga por ti.

Tuve la impresión de que la empresa se alejaba de mí, o yo de ella. Se estaba convirtiendo en un terreno desconocido que a veces tenía ganas de explorar y otras veces no. Empecé a echar en falta aquel primer año en el que todo lo hacía yo: comprar, cocinar, servir, cobrar. Añoraba la satisfacción que me causaba recibir la felicitación directa de los primeros clientes y la llegada de nuevos contratos gracias a las buenas opiniones que habían oído. Me faltaba la ilusión con qué compré e hice pintar la furgoneta. Ahora

intentaba recuperar esos momentos y no podía. Había empezado a delegar demasiadas cosas. No vivía de primera mano la satisfacción y el reconocimiento del trabajo bien hecho. Es cierto que mi cuenta comente me decía que las cosas iban bien, incluso muy bien. Pero ya no era lo mismo.

Un par de cursos diseñados para ayudar a emprendedores me enseñaron los rudimentos de cómo llevar la gestión de mi empresa, y solucionar los problemas del día a día se convirtió también en una fuente aprendizaje. Aprendía rápido, aunque ya no me divertía. Creo que fue durante esos primeros meses tras mi regreso de Italia cuando empecé a darme cuenta de que me había abandonado el entusiasmo que hizo posible la existencia de *Trani Gourmet Foods*. Quise creer que echaba en falta el vértigo de lanzarme a lo desconocido.

Ahora vuelvo a estar en ese punto de no saber qué hacer, hacia dónde dirigirme. Esta vez el cambio ha llegado de golpe, provocado por otros, no por mí misma como ocurrió con mi empresa americana. El sueño de mi padre, y que he llegado a creer que también sería el mío, ya no existe. Todo lo que he aprendido desde mi regreso es inútil. En el despacho que fue de mi padre se acumulan libros con los que he intentado formarme en todos los aspectos relacionados con la explotación de un olivar. También me he leído todo lo que él dejó escrito. He llegado a pensar que podría, que lo haría bien.

Surge de nuevo la idea alocada que he tenido estos días y que todavía no he compartido con nadie. Esta vez no la rechazo. La necesito. Me tengo que apoyar en ella. No es ni siquiera un proyecto. Es sólo una chispa que debo mantener encendida, porque si se apaga no sé qué voy a hacer. Aunque primero debo olvidarme de todo aquello que ya no será. Hacer limpieza para poder pensar y ser capaz de empezar de cero otra vez.

Enciendo la chimenea y lanzo uno de los libros sobre explotación de olivares que adquirí hace sólo unos meses. El fuego lo consume poco a poco. Desaparecen sus páginas con los subrayados y las anotaciones a los márgenes que hice mientras lo leía. Lanzo otro de mis libros, luego otro, y otro. Así hasta que ya

no queda ninguno de los que he comprado durante estos años. Ahora los estantes están vacíos, como si nunca me hubiera ocupado de la producción y el cuidado de los olivos. Mis árboles ya no están; esos libros ya no me sirven. Los documentos de mi padre no me atrevo a tirarlos al fuego. Quemarlos supondría perder una parte de él. Los acaricio, busco en ellos su olor, los guardo en una carpeta. No voy a consultarlos, pero sé que están ahí. Sentiré su fuerza cuando empiece a darle forma a esa nueva idea.

«Papá, no sé si te gustará lo que voy a hacer con nuestra tierra —digo en voz alta—, aunque estoy segura de que te alegrará saber que le voy a devolver la vida que ahora le han arrebatado».

Me ayuda oírme decir eso. Me siento algo más segura. Tomo una hoja de papel y escribo: «Tengo una idea y va a salir bien». No añado todo lo que puede ir mal. La lista sería demasiado larga. Me quedo con esa única frase, escrita en una hoja de papel blanco que dejo en el centro del escritorio. Pienso leerla todos los días y repetirla tantas veces como sea necesario para llegar a creérmela.

45

Tras mi regreso de Italia aumentaron los compromisos de cenas, cócteles y celebraciones varias. Yo me adaptaba al ritmo que me imponía *Trani Gourmet Foods* y mi lista de clientes no dejaba de crecer. David me informaba puntualmente de los elogios que le llegaban, vía amigos o dientes, acerca de la calidad de la comida que servía. Flora y el resto de mis empleados trabajaban bajo mi supervisión y todo parecía funcionar bien. Sólo yo fallaba. Sólo yo sabía que cuando intentaba inventar nuevos platos no se me ocurría nada, que cuando veía los ingredientes que usábamos habitualmente no pensaba en formas distintas de combinarlos, como hacía antes. Que, si David y yo íbamos a restaurantes étnicos o sofisticados, no era ya capaz de imaginar de qué forma los ingredientes que utilizaban ellos podrían incorporarse a alguno de mis platos. Todo lo que en los primeros tiempos de *Trani Gourmet Foods* era un proceso natural y espontáneo para mí se había convertido en un esfuerzo estéril que me dejaba cansada y triste.

Fue uno de esos días de falta de ánimo el que David eligió, sin saberlo, para añadir más motivos a mi desasosiego. Íbamos en el coche de camino a mi casa cuando vi que se desviaba de la ruta y aparcaba en un espacio que quedaba libre en una calle todavía lejos de Brooklyn.

No le pregunté por qué habíamos parado. Supe que tenía algo importante que decirme porque durante unos segundos mantuvo la vista fija en el parabrisas mientras movía de forma rítmica los dedos, que todavía sujetaban el volante. Conocía bien ese gesto, se lo había visto otras veces cuando estaba preocupado. Lo que no

imaginaba era que esa vez fuera por mi causa.

—¿Por qué no quieres casarte conmigo?

Me hizo la pregunta sin mirarme, como si tuviera miedo a mi respuesta. No habíamos hablado del tema desde la primera vez que me pidió matrimonio. De eso hacía más de tres años. Me sorprendió la pregunta y el tono de queja con el que me la había formulado.

—¿Y por qué hemos de casarnos? ¿No estamos bien así?

—¿Y por qué no? —respondió él. Giró la cara hacia mí. Esperaba una respuesta clara, lógica, que él pudiera comprender.

—Porque… —no sabía qué contestarle.

—Yo no tengo dudas, Giulia. Llevamos años juntos y me siento bien a tu lado. Te quiero. Te lo he dicho muchas veces. Y quiero también a Carla. Además…

Guardó silencio.

—Además ¿qué?

—Hay otra razón.

No imaginé qué otra razón podía haber que fuera importante. Él empezó a hablar. Tuve la impresión de que no le resultaba fácil.

—Se trata de mi familia.

Me enderecé en el asiento. Creo que él se dio cuenta de la rigidez que adquiría mi cuerpo, aunque no me tomó la mano, no me acarició el brazo, no hizo ninguno de los gestos con los que alguna vez, en momentos de estrés mal gestionado, había conseguido calmarme. Sólo siguió con lo que tenía que decirme. Lo hizo alzando la mano para que lo dejara continuar cada vez que yo intentaba decir algo.

Volví a escuchar los argumentos que utilizó durante nuestra primera conversación sobre ese tema, junto con otros que no me esperaba de él y que estaban relacionados con su posición social y con el mantenimiento de esta posición. Al parecer no estaba bien visto que un abogado de éxito mantuviera relaciones estables con una extranjera sin estar casado, que un miembro de una de las familias más respetadas de la comunidad judía de Nueva York conviviera con una gentil. Que su familia le había dicho que, si continuaba conmigo sin que yo me convirtiera al judaísmo y me casara con él, sin que pudieran celebrar la ceremonia de rigor que me abriría la entrada a su clan por la puerta grande, entonces no les iba a quedar más remedio que apartarlo de la familia y de la

comunidad. Iba a decirle que no hubiera sido el primer caso ni el último en que algo así ocurría cuando me interrumpió de nuevo para añadir:

—Salir de mi familia quiere decir que también pierdo todos mis derechos como su heredero.

Así que era eso. Una cuestión de dinero, al fin y al cabo. Supongo que reaccioné como lo hacen quienes no han tenido nunca una fortuna que perder. No supe ver que para él era importante. Sólo pensé que no me quería lo suficiente como para romper con su familia. Es lo que yo había hecho años atrás cuando me fui con Nico y me entristecía que él no fuera capaz de tomar una decisión así. Ya no era tan joven como para defender ese romanticismo de novela rosa, en el que el dinero pierde todo su valor ante el amor, y sin embargo lo hice ante él. Utilicé palabras que lo culpabilizaban por su decisión y me convertían a mí en víctima de unas normas que él no tenía el valor de cambiar. Luego le pedí que me llevara a casa y no subiera conmigo.

Unas horas más tarde empecé a preguntarme por qué me había negado con tanta vehemencia a casarme con David. Si para mí la religión no era importante, ¿qué más me daba fingir una conversión que no sentía y celebrar esa boda de campanillas que su familia necesitaba para salvar su honor? Estoy segura de que David pensaba eso, aunque se guardó muy bien de decírmelo. Yo no estaba dispuesta a jurar que seguiría sin cuestionarlos todos los preceptos que marcaba la Torá. Me asustaba la interpretación literal que suele hacerse de la Biblia, la Torá, el Corán, esos libros que se escribieron hace siglos y que no han modificado ni un ápice sus preceptos, a pesar de que algunos han resultado contraproducentes para el buen entendimiento de los pueblos.

Desde que, durante mi primer año en la universidad, leí a Bertrand Russell y sus argumentos, me había preguntado por qué los seguidores de cualquiera de esos libros sagrados, mi hermano incluido, todavía creían que en ellos se hallaba la única verdad y que quienes la aceptaban como propia eran mejores y estaban más cerca de Dios. Me sorprendió que un hombre bueno, culto y con cierto espíritu crítico como era David no fuera de los que se habían rebelado contra el mandato de su religión, que impedía que un judío se casara con una gentil porque ese gesto haría daño al pueblo

judío y lo debilitaría. Comprendí lo poco que lo conocía, a él y a sus circunstancias, al darme cuenta de que no me había extrañado que, en los últimos meses, a todas las fiestas judías acudiera él solo, sin imaginarme que tenía prohibido que yo lo acompañara. Había respirado tranquila cuando dejó de proponerme ir a comer con sus padres o pasar unos días en la casa de Long Island.

A Carla tampoco la habían invitado a Long Island. No me pareció extraño, porque aquel verano enviamos a las dos niñas a un campamento en las montañas Adirondack, al norte del estado de Nueva York. Era uno de esos lugares donde los niños de ciudad se encuentran con la naturaleza, se afianzan amistades y se crean complicidades y recuerdos. Allí pasan unos días de convivencia en barracones de madera y los monitores les organizan las caminatas, los baños en el lago y las excursiones en canoa. Durante un par de semanas sus noches huelen a repelente de mosquitos aplicado con generosidad. Bajo las estrellas los niños cantan a la luz de la hoguera, comen *marshmallows*[5] y se explican historias de miedo. Un rito iniciático de los niños que por primera vez pasan unos días alejados de la familia. Carla había regresado feliz de la experiencia.

Mientras pensaba en cómo habían transcurrido los últimos años comprendí los esfuerzos que había hecho David para no enemistarse ni con sus padres ni conmigo. Me quería de verdad, aunque eso no iba a cambiar quién era, ni él veía la necesidad de hacerlo. Confiaba en que fuera yo la que cambiara, la que, con el tiempo que llevábamos juntos hubiera encontrado ya razones suficientemente poderosas para hacerlo. Y quizá tenía razón. Sí quería podía fingir unas creencias, como hacían muchos católicos en Italia en las bodas y los bautizos, en honor a la tradición, para acallar críticas, para que nadie los señalara con el dedo. Yo sabía que algunas de mis compañeras de clase se habían aliado con la tradición y cumplían alegres con las normas que les mandaba. La ceremonia de boda lucía mejor si se hacía en la iglesia, vestida de blanco, con música sacra y coro, sermón del sacerdote que pocos escuchaban con atención y proyectiles de arroz a la salida de la iglesia, que si sólo se firmaban unos papeles en un despacho anodino. ¿Por qué no podía hacer yo lo mismo? ¿Por qué, si ya lo había hecho una vez, cuando acepté la ceremonia nupcial impuesta por la familia de Nico? Esta vez se me pedía ir más allá, que la mentira incluyera la

comedia de una conversión.

Había una razón más para mi negativa, que no le mencioné a David porque la descubrí mientras, estirada en la cama a la espera de que me llegara el sueño, pensaba en todo lo que habíamos hablado esa tarde. Tuve que admitir que no era sólo mi sentir agnóstico el que había guiado mi decisión. Aquella conversación en el coche parado abrió brechas que habían existido desde el principio de mi relación con David, aunque yo, a base de taparlas, había llegado a convencerme de que se habían cerrado. Él había estado allí durante los últimos años, me había acompañado, me había guiado en la creación de la empresa, era atento y cariñoso. Era mi mejor amigo. Y yo no tenía suficiente con eso. Quería algo más que él no tenía, aunque no sabía darle un nombre. Sólo que en ningún momento había sido capaz de imaginarme viviendo en su casa, de descubrirlo todas las mañanas a mi lado en la cama, de transitar juntos por la rutina de los días, de tener uno o más hijos con él y educarlos, de envejecer en su compañía. De que ese hombre y esa mujer de blanca e impecable sonrisa, con los que no sabía de qué hablar, se convirtieran en mis suegros y en los nuevos abuelos de Carla. Mientras pensaba en todo eso me vino la imagen de los animales salvajes que, todavía medio dormidos por la anestesia que han usado para capturarlos, sólo se dan cuenta de que están cautivos cuando alguien cierra la puerta de su jaula. Yo deseaba permanecer con la puerta abierta.

Durante los días que siguieron a nuestra conversación no dejaba de preguntarme qué imagen se había formado David de quién era yo, de cuáles eran mis deseos, mis virtudes y mis defectos. No sabía si me amaba de verdad. Comprendí que después de varios años de relación todavía era muy poco lo que conocíamos el uno del otro. Creo que esos días llegué a intuir también que en mi decisión de no ir más allá en mi relación con David influía también mi experiencia con Nico. Con él viví todas las fases: el enamoramiento, la amistad, el amor, la confusión, el desamor y el divorcio. Aprendí que el amor, que se construye poco a poco y que se cree invencible, puede desaparecer para siempre. En el caso de Nico fue el resultado de un traumatismo craneal. ¿Fue sólo eso?, me preguntaba a veces. ¿Qué sería en el caso de David? ¿Qué; fuerza rompería nuestros votos de amor eterno? Era mejor no tenerlos, continuar como hasta ahora.

Yo lo quería así. David no.

Empezamos a vernos con menos frecuencia, luego ya no pasamos ninguna noche juntos. Nos encontrábamos sólo cuando estábamos con nuestras hijas, que continuaban siendo amigas. Fue como regresar al principio, pero diferente. A los dos nos entristecía. Era como si bajáramos de la montaña que habíamos escalado juntos con la esperanza de llegar a la cima, y ahora, casi a punto de tocarla, descendíamos a trompicones, sin ganas de volver a ver el valle que conocíamos de sobra y sin poder parar tampoco el descenso.

Más adelante sólo nos llamamos por teléfono. Hasta que dejamos de hacerlo.

Un año después de nuestra separación, las páginas de sociedad del *New York Times* anunciaban el próximo enlace de David con una joven pelirroja de rizados cabellos. Se llamaba Rachel Cohen y en la fotografía sonreía a la cámara ataviada con un largo y verde vestido de noche. A su lado David lucía elegante con su impecable esmoquin blanco y una nueva montura de gafas.

Lo felicité por su enlace. No me contestó. Poco después supe por Carla que se iban a vivir a Boston. Para entonces yo ya me había acostumbrado de nuevo a no tener pareja. Echaba en falta a David, por supuesto, pero no el futuro que él había diseñado para mí y que ahora compartiría con otra. Aunque cuando el teléfono sonaba tarde por la noche y nadie respondía al otro lado, sentía miedo, y al llegar la mañana reprimía el deseo de llamar a David para que me tranquilizara. O para que me acompañara a la policía a denunciar las llamadas, como ya habíamos hecho una vez sin éxito.

Durante aquellos días me sentía vigilada, como si alguien me siguiera por la calle, al igual que había ocurrido años atrás durante unos meses. Nunca descubrí a nadie y llegué a pensar que era yo quien, en la soledad de mis desplazamientos de un lado a otro de la ciudad, y ante la falta de interlocutor en quien poder confiar, estaba demasiado pendiente de mí. Creí que imaginaba persecuciones inexistentes que aumentaban mi malestar. Como si quisiera castigarme por mi decisión de haber apartado a David de mi vida.

En la empresa tuve que afrontar sola nuevas preocupaciones, tomar decisiones para las que no sabía si estaba preparada y asumir riesgos que al final terminaron escapándose de mi control.

46

Todo empezó a desequilibrarse en *Trani Gourmet Foods* cuando Flora me anunció que se iba a vivir a Chicago con su novio. No me dijo que la empresa de cáterin que pensaba abrir allí ya tenía nombre, menú casi idéntico al que ofrecía yo y bien definido el grupo de clientes potenciales a los que serviría. Eso lo supe más tarde, por Donato, quien a su vez se había enterado gracias a un amigo común que la había visitado en Chicago.

Salvatore, el empleado más antiguo que tenía después de Flora, pasó a ocupar su lugar y yo confié en que, gracias a la experiencia acumulada trabajando a su lado, no tendría dificultad alguna para asumir las nuevas responsabilidades que le había asignado. Lo dejé hacer y me ocupé de aquello que consideraba más urgente: pensar en los cambios necesarios para que *Trani Gourmet Foods* se mantuviera a flote a pesar de la competencia que iba surgiendo. Porque las empresas que llevaban comidas de calidad a los eventos crecían en paralelo al número de residentes de la ciudad que podían permitirse esos servicios. Gracias en gran parte al recién elegido alcalde Rudy Giuliani, en Nueva York empezaba a notarse una cierta euforia emprendedora. Su política centrada en la lucha contra el crimen, el desarrollo económico y la educación pretendía convertir a la gran manzana en una ciudad segura. Empezaron a desaparecer los grafitis del metro y algunas zonas conflictivas de la ciudad limpiaron sus edificios de pintadas para dar paso a los nuevos residentes que más adelante los convertirían en barrios de clase media. La ciudad empezaba a olvidar los años grises que precedieron a la bonanza económica.

Creo que incurrí en casi todos los errores que me habían aconsejado evitar en los cursos de formación empresarial a los que había asistido. El primero fue que perdí demasiado tiempo pensando en nuevas ofertas gastronómicas que no acabaron de convertirse en realidad. Desechaba una a una las ideas que me venían después de mucho esfuerzo por convocarlas. Aquel equilibrio entre tradición y modernidad que había logrado y mis clientes apreciaban, se desvanecía. Empecé a dudar de que pudiera interesar la combinación de dulce y salado en un mismo plato, de que mi oferta de mezclas de verduras y especias mejorara la de la cocina china, tailandesa, mejicana, japonesa, coreana o española. Acabé suprimiendo del menú los platos que apenas me solicitaban y no probé con ninguno nuevo. Había incumplido la regla de oro de todo empresario: primero prueba, y si no funciona, corrige.

Salvatore resultó ser un buen cocinero, aunque incapaz de trabajar bien sin la supervisión de Flora. Tardé demasiado en darme cuenta de que necesitaba una guía que yo ya no podía ofrecerle. Durante aquellos meses siempre me faltaba tiempo, disposición, ánimo, capacidad de gestión. Ya no era capaz de guiarme ni a mí misma. *Trani Gourmet Foods* empezó a ser una carga, una fuente de disgustos, una demostración diaria de que no hacía nada bien, la causa de mi insomnio, de mi mal genio, de mi confusión. Confiar en Salvatore había sido un error del que avisaba cualquier libro sobre la creación y mantenimiento de empresas. Todos los autores insistían en que un empresario no debe tener empleados poco capaces. Para tener éxito, escribían, es imprescindible contratar a personas que sean incluso mejores que uno mismo, a fin de poder apoyarse en ellas a la hora de afrontar los desafíos. Así había sucedido con Flora. Empecé a culpabilizarme de su marcha. Ella supo ver antes que yo que *Trani Gourmet Foods* estaba perdiendo fuerza y no confiaba en mí para sacarla adelante. Por eso se fue.

—No te fustigues tanto, Giulia —me decía Donato en nuestras frecuentes conversaciones telefónicas durante aquellos días—. Flora se ha ido porque ya ha aprendido lo necesario para dirigir su propia empresa. Hay otras personas capaces que están buscando un trabajo como el que tú puedes ofrecerles. Pon un anuncio, haz entrevistas, contrata a alguien y síguelo de cerca durante el periodo de prueba. Y si no funciona, sigue buscando.

Cuando unos días más tarde volvía a llamarme para saber si ya había empezado con las entrevistas tenía que confesarle que aún no había puesto el anuncio.

—¿Qué te pasa, Giulia?

Yo me inventaba cualquier excusa antes de colgar el teléfono porque no sabía cómo explicarle que nada a mi alrededor me despertaba interés. Que sólo Carla me sostenía, que sólo por ella me levantaba todas las mañanas y conducía camino a su colegio como si me importara lo que iba a hacer a lo largo del día. Era una apariencia de normalidad que ella no había tardado en desenmascarar.

—¿Estarás bien, mamá? —me decía cada mañana antes de salir del coche.

Parapetada tras las gafas de sol, asentía con la cabeza y le daba el beso de todos los días. Ella cerraba la puerta despacio, como si tuviera miedo de que cualquier ruido brusco pudiera alterarme todavía más.

Había dejado pasar unos días para no tener que oír de nuevo la voz de la madre de Nico diciéndome que era una impaciente, que cómo se me ocurría pensar que su hijo no iba a cumplir con sus obligaciones. Me dolió escuchar que Carla había dejado de ser una hija para convertirse en un deber, en una pesada carga que Nico se veía obligado a asumir. En aquella ocasión había colgado el teléfono enfurecida. No quise que ella escuchara mi grito de rabia, que enseguida dejó paso al llanto y a mi firme propósito de no volver a dirigirle la palabra. Y así fue.

De eso hacía más de un año.

Nico a veces tardaba en pagar la pensión y yo siempre encontraba la manera de recordárselo hablando directamente con él, sin intermediarios. Lo llamaba a su despacho en la facultad, a las horas en que sabía que podía encontrarlo allí. Ese día no respondió a mi llamada. Tampoco el día siguiente. Tuve que llamarlo a su casa. Respondió ella, su mujer. El llanto del niño se oía muy cercano, como si lo tuviese en brazos. La mujer de Nico, el hijo de Nico. Y yo, al otro lado de la línea, no fui capaz de preguntar por él. «¿Quién es? ¿Quién es?», repetía ella. Colgué el teléfono. Me sudaban las manos.

Al día siguiente volví a llamar. A los dos sitios. En su casa se

puso ella de nuevo. Corté la comunicación antes de que me preguntara quién era. Sabía que mi comportamiento era absurdo, infantil, propio de la mujer insegura en que me había convertido. Y me culpé por no ser capaz de traspasar la barrera que me imponía la voz de aquella mujer y exigirle a Nico que cumpliera como padre de Carla. Me senté, respiré hondo, pasé una y otra vez mis manos por la falda para que se llevara la humedad delatora de mi angustia y volví a marcar el número. No me cabía duda de que sería ella la que respondería de nuevo. Era costumbre de Nico no descolgar nunca el teléfono si había alguien que pudiera hacerlo por él. Durante los años de nuestra convivencia yo fui siempre la que contestaba al teléfono; también la que hacía las llamadas relacionadas con gestiones varias, anodinas, que a ninguno de los dos nos gustaba hacer y que eran necesarias.

—Residencia de… —las palabras eran las que esperaba. No la dejé terminar.

—Hola, soy Giulia. Dile a Nico que se ponga.

Lo dije de carrerilla, casi sin respirar. Temía que si la dejaba hablar volvería a colgar el teléfono como había hecho hacía un rato. Ella debió percibir mi incomodidad en la ausencia de las fórmulas de cortesía habituales. Quizá también respiró tranquila por no tener que usarlas conmigo. Mi prisa le facilitó las cosas.

—Un momento, por favor —se limitó a decir.

Nico no tardó en ponerse al teléfono, aunque a mí me pareció muy largo el tiempo de espera mientras me llegaban los sonidos de su vida doméstica: el ruido de los platos que alguien estaba retirando, el balbuceo del niño, la voz apagada que hablaba desde el televisor, enseguida la voz de ella, la voz de él. Sus pasos acercándose. No sé si oí todo esto o me lo imaginé.

—Giulia, ¿estás ahí? —la voz de Nico pronunciando mi nombre casi tenía la ternura de antes. Me sorprendió escuchar ese tono que creía que ya nunca utilizaría conmigo.

—Nico, este mes todavía no me has enviado el cheque. No sé si te acuerdas de que también tienes una hija.

No quería utilizar ese tono amargo, pero no pude evitarlo. Él no respondió enseguida. Cuando lo hizo, su voz volvió a sonar neutra, distante, como en los días en que gestionábamos nuestro divorcio.

—Disculpa. Mañana lo haré sin falta.

—Procura que no tenga que volver a llamar para recordártelo.

Colgué el teléfono. No le dejé hablar, explicarse. No quería oír la voz que me confirmaba, con excusas inventadas al momento, que Carla y yo pertenecíamos a un pasado que, por alguna razón que todavía no lograba entender, Nico quería olvidar.

Me quedé con la satisfacción, ¿se puede llamar satisfacción a esto?, de que esta vez había sido yo quien había terminado la conversación y no él, como había ocurrido otras veces en que el cheque se había retrasado.

El retraso en el pago de la *alimony*[6] se repitió todavía en varias ocasiones. Tuve que aprender a no sufrir cuando tenía que recordárselo, a que su voz y la de ella no me hicieran sentir como alguien que pedía limosna. Me acostumbré. Me endurecí. Quizá me ayudó el saber que yo había tenido más suerte que otras divorciadas con hijos a su cargo, que debían enfrentarse a largos procesos judiciales y a todo tipo de vigilancias para conseguir que sus exesposos cumplieran con el pago de la pensión. Hasta que llegó el día en que yo también me convertí en una más de esas mujeres que no podían contar para nada con el padre de sus hijos. Para entonces ya hacía tiempo que Nico no se llevaba a Carla el fin de semana que le tocaba y los retrasos en la recepción de los cheques no se solucionaban con una llamada telefónica en la que prometía hacerse cargo. Se fueron acumulando hasta que comprendí que necesitaba a un abogado al que no podía pagar, y David, que hubiera podido ayudarme, ya no formaba parte de mi vida.

De nuevo me olvidé de ir a recoger a Carla al colegio. Era uno de esos días sin encargos, y había pasado la mañana en casa revisando pedidos y facturas y marcando las fechas de los próximos eventos en el calendario. Había comprobado una vez más que eran pocos los días señalados en aquel mes de octubre, muchos menos que en los años anteriores. Octubre solía ser un buen mes. Recuerdo que comí algo ligero y que luego me senté un rato en el sofá. Apenas había dormido la noche anterior y cerré los ojos para descansar un rato.

Me despertó el timbre del teléfono y la amabilidad forzada de quien apenas puede contener su enfado.

—Señora, hemos de cerrar el colegio y su hija insiste en que puede volver sola a casa. Dice que ya tiene diez años. Aunque yo

creo que no debería hacer un trayecto en metro tan largo sin compañía.

—Dígale que me espere, por favor. Voy enseguida —conseguí balbucear.

Miré el reloj. Eran las tres y media y Carla había terminado el colegio a las tres. Yo todavía tenía que viajar de Brooklyn a Manhattan. Un trayecto que me iba a llevar casi una hora de viaje. Recordé aquella otra vez que había llegado tarde y me la encontré hablando con un desconocido.

Estaba demasiado nerviosa para conducir y decidí tomar un taxi. Durante el viaje, apenas podía controlar mi nerviosismo.

—¿No puede ir más deprisa? —insistí en un par de ocasiones.

El taxista me miró a través del retrovisor.

—Señora…

Giré la cabeza hacia la ventanilla para esconderme de su mirada. Vi los coches que estaban parados a mi lado, ocupados por conductores impacientes o conformados. El tráfico habitual de la ciudad a aquella hora me resultó desconocido, mi decisión de ir en taxi con la intención de llegar antes al colegio, absurda, propia de quien ya no tiene criterio. Nunca me había sentido tan mal conmigo misma como durante aquel viaje de Brooklyn a Manhattan que empecé en taxi y terminé en metro y luego andando todo lo rápido que pude.

La mujer de la limpieza me abrió la puerta del colegio y Carla salió tras ella y se echó a mis brazos.

—Su maestra la ha dejado a mi cargo porque ha tenido que irse.

—¿Qué te pasa en la cara, mamá?

—Señora, ¿quiere un vaso de agua?

Sólo entonces me di cuenta de que me ardía la cara, el cabello se me había pegado al cuello y me costaba hablar sin pararme a respirar entre palabra y palabra.

Bebí el agua que me ofreció la mujer, le di las gracias, tomé a Carla de la mano y echamos a andar despacio. Fue idea de Carla que entráramos en el Central Park.

Me senté en un banco y observé los tonos rojos, ocres y amarillos con que me obsequiaban aquellos árboles opulentos que no parecían de ciudad, que ocultaban edificios y aislaban de ruidos. Sólo escuchaba las pisadas de Carla quien, al ver que me sentaba y

no le decía nada, se había puesto a caminar entre las hojas caídas y a recoger aquellas que tuvieran los colores más bellos, como yo le había enseñado a hacer cuando era pequeña.

Hice recuento de los veinte años que habían pasado desde mi primer otoño en América, cuando llegué con Nico a aquel campus universitario que también se vistió de colores durante el otoño y de blanco durante el invierno. Miré a mi hija y no quise pensar en nada que no fuera ella.

Me levanté del banco y me puse a recoger hojas a su lado. Carla volvió a sonreír de la forma en que lo hacía cuando estaba contenta.

Aquella Navidad no pudimos ir a Italia para pasarla con mi padre como habíamos planeado. Al fin habían llegado algunos encargos, que no podía dejar en manos de Salvatore. La desilusión de mi padre y de Carla cuando les comuniqué la noticia fue un motivo más de mi inapetencia, de mi falta de ilusión por mi trabajo. Cumplir con mis compromisos se había convertido en una pesada carga. Ya nada quedaba de aquel espíritu de aventura y de ganas de aprender que me había guiado durante los primeros años. Era incapaz de ilusionarme de nuevo. Me pesaba esa obligación que me alejaba de mi padre en unas fechas tan señaladas.

—Papá, venid tú y Ángela. Nueva York se pone muy bonita durante la época de Navidad. Os va a gustar.

—No, hija. No puede ser. No creo que el médico me permita viajar en avión. Y Ángela… Ángela no querrá separarse de su familia.

Volvimos a hablar por teléfono la noche del 24 de diciembre y el día de Navidad. Al otro lado de la línea se oía la algarabía que formaban los muchos familiares de Ángela. Contrastaban aquellos sonidos de alegría con la voz grave de mi padre y el silencio de nuestro salón, donde las luces de colores del arbolillo que había instalado unos días antes se empeñaban en encenderse y apagarse, como si a Carla y a mí nos importara que lo hicieran, como si ellas tuvieran la potestad de aliviar el llanto de Carla que se desató cuando colgué el teléfono. O de darme a mí la energía necesaria para seguir pensando que todo iría bien, que conseguiría salir adelante.

Abrimos nuestros regalos en silencio. Bajo el árbol quedó el paquete que Carla había preparado para dárselo a su abuelo.

—Se lo llevaremos este verano —le dije a Carla mirando el paquete.

Y encendimos la televisión justo cuando empezaba la película del ángel que debe ayudar a un mortal a ser feliz si quiere conseguir sus alas. La misma que pasaban todos los años ese día y cuyos diálogos muchas familias se sabían de memoria.

El teléfono que unas horas antes me había permitido compartir palabras y confidencias con mi padre, con Gabriella y con Donato, ahora reposaba en silencio. Carla lo había usado también para llamar a Sarah. Debió de sonar en una casa vacía porque nadie lo descolgó.

Durante la noche volví a recibir otra de esas llamadas en las que sólo podía escuchar que alguien respiraba antes de colgar.

Carla me acaba de decir que no podrá venir por Navidad. Es la primera vez que no vamos a estar juntas en estas fechas. Estoy segura de que tiene un secreto que no quiere confiarme. Me he esforzado en no insistir en hacerle preguntas de las que no voy a obtener respuesta. Me dice que es feliz y yo la creo. Eso debería bastarme y no es así.

Saco el archivador donde está todo lo que guardo de *Trani Gourmet Foods* y me dispongo a revisar su contenido. Estoy buscando una inspiración en aquellos papeles, una constatación de que, si una vez fui capaz de crear algo de la nada, ahora también lo voy a conseguir. Lo primero que encuentro es una fotografía en la que aparezco sonriendo, en compañía de Salvatore y Flora. Me pregunto qué habrá sido de ellos.

Suena el teléfono.

—Rápido, pon la televisión —dice Gabriella—. Luego hablamos —añade. Y cuelga.

Voy a la sala y enciendo el televisor. En la pantalla, nuevas imágenes de olivos cortados y quemados se suceden. Hay varios fragmentos de entrevistas con residentes de lugares próximos a los olivares. Hablan de coches Mercedes y Jaguar apostados cerca, de productos químicos que se están echando a las raíces de los árboles.

Algunos de los entrevistados afirman que una empresa estadounidense lanzó una cepa genéticamente modificada de la bacteria *Xylella*, que compró a una empresa brasileña, para luego poder ofrecer un tratamiento. Otros están convencidos de que, quienes apoyan la propuesta de construir el gaseoducto Trans-Adriático desde Turquía hasta Europa, a través de la Puglia, quieren «limpiar el terreno ocupado hoy por los olivares para asegurar el lucrativo negocio».

Me alegro de que mi padre ya no pueda oír todo esto.

47

Aquel año de 1996 viajamos a Specchia antes de que llegara el verano, y tuvimos que hacerlo con el dolor pegado al alma, porque mi padre había muerto sin que pudiéramos despedirnos de él. Ocurrió de repente, como tiempo atrás nos habían avisado que podía pasar, cuando ya todos pensábamos que los médicos estaban equivocados. Mi padre se fue a dormir después de cenar y Ángela lo descubrió frío a su lado a la mañana siguiente.

El teléfono sonó en Nueva York a la hora en que lo hacían las llamadas misteriosas y las malas noticias. Ya nunca más volvería a oír sonido alguno desde aquel aparato porque, cuando diez días más tarde Carla y yo regresamos al apartamento, sólo fue para llenar algunas cajas con lo que queríamos enviar a Italia.

Volvía a Specchia. Lo había decidido durante aquellos días tristes que siguieron al entierro de mi padre. O quizá él lo había decidido por mí. Me conocía demasiado bien como para saber que no le fallaría. Me dejaba la casa y el olivar más grande. Y un despacho lleno de carpetas y archivadores en perfecto orden, desde donde él había tomado todas las decisiones importantes para mantener el olivar productivo. Allí, explicaba en la nota adjunta al testamento, yo iba a encontrar toda la información que necesitaba para aprender a llevar la empresa tan bien como él lo había hecho. Para hacerla crecer y pasarla a mis hijos.

A Ángela le había dejado el terreno adyacente, con pocos olivos y una casa pequeña que habían terminado de construir hacía poco, a petición de Ángela. Uno de sus hermanos le había dicho que podrían alquilarla a los viajeros que, huyendo de las ciudades

italianas rebosantes de turistas, buscaban en el sur más lejano y desconocido, en aquella punta de tacón de la bota que dibujaba el mapa de Italia, la tranquilidad que antaño habían hallado escritores y pintores en lugares como la Toscana.

Ni a Ángela ni a su familia les gustó el reparto que había hecho mi padre. A la salida de la notaría donde se leyó el testamento, ella no fue capaz de esconder su decepción. Rompió su silencio dolido con la pregunta que había reprimido durante la lectura del documento que ella había imaginado diferente.

—¿Qué vas a hacer tú con la casa y el olivar si vives en Nueva York? Creo que Tommaso no sabía qué estaba haciendo. Y tu hermano, ¿qué me dices de tu hermano? No le ha dejado nada.

—Ya lo sabía —intervino él—. Me había dicho en más de una ocasión que no me iba a dejar nada porque no quería que se lo llevara la iglesia.

—¿Y no te importa?

Él se encogió de hombros.

—En absoluto. No quisiera estar ahora en el lugar de Giulia. ¿Qué vas a hacer? —dijo dirigiéndose a mí.

—Ocuparme del olivar, como él me ha pedido que haga.

Las palabras salieron sin que yo llegara a tiempo de pensarlas antes. Ellos me miraron expectantes, querían saber cómo pensaba hacerlo. No tenía respuesta a su pregunta. Creo que fue en aquel momento cuando tomé la decisión que me trajo de vuelta a la casa de mi infancia y al olivar que nunca dejó de ser mío, como pude comprobar por la fecha en que había sido redactado el testamento, cuando yo todavía estaba en el instituto y mi hermano en el seminario del que saldría convertido en sacerdote. A pesar del silencio con el que me castigó durante años, a pesar de su matrimonio con Ángela, mi padre no había querido cambiar nada de lo que dispuso tras la muerte de mi madre.

Me fui de Nueva York a sabiendas de que la echaría de menos, aunque ya no dejaba allá a nadie a quien una vez quise, ni a quien creí querer, tampoco nada de lo que una vez fue mío. No quise ver a Nico antes de irme, quería ahorrarme ese dolor del que no conseguía librarme las pocas veces que nos habíamos encontrado

desde nuestra separación. Él había reducido su relación conmigo y con Carla a pagar, cada vez con menos regularidad hasta que dejó de hacerlo, la cantidad destinada al mantenimiento de su hija que se había acordado tras el divorcio. Todo lo relativo a sus responsabilidades con Carla tras nuestra partida lo acordamos por teléfono. Carla tampoco pidió ver a su padre. Todavía iba a tardar muchos años en perdonarle que hubiera elegido vivir con su otro hijo y no con ella.

Trani Gourmet Foods quedó convertida en unos cuantos papeles que debía firmar para pagar a los empleados y a los proveedores, para cancelar los pocos compromisos que tenía pendientes, para vender la camioneta y los utensilios de cocina, para pagar los gastos de dar de baja una empresa en horas bajas que nadie quiso comprar. Guardé como recuerdo los menús impresos de las distintas etapas por las que había pasado y los textos de las historias que una vez fui capaz de inventar con facilidad para acompañar a cada uno de los platos que ofrecía y que ahora me sentía incapaz de seguir haciendo. También guardé un listado de mis clientes habituales. Todo cabía en un pequeño archivador. Allí también puse unas fotos, de la calle donde había vivido y del interior del apartamento. Y otras con Nico, con David, con Donato. Dudé en añadir una de Claudia, una instantánea tomada en los días en que ella y yo salíamos a pasear por las calles de Nueva York. Al final decidí que sí. Ella también formaba parte de mis años en esa ciudad que llegué a hacer mía. Me llevé todo esto conmigo con la intención de que me sirviera de recordatorio de un tiempo vivido del que pronto iba a carecer de referentes.

Los recuerdos viajaron conmigo; con el tiempo algunos se quedaron y otros se fueron. Carla fue mi testimonio del tiempo pasado en América, y en Italia me ayudó a dar forma a ese nuevo presente de escenarios familiares y retos desconocidos. Desafíos que asumí con una mezcla de curiosidad por todo lo que debía aprender sobre olivos, aceites, maquinarias y exportaciones, miedo a equivocarme en mis decisiones y a la vez confianza en que saldría adelante.

Apunté a Carla al mismo instituto en que yo había estudiado, y fui yo quien la esperaba todas las tardes en casa, como había hecho mi madre conmigo. Yo no salía de la cocina al verla llegar, como

hacía ella, sino del despacho que había sido de mi padre, con las gafas de leer todavía puestas y algún papel de los que estaba estudiando en la mano. Ella me daba un beso y charlábamos un rato, cada vez más corto. Un día llegó acompañada de un joven, Giovanni. Creo que fue entonces cuando al fin comprendí que ya no era la niña que llegó conmigo desde Nueva York. Aunque ya hacía tiempo que era más alta que yo, que se maquillaba cuando salía con las amigas y se vestía con pantalones y camisetas ajustadas que le marcaban la cintura y los pechos de la mujer en que se estaba convirtiendo.

A Ángela la veía poco, y siempre en la ciudad. Las dos evitábamos la compañía de la otra. Ella porque creo que la humillaba saber que yo era la dueña de la que fue su casa durante años, yo porque sabía leer la rabia en su mirada y en su saludo forzado, y porque me sentía incapaz de encontrar un tema del que pudiera conversar con ella.

Durante los primeros años tras mi retorno tuve que aprender a defenderme de quienes veían en una mujer, y casi una extranjera, «la americana» me llamaban, una presa fácil. Llegaban a mí envalentonados, pensaban que les sería fácil conseguir rebajas en los precios de venta del aceite, venderme maquinaria obsoleta o convencerme de traspasar el olivar a un precio ventajoso para quien hacía la oferta. Me costaba mantenerme firme ante todos ellos, no porque no supiera que me estaban engañando, sino porque me agotaba alimentar esa actitud de estar siempre a la defensiva, de ser la más fuerte, de ganar las batallas que ellos provocaban y en las que no tenía más remedio que luchar para defenderme. Y debía hacerlo sola, sin nadie que me diera ánimos para seguir adelante como había hecho David durante los primeros tiempos de *Trani Gourmet Foods*. Tampoco tenía un amigo como Donato, capaz de guiarme a la hora de navegar entre las numerosas dificultades que se presentaban en todo lo relativo a la explotación del olivar. No tenía a nadie de quien recibir consejo sobre cómo vender e innovar con criterio, o acertar en el cálculo de los riesgos y los beneficios. Sólo disponía de las notas que había dejado mi padre acerca de las decisiones tomadas a lo largo de los años y el recuerdo vago de conversaciones escuchadas durante la adolescencia que mencionaban situaciones y peligros que le habían preocupado.

Muchas veces añoraba la compañía serena de David, su amor que nunca fui capaz de corresponder a pesar de intentarlo. A menudo pensaba que esa y no mis principios agnósticos fue la verdadera razón por la que no quise convertirme al judaísmo y casarme con él. A Nico lo había escondido en el lugar menos accesible de mi memoria. Sacarlo de allí todavía me hacía daño. Todavía se me alteraba un instante la respiración cuando observaba en Carla algún gesto de él, cuando la mirada ilusionada de mi hija me recordaba a la suya en aquellos días en que los dos planificábamos juntos un futuro que nunca llegó a existir como nos habíamos imaginado.

Aquello que ya presentí durante la primera visita a Specchia tras mis años de ausencia se convirtió en evidente cuando me instalé allí de forma definitiva. No vestía como las mujeres de mi edad que vivían en la zona; tampoco seguía las modas que venían de Milán. Combinaba los colores de manera poco habitual y había optado por una informalidad cómoda que me alejaba de los zapatos de tacón, de los vestidos demasiado elegantes y de las visitas semanales a la peluquería. Desconocía los asuntos que preocupaban a la gente, ignoraba los detalles de las decisiones políticas que habían perjudicado o favorecido a los habitantes de la Puglia y que la gente comentaba con profusión. Apenas empezaba a reconocer los problemas viejos que perduraban y a enterarme de los nuevos, de las frustraciones y los deseos de quienes a menudo se sentían despreciados por los italianos sofisticados del norte, que se dedicaban a la industria y no a la agricultura. Porque la industria era sinónimo de riqueza y la agricultura de pobreza, de subdesarrollo. Y en ese sur olvidado persistía la mezcla de desconfianza y admiración hacia quienes venían de algún lugar más al norte de Roma. Yo no tenía lugar, nadie sabía qué etiqueta ponerme. Me había ido de allí y había vuelto, cuando la habitual era que quienes se iban sólo volvían de visita si habían hecho fortuna fuera, o no volvían para que nadie supiera de su fracaso. Hablaba un italiano salpicado de giros en inglés y a veces me quedaba buscando la palabra que necesitaba para nombrar algún objeto, porque sólo me venía a la cabeza en aquella lengua foránea.

Nada tenía ya en común con mis compañeras de colegio y de universidad. Ellas formaban un grupo en el que yo era una extraña.

Se reunían con sus maridos y sus hijos en comidas interminables, o viajaban juntos a países del centro y el norte de Europa, donde les molestaba que el vino fuera tan caro y la comida insulsa y nadie los entendiera cuando hablaban en italiano. Al principio me invitaron a unirme a esas comidas y excursiones, pero dejaron de hacerlo al ver que no entendía sus bromas y no compartía sus opiniones sobre muchas cosas, y en especial sobre los Estados Unidos. Un país que no habían visitado y del que pretendían conocerlo todo. Yo no podía por menos que reaccionar ante la gran cantidad de tópicos que manejaban y perpetuaban como si fueran verdades únicas e inamovibles. Se movían entre la admiración más pueril alimentada por el cine de Hollywood y el odio visceral, a causa de la política internacional, desafortunada e imperialista a veces, que practicaba Estados Unidos. La guerra del Vietnam, el papel de la CIA en el golpe de Estado de Chile, todos aquellos sucesos por los que nos habíamos movilizado durante los años en la universidad, habían conformado su opinión de un país y, por ende, de sus habitantes. Para ellas todos los americanos eran blancos, de ojos azules y ricos, que vivían en casas enormes con jardín y perro. También afirmaban que eran incultos, comían sólo hamburguesas y se paseaban armados por las calles.

De nada me servía explicarles la variedad de orígenes, razas, situaciones económicas, estéticas y niveles educativos de las gentes diversas que poblaban el país, de lugares de residencia, maneras de vivir y formas de alimentarse que yo había descubierto durante mis años allí. A menudo añoraba la capacidad emprendedora de esos hijos de la emigración que habían levantado un país nuevo, su voluntad de dar cobijo y oportunidades a personas tan diversas, de esforzarse por mantener una muy difícil actitud de respeto hacia todas las razas y creencias religiosas y de incorporar en su dieta aquello que muchos habían traído de sus países de origen. Añoraba también los espacios libres, los parques naturales extensos, con sus bosques y lagos y la forma en que se enseñaba a los niños a respetarlos. Recordaba los pícnics con David y Sarah, los *beagles* untados con queso Philadelphia y los sándwiches de huevo duro picado y mayonesa que tanto le gustaban a David. Y cuando volvía a casa después de alguno de esos encuentros con mis antiguas compañeras, yo sabía que no era «la americana», como ellas

insistían en llamarme, ni la italiana, ni la pugliesa, como nos llamaban a quienes vivíamos en la Puglia. Yo era todo eso a la vez.

Gabriella llega a casa cargada con bolsas del supermercado. Una vez más ha hecho la compra por mí. Escucho su incesante parloteo. Me gusta verla trajinar en la cocina, abrir y cerrar los armarios. Intento ayudarla. No me deja.

—Anda, siéntate —me ofrece una silla—. Todavía estás débil.

La observo desde allí. Vuelve a ser la Gabriella de siempre, no aquella a la que volví a ver después de mis años de ausencia.

48

Gabriella regresó a Specchia cuando yo ya veía imposible tener amistad con nadie y empezaba a pesarme la soledad de los fines de semana en que prefería quedarme en casa a intentar fingir que lo estaba pasando bien con mis amigas de antaño y sus familias. El día de su llegada apenas fui capaz de reconocer a aquella mujer de una delgadez extrema que bajó del coche con sombrero de ala ancha y gafas de sol en una tarde nublada. Lo único que no había cambiado en ella era la elegancia desenfadada de sus movimientos, a pesar de que la ropa le venía demasiado holgada y se había puesto, contra su costumbre, unos zapatos planos.

—Giulia, ¡cuánto tiempo!

El abrazo emocionado que nos dimos después de tantos años sin vernos me pareció que no venía de ella, sino de una desconocida que casi me hizo daño con la protuberancia de sus huesos, que no olía a perfume caro como yo la recordaba. Cuando al fin se quitó las gafas y el sombrero me sorprendieron las marcas azules bajo sus ojos que no se había preocupado en maquillar, la palidez de su rostro, el cabello mate y cortado sin gracia en vez de la melena brillante con la que yo la recordaba. Sus ojos no habían cambiado de color, y reconocí en ellos el cariño de siempre. Había otros mensajes en su mirada que no supe interpretar y que irían cobrando sentido a lo largo de la tarde.

Nada había sabido de ella desde la última carta que me escribió en la que me comunicaba que todavía estaba viviendo en Tokio y yo confiaba en que me explicaría qué le había ocurrido que justificara su silencio demasiado largo. Ella tardó en sentirse

cómoda en la casa que tan bien conocía. Le cedí su lugar preferido cerca de la ventana, aunque allí había una butaca distinta a la que había ocupado siempre que venía a vernos. Aquella desde la que engañó a mi padre y me organizó la escapada con Nico que cambiaría mi vida. Aceptó con gesto distraído mi oferta de café y no me acompañó a la cocina charlando sin parar como había sido su costumbre. En lugar de eso se quedó sentada, con la vista fija en el olivar que podía verse desde la ventana.

Gabriella fue añadiendo cucharadillas de azúcar a su café, como si no las contara, como si no fuera a tener bastante. Luego se llevó la taza a la boca sin remover el azúcar. Dejó la taza sobre el platillo y forzó una sonrisa. Tenía los labios pelados, resecos, y una pequeña herida en la comisura derecha que seguramente le dolería al sonreír. Volvió el rostro hacia la ventana y empezó a hablar:

—Hiroshi era japonés y vivía en Milán cuando yo me trasladé allá después de pasar un tiempo en Roma. Nos conocimos en una feria de moda. Era uno más de los colaboradores de Rei Kawakubo. Diseñaba nuevas piezas a partir del estilo que había hecho famosa a la creadora de *Comme des garçons*.

—Sí, recuerdo haber visto una tienda suya en Nueva York. Mucho color negro, formas trapezoides, largos desiguales. Creo que lo llamaban estilo *Hiroshima chic* o algo así, ¿verdad?

No contestó. Creo que ni siquiera había oído lo que acababa de decirle.

—Hiroshi había aprendido mucho trabajando para ella, pero buscaba crear algo diferente, con más color. Milán le pareció el lugar ideal. Encontró allí una elegancia y sofisticación muy distintas a las que estaba acostumbrado y una cultura que quiso descubrir. Enseguida se hizo amigo de italianos, adoptó nuestra forma de vestir, de comer y de divertirse. Aprendió el italiano deprisa y hacía gala de ser uno más entre nosotros. Nunca lo vi en compañía de alguien de su país.

—Y le gustó tu compañía más que ninguna, ¿a que sí? —sonreí.

—Sí. —Se volvió hacia mí, no me devolvió la sonrisa—. Me casé con él. Lo amaba como nunca imaginé que podría amar a alguien. Y él a mí. Empezamos a trabajar juntos en nuevos diseños, que no gustaron en Milán. Usábamos colores intensos, vestidos de anchura excesiva, camisas de caballero demasiado caras para llevarlas sólo

una vez, pues era imposible no recordar sus formas y colores.

—¿Por eso os fuisteis a Japón?

—Fue idea mía. Él no quería volver a su país. Nunca dejaré de arrepentirme por haber insistido tanto.

Gabriella tomó la taza de café y bebió un nuevo sorbo. Después removió el azúcar con la cucharilla y no volvió a beber.

—¿Y gustaron vuestros diseños?

—Sí, mucho. Ojalá hubieran fracasado y así habríamos regresado aquí cuando él todavía tenía ganas de volver. Luego las perdió por completo. El éxito le devolvió el orgullo por su propia cultura y empezó a comportarse de la forma en que lo hacían los hombres japoneses a los que él siempre había criticado. Empezó a mostrarse de manera intransigente conmigo.

—¿Intransigente? ¿En qué sentido?

—Primero fueron sólo pequeños detalles que me divertían, como por ejemplo que se enfadara cuando no dejaba los palillos en paralelo sobre el bol de arroz sino plantados en vertical. La tradición dice que hacerlo así trae mala suerte. O que no pusiera los zapatos con las puntas hacia afuera cuando me descalzaba para entrar en casa o en cualquier otro lugar. O que no supiera distinguir entre chinos y japoneses…

—¿Y luego?

—Luego quiso que me comportara como su madre, como su hermana, no como Rei Kawakubo, que tenía libertad para viajar y vivir como quería, sino como las mujeres japonesas casadas que debían ocuparse de su familia. Poco después nació Haruka.

—¿Tienes una hija? ¡Qué bien! ¿Por qué, por qué no me lo dijiste? ¿Cuántos años tiene?

Ella guardó silencio y bajó la cabeza.

—Murió cuando tenía dos meses. Muerte súbita. Les pasa a algunos bebés, nos dijeron.

Le tomé las manos en un intento de consolarla. Estaban frías. Ella las retiró enseguida y las cruzó sobre su regazo.

—Gabriella, ¿por qué no me dijiste nada?

—Porque no podía hablar ni escribir. Porque estaba convencida de que quería morirme yo también. Nos aislamos de todo y de todos, Hiroshi y yo. Convertimos nuestra pena en una acusación mutua. Los dos le echábamos la culpa al otro de lo ocurrido: si tú la

hubieras acostado de lado, si tú la hubieras vigilado, si tú…

—Estas cosas suceden y nadie tiene la culpa.

—Eso nos decía el médico, pero no quisimos creerle. Tras la muerte de la niña Hiroshi empezó a volver a casa tarde. Me despertaban sus gritos al llegar y me asqueaba su olor a saque las noches que intentaba acariciarme antes de quedarse dormido por la borrachera.

Aquella tarde entendí al fin la causa del silencio de Gabriella. La muerte de su hija cambió el sino de su matrimonio. La casa donde habían vivido con amor y respeto, a pesar de las diferencias culturales, se llenó de gritos, de sollozos, de amenazas. De acusaciones que compartieron con Hiroshi otros miembros de su familia que los visitaban para consolarlo a él de su pérdida. Gabriella escapaba de allí, huía al barrio de Ginza o de Harajuku con la esperanza de encontrar alguna distracción mirando las tiendas de moda, como siempre le había gustado hacer. Esos lugares que a su llegada a Japón le habían inspirado para buscar nuevas formas y colores, para que sus diseños no fueran ni japoneses ni europeos sino una sofisticada mezcla de ambos, ahora sólo le causaban temor. Se sentía observada y criticada por quienes siempre habían pasado educadamente por su lado, con ese orden y respeto tan japonés que hace posible que grandes multitudes se muevan por una ciudad tan densamente poblada como Tokio, crucen calles y tomen el metro sin molestarse los unos a los otros. Al final fue su hermana quien, preocupada por no saber nada de ella y ante las repetidas veces en que alguien descolgaba el teléfono y lo volvía a colgar sin decir nada, tomó un avión y se presentó en su casa.

La encontró sola, sucia de vómito, rodeada de basura, incapaz de decir una palabra, de explicar qué había ocurrido. Ya no había nada de Hiroshi en la casa. En una habitación cerrada su hermana descubrió paredes pintadas en colores pastel y dibujos infantiles y la cuna donde había muerto Haruka.

Al día siguiente las dos hermanas volaban de regreso a Italia y poco después Gabriella empezaba un largo camino hacia la recuperación en el que no faltaron las recetas de antidepresivos, los intentos de suicidio y una estancia en un sanatorio donde vigilaban que tomara la medicación y anotaban cualquier pequeña mejoría o

recaída. Hacía unos meses que al fin le habían dado el alta.

La consideraban curada, capaz de seguir adelante. No podían borrarle los malos recuerdos ni el sentimiento de pérdida que todavía la atenazaba, aunque sí habían sido capaces de conseguir que decidiera continuar viviendo.

Gabriella no quiso volver al mundo del diseño y de la moda. Y fue su hermana quien le ofreció la oportunidad de comenzar de nuevo. Lo hizo empleándola en la escuela de idiomas que había abierto en Lecce, donde enseñaban inglés y francés a quienes no habían aprendido estas lenguas en la escuela y las necesitaban para acceder a un empleo mejor. A Gabriella le gustaba su trabajo de profesora de inglés. La había obligado a esforzarse por mejorar el conocimiento de la lengua que había aprendido a hablar durante el tiempo que vivió en Japón, donde no tenía otra forma de comunicarse. Aunque los japoneses hablaban poco inglés y mal, le resultaba más fácil comunicarse en esa lengua en su trabajo que intentar avanzar en el conocimiento del nuevo idioma. En Tokio apenas logró aprender unas palabras en japonés y sólo lo usaba cuando no le quedaba más remedio.

Había vivido en casa de su hermana hasta hacía un mes, cuando al fin halló la fuerza suficiente para instalarse en un apartamento pequeño y luminoso, cerca de la escuela de idiomas, que me invitó a visitar.

—Creo que saldré adelante —dijo al terminar su relato.

No me cabía la menor duda de que Gabriella volvería a ser la que fue. Me alegré de haberla recuperado, de que nuestra amistad se hubiera mantenido a lo largo de los años y las dificultades. Comprendí las razones de su silencio. Comprendí también que yo ya no estaba sola, que no era la única que había vivido de forma diferente a las mujeres de nuestro entorno, que podía compartir con Gabriella aspectos de mi pasado que ella sí sería capaz de comprender, porque también había conocido otra cultura, había vivido en otro país y allí había perdido a quien amaba.

Pocos días después de nuestro reencuentro visité a Gabriella en Lecce. La esperé a la puerta de la escuela. Vi salir a alumnos, en su mayoría muy jóvenes, que llevaban libros de gramática y de

ejercicios para practicar el inglés. Eran distintos a los que yo había usado en Amherst, cuando acudía a aquellas clases para extranjeros con Nasila. Me pregunté qué había sido de ella desde la última carta que me envió. Hacía ya muchos años de eso. Me prometí escribirle, aunque quizá ya sabía que no iba a hacerlo.

Me giré al sentir que alguien me miraba con insistencia. El hombre hizo ver que tenía su atención puesta en otro sitio. Tenía la tez un poco oscura de los hombres del sur, el cabello algo canoso, puede que tuviera incluso mi edad. Yo había visto ese rostro en algún sitio, estaba segura.

Cuando momentos después salió Gabriella de la escuela seguía preguntándome dónde había visto ese perfil, que pude observar con claridad cuando el hombre empezó a andar en dirección opuesta a donde me encontraba. No sabía quién era ni por qué me miraba. Iba a preguntarle a Gabriella si lo conocía, pero cuando quise señalárselo ya no pude encontrarlo.

Entonces todavía no supe ver que no era casual que él estuviera allí.

—Ya me voy, Giulia —dice Gabriella al salir de la cocina.

—¿No te quedas a comer?

—No, hoy tengo una reunión importante. Es por —duda un instante antes de continuar—, es por el tema de la adopción.

Unos días atrás me había confesado al fin su deseo de ser madre de nuevo y que hacía casi un año que había iniciado un proceso de adopción.

—¿Tienes nuevas noticias?

—Sí, y no son buenas. Los bebés quedan descartados. Ya me lo imaginaba.

—Lo siento de veras —me levanto de la silla para ir hacia ella. Gabriella alza la mano para que me vuelva a sentar.

—No me importa adoptar a un niño que no sea un recién nacido. El problema es que no sé si me van a dejar. Soy demasiado mayor y no tengo pareja.

Coge el bolso y se dirige a la puerta.

—Te llamaré esta noche y me cuentas.

—De acuerdo —dice ella ya de espaldas a mí, aunque yo sé que

prefiere que no la llame.

Gabriella rehúsa que los amigos compartan sus vicisitudes con la misma vehemencia con la que siempre está dispuesta a ayudarlos.

49

Abrí la puerta de casa y Ángela estaba allí. Me sorprendió su visita. No había venido a casa desde el día de la lectura del testamento de mi padre. En la mirada que recibí de ella esa tarde pude leer todo el rencor acumulado hacia mí. Creo que no se trataba sólo de que mi padre me hubiera dejado el olivar; estoy segura de que en más de una ocasión había deseado que ni Carla ni yo existiéramos. Le dolía que fuéramos el único afecto que llenaba de verdad el corazón de mi padre, quizá siempre supo que ella no iba a tener nunca el lugar de privilegio que ocupábamos nosotras. Lo había visto en la forma en que mi padre nos miraba, nos hablaba, nos añoraba cuando estábamos en Nueva York. En que fue mi nombre la única palabra que pronunció antes de morir, como me dijo, quizá con la sola intención de hacerme sentir mal porque yo no estaba allí con él. Sus sospechas quedaron comprobadas con aquel testamento que mi padre nunca cambió, a pesar de los años que pasó sin hablarme, y que me hacía heredera de sus tierras. Ahora ella vivía en la casa nueva que construyeron cuando estaban juntos y que alquilaban a los turistas que empezaban a descubrir la Puglia. Allí se había trasladado con todos sus muebles, que había mandado recoger tan pronto supo que yo iba a instalarme en la casa de mi padre.

Me saludó con una sonrisa que ella quería aparentar natural y yo supe que era forzada. Todavía vestida de luto riguroso, como las mujeres de antes, en contraste con las prendas coloridas que yo no había dejado de usar. Me miró de arriba abajo.

—¿Puedo pasar? —dijo cuando ya había traspasado el umbral.

Miró a su alrededor.

La casa estaba casi vacía. Todavía no había tenido tiempo de traer los muebles de mis padres que quería conservar y que ella había trasladado al cobertizo durante el tiempo que vivió en la casa. Había comprado un sofá nuevo, ligero, de tapicería clara, que justo me habían traído el día anterior y que ella avistó al instante y fue a sentarse en él. No me quedó más remedio que sentarme a su lado. Las sillas recién compradas estaban todavía dentro de sus embalajes y la mesa a medio montar.

Ella no se entretuvo en iniciar una conversación banal que ni una ni la otra queríamos mantener. Fue directa al asunto que la habría traído hasta allí.

—Giulia, no sé si te has enterado, pero…

—¿Enterado de qué?

Ángela miró hacia la ventana, hacia los olivos de hermosos troncos retorcidos que estaban allí desde siglos antes de que se construyera la casa. Suspiró.

—Los olivos están enfermos —dijo sin dejar de mirar al mar de hojas, ahora verdes, ahora un poco azuladas, que se movían a merced del viento.

—¿Qué olivos? ¿Los de mi padre? Yo los veo muy sanos.

Ella apartó la vista de la ventana, tomó su bolso y lo abrió.

—Todos los olivos de la Puglia. Mira —sacó un recorte de periódico y me lo entregó para que lo leyera.

Allí estaba toda la información. Los olivos atacados por una bacteria desconocida, la producción de aceite amenazada, los propietarios de olivares asustados ante la inminente tala de sus olivos anunciada como la única solución posible para que la enfermedad no continuara extendiéndose. Muchos estaban dispuestos a vender sus tierras. Había quienes querían comprarlas para darles otros usos, aunque en el artículo no se mencionaba cuáles podrían ser esos usos. «Prefiero no tener que ver como talan mis olivos, por eso vendo ahora mis tierras», decía uno de los propietarios a los que el autor del reportaje había entrevistado.

Quería preguntarle qué le importaba a ella que los olivos estuvieran enfermos, para qué venía a decírmelo. Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme.

—Ya han empezado con la tala en muchos olivares. Tarde o

temprano alguien vendrá con la propuesta de que le vendas tus tierras. Quisiera decirte que —calló un momento—. Quisiera decirte que, si algún día te decides a vender, que pienses primero en mí. Puedo comprar estas tierras. Mi familia me ayudaría, pediría una hipoteca al banco si fuera necesario.

Por un momento volví a ver a mi padre, tantos años atrás, furioso con el padre de Nico porque quería comprarle sus tierras. Mi reacción, que salió de dentro, no fue en nada distinta a la suya. Parecía que él me estuviera dictando las palabras, aunque era yo quien las pronunciaba y quien de verdad creía en ellas.

—No voy a vender el olivar, Ángela. Ni a ti ni a nadie. Si los olivos están enfermos buscaré la manera de curarlos. Si durante unos años no puedo producir buen aceite, lo superaré más adelante. Así lo hizo mi padre siempre que tuvo algún problema, así voy a hacerlo yo. No pude evitar preguntarle:

—¿Para qué quieres comprar un olivar enfermo?

Tardó un poco en contestar. Al final, con la voz muy débil, murmuró:

—Porque he vivido aquí muchos años, porque encuentro a faltar este lugar, porque sé que tú te irás de aquí algún día y yo no. Yo soy de aquí, como esta tierra.

Por algún motivo que no supe explicarme, aquellas palabras me sonaron falsas, aunque ella las dijo mirándome a los ojos con el gesto humilde y desconsolado de una viuda que quiere recuperar al menos el lugar que compartió con su esposo.

—Estas tierras nunca serán las mismas si, como dices, hay que talar todos los olivos.

—Ya —respondió ella—. Por eso he pensado que ya no te interesaría vivir aquí si eso ocurre.

Estaba deseando que Ángela se fuera de mi casa. Me molestaba su presencia, sus palabras, la necesidad de control que veía en ellas. Su seguridad de que yo abandonaría la Puglia. Cuanto más me decía ella más crecía en mí el convencimiento de que pretendía echarme de casa, y de que yo quería quedarme allí y estaba dispuesta a hacer todo lo que hiciese falta para salvar el olivar. Nunca me habría imaginado que un día llegaría a pensar en esos términos. No sabía si lo que me provocaba esa certeza era evitar que Ángela se quedara con el olivar cuando mi padre había dispuesto que no fuera así, era

la confianza que él había depositado en mí para que continuara cuidando de sus tierras, o era yo, Giulia, quien deseaba proteger y salvar lo que siempre fue mío. Lo que siempre amé, aunque no fuera de forma excluyente como hizo mi padre, y que ahora me permitía empezar de nuevo. Confiaba en que mi experiencia de crear y hacer crecer una empresa me ayudaría a llevar esta por buen camino. Había aprendido de mis aciertos y de mis errores. Sabía que tenía mucho que aprender sobre la tierra, los olivos, el aceite, la producción, las ventas locales y las exportaciones. Por eso había pasado meses encerrada en el despacho de mi padre leyendo toda la información que él había acumulado y clasificado durante los años en que estuvo al frente del olivar. Cuando más leía, más crecía mi interés, más me gustaba esa nueva empresa que unía mi pasado y mi presente y me permitía imaginar un futuro.

—No voy a vender, Ángela.

Ella no dijo nada más y se levantó del sofá. La seguí hasta la puerta que ella abrió y cerró de nuevo, sin darme ni siquiera tiempo para decirle un adiós de cortesía.

En el sofá había dejado el artículo que auguraba el peor de los futuros para las tierras y la empresa que ahora ya no me cabía duda de que amaba.

Tomé el recorte y leí el artículo con calma. Luego lo doblé y lo dejé en la cocina, junto a los periódicos atrasados. Me serví un vaso de agua y volví a la sala. Miré por la ventana. Las hojas de los olivos seguían haciéndome guiños en su baile guiado por el viento.

Durante los días que siguieron pude comprobar que Ángela no me había engañado con respecto a la gravedad de la plaga, o lo que fuera, que afectaba a los olivos de la Puglia y la decisión de las autoridades de proceder a talarlos. La noticia aparecía todos los días en los informativos locales de la televisión, en la radio, en el periódico que había vuelto a comprar. Muchos propietarios habían aceptado ofertas ventajosas por sus tierras. Nadie, a excepción de Ángela, vino a pedirme que vendiera mis tierras. Me alegré. Aunque no estaba dispuesta a venderlas, no me gustaban las discusiones y ya tenía bastante con las que se iniciaban entre Carla y yo por las causas más diversas, entre ellas su desacuerdo respecto a mi

decisión de no vender el olivar.

Me encerraba todos los días en el despacho de mi padre y pasaba largas horas allí, leyendo, tomando notas, haciendo listas de problemas y posibles soluciones. Como si lo que estaba ocurriendo con los olivos de la Puglia a mí no me afectara. Un domingo Carla y Gabriella volvieron a la carga mientras recogíamos los platos de la comida.

—Mamá, ¿por qué te empeñas en cerrar los ojos a lo que está ocurriendo a tu alrededor?

—Porque mis olivos están sanos. Tu abuelo dejó escritos todos los síntomas de un olivo enfermo y no tienen ninguno.

—Quizá no tarden en aparecer.

—Eso ya lo veremos —dejé los platos en la fregadera y abrí el grifo del agua caliente.

Carla y Gabriella se pusieron detrás de mí. Yo ya sabía que se habían unido para convencerme de que vendiera las tierras y me instalara a vivir en la ciudad.

—¿Por qué te empeñas en seguir adelante con esto? —Intervino Gabriella—. Si vendes podrás invertir tu dinero en la creación de una empresa de comidas como la que tenías en Nueva York, o en cualquier otra cosa.

—No quiero crear una empresa de comidas. Ya no me interesa. He perdido la curiosidad por el tema.

—Te sería fácil, sabes cómo hacerlo —insistió.

—Puede. Pero no me interesa eso ya. Me aburre.

—Mamá —dijo Carla—, Gabriella tiene razón. Y llevar tú sola estas tierras es muy complejo. Todavía hay muchas cosas que no sabes. Como, por ejemplo, cómo cuidar de los olivos cuando enferman.

—Mis olivos están sanos —repetí—. Y si enfermaran, es verdad que todavía no sé cómo sanarlos. Pero lo sabré. Estoy aprendiendo mucho. Y me gusta.

Carla puso los ojos en blanco. Gabriella hizo un gesto con las manos, como diciendo «Déjamela a mí. Yo la convenceré». Me escapé de ellas y regresé a la sala. Me hacía sonreír esta complicidad. No estaba enfadada. Entendía lo que querían decirme, aunque no lo compartía.

—¿Y por qué no quieres ir a vivir a la ciudad? Allí hay de todo.

Aquí estáis muy aisladas las dos. Carla se aburre —insistió Gabriella.

—Sí, mamá. Ya sabes que yo preferiría vivir en Lecce, o en Specchia, para estar cerca de Giovanni, para poder vernos cada día.

—A mí no me importa venir aquí todos los días. No tardo nada desde Specchia —dijo Giovanni que hasta ese momento no había intervenido.

Carla y Gabriella fulminaron al pobre chico con la mirada. Estaba claro que no lo habían informado de su unión de fuerzas para convencerme de que me fuera a vivir a la ciudad. Él ya no dijo nada más.

Giovanni amaba a Carla, eso me parecía fuera de toda duda. Estaba pendiente de ella en todo momento y vivía con serenidad el largo noviazgo que Carla le había impuesto. En más de una ocasión, mientras observaba el buen transcurrir de su relación, me había preguntado si no era yo la causante de que no estuvieran viviendo juntos. Quizá mi testarudez de querer vivir en la casa de mi padre la obligaba a ella a quedarse conmigo, para que no estuviera sola en aquel lugar que le parecía lejos de todo. Los estaba obligando a esperar a tener su propio espacio, a conformarse con dormir los dos en mi casa algunos días y compartir el desayuno conmigo, porque no era su casa y yo estaba allí. Decidí que tenía que hablar con Carla, decirle que no se preocupara por mí, que podía irse a vivir con Giovanni si así lo deseaba. No sospechaba entonces que Carla tenía otros planes. Que mientras él la esperaba paciente a que saliera de sus clases de la universidad o de la biblioteca, donde pasaba largas horas, ella estaba solicitando admisiones y becas en universidades norteamericanas. Que soñaba con conseguir alguna, aunque eso la alejara de Giovanni y de mí.

He tardado un tiempo en comprender que a Carla le ha pasado con Giovanni lo mismo que a mí me ocurrió con David. Que creyó amarlo mientras estaba cerca, no dudó en alejarse de su lado y conservó de él el recuerdo de un buen amigo. Giovanni, sin embargo, no se siente a gusto en su papel de amante abandonado y, al igual que hizo David conmigo, ha roto todo contacto con Carla. Me imagino que buscará a una nueva mujer que corresponda a sus

deseos de amar y ser amado. David no tardó demasiado en encontrarla. Quizá dentro de un tiempo me encuentre a Giovanni por la calle acompañado de una mujer hermosa y embarazada. Me parecerán felices. Carla también será feliz, a su manera. A la vez lejos y cerca de mí, inmersa en el estudio de lenguas muertas, que para ella están vivas.

50

La cosecha del pasado noviembre había sido buena, el olivar estaba preparándose para dar nuevos frutos cuando llegara el otoño y el cultivo y la venta de aceite continuaban formando parte de mis planes de futuro. No había ningún signo de enfermedad en mis árboles. Me lo confirmó una noticia en el periódico bajo el titular: «Buenas noticias para los legendarios oleicultores de la Puglia». Decía que la bacteria no tenía efecto en los árboles sanos, precisamente porque los árboles infectados no producen aceitunas. «El único peligro para las personas que consumen el aceite pugliense —continuaba el artículo— es que no habrá suficiente para todos. La mala noticia, por supuesto, es que a medida que los árboles mueren, también lo hace una cultura que ha prevalecido durante milenios».

Al día siguiente de leer aquel artículo recibí una amenaza anónima. Llegó a casa envuelta en una piedra que alguien arrojó desde afuera. La descubrí por la mañana cuando me disponía a sacar el coche para ir a la ciudad a hacer algunas compras. Era una piedra grande, envuelta en papel blanco. Reposaba muy cerca de la verja que me disponía a abrir para salir con el coche. El papel que cubría el pedrusco estaba escrito a base de letras mayúsculas recortadas de una revista. El texto era corto, simple: «Debe vender el olivar o atenerse a las consecuencias». Tiré la piedra al suelo, arrugué con una mano el papel y miré a mi alrededor y al otro lado de la verja. No vi a nadie. Era todavía temprano y de la carretera llegaba el murmullo habitual de los pocos coches que circulaban a esa hora. Volví a abrir el papel, lo alisé como pude sobre el techo

del coche. Leí el texto de nuevo. La visita de Ángela unos días atrás, y el tipo de letra utilizado para confeccionar el anónimo, me llevó a pensar que quizá fuera ella la autora.

Esa mujer de apariencia mansa estaba dolida por el reparto que había hecho mi padre de sus bienes, que sin duda no lo consideraba equitativo. Qué poco me gustaba Ángela. Qué desconfianza me había despertado siempre. El testamento de mi padre fue una prueba de que él tampoco se fiaba de ella. Cuerdo hasta el final, había hecho todo lo que estaba en su mano para protegerme a mí y a sus tierras. Puede que para protegernos de ella. Me enfrentaría a Ángela, le haría saber mi intención de denunciarla a la policía si seguía molestándome. Entré en el coche con el anónimo en la mano.

Mi rabia iba creciendo a medida que conducía, demasiado rápido, los dos kilómetros que nos separaban. Una nube de polvo y el pitido de protesta del coche que circulaba detrás del mío marcaron el camino hacia su casa.

—No está —me dijo una mujer. Había asomado la cabeza de pelo teñido de un rubio dorado por encima de un muro de hormigón, bajo y pintado de blanco, que separaba su casa de la de Ángela. Tras ella se divisaban otros tantos muros, pertenecientes a un conjunto de varias casas de dos plantas, todas iguales, todas compartiendo las paredes que las unía a las otras.

Enseguida estuvo a mi lado, en la cancela que daba acceso al pequeño jardín frontal de la casa de Ángela.

—Está con su familia en Nápoles, creo. Hace días que se fue.

Miré hacia las ventanas, las persianas estaban abiertas. Ella siguió mi mirada.

—Son los ingleses que han alquilado la casa. Nunca cierran las persianas. Con el calor que hace. No lo entiendo.

No la dejé empezar la larga perorata que imaginé que vendría a continuación sobre la conveniencia de mantener las casas oscuras durante los meses de estío, de que eso sólo lo sabemos hacer los meridionales, que la gente del norte está todavía por civilizar, sólo quieren sol, aunque se pongan del color de los langostinos. Ella no dijo nada de todo esto, pero fue como si lo hubiera dicho. Lo podía leer en sus ojos. Lo había oído demasiadas veces de quienes, como ella, ya contaban muchos años, no conocían otro lugar que no fuera el que habían nacido y mantenían una curiosidad enfermiza por

esos seres del norte a los que no entendían cuando hablaban y que sólo querían llevarse el sol del Mediterráneo a casa para que les durara todo el invierno.

—¿Sabe cuándo volverá?

—A finales de septiembre, me imagino. No estoy segura.

Volví al coche y me senté, puse las manos al volante durante unos segundos, miré el papel amenazador que volví a dejar en el asiento de al lado. Puse el coche en marcha y me dirigí a la policía. Puede que no fuera Ángela quien estuviera detrás de la amenaza, pero alguien había. La policía debía saberlo. Necesitaba que me escucharan, que me ayudaran a encontrar quién había sido. ¿Cuáles eran esas consecuencias con las que me amenazaba quien fuera que había escrito el anónimo? ¿Qué pensaban hacerme? Vivía en una casa grande y aislada que siempre había sido segura. Nunca había entrado nadie sin permiso en nuestra casa ni en nuestras tierras. Dejaba las ventanas abiertas en verano y no acostumbraba a cerrar la puerta con llave cuando salía. Ahora debía empezar a hacerlo. Tendría que tomar una serie de precauciones que me iban a hacer sentir incómoda en mi propia casa, asustada, prisionera. Debía esconderme y protegerme de un peligro del que no conocía sus características ni su alcance.

El *carabiniere* joven que me atendió sufría el calor enfundado en su camisa de poliéster que el sudor había oscurecido alrededor de las axilas. Tenía un pequeño y anticuado ventilador encima de la mesa y había puesto la cara peligrosamente cerca de las aspas. Mantenía los ojos cerrados. Los abrió asustado cuando percibió mi presencia. Buscó la gorra que reposaba en la silla de al lado. Hizo ademán de ponérsela y enseguida desistió. Se irguió en su silla con toda la dignidad que fue capaz de recuperar.

—Disculpe señora, tenemos el aire acondicionado estropeado y nadie puede venir a arreglarlo. *Ferragosto*, ya sabe… nadie irá a trabajar hasta el martes. ¿Qué desea?

Le enseñé el anónimo, le comenté que estaba asustada, le pedí que investigaran, que descubrieran quién lo había enviado.

—Es imposible saberlo, señora. Seguramente es obra de algún chiquillo. Otras veces ha pasado.

—¿Se han recibido más anónimos como el mío?

Volvió a posar su vista sobre el papel que yo le había tendido

momentos antes.

—Como el suyo no lo sé, señora. Soy nuevo. Tendría que preguntarlo.

—Pues pregúntelo —le dije sin molestarme en reprimir el tono airado y la voz demasiado alta que me dictaba la impaciencia que iba acumulando.

Él se encogió de hombros.

—No puedo, señora. Mi compañero está de vacaciones. Estoy solo.

—¿Y no tienen un archivo donde guardan estas cosas? —dije señalando el papel que ahora agarraban mis dedos, garfios impetuosos, extensiones de una mano que había empezado a temblar.

—No lo sé, señora —volvió a poner la cara delante del ventilador.

Él dio por terminada la conversación y yo perdí de golpe toda la esperanza de ayuda que me había llevado hasta allí. Ignoro si me vio salir de la comisaría hecha una furia o había vuelto a cerrar los ojos delante de las aspas del ventilador. Yo también tenía calor, estaba asustada, me sentía impotente para buscar una solución por mi cuenta. Me hubiera gustado creerme que el anónimo no era más que la broma de un chiquillo, pero algo me decía que no era así. Me esperaba una casa vacía pues Carla se había ido con Giovanni a Gallipoli a pasar unos días en la playa.

Cuando llegué a casa lo primero que hice fue llamar a Gabriella. Le expliqué lo ocurrido. Mi voz subía y bajaba de intensidad al tiempo que lo hacía mi respiración agitada. Creo que llegué a gritar cuando le expliqué la visita que había hecho a la policía. Ella me escuchó sin interrumpirme.

—¿Puedo ir ahora a tu casa y quedarme contigo, hasta que vuelva Carla? —le pedí cuando al fin hube terminado mi relato atropellado de los sucesos del día.

—Ahora mismo te preparo la habitación —respondió ella.

Me pareció oír en su voz la alegría de antaño, aquella que no había escuchado todavía desde que nos habíamos vuelto a encontrar. Una vez más me pareció que le había fallado; hasta ese momento no me había dado cuenta de que ella necesitaba mi compañía tanto como yo la suya. Me sentí culpable por no haber

aceptado su invitación antes, por haber esperado a estar yo mal para aceptarla. Una vez más no había sabido ver que, tras el papel de hermana mayor, de consoladora de penas y solucionadora de problemas que Gabriella adoptaba conmigo, había una mujer herida, que estaba sola y también necesitaba ayuda, aunque nunca se atrevería a decirlo abiertamente como yo acababa de hacer.

Gabriella no era la de antes, aunque estaba decidida a aparentar que continuaba siéndolo. Incluso conmigo. No conseguí que me hablara más de Hiroshi y de su hija, de ese pasado que había borrado de su entorno y de sus conversaciones. No había en toda la casa ninguna foto de ella y Hiroshi, de los lugares donde vivieron y a los que viajaron, de la niña recién nacida, cuando todo era alegría y nadie podía sospechar que se iría de su lado tan pronto. Había impuesto el estilo frívolo a la decoración de su casa, el mismo que animaba sus blusones coloridos, su cabello teñido, el maquillaje excesivo y las enormes gafas de sol que raras veces se quitaba en público. Cuando lo hacía yo podía leer con claridad la tristeza profunda que brotaba de su mirada y que ella intentaba camuflar con una risa estrepitosa, urgente, contagiosa. Creo que era su manera de evitar que la gente se fijara en sus ojos. Sólo su hermana y yo sabíamos del esfuerzo que costaba mantener esa imagen risueña y un tanto casquivana. Y ni a ella ni a mí nos había confiado todavía su deseo de adoptar un niño antes de que iniciara los trámites para hacerlo.

Sus clases en la escuela de idiomas eran las más solicitadas y el resto de los profesores buscaban su compañía, su buena disposición a salir a tomar algo al finalizar la jornada, su charla animada por las múltiples anécdotas que sabía intercalar en ella. Sin Gabriella no había fiesta y ella se encargaba de organizarías. Así, la soledad que la acompañaba cuando terminaba de trabajar, duraba menos. Era verano, hacía calor y las noches eran propicias para las largas veladas, para ver amanecer desde una playa solitaria, volver a casa corriendo, darse una ducha y empezar las clases del día como si se hubiera descansado de verdad. Porque ella sí que descansaba en noches como esas; nunca si se acostaba a una hora normal. Lo descubrí la primera vez que dormí en su casa. Yo estaba preocupada

por el anónimo que había recibido y no me llegó el sueño hasta el amanecer. A lo largo de la noche la oí levantarse varias veces. Me pareció que iba al baño, a la cocina, que entraba y salía de su habitación en muchas ocasiones.

«He dormido muy bien», mentimos las dos a la mañana siguiente cuando ambas nos preguntamos qué tal habíamos pasado la noche.

Con la excusa de mi visita a Lecce Gabriella organizó una cena con todos los profesores de la escuela. Reinaba un ambiente variopinto de italianos y extranjeros, todos venidos de fuera de la Puglia, a excepción de Gabriella, su hermana y yo. Eran bohemios que, aunque ya habían dejado atrás los años de juventud, mantenían la curiosidad por conocer otros lugares y otras gentes, o no sabían echar raíces en ningún sitio. Hombres y mujeres que ahora estaban en Lecce, aunque venían o tenían previsto ir a lugares tan distintos como Hanoi, Bali, Estambul, Kioto o Adelaida. La escuela suponía una parada en un lugar que les gustaba, un trabajo para conseguir el dinero necesario que les permitiera continuar viajando. La mayoría estaban solos.

Acabo de hacer Skype con Carla. Está muy contenta porque le han confirmado que el curso que viene le renovaran el contrato de profesora ayudante. Eso le asegura un año más de pago del altísimo coste de la matrícula y un estipendio mensual suficiente para mantenerse allí. Yo no estoy en condiciones de financiar ese largo y caro doctorado, y me alegro de que no necesite la ayuda económica de Nico.

—Estate tranquila, mamá. Papá ya no tiene obligación de darme nada. Además, yo no quiero que lo haga. —Hay un tono de decepción en su voz.

Una vez más intuyo que las cosas han ido mal con Nico y su familia y no puedo evitar alegrarme por ello. Enseguida me siento culpable por esa alegría. Carla está sufriendo por eso y no quiero que mi hija sufra. Me siento como si hubiera sido yo quien la ha decepcionado.

51

Fue la hermana de Gabriella quien me presentó a Luca.

—Y esta es Giulia, la otra pugliense del grupo. Gran amiga de mi hermana y a la que queremos dar la bienvenida a Lecce con esta fiesta.

—Está sólo de visita e intentamos convencerla para que se quede a vivir aquí —añadió Gabriella, de pie detrás de nosotros.

—Yo no…

Ellas se echaron a reír cuando se dieron cuenta de que me sentía incómoda. Luca levantó el brazo con su vaso de cerveza en la mano.

—Bienvenida —dijo antes de beber. Enseguida me pasó una bandejita con patatas fritas.

Recuerdo que él llevaba una camisa muy blanca, ligera, con las mangas arremangadas. Tenía el cabello y la barba blancos, bien cuidados, y una mirada de ojos claros que me hizo intuir que venía del norte.

—Sí, soy de Milán —dijo él como si me estuviera leyendo el pensamiento.

Gabriella se sentó a nuestro lado.

—Es nuestra última adquisición —lo dijo con ese tono bromista y un tanto descarado que solía emplear cuando estaba rodeada de extraños. Le puso la mano en el brazo.

La hermana de Gabriella me miró y negó con la cabeza. «No, no está flirteando con él ni tiene intención de hacerlo» me estaba diciendo.

—¿Y qué hace un chico del norte como tú en este lugar atrasado del sur? —continuó Gabriella.

Me di cuenta de que a Luca no le gustó la pregunta. Seguramente le habían dicho eso más de una vez y estaba cansado de oírlo. Era la forma en que mucha gente del sur se tomaba la revancha como consecuencia de ese sentimiento, instaurado desde hacía demasiado tiempo, por el que se sentían ciudadanos de segunda, los parientes pobres de las gentes del norte. Esos empresarios de Turin y Milán que no dejaban de insistir en que eran ellos quienes financiaban ese sur poblado de seres holgazanes que no eran capaces de crear una economía competitiva como hacían ellos.

Gabriella se dio cuenta de que no debía seguir por ese camino y cambio el tono de la conversación.

—¿Queréis algo para beber?

—No —respondimos los dos a la vez. Todavía teníamos medio llena la jarra de cerveza que nos habían servido. Los dos empezamos a beber a la vez.

—¿Y tú? —preguntó Gabriella a su hermana—, ¿te traigo algo?

—No, gracias. Me voy a ir ya a casa. Mañana tengo que ocuparme un rato de mis nietos antes de abrir la escuela. Me va a tocar madrugar.

Las dos hermanas se alejaron de nosotros. Me pareció ver que Gabriella estaba recibiendo una pequeña bronca a la que respondía encogiéndose de hombros.

Se imponía iniciar una conversación de cortesía pues Luca y yo éramos los únicos que todavía permanecíamos callados en aquella mesa alegre donde fluían las conversaciones cruzadas.

—¿Cuándo tienes previsto regresar a Milán? ¿Al final del verano?

—¿A Milán? Nunca —rio—. Aunque perdiera mi trabajo aquí, no volvería.

Miré a quienes a nuestro alrededor continuaban en animada conversación. A pesar de lo que acababa de decirme, tuve la impresión de que Luca no encajaba del todo con el perfil del profesorado de la escuela de idiomas. Dudaba de que él también proviniera de ese grupo de gentes que habían renunciado a la seguridad de la nómina fija para librarse de la obligación de hacer frente a una hipoteca, de las largas horas de trabajo y de las vacaciones cortas y en compañía de multitudes. Habían optado por

descubrir otros lugares y otras culturas y probarse a sí mismos que podían sobrevivir trabajando en cualquier cosa. Querían tener la libertad de abandonar empleos y lugares, y habían aprendido a vivir sin importarles con quien se encontrarían en el camino, a quién dejarían atrás o cuál sería su próximo destino.

Luca no me comentó por qué no quería volver a Milán ni yo quise preguntárselo. Él, en cambio, sí me hizo muchas preguntas. No sé qué me llevó a contestarlas. Tampoco sé quién de los dos propuso vemos un día. En los Estados Unidos esa propuesta hubiera sido considerada como una primera cita con claras posibilidades de convertirse en algo más. Yo no lo viví así. Creo que Luca tampoco.

Quedamos en encontrarnos al terminar él sus clases de la tarde, en la puerta de la escuela. Era el final de uno de esos días largos de verano. El momento en que el crepúsculo da un respiro a quienes han sufrido los rigores del sol durante horas y ahora reciben el premio de un airecillo fresco que invita a las cenas al aire libre y a la conversación entre amigos. A alargar lo más posible el regreso a casa. El encuentro con él me iba a permitir alejarme por unas horas de mi obsesión por el anónimo recibido y de las noticias que llegaban cada día sobre la enfermedad que afectaba a los olivos de la Puglia. Además, tenía curiosidad por saber algo más del hombre que, en contra de lo que era habitual en mí, no me había molestado con la curiosidad que acompañaba a sus preguntas el día que nos conocimos. Me había sorprendido su talante informal, muy diferente del que yo imaginaba en alguien venido del altivo norte.

Llegué a nuestra cita un poco antes de la hora que habíamos acordado y decidí hacer tiempo observando el ambiente de la plaza de Sant'Oronzo. Siempre me había gustado aquel lugar que, a pesar de tener un anfiteatro romano en el mismo centro, mantenía el aire de una plaza amplia. Era el punto de encuentro de los habitantes de Lecce. También era el inicio del paseo por la ciudad para descubrir los edificios barrocos que la embellecían y comprobar que sí, que Lecce era la Florencia del sur, como algunos la llamaban. Me quedé un poco apartada de la escuela para ver salir a Luca y observarlo de lejos sin que él me viera.

Fue uno de los primeros en abandonar el edificio. Iba charlando con un hombre que, por edad, no respondía demasiado al tipo de alumno de aquella escuela de idiomas que ya había alcanzado cierta

fama entre estudiantes jóvenes, futuros participantes del Programa Erasmus la mayoría de ellos. El hombre llevaba un libro bajo el brazo. Luca empezó a buscar algo entre los papeles que tenía en la mano. De pronto el hombre se giró y miró en mi dirección. Me estremecí. Era el mismo que había visto unos días atrás. Tenía el mismo rostro, aunque ahora envejecido, de alguien que creí reconocer, aunque no fui capaz de darle un nombre ni recordar el lugar donde lo había visto antes. Quizá fuera en Nueva York; no estaba segura. El hombre se despidió con tanta prisa de Luca que éste se quedó con el papel en la mano que acababa de encontrar y sin duda quería entregarle. Sentí que mis piernas querían salir corriendo tras él y no podían moverse.

Luca siguió con la mirada al hombre que se alejaba, se encogió de hombros y volvió a guardar el papel entre los otros. Miró el reloj. Enseguida miró hacia la plaza. Me descubrió. Vino a mi encuentro.

—¿Quién es ese hombre con el que estabas hablando? —le pregunté a Luca antes incluso de saludarlo.

—Un alumno americano que está aprendiendo italiano. Es el único que tengo de esa edad. Es bastante malo, no aprende nada. Pasada la juventud me imagino que debe de ser difícil aprender una lengua nueva —rio—. ¿No crees?

—¿Cómo se llama?

—Pues… no… no me acuerdo. Está en un grupo que acaba de empezar y todavía no me he aprendido sus nombres. Cada vez me cuesta más recordar los nombres, debe de ser cosa de la edad. Pregúntale a Gabriella. Ella tiene ficha de todos los alumnos.

Yo no dije nada. Él debió notar algo extraño en mi actitud.

—¿Te ocurre algo? Si no estás bien lo dejamos para otro día.

—No, no. Disculpa.

Hoy le dan el alta a Luca. Antes de encontrarme con él en la habitación insisto en que me dejen hablar con el médico que lo ha atendido durante todo este tiempo. La enfermera me dice que se acaba de ir, que lo esperan en el quirófano. Le doy las gracias y salgo casi corriendo hacia la zona de los ascensores. Por una vez me alegro de que sean tan lentos, de que siempre haya que esperarlos a

que paren en todas las plantas. Allá está él, algo impaciente, a la espera del ascensor como todos los que han venido a visitar a alguien en esta planta. Celebro que no haga como yo, que por no esperar subo o bajo los pisos que haga falta. Bueno, subía. Ahora no puedo, al menos no de momento.

—La recuperación será larga —me dice el médico mientras yo me coloco a su lado para entra en el ascensor.

—¿Cuánto tiempo, aproximadamente?

—Depende de él, de la voluntad que ponga. Aunque, como ya le dije, lo más probable es que nunca pueda volver a andar bien del todo.

Me duele escucharle repetir esas palabras. Me quedo sin saber qué decir. Llegamos a la planta a la que se dirige. Salimos del ascensor.

—¿Lo sabe él?

—Por supuesto. Y es consciente de que se requiere mucha disciplina para continuar. Mire —se para un momento—, él dice que no, pero necesita que alguien esté con él y lo ayude.

—Entiendo. Me imagino que regresará a Milán.

—No —continuamos andando. Ya casi hemos llegado a la puerta del quirófano—. Su hijo quiere llevárselo con él a Milán y se ha negado.

—¿Dónde está su hijo?

—Camino del aeropuerto, y muy enfadado con su padre. Disculpe —dice abriendo la puerta que da acceso a los quirófanos —. Me esperan ahí dentro.

La puerta vuelve a cerrarse.

Creo que el médico me ha dejado a mí como responsable del cuidado de Luca. No hay nadie más. Mientras hago el camino de regreso a su planta y a su habitación me pregunto si voy a ser capaz de hacerlo. No me gusta que él dependa tanto de mí y me parece que a él tampoco.

Cuando llego a su habitación Luca ya está vestido y preparado para salir. Hay ternura e ilusión en su mirada. Reprimo las ganas de abrazarlo. Él maneja el andador todavía con alguna dificultad. Cuando llegamos a la calle se para unos instantes y respira hondo. Luego me sonríe. Mientras lo ayudo a subir en el coche intento averiguar si lo amo o sólo es mi sentido del deber el que me lleva a

ocuparme de él porque me siento culpable de su desgracia.

Enseguida me deja muy claro que no quiere que me convierta en su enfermera.

52

Nuestra primera cena estuvo marcada por mis largos silencios y por una lucha interior entre el bienestar que me daba la compañía de Luca y la preocupación por el futuro de mi olivar, que no hacía más que crecer. Todo parecía indicar que aquella que había escogido como mi nueva forma de vida a mi regreso a la Puglia quizá estaba a punto de desaparecer. «Deberías vender el olivar, trasladarte a vivir a Lecce, relacionarte con gente, volver a montar una empresa de comidas como ya hiciste en Nueva York». Gabriella y Carla no se cansaban de repetirme lo mismo, todos los días. Carla insistía mucho en que no debía quedarme sola en la gran casa. «No estoy sola. Estás tú conmigo», le decía. Y ella se apresuraba a contestar que un día se marcharía. Yo sabía que estaba en lo cierto, que ella y Giovanni pronto querrían irse a vivir juntos y, por supuesto, lo harían en Lecce, no en la casa grande rodeada de olivos donde sólo yo parecía sentirme a gusto.

Estaba tan inmersa en mis cavilaciones que no fui capaz de pronunciar ni una sola palabra mientras Luca y yo caminábamos en dirección al restaurante-pizzeria donde íbamos a cenar. Él respetó mi silencio y no dijo nada hasta que nos sentamos.

—¿Te parece bien esta mesa?

Asentí. Conocía bien el sitio y me gustaba. Era uno de esos lugares grandes, de muchas mesas, donde se servía comida en abundancia y se celebraban desde cenas informales a base de pizza a banquetes familiares. La sala estaba muy concurrida y el enorme televisor encendido, aunque sin sonido. A pesar de que prácticamente todas las mesas estaban ocupadas, era posible hablar

con tranquilidad y sin tener que gritar para entendernos, como ocurría con frecuencia en muchos restaurantes de este estilo. Yo no tenía ganas de hablar; temía que lo único que saldría de mí sería una gran lista de quejas, de miedos, de sospechas. Era lo que llevaba dentro, lo que me preocupaba. No quería ofrecerle a Luca una imagen de mujer asustada y desequilibrada. Intentaba apartar todo aquello que me inquietaba y todavía no lo había conseguido. Luca inició varias veces una conversación que se veía truncada con respuestas de sí o no por mi parte. Al final fue la televisión la que nos salvó del desastre en que se estaba convirtiendo nuestro primer encuentro.

En la gran pantalla aparecieron ídolos de la canción italiana de otros tiempos, de cuando Luca y yo éramos muy jóvenes. Vimos a una Gigliola Cinquetti, casi una niña, cantando *Non ho l'etá (per amarti)* y enseguida su imagen actual, sentada en el plato y sonriendo a pesar de las arrugas. A su lado la genial Mina, irreconocible en su nueva imagen septuagenaria. Y Rita Pavone. Ya nada quedaba de aquel *pelo di carota* por el que la conocíamos en los años sesenta. También apareció Salvatore Adamo cantando *La Notte*, una canción que le gustaba mucho a mi madre. Y los puglienses Al Baño y Nicola di Bari, entre otros. Luca y yo seguimos por un rato estas apariciones televisivas, el antes y el después de los cantantes famosos, que nos acompañaron en los bailes al aire libre de nuestra infancia mientras corríamos entre las parejas y luego en nuestros primeros bailes de adolescentes, en nuestros primeros besos. Personajes de la nostalgia que ahora sólo recordaban quienes, como nosotros, ya habían cumplido más de cincuenta años. La RAI les estaba ofreciendo un homenaje.

Esa visita a nuestro pasado que nos ofreció la televisión dio pie a compartir recuerdos y vivencias. Conocí así al joven Luca, que dejó atrás las altas torres medievales de su San Gimignano natal, ahora convertida en un hormiguero de turistas, estudió arquitectura y se estableció en Milán. Recordé que la noche en que nos conocimos había dicho que no volvería a Milán. Tenía curiosidad por saber por qué y acabé preguntándoselo.

—No viviré en Milán ni en ningún sitio de manera fija.

Me sorprendió su vehemencia.

—Ya no soy quien era —añadió—. Rompí con mi mundo y sigo

explorando mundos nuevos.

—¿Y cuál era tu mundo? —había un cierto grado de osadía en mi pregunta. Estas cosas no se preguntaban; era el tipo de información que alguien debía decidir libremente cuando compartirla o si prefería no hacerlo. Podría pensar que el vino me la dictó, o quizá fue el ver a esos viejos ídolos instalados en su madurez, como ya estábamos nosotros, lo que me hizo abandonar la cautela que dictaba guardarse preguntas que otro podría considerar indiscretas. Me pareció que él también había superado ya esa etapa y decidiría si quería responder a mi pregunta o no con la misma libertad que yo había tenido para formulársela. Él optó por responder:

—Yo era un arquitecto milanés de prestigio. Hijo de arquitecto, casado con una mujer también arquitecta. Propietario de dos casas, dos coches, un edificio de oficinas donde la mía era la más importante y un barco que mi mujer insistió en que compráramos. Buen esquiador, buceador aficionado, jugador de golf, buen esposo, padre de un hijo, suegro, jefe de varios empleados. Hasta que me cansé y corté con todo.

Tomó la copa de vino que nos habían servido y bebió un poco. Luego se mantuvo un momento en silencio mirando muy serio las mesas ocupadas por otros comensales. Parecía que estuviera muy lejos de allí. Me habían intrigado sus palabras y procuré continuar con la conversación.

—¿Cortaste con todo? —repetí. Una manera poco original de hacerlo volver de allá a dónde se hubiera ido, pero que funcionó.

—Sí, me divorcié de mi mujer, me peleé con mi padre y dejé de ir al despacho. Ella, mi mujer, aceptó mi deserción del hogar y la empresa porque le dejé la mayor parte de los bienes que teníamos. Creo que está con otro. Mi padre todavía no me ha perdonado.

—¿Y tu hijo?

Luca se quedó muy serio.

—No sé si lo hará algún día —con un gesto ausente sacó del bolsillo de su camisa el teléfono móvil, buscó con rapidez alguna cosa, torció los labios en una mueca que se me antojó triste y volvió a guardarlo. Cogió el vaso de vino y me miró. Chocamos nuestras copas en silencio y empezamos a comer.

Tomé una hoja de rúcula de la pizza que todavía no había

probado. Pensé en explicarle mi historia como muestra de que entre padres e hijos el perdón es siempre posible, aunque hayan pasado muchos años. No sabía si querría escucharla. Me pregunté si los padres siempre perdonan y los hijos nunca llegan a hacerlo, o si es la constancia del que busca el perdón lo único capaz de conseguirlo. O la consciencia de que un día no volveremos a ver a ese ser al que amamos a pesar de todo porque la muerte nos impedirá hacerlo. O es simplemente el azar quien marca la resolución de los desacuerdos familiares.

—Me fui lo más lejos que pude, a Nueva Zelanda —siguió hablando él—. Desde allí inicié una larga vuelta al mundo, como la llamo yo. Llevo cinco años viajando, con paradas en lugares diversos. Trabajo por un tiempo y luego me voy a otro sitio.

—Debe de ser muy diferente la forma de diseñar edificios en lugares lejos de Europa.

—Ya no he vuelto a trabajar como arquitecto, aunque he asesorado a quienes me han ayudado en los distintos lugares en los que he estado viviendo. He trabajado en muchas cosas diferentes, para las que no se requería formación alguna, con gente sin titulaciones universitarias. De todos ellos he aprendido mucho. Ahora estoy más preparado para la supervivencia que cuando vivía en Milán rodeado de lujos que no tenía tiempo de disfrutar.

—¿Y te gusta ser profesor de italiano en esta ciudad provinciana?

—Me gusta muchísimo, aunque no lo había hecho nunca. No se lo digas a la hermana de Gabriella —rio—. Le dije que tenía experiencia de profesor para que me contratara. Quizá no me creyó, pero supo disimularlo. No debo de ser el primer tipo aventurero que utiliza el conocimiento de su propio idioma para hacer un dinero y luego continuar viajando.

Nos vimos al día siguiente y al otro; siempre en lugares públicos. Me sentía bien a su lado, aunque no tanto como para iniciar una relación con él. A pesar del tiempo transcurrido, todavía pesaba demasiado el recuerdo de Nico y mi incapacidad de amar a David. Me pareció que él también tenía sus reservas y no quería anclarse a nada ni a nadie ahora que había decidido volar libre.

Luca se enfrenta ahora a un cambio de vida que no ha decidido él. Su etapa de ciudadano nómada se ha cerrado de forma abrupta. El apartamento donde vive ya no es un refugio temporal sino un lugar donde va a tener que pasar muchas horas, demasiadas. Todavía no está en condiciones de moverse por las calles ni siquiera de ir a trabajar a la escuela de idiomas. Antes de salir del coche le propongo que pase unas semanas en mi casa, hasta que esté más recuperado.

—No —me pone la mano en el muslo y me mira—. No me lo vuelvas a decir, por favor.

—¿Por qué? En mi casa hay sitio de sobra. Te sentirás más acompañado si estamos Carla y yo. Y puedo ayudarte con la rehabilitación.

—No insistas. He contratado a una mujer que se ocupará de cocinar y de cuidarme a mí y a la casa mientras yo no pueda hacerlo.

Está muy serio. Creo que lo he ofendido.

—Disculpa, he sido un poco brusco —añade Luca—, quiero verte, pasar tiempo contigo, pero como si todo esto —señala sus piernas y su rostro— no hubiera pasado. Continuar donde lo dejamos. ¿Entiendes?

Asiento con la cabeza.

—¿Estás de acuerdo?

Vuelvo a asentir.

—El proceso va a ser largo. Voy a someterme a cirugía plástica, me va a costar volver a andar bien, si es que lo logro algún día. No quiero hablar de estas cosas cuando estemos juntos.

Me parece imposible mantener una relación con alguien sólo compartiendo los momentos agradables. Yo no puedo hacerlo. Así se lo digo. Él no contesta. Hace el gesto de abrir la puerta del coche. Salimos y lo acompaño en el ascensor hasta su apartamento.

Escuchamos que dentro está sonando el interfono. Cuando entra acciona el botón para que se abra la puerta.

—Es la mujer que he contratado para que me cuide —me dice.

Antes de entrar en el ascensor giro la cabeza y lo veo todavía en el umbral de la puerta.

—¿Me dejarás al menos que, mientras no puedas conducir, sea yo quien te acompañe al hospital para continuar la rehabilitación?

Ahora ya estoy en condiciones de llevar un coche —no puedo evitar decirle.

—De acuerdo —responde al cabo de unos instantes.

53

Carla estaba a punto de regresar de sus vacaciones en Gallipoli y yo quería estar de nuevo en mi casa para cuando volviera. Quedamos con Gabriella en que antes de irme pasaría por la escuela para despedirme. Ella tenía un rato libre entre clase y clase y quiso acompañarme hasta el lugar donde tenía aparcado mi coche.

—El hombre que viste en compañía de Luca el otro día se llama Tommaso, Tommaso Cortini. Es ciudadano norteamericano —me dijo Gabriella—. Se ha matriculado en la escuela hace muy poco.

Me detuve y la tomé del brazo con demasiada fuerza. Acababa de tener un presentimiento que por momentos se estaba convirtiendo en una certeza.

—¿Sabes dónde vive?

Gabriella se libró de mi garra y se acarició el brazo.

—Sí, aquí en Lecce. Tengo su dirección en la ficha. Vive en una calle bastante céntrica.

—Me refiero a dónde vive en los Estados Unidos.

—No lo sé. Sólo tengo la fotocopia de su pasaporte, como hacemos con todos los extranjeros, y allí no aparece su dirección. ¿Por qué quieres saberlo?

—Gabriella, desde que vi a ese hombre el otro día a la puerta de la escuela de tu hermana, no he dejado de pensar en dónde he visto esa cara antes y ahora me parece… estoy casi segura de que es el mismo hombre que hace unos años descubrí que me seguía, en Nueva York. Después dejó de hacerlo. Creo que es él. Me está siguiendo, lo sé porque las dos veces que lo he visto cerca de mí se ha alejado muy deprisa. Me pregunto qué quiere, por qué está aquí.

Por qué me siguió entonces, por qué me sigue ahora.

Ella intentó quitarle importancia a la coincidencia. Me dijo que no me preocupara, que intentaría averiguar más sobre ese hombre para que me quedara tranquila y no anduviera con preocupaciones innecesarias, que ya bastante tenía con el tema del olivar.

—Ya no tenemos edad para andar angustiadas por tantas cosas, Giulia. Debes tirar lastre. Pronto Carla se irá a vivir con Giovanni y te quedarás sola en la gran casa, preocupada por tus olivos enfermos, intentando continuar aprendiendo, sin ayuda de nadie y en poco tiempo, todo lo referente al cultivo y la venta del aceite. Por muchas explicaciones que haya dejado escritas tu padre, por mucho que estés leyendo al respecto, tú has vivido lejos de la tierra, te falta intuición para saber cómo solucionar los problemas que te vayan surgiendo. Y ahora tienes unos olivos afectados por una bacteria desconocida.

—Mis olivos están sanos —repetí una vez más. Casi grité—. Además, estoy segura de que si mi padre estuviera ahora en mi lugar no vendería sus tierras. Primero intentaría salvar el olivar.

—Tú no eres tu padre, Giulia. La tierra nunca ha sido tu vida como lo fue para él.

Gabriella tenía razón. Así había sido hasta que decidí volver a la Puglia. Entonces fue como si la tierra me llamara por primera vez, o quizá me había llamado siempre, de otra manera. Quizá esa tierra, esos olivos centenarios, tenían la facultad de darme unas alas para volar lejos de ellos y para volver, tantas veces como quisiera hacer el camino en una dirección o en la inversa.

—Ahora sí lo es —respondí segura—. Él lo quiso así. Y yo también. He descubierto que me gusta vivir en la gran casa, que quiero a esos viejos olivos, que me ilusiona aprender sobre ellos. Es mi nuevo proyecto. Mi nueva empresa. Es un reto, y estoy segura de que conseguiré salir adelante. Lo siento dentro. Por eso no quiero vender.

—Veo que no voy a convencerte. Sólo puedo decirte lo que ya sabes, que aquí en Lecce me tienes a mí y a mi casa para cuando nos necesites.

—Lo sé. Y me siento la más afortunada de las mujeres por tener una amiga como tú.

Habíamos llegado a donde estaba mi coche. Abracé a Gabriella y

abrí la puerta, me senté y puse el motor en marcha. Le dije adiós con la mano por la ventanilla abierta.

Fue al regreso de sus vacaciones cuando Carla rompió al fin su silencio y me dijo que se iba. No me dejó apenas tiempo para hacerme a la idea. Era su manera de evitar que tratara de convencerla de que se quedara. Su forma de evitarnos el sufrimiento a las dos. El día de su partida la llevé al aeropuerto de Bari. De allí iba a viajar a Roma, y de Roma a Nueva York. Cargaba con dos grandes maletas. En ellas había metido su ropa, algún libro, una fotografía de nosotras dos enmarcada y un par de peluches que habían dormido en su cama desde que era niña y Nico todavía vivía con nosotras. Podía leer en su rostro la lucha entre su deseo de empezar la nueva vida que había diseñado a mis espaldas y su pena por haberlo hecho de esa manera, por tener que dejarme. Se guardó las lágrimas y yo hice lo mismo. Entramos en la terminal.

—Mamá, no estés triste. Nos veremos en Navidad. Y hoy no te quedes llorando en casa, que te conozco —me dijo amenazándome con el dedo. Había ternura y determinación en su mirada.

Sonreí, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Mamá, —dijo, y se detuvo de nuevo—. Tengo una idea: ¿Por qué no invitas a Luca a cenar en casa? Hoy es el día ideal para hacerlo. Así no te sentirás sola. Él está deseando que lo invites.

—¿Hoy? ¿Y que me vea llorar? ¡Qué cosas se te ocurren!

—Es que no quiero que llores por mí. Prométeme que lo invitarás a cenar.

—Carla, déjalo ya.

Agarré una de sus maletas y empecé a andar hacia los mostradores de facturación.

—Prométemelo —repitió antes de que nos diéramos un abrazo hermoso e intenso delante de la zona de control de pasaportes.

Durante el trayecto de regreso del aeropuerto dejé brotar unas lágrimas retenidas, suspiré varias veces. Me sentí algo mejor. Cuando llegué a casa me esforcé en ponerme a cocinar. Era la mejor distracción, la que me ayudaba a no desarmarme como un muñeco roto. Reflexioné sobre la idea de Carla. Quizá tenía razón y la presencia de Luca me ayudaría a sentirme útil. Por qué no, me dije

al fin mientras cortaba unas verduras en juliana. Al día siguiente le enviaría un mensaje a Carla diciendo que había seguido su consejo. Seguro que se alegrará, pensé. Me lavé las manos y me las sequé con un paño de cocina, tomé el teléfono y llamé a Luca.

Sí, estaba libre esa noche, tal como había augurado Carla.

Era casi la una de la tarde y estaba a punto de sentarme a comer unos espaguetis a la *putanesca* cuando recibí la visita de Gabriella. Había apagado el televisor para no tener que enfrentarme a nuevas noticias sobre la enfermedad de los olivos y tenía puesta *Il dolce suono mi colpi di sua voce*, una de mis arias favoritas de *Luda di Lammermoor*. La música estaba tan alta que no oí el timbre de la puerta. Al no recibir respuesta, Gabriella dio la vuelta a la casa hasta llegar a la cocina y empezó a golpear el cristal de una de las ventanas. Creo que mi corazón dejó de latir durante el instante que tardé en descubrir que era ella y no un extraño quien estaba al otro lado de la ventana.

—Veo que tomas precauciones. La puerta de esta casa nunca había estado cerrada —dijo ella cuando al fin pudo entrar—. Y haces bien. Por favor, para esa música. No estoy de humor —añadió.

Obedecí deprisa y un tanto alarmada.

—¿Qué tal la despedida de Carla? Se iba hoy, ¿verdad? —hizo esa pregunta como si estuviera pensando en otra cosa.

—¿Qué ocurre, Gabriella?

Apagué el fuego y aparté la cazuela.

—¿Has comido ya? Yo iba a hacerlo. ¿Quieres unos espaguetis?

—Sí. Te acompaño.

—Estoy muy contenta de verte. Me encantan las visitas sorpresa —dije todavía de espaldas a ella mientras servía los platos. Luego los puse sobre la mesa, llené dos copas de vino, me senté y empecé a comer. Tenía hambre. Gabriella tomó el tenedor y removió el contenido del plato. No comió nada.

—¿Qué te ocurre Gabriella? —volví a preguntarle.

—He descubierto algo sobre el americano ese que dices que te persigue.

Dejé el tenedor en el plato. La expresión sombría de Gabriella no auguraba nada bueno.

—¿Qué has descubierto?

—Ayer lo vi hablando con Ángela. Me dio la impresión de que se conocían bastante.

—Ángela está en Nápoles, eso dijo su vecina.

—Pues debe de haber regresado ya.

—Qué extraño. Mi padre nunca me comentó que Ángela tuviera familiares o amigos en los Estados Unidos. Nadie de su familia ha salido del sur de Italia. O quizá sí y nunca nos lo dijo. Esa mujer es muy extraña.

—Giulia, creo que si quieres saber por qué te sigue ese hombre, ahora tienes la oportunidad de enterarte. Ve a ver a Ángela y pregúntale. Intenta sacarle toda la información que puedas.

Gabriella tenía razón, aunque yo hubiera preferido que ese día no me dijera nada. Deseaba olvidarme de aquel hombre que me seguía y que ya no había vuelto a ver, de Ángela, del anónimo recibido, de que mi hija se había ido muy lejos. Quería centrarme en esa pequeña alegría que empezaba a crecer en mí gracias a los ratos pasados en compañía de Luca. Necesitaba vivir el momento, sin pensar en nada, sin compromisos ni responsabilidades, ni pasados ni futuros. Buscaba ese limbo fantástico que quizá él podría ayudarme a descubrir. Ese *carpe diem* del que tanto había oído hablar y nunca había conseguido practicar. Y en ese estado de ánimo había invitado a Luca a cenar en casa esa noche. No quería pensar en nada más y prefería no compartir con Gabriella mi sentir. Creo que no me habría entendido, que la habría defraudado. Le habría hecho sentir que sus esfuerzos por ayudarme no servían de nada.

Ella debió de percibir algo extraño en mi actitud ese día. Quizá pensó que estaba asustada por la información que acababa de darme. Y sí, lo estaba, pero no quería pensar en eso. Necesitaba no pensar.

—Si quieres te acompaño mañana a ver a Ángela. Si vamos las dos te sentirás más protegida.

Asentí con una sonrisa de alivio y le di las gracias. Gabriella, una vez más haciendo de mi ángel de la guarda, me otorgaba sin saberlo unas horas antes de enfrentarme de nuevo al problema. Consentí que se fuera sin haberle confiado que esa noche había invitado a Luca a cenar en casa. No sé por qué lo hice. Quizá porque no quería que descubriera todavía que deseaba aprender de

verdad a no preocuparme, a no darle vueltas a las cosas. Y que confiaba en que Luca me iba a ayudar a hacerlo. Lo había escogido a él y no a Gabriella para ese menester, a pesar de que ella llevaba muchos años diciéndome lo mucho que necesitaba ese cambio.

Hoy sé que no he cambiado. Que no consigo dejar de preocuparme por lo que ocurrió después. No importa lo mucho que lo intento; sólo algún rato dejo de culpabilizarme.

54

Creo que durante unas horas me sentí como la adolescente coqueta que nunca fui. Encima de la cama iban cayendo prendas que me ponía para mirarme en el espejo, quitármelas enseguida y substituirlas por otras. Rescaté vestidos de verano que no me había puesto en mucho tiempo y que ahora me parecían inadecuados para la ocasión por ser demasiado formales o excesivamente juveniles para mi edad o me hacían parecer una anciana. Nada acababa de gustarme. Me preguntaba qué hacía yo con tanta ropa si no me sentía a gusto con nada de lo que me probaba. Me prometí que aquella semana vaciaría el armario de todo aquello que no necesitaba.

Me pinté los ojos y me puse rímel en las pestañas y carmín en los labios. Sólo para lavarme la cara tan pronto como vi mi aspecto en el espejo. Nunca había sabido maquillarme, nunca me había sentido bien cuando lo hacía. No era yo. Y esa noche más que ninguna otra quería ser yo, sin postizos. Cuando tuve la cara limpia, me senté en la cama y miré más allá de la ventana sin ver nada. Me pregunté qué estaba haciendo, cómo había pensado que podía dejar de preocuparme por Carla, por mis olivos, por el hombre que me vigilaba y que ahora tenía nombre y apellido, aunque continuaba siendo un desconocido para mí. Cómo podía dejar de temer que una piedra rompiera el cristal de una ventana y trajera con ella un nuevo texto anónimo y amenazante. No era la mejor noche para invitar a Luca a mi casa, a una cena que él quizá se imaginaba romántica, aunque yo no me atrevía a darle ese nombre. No sabía si Luca era algo más que un entretenimiento bienvenido en ese día de

cambios y temores; otro vagabundo desarraigado como yo que podía entenderme. El padre de un hijo que también un día se fue de su vida. El empresario que, como yo, había dejado atrás su empresa y todo aquello que fue importante para él durante muchos años. Estábamos los dos perdidos en un país que era el nuestro y del que apenas entendíamos ya su devenir debido al tiempo que habíamos pasado lejos, en lugares que nos eran más familiares que la ciudad donde transcurrieron los primeros años de nuestra vida. Lugares foráneos que habían contribuido de forma decisiva a forjar nuestra identidad.

No sabía mucho de Luca, aunque imaginaba que él también buscaba darle forma a un nuevo sueño del que todavía no sabía el nombre. Nada nos unía que no fuera la inestabilidad de nuestro presente. Quizá había cometido un error al invitarlo. De pronto me apetecía estar sola. Cenar ligero, poner un DVD con alguna película larga y hacer tiempo así hasta que me llegara el mensaje de Carla avisándome de que había aterrizado bien en Nueva York. Entonces me iría a la cama e intentaría dormir sin pensar en el encuentro con Ángela al que debería enfrentarme el día siguiente. Decidí llamar a Luca para cancelar la cena. Marqué su número y el teléfono sonó varias veces sin que nadie respondiera.

Volví a la habitación y empecé a guardar la ropa que seguía esparcida sobre la cama. Tomé el teléfono para llamar a Luca de nuevo y volví a colgarlo sin marcar ningún número. Decidí no cancelar la cena. Me preguntaba qué me estaba ocurriendo. Tenía casi sesenta años y me estaba comportando como una chiquilla. Quizá esperaba demasiado de esa cita y me asustaba que pudiera fracasar. No pensaba tanto en el encuentro sexual, que sin duda esperábamos los dos, sino en algo más allá del acercamiento físico, en un diálogo espiritual y duradero que todavía no estaba segura de que pudiera mantener con él. No me importaba que Luca estuviera hoy aquí y mañana en otra parte del mundo. Quería saber si podía compartir con él sentimientos que no necesitan de palabras ni de proximidad física, me bastaría con percibir que están allí en el otro, que los comprende, que también son suyos o lo han sido en algún momento, o lo serán.

Acabé poniéndome un vestido blanco que tenía muchos años y solía llevar en las noches más calurosas como iba a ser la de ese día.

Nada especial, sólo cómodo. Una ropa con la que me sentía a gusto. Tenía dos grandes bolsillos y en uno de ellos puse el móvil para recibir el mensaje de Carla tan pronto como aterrizara en Nueva York. Me peiné como siempre y me puse un colgante que había comprado hacía muchos años en una feria de artesanía étnica en Nueva York. Creo que venía de algún país africano, nunca supe cuál.

Cuando Luca llamó a la puerta ya tenía la mesa dispuesta en el jardín, al lado de la casa, ante la mejor vista del olivar. Creo que él había conseguido transformar su aspecto un poco más que yo. Y lo había hecho muy bien ya que, aunque no había alterado en absoluto su manera informal de vestir, descubrí dos detalles que respondían sin duda a un esmero especial para la ocasión: se había cortado el pelo y estrenaba camisa. Llevaba las mangas arremangadas y los faldones por fuera, como siempre que lo había visto. Se trataba sin duda de una prenda nueva, de un blanco que hacía amarillear mi vestido. Estaba tranquilo, o al menos lo parecía. Observó la casa con interés, me hizo preguntas sobre la estructura y en especial sobre los techos abovedados puglienses que tanto admiraba. Creo que le sorprendió que la casa tuviera tan pocos muebles y que además muchos fueran de IKEA. Me comentó divertido que no encajaban en absoluto con el estilo y la construcción de la vivienda.

—Los muebles grandes de la familia están todavía en el cobertizo. Los de las mudanzas me han dicho que vendrán en septiembre y los volverán a poner en la casa —le dije tras ponerle al corriente de las decisiones de Ángela con respecto a los muebles de mi madre.

Era noche cerrada cuando empezamos a cenar. Había preparado una cena simple y ligera, que incluía una de mis creaciones de cocina fusión que tanto gustaban a los clientes de *Trani Gourmet Foods*. A Luca no le impresionó aquella mezcla atrevida de menta y curry con la que había preparado unas berenjenas al homo.

—A estos americanos les gustan unas cosas… —rio cuando le expliqué la historia que inventé para el plato que se estaba comiendo sin ganas.

Me reí con él. No sé por qué no me sentí ofendida. Simplemente me levanté de la mesa y le retiré el plato. Él me dejó hacer.

—¿Y qué tal unos espaguetis a la *putanesca* que me han sobrado de este mediodía? —propuse.

—Me parece genial —dijo todavía sentado en la silla. Posó su mano derecha en mi cintura, me acarició la cadera, bajó hasta las nalgas. Nos miramos. Vimos en el otro el mismo deseo, la misma urgencia.

—Voy… voy a buscar los espaguetis —sonreí.

Volví enseguida con un plato de espaguetis para él. Yo seguí comiendo las berenjenas porque a mí sí que me gustaban mis inventos para *Trani Gourmet Foods*. En el vino nos pusimos los dos de acuerdo. Charlamos y reímos como yo no había hecho en mucho tiempo. Tuve la sensación de que a él le ocurría lo mismo.

Bebimos bastante, aunque no era el vino la única razón de que la velada transcurriera de forma fluida y preñada de expectación ante lo que estaba a punto de ocurrir entre nosotros.

Quizá fue el sonido de nuestra conversación ininterrumpida o el de nuestras risas lo que impidió que no oyéramos nada, o quizá fue la distancia a la que nos hallábamos del lugar donde estaba iniciándose la desgracia.

Un resplandor rojizo se alzó más allá del olivar, golpes de viento lo acercaron a nosotros. Supimos que era fuego por el olor a madera quemada.

—Mantas —dijo él.

Entramos en la casa y cogimos mantas, chaquetas, manteles, todo lo que pudimos encontrar. Salimos corriendo. El fuego amenazaba con llegar al cobertizo. Un poco más allá ardían varios olivos. Vi a Luca subir con una manta por la escalera de madera que estaba apoyada en la pared trasera del cobertizo. Intentaba evitar que se propagaran las llamas.

—No subas —grité.

Primero fue un estallido, después el grito de Luca, enseguida las primeras llamas. Lo vi caer al suelo, todavía con la manta en la mano. Las tablas de una de las paredes del cobertizo ardieron y le cayeron encima.

Eché sobre él todas las mantas que habíamos recogido, retiré las tablas que todavía ardían, lo arrastré como pude lejos del fuego. Todavía no soy capaz de explicarme cómo conseguí sacar el móvil del bolsillo de mi vestido y llamar a los bomberos. Luego sentí un

dolor muy fuerte. No recuerdo nada más. Más tarde, al despertarme en el hospital envuelta en vendajes y sin poder moverme, me dijeron que cuando llegaron los bomberos ya no me quedaba vestido ni cabello, que mis quemaduras tardarían en sanar, y que Luca estaba vivo, pero en un estado tan crítico que no se atrevían a aventurar un pronóstico.

55

Abro los ojos a una nueva mañana. Como cada día, hoy también acompañaré a Luca al hospital para sus curas. Mejora despacio. A él no parece importarle demasiado que la recuperación sea lenta. No dice nada para no preocuparme, pero sé que tiene dolores, que toma calmantes fuertes y que teme a las sesiones de rehabilitación más intensas a las que tendrá que someterse cuando consideren que las fracturas de su pierna derecha están selladas.

Aprovechamos las esperas en el hospital para ir dándole forma a mi sueño, a esa locura que al final he decidido compartir con él. Contrariamente a lo que yo había imaginado, no le ha parecido ninguna barbaridad. Enseguida se ha puesto a trabajar. Yo lanzo ideas al aire, él las dibuja cuando eso es posible y se ríe cuando lo que imagino es inviable. Continúa teniendo unas manos ágiles, de dedos largos, hermosas a pesar de las quemaduras. Puede seguir dibujando y eso es muy importante para él.

Anoche fuimos a cenar juntos por primera vez desde que Luca salió del hospital. El camarero se quedó mirándonos como si fuéramos disfrazados de Frankenstein. Tendremos que acostumbrarnos. Va a ser así durante bastante tiempo, sobre todo en su caso. Habrá cirugía, será lento y doloroso, pero habrá un final. En el hospital nos han dicho que le quedaran pocas marcas. Ahora camina ayudado por una muleta. No sabemos todavía si se recuperará del todo, si volverá a andar como antes de la caída. De momento él va a todas partes con su muleta y eso le basta, o eso dice. No deja de repetirme que le he salvado la vida y yo siempre le respondo que estuvo a punto de perderla por mi culpa. Luego nos

reñimos el uno al otro porque habíamos acordado no hablar del pasado, porque ahora tenemos un presente lleno de proyectos. Y estamos juntos, al menos por el momento. *Carpe diem*. Al fin.

Suena el teléfono y es Gabriella. Me dice que no me mueva de casa, que está a punto de llegar y que la acompaña la policía.

—Tengo noticias, tengo pruebas. La policía quiere hablar contigo.

—¿Qué noticias? ¿Qué pruebas?

—Ahora te explico. No tardaremos nada en llegar. —Me quedo con el teléfono silencioso en la mano.

El *carabiniere* joven, el que me atendió mientras aguantaba los calores delante del ventilador, entra acompañado de dos policías mayores que él, me imagino que de más alto rango. Él se limita a saludarme y se queda en un rincón en silencio.

—Enséñele las fotos —le dice Gabriella al mayor de los *carabinieri*.

El guardia abre un sobre y saca unas fotografías. Me muestra la primera.

—¿Conoce a esta mujer?

—Sí, se llama Ángela Savatini. Es la viuda de mi padre.

—¿Ve cómo tenía razón? Es ella —le dice Gabriella al guardia.

El policía no se digna a mirarla y me señala al hombre que está hablando con Ángela.

—¿Lo conoce?

Un escalofrío me recorre entera. Miro al policía, miro a Gabriella.

—Es… es alguien que creo me ha estado siguiendo aquí. Y…, aunque no estoy segura del todo…, me parece que es la misma persona que hace unos años descubrí que me seguía en Nueva York.

—¿Cómo se llama? —pregunta el policía.

—Tommaso Cortini, ya se lo he dicho antes —interviene de nuevo Gabriella—. Es alumno de la escuela de idiomas de mi hermana, aunque hace días que no viene a clase.

—Señora, no le estoy preguntando a usted —anuncia el policía todavía de espaldas a ella.

—Está bien. Me callo. Sólo quiero que recuerde que si no fuera

por mí no tendría esas fotos.

El policía deja salir el aire con fuerza de su boca. Parece muy molesto por las constantes intervenciones de Gabriella.

Veo las imágenes que me muestran. En varias aparece Ángela y el hombre que me ha estado siguiendo. Están tomadas en varios lugares de Lecce y Specchia. Hay una instantánea en la que se le ve entrando en la escuela de idiomas, otra en la que lo acompañan dos individuos que no he visto nunca. Me muestran una foto de uno de ellos cerca de mi casa, los olivos calcinados se divisan al fondo. Doy un respingo. Me llevo las manos a la cara y los miro sorprendida cuando me muestran una nueva instantánea en la que aparece el mismo hombre hablando con Ángela.

—Señora, han detenido a uno de estos dos hombres cuando estaba a punto de prender fuego a un olivar en Ostuni. Creemos que el incendio de su olivar fue provocado, y que lo hizo el mismo individuo que ha visto en la fotografía junto a la viuda de su padre. Hemos abierto una investigación.

Escucho sus voces como si estuvieran lejos, mis ojos fijos en los olivos calcinados que pueden verse más allá de la ventana.

Empiezan a silbarme los oídos. Siento el brazo de Gabriella que me sujeta.

—Ya era hora de que lo hicieran —murmura Gabriella.

—Ya les he dicho que le enviaron un anónimo —interviene al fin el *carabiniere* joven.

Cuando la policía se va empiezo a entender el alcance de todo lo ocurrido. Tengo la confirmación de que el incendio ha sido provocado y de que no es el único en la Puglia.

—No sabes lo que me ha costado hacer esas fotos. Son pruebas importantes de que hay intereses detrás de la supuesta enfermedad de los olivos, y no las habrían considerado como tales si no hubiera sido por la denuncia.

—¿Qué denuncia? ¿La que apuntaba la periodista en el artículo que publicó tras hacerme la entrevista? Nadie le ha hecho caso. Y la televisión apenas ha mencionado la posibilidad de que alguien estuviera interesado en eliminar los olivares de la Puglia y utilizar las tierras para fines relacionados con el turismo.

—La que tramitó ayer Luca. Denuncia que la desidia de los responsables de la provincia ha estado a punto de costarle la vida.

Ha probado en su escrito que todos los argumentos que citaba la periodista eran ciertos.

—¿Y por qué no me ha dicho nada?

—Me imagino que lo iba a hacer hoy. La policía se le ha adelantado. Creo que ha sido la detención del pirómano de Ostuni la razón que los ha movilizado. Los olivares de Ostuni son más importantes que los de aquí —Gabriella se encoje de hombros—. Algo debe de haber dicho ese hombre durante el interrogatorio que les ha hecho sospechar alguna relación con el incendio de tu olivar. El caso es que me han llamado, me han pedido que trajera las fotos que ayer no quisieron ni mirar.

—Parecían molestos contigo.

—Porque se han visto obligados a solicitar mi ayuda cuando ayer la rechazaron. Eso es demasiado para su orgullo. Saben que les resultará más fácil seguir una posible pista con la ayuda de mis fotos que empezar una investigación desde cero. Menos trabajo.

Apenas escucho a Gabriella. La imagen de Ángela con el hombre que me ha estado siguiendo ocupa todo mi pensamiento.

—Creo que en el fondo ya sospechaban que algo así estaba ocurriendo —continúa Gabriella—. Quizá había intereses, dinero a cambio de tapar las posibles evidencias de que los olivos de la Puglia no están enfermos. A cambio de considerar como fortuitos incendios que han sido intencionados.

Gabriella se acerca a la ventana y contempla unos instantes a los hombres que ya han empezado a talar y arrancar los olivos calcinados. Les he pedido que respeten a los que han sobrevivido. A aquel campo ya no se le puede llamar olivar, es sólo una extensión de tierra con algunos olivos a los que no pudieron prenderles fuego. Miro yo también por la ventana y observo el esqueleto de Garibaldi, que todavía no han arrancado de la tierra. Me duele verlo así. Regresa a mí la imagen de mi padre hablándole. Me alejo de la ventana. Gabriella me sigue.

—Giulia, tienes que vender las tierras. Ya no son productivas y está claro que alguien está interesado en ellas, y que utilizarán cualquier medio para conseguirlas. ¿Qué vas a hacer ahora?

Gabriella tiene razón. Alguien quiere mis tierras y yo no tengo que esperar a que la policía me diga que es Ángela. Sé que es ella. Me pregunto qué relación tiene con el hombre que me persigue.

Quién es él y por qué me vigila. Y por qué me vigilaba cuando vivía en Nueva York.

—No voy a vender.

—No te entiendo, Giulia. ¿Por qué?

—Tengo otros planes para esta tierra.

—No te van a dejar en paz.

56

Acabo de saber lo que nunca hubiera sido capaz de imaginar.

Me lo ha dicho Ángela cuando la he visto en la comisaría. Me han mandado llamar para hacer una nueva declaración. Ella está detenida, acusada de colaborar con quienes provocaron el incendio de mi olivar. Luce un nuevo peinado, el cabello corto teñido de un negro imposible. Sus ojos me miran retadores. Tiene las esposas puestas y una sonrisa ladina.

—Sé que nunca me aceptaste. Y ¿sabes qué te digo?, que tenías razón al desconfiar de mí —me grita nada más verme—. Nunca me gustaste. Nunca te perdonaré que tu padre dejara de quererme cuando volviste a entrar en su vida. Nunca lo perdoné a él tampoco. Y no soy la única que os quiere mal, ¿sabes?

La miro sorprendida. Ella parece satisfecha de mi reacción. Se acomoda mejor en la silla dura de la comisaría de policía, pone la espalda bien recta, levanta la cabeza, me mira a los ojos.

—¿No adivinas quién os quiere mal?

Está disfrutando de ver que estoy perdida, que no entiendo nada de lo que me está diciendo.

—Ellos ya lo saben —dice señalando al policía que lee unos informes.

El hombre levanta la cabeza.

—Señora, quiere decir que…

—No diga nada —le interrumpe Ángela—. Quiero ser yo quien le dé la noticia.

—De acuerdo, pero dese prisa, que no tenemos toda la mañana —. El policía vuelve a sus papeles.

—Tu padre arruinó la vida de su hermano. Eso sí lo sabías, ¿verdad?

Me pregunto cómo se ha enterado Ángela de lo que me explicó hace tantos años la mujer del hermano de mi padre. Aquello que nunca compartí con él por no hacerlo sufrir de forma innecesaria.

—Las familias nunca olvidan, ni lo bueno ni lo malo. En especial, lo malo —continúa Ángela; sus ojos son dos manchas negras.

Entra un policía, pide a Ángela que se levante y la toma del brazo para guiarla hacia la puerta.

—Déjeme terminar —grita ella, e intenta desasirse de él.

—Vamos —insiste el policía, que la mantiene agarrada del brazo.

Salen los dos. Ángela vuelve su rostro al salir.

—Las familias nunca olvidan —grita. Su voz me llega a través del cristal de la puerta.

El policía que estudiaba los papeles cierra la carpeta que tenía abierta y consulta su reloj de pulsera antes de poner su *telefonino* en el bolsillo de la camisa. Desliza hacia atrás las ruedas de la silla y se levanta. Devuelve la carpeta a un mueble archivador metálico de color gris y me mira como si acabara de descubrir mi presencia.

—Ya puede irse, señora. Ya no la necesitamos.

—Un momento… ¿qué ha ocurrido? ¿Qué me quería explicar esa mujer?

—No se preocupe por nada, señora. Los culpables ya están detenidos. Estos ya no volverán a molestarla. —No se me escapa el énfasis que pone en la palabra *estos*.

—¿Qué quiete decir?

—Que sin duda habrá otros y usted está sola en un lugar aislado. Yo no debería decirle esto, pero la periodista que le hizo la entrevista tenía razón en el artículo que publicó. Hay interés en que la Puglia se convierta en el nuevo destino turístico de Italia y las grandes empresas constructoras ya han visto el filón que esto significa. Poco podemos hacer nosotros.

El policía abre la puerta y se aparta para que yo salga. Tiene prisa. Lo esperan en otro sitio.

Me quedo unos instantes delante del despacho que acabo de abandonar. En el pasillo hay otras puertas, todas cerradas. No se

oye nada. No sé a dónde han llevado a Ángela. Me pregunto qué ha querido decirme con sus palabras.

—Oiga, esa mujer quería decirme algo que usted también sabe. ¿Qué es? Dígamelo.

—Es muy largo. Está en el informe que estoy redactando.

—Hágame un resumen —me impaciento.

—Mañana, señora, cuando lo tenga terminado. Ahora no puedo.

El policía se va y me deja allí. Quiero saber a dónde han llevado a Ángela. Con la intención de averiguarlo intento abrir dos de las puertas. Una da a un despacho ahora vacío. La otra no puedo abrirla.

Cuando llego a casa Luca está esperándome en la puerta. Lleva una gran carpeta bajo el brazo y luce una sonrisa tan amplia que por un momento su rostro me parece libre de todas las marcas que han dejado las quemaduras. Tiene los ojos brillantes.

—Traigo novedades —me dice señalando la carpeta. Soy incapaz de compartir su alegría.

—¿Qué ocurre?, Giulia. ¿Qué te ha dicho la policía? Tienen a los culpables, ¿no?

—Sí, pero… Ángela ha mencionado al hermano de mi padre, el que murió en Nueva York. Tenía mucho interés en explicarme algo relacionado con él. Se la han llevado antes de que pudiera hacerlo.

—No pienses ahora en esto. Déjame entrar en casa y te enseño cómo he dibujado esa última variación de tu idea que clasifiqué como imposible cuando te la oí mencionar y que, al intentar dibujarla con la intención de mostrarte por qué no era factible aplicarla, ha ocurrido todo lo contrario. La idea ha cobrado sentido, ha cobrado vida. Luego, cuando me he lanzado a investigar la historia de la forma de construir en esta zona, no he dejado de trabajar en el proyecto hasta completarlo. Y he venido enseguida para que lo vieras.

No puedo compartir el entusiasmo de Luca.

Él se dirige a la mesa grande del comedor y empieza a desplegar planos. Hay dibujos de perspectivas diferentes, anotaciones de escalas, cálculo de metros cuadrados. Señala entusiasmado aquí y allá. Habla y yo no soy capaz de escucharlo. No entiendo qué me

está diciendo. Luca no parece darse cuenta, tan abstraído está con sus planos. Yo sólo pienso en las últimas palabras de Ángela «las familias nunca olvidan». De repente, algo parece perfilarse en la confusión de pensamientos que me acompañan en los últimos días.

Dejo a Luca con sus explicaciones y abandono deprisa la sala sin decir nada.

—Giulia… ¿a dónde vas? —Oigo que me llama. No me sigue.

En el despacho de mi padre voy a la cómoda de madera recia y abro el cajón donde guardé algunos de sus papeles más personales.

Creo recordar que puse allí la fotografía. Vacío el cajón encima de la mesa y busco entre los papeles hasta que la encuentro. La contemplo. Creo que estoy en lo cierto. La fotografía tiembla en mi mano mientras regreso a la sala.

Luca me ve llegar. Me mira muy serio.

—Giulia, ¿por qué…? —se acerca a mí—. Estás muy pálida, ¿qué te ocurre?

Le muestro la foto.

—¿Te resulta familiar alguno de estos rostros?

Luca observa la imagen con atención.

—No sé. Es una foto antigua. No creo que quede nadie vivo de los que aparecen aquí.

—Ya. Mira con atención. Busca algún parecido con personas que conoces. El otro día me dijiste que eras buen fisonomista, que difícilmente se te olvida una cara.

Luca vuelve a concentrarse en la fotografía. La observa durante un buen rato. Luego señala con el dedo indeciso a uno de los dos hombres.

—Esta cara me recuerda un poco a alguien. No sé, quizá…

—¿Quizá a uno de tus alumnos? —me impaciento.

Vuelve a observar la fotografía con detenimiento.

—Si, me recuerda a ese alumno más mayor, al americano —de repente levanta la vista y me mira incrédulo—: ¿Al hombre que me dijiste que te estaba siguiendo?

—Es uno de los detenidos por la policía en relación con la quema de olivares en la Puglia.

—No, eso no puede ser.

—Creo que sí puede ser.

—Giulia, este hombre debe de llevar años muerto, o debe de ser

muy mayor. Nada que ver con…

—El hombre que has señalado es mi tío —le interrumpo—. Murió en Nueva York en la década de los setenta.

—Entonces, ¿qué quieres decir? ¿que mi alumno puede tener alguna relación familiar con él?

—Sí, puede ser su hijo. Creo que es su hijo, aunque por algún motivo se ha cambiado el nombre. Y Ángela sabe algo de él que yo desconozco.

57

Estoy en la comisaria de Lecce esperando a que me dejen hablar con el hombre que creo que es mi primo. Cada vez estoy más segura de que lo es, aunque hubiera preferido que no tuviera nada que ver con mi familia. Luca está conmigo. Al fin hemos conseguido que nos atiendan. Les ha costado entender la historia que yo he ido hilvanando a partir de las señales que este desconocido ha ido dejando a lo largo de los años. Creo que todavía no me creen del todo. Puede que haya sido otra vez la intervención de Luca la razón por la que me han ayudado. No es sólo su aspecto que despierta temor y pena sino también el peso de su denuncia, su origen milanés y los nombres de personas con poder que he descubierto que conoce y ha sabido nombrar en el momento oportuno, para despertar voluntades, agilizar trámites y confiar en que los errores de desidia cometidos en el sur no trascenderán al norte, «nada más nos faltaba eso», deben pensar.

Tras su primera visita a la comisaria las cosas han empezado a moverse y cuando hemos regresado unas horas más tarde ya tenían el informe completo. Qué ágiles pueden ser cuando peligra su buen nombre, cuando hay alguien que tiene el poder de mejorar su futuro o de abandonarlos a su suerte. Cuando se les ha hecho ver que aclarar este caso lo antes posible sólo puede comportarles beneficios. Ellos piensan que sólo en el sur perezoso, con funcionarios agotados por el calor, las cosas funcionan así. Ignoran que en el norte no son diferentes. Y que más allá del norte, en otros países con fama de mejor organizados, también ocurren estas cosas. Al final siempre funciona tener a algún conocido con poder para

agilizar trámites o mandar a otros agilizarlos con urgencia. En todas partes, no sólo en la policía.

Mi primo está detenido por trabajar como esbirro para una constructora internacional que se esconde tras distintas empresas repartidas entre España, Grecia, Italia, Túnez y Marruecos. Los pueblos del sur bañados por el mar Mediterráneo ahora convertidos en paraísos para hacer dinero rápido con la construcción de apartamentos y casas de veraneo. Lugares de estética repetida porque han hecho desaparecer la propia y donde la construcción es el eje principal, a veces único, del crecimiento económico de esas zonas. Aunque para conseguirlo haya que quemar tierras de cultivo y bosques. Mi primo, y otros como él a los que también han detenido, van a cargar con todas las responsabilidades. Fueron los encargados de hacer el trabajo sucio que otros habían ideado desde sus oficinas de muchos cristales, secretarias y mobiliario de diseño. Son delincuentes al servicio de delincuentes mayores que van a permanecer en el anonimato. Me da pena por él. Parece que ha seguido los pasos de su padre. Al igual que él, se ha dejado engatusar por la promesa de dinero fácil. Quizá sea un destino habitual entre quienes crecen, o se encuentran de pronto, sin ningún apoyo donde agarrarse. No quiero pensar en cómo fue la infancia de mi primo en aquel barrio con el que coqueteaban las drogas, entre gentes que no tenían otra cosa que mucha rabia acumulada porque la vida los había llevado allí y no habían logrado salir del agujero sino hundirse un poco más con cada año que pasaba.

Intuyo que hay algo más y quiero que me lo diga, aunque sé que me va a doler.

Cuando al fin nos encontramos cara a cara, a mi se me mezclan los recuerdos. Reconozco en él a quien me ha seguido ahora, y me siguió hace años. Descubro en su fisonomía unos rasgos tan familiares como la forma de los ojos, un tanto saltones, y el óvalo de la cara que comparte con mi padre y conmigo. Somos, sin duda, familia. Y las familias nunca olvidan, como me ha dicho Ángela.

Lo escucho hablar y comprendo que este hombre nunca ha olvidado las voces de su infancia, aquellas que le hablaban de un tío que se negó a ayudar a su padre a emigrar, que no le dejó vender parte de sus tierras porque su deseo de ser actor era una quimera

imposible. Voces que le hablaban de ese tío rico, el terrateniente que se quedó en Italia. Luego vino la muerte de su padre, enfermo y preso. Y el apartamento en ruinas donde malvivió con su madre y sus hermanos, la calle como única escuela, la adolescencia que se desvaneció entre los efluvios de alcohol barato. Y el día en que una joven con apariencia de venir de Manhattan, nunca nadie de Manhattan se aventuraba por esas calles, se cruzó con él al subir las escaleras de su casa. Esa joven que era yo, la prima rica de Italia.

—Tardé un tiempo en dar contigo —me cuenta—. Al final, la constancia y un poco de suerte me permitieron saber dónde vivías y que no tenías nada a tu nombre. Me dio rabia verte casada con un hombre rico, luego madre de una niña. Una niña preciosa, por cierto, que me dio su nombre en el patio del colegio y me dijo que vivía en Brooklyn. Gracias a esa información pude localizar tu apartamento. A ella también la seguí varias veces —no puedo evitar un escalofrío al oírle hablar de Carla. Él se da cuenta y sonríe satisfecho por la muestra de temor que acabo de ofrecerle—, y a su amiga judía, y al hombre importante con el que empezaste a salir tras tu divorcio. Esperaba a que fueras rica para recuperar mi parte de la herencia, y no lo eras. Mientras tanto me conformé con dar rienda suelta a mi rabia llamándote por teléfono cuando sabía que estabas sola y una llamada sin voz te iba a asustar.

Se ríe. Sus ojos, tan parecidos a los de mi padre, tienen una mirada enajenada que nunca vi en él y que me asusta hasta tal punto que prefiero no mirarlo a la cara.

—Estuve a punto de hacerte una visita cuando tu empresa *Trani Gourmet Foods* empezó a tener éxito entre los neoyorkinos ricos. Pero entonces fue cuando pasé un tiempo en la cárcel. Un asunto que salió mal…

Mi primo escupe en el suelo y yo me aparto de él todo lo que puedo. El policía ni se inmuta. Él se ríe de nuevo, tose, y esta vez se traga las mucosidades que le han subido hasta la garganta. —Mejor así, ¿verdad?— me dice con una sonrisa de dientes torcidos y sucios. Entonces saca un palillo del bolsillo del pantalón y empieza a hurgarse los dientes. Me mira como si se estuviera divirtiendo. Luca, que observa el asco y el miedo que me oprimen, me toma del brazo. Soy incapaz de hablar. Mi primo necesita hacerlo.

—Por fin estamos cara a cara, primita. También esta vez he

conseguido dar contigo y he visto por fin el olivar que me iba a hacer rico —hace una pausa—. También esta vez me han salido mal las cosas —baja la cabeza y se golpea con fuerza el muslo derecho con las manos unidas por las esposas, dos veces seguidas. Luego me mira a los ojos—. Y eso que contaba con una ayuda excelente para recuperar mis tierras.

—Las tierras son de mi propiedad —replico—. Mi padre las cuidó siempre, las hizo prosperar. Nunca tuvo noticias del tuyo desde que se fue de aquí. Nunca supo que tú, tu madre y tus hermanos existieran. ¿Cómo querías que…?

De pronto me detengo y lo miro intrigada.

—¿Ayuda excelente? ¿Qué quieres decir?

Él lanza una sonora carcajada antes de contestar. Vuelve a toser. Vuelve a tragar lo que quiera que le ha subido a la garganta. El policía que nos acompaña parece volver del lugar donde estaba su mente durante toda la entrevista.

—¿Le traigo un poco de agua? —pregunta el policía.

Mi primo no contesta. Gira la cabeza hacia el otro lado. Enseguida regresa a mí. Sonríe satisfecho antes de seguir con su relato:

—Ángela se llama ella. Y es un ángel. No sabes cómo me ha ayudado. No es tonta, ¿eh? Sabe lo que hace. Yo también sabía lo que hacía dirigiéndome a ella. Sabía quién era, sabía cómo se sentía desde la muerte de tu padre. Compartimos el mismo sino de desheredados. Ella quería recuperar lo que es suyo y yo también. Así que nos unimos en una *join adventure, fifty/fifty*, en una *win/win adventure* como decimos en América. No me costó nada convencerla para que colaboráramos.

»Y él es un mal profesor —añade señalando a Luca con el dedo —. Ni siquiera se ha dado cuenta de que yo ya sabía italiano cuando me matriculé en la escuela. Y en cuanto a tu amiga *metomentodo*… la descubrió uno de mis socios haciendo fotografías, íbamos a por ella, pero la policía llegó antes. Y luego dicen que la policía italiana es lenta e ineficiente. No, eso no es verdad. ¿A qué no, señor agente?

El policía consulta el reloj, se levanta, va hacia mi primo esposado y lo agarra de un brazo.

—Tenemos que irnos.

—Agente, déjeme —se suelta de la mano del policía y éste lo vuelve a agarrar, ahora con más fuerza—. Mi prima quiere saber toda la historia.

—Vamos, que ya estamos llegando tarde. —El policía lo arrastra hasta la puerta. Él no deja de hablar ni de mirarme.

Yo no quiero seguir escuchándolo. No quiero mirarlo, me da miedo, asco, pena. Me he quedado sin saber qué decirle. Me alegro de que el policía de por terminado el encuentro. Ya he oído bastante, lo suficiente para saber qué ha ocurrido. Ahora soy consciente de mi indefensión, de las amenazas que me han acechado y que me acechan. De que he puesto en peligro a Carla, a Gabriella, a Luca. Ya no es posible mirar hacia otro lado. No me han explicado qué van a hacer con él, si lo deportarán por haber entrado en Italia con una identidad falsa, si pasará un tiempo en prisión por los delitos cometidos aquí o si lo juzgaran en los Estados Unidos. Quiero pensar que estará unos años en la cárcel, en eso confío. Me pregunto qué ocurrirá cuando salga, si seguirá vivo su deseo de venganza. Seguramente ya sabe que Carla está en los Estados Unidos y al salir de la cárcel intentará seguirla como hizo conmigo. Estoy temblando. Quisiera no pensar en todo esto, pero no puedo dejar de hacerlo. Se lo comento a Luca.

Él guarda silencio mientras cruzamos la sala de los atestados para dirigirnos a la puerta de salida. Ya en la calle, se detiene y me mira, como si quisiera asegurarse de que tiene mi atención.

—Sigue el tema, Giulia, sin ofuscarte. Creo que ni tú ni tu hija volveréis a ver a ese hombre.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—No, no estoy seguro de nada, sólo que tu primo es ya mayor. No creo que cuando salga de la cárcel quiera seguir con esto.

—Gracias por llamarme vieja —le doy una palmada cariñosa en el brazo y echo a andar, Luca me sigue—. Tiene mi edad, poco más o menos.

—Él está enfermo, ¿has visto cómo tose? Tú, no.

—Ya lo curarán en la cárcel.

—Quizá.

—¿Cómo que quizá? —detengo el paso y espero que me aclare lo que acaba de decir.

—Pues que en algunos casos lo que viven en la cárcel acaba de

matarlos.

—Has visto muchas películas tú, ¿verdad?

—Sí, puede que sea eso —dice tomándome de la mano para continuar nuestro camino hacia el aparcamiento.

Seguimos en silencio hasta llagar al coche. Abro la puerta y me siento al volante. No puedo evitar el recuerdo de la única conversación que tuve con mi tía. No era ninguna película lo que me contó acerca de la muerte de mi tío en prisión. Luca está en lo cierto. La pena empieza a colarse en algún lugar dentro de mí donde hace un rato, mientras escuchaba a mi primo, sólo reinaba el miedo y la rabia. Tengo ganas de llorar. Luca se da cuenta.

—¿Qué ocurre Giulia?

—No sé. Estoy triste. Él es mi primo.

—Nunca os conocisteis. No pienses en que él es parte de tu familia. Piensa en todo el mal que nos ha hecho. ¿Por qué estás triste?

Luca tiene razón, pero yo no puedo sacarme de encima la pena. A mí también me sorprende mi sentir.

—Porque quizá —digo al fin—, si hubiera tenido las mismas oportunidades que yo, no habría aceptado el encargo de quemar olivares. Yo… yo he tenido la suerte de nacer aquí, de ser hija de mi padre y no de mi tío. A mi primo nadie le enseñó a amar la tierra, sólo a querer poseerla. Yo amo esta tierra y no quiero perderla.

Pongo el coche en marcha.

—Sé que estás dispuesta a luchar por ella.

—Sólo me di cuenta de eso cuando regresé de Nueva York.

—Ya. Por lo que me has contado, en tu juventud estabas esperando a que te crecieran las alas para volar lejos de aquí. Y lo conseguiste.

—Sí —sonrío—. Fueron mi padre y mi madre quienes me dieron las alas. Me ofrecieron una infancia estable, una identidad. Me dieron la seguridad que me permitió hacerme preguntas sin miedo a las respuestas, y pude tomar decisiones propias que me llevaron a conocer otras formas de hacer y de vivir. Soy un poco el resultado de todo lo vivido.

Aparto un momento la vista de la carretera y miro a Luca.

—A mi primo nunca le dieron opción de elegir. Morirá en la cárcel, como su padre. Eso me entristece.

Pongo el intermitente y salgo de la carretera. Paro el coche. Estoy demasiado alterada para seguir conduciendo. Luca me abraza, intenta tranquilizarme.

—Te olvidas de que tú también has ido creando opciones que en principio no existían para ti y que te han permitido salir adelante. Has tomado decisiones difíciles, Giulia. Me contaste que tu padre estuvo años sin dirigirte la palabra porque no seguiste el camino que él había imaginado para ti.

—Ya, pero pude hacer algo diferente y él no.

—Eso no lo sabes. Su entorno se lo puso muy difícil, pero quizá él podría haber mejorado un poco su situación y no lo hizo. Son muchos, en todas las clases sociales, quienes prefieren que los demás decidan por ellos. No enfrentarse, no sufrir las consecuencias de la incomprensión del grupo, no estar solos, no dudar nunca respecto a lo que deben hacer. Quizá tu primo pertenezca a ese grupo, puede que no haya sido sólo la mala suerte de nacer en el sitio equivocado la razón por la que se ha convertido en un delincuente peligroso. Nunca lo sabrás. No pienses más en ello.

Sus palabras me reconfortan. Aunque no son sólo sus palabras; me gusta tenerlo a mi lado. Creo que ya no puedo seguir ignorando lo que siento. Él me indica con un gesto que ponga el coche en marcha.

—Y ahora vayamos a tu casa, que todavía tengo que explicarte los planos que hemos dejado encima de la mesa. Allí está tu futuro y el de estas tierras. Y… —parece que va a decir algo más, pero se calla. Me da la impresión de que una ola de color ha teñido su rostro durante un instante.

Los dos guardamos silencio durante el resto del camino.

—¿Y Ángela? —le pregunto justo antes de entrar en casa. No nos han dicho cuál iba a ser su condena.

—Ángela probablemente irá a la cárcel, no te preocupes. Y cuando salga de allí no creo que le interesen tus tierras.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Por qué?

—Porque ya no tendrá manera de hacerse con ellas. Nosotros nos habremos adelantado a sus planes de futuro.

—¿Qué quieres decir?

—Enseguida lo entenderás.

Me toma de la mano y me hace entrar en casa, cierra la puerta y, sin soltarme, me lleva hasta la mesa.

—Quédate así, de pie, para ver mejor, y no te muevas ni contestes al teléfono hasta que haya terminado —me dice con la voz solemne de quien va a recitar una plegaria.

Nos reímos los dos. Entonces él, con un entusiasmo casi infantil, empieza a señalar aquí y allá en los dibujos que todavía no tienen ningún significado para mí.

58

Specchia, cinco años después

No sé si Ángela fue a la cárcel o no, pero Luca acabó teniendo razón en su predicción de que ya no me molestaría. Hasta hace muy poco no he sabido que vendió su parte de la herencia de mi padre y que ahora vive en Nápoles, cerca de familiares que todavía conserva allá. Ignoro si se ha vuelto a desposar o no. Y no me importa. Sí que me ha llegado noticia de que mi primo murió en un hospital de Nueva York, poco tiempo después de salir de la cárcel. Parece ser que no estuvo demasiado tiempo allí.

El olivar ha dejado de ser el sueño que recogí de mi padre para convertirse en el mío. Es la misma tierra, la misma ilusión y cabezonería la que nos guía, aunque nuestros proyectos no tienen nada en común. La idea alocada que se me ocurrió hace unos años en un momento de desesperación, la pericia de Luca para darle forma y su ayuda constante para verla realizada, han hecho posible que estas tierras y los pocos olivos que se salvaron tengan una nueva vida. Una vida que nada tiene que ver con la producción de aceite, aunque sí con la belleza de estos árboles centenarios que acompañaron mi infancia y que ahora son centinelas de estos días tan distintos a los de antes. Vigilan mi cuerpo que envejece sin importarles demasiado; saben que en mi alma anidan todavía los proyectos, las ilusiones y la capacidad de disfrutar de cada día. Creo que ya soy capaz de enlazar momentos de felicidad, de saberlos únicos, irrepetibles, efímeros, de reconocerlos cuando llegan e

incluso provocarlos. Es un aprendizaje reciente. Todavía no he aprendido del todo. Todavía he de mejorar, aunque creo que estoy en el buen camino.

Hoy han llegado los primeros huéspedes de esta temporada. Son una pareja mayor, vienen de Chicago y llevan meses viajando por Europa. Han vuelto a Italia cuarenta años después de su primera visita y encuentran al país muy diferente del que conocieron. Llevan días huyendo de las grandes ciudades y de las rutas turísticas. Les rompe su recuerdo de juventud de *cinquecentos* y *motorinos* circulando de forma fluida, de niños jugando en las calles, de ropa tendida en los balcones y de cafés donde los recibían con un saludo y una sonrisa. Echan en falta poder entrar al Coliseo de Roma sin hacer cola ni tener que reservar día y hora para ver la galería de los Uffizi en Florencia. Me dicen que la Puglia es el tesoro escondido de Italia, que les ha encantado pasar por lugares como Lecce, Bari o Monópoli y ver que la vida transcurre sin que la cotidianidad de quienes viven allí se vea alterada, todavía, por los aluviones de turistas que han convertido Roma, Florencia y tantas otras ciudades italianas en una especie de parque temático. Me hablan de la desagradable experiencia que tuvieron hace unos días en el *Trastévere* romano al darse cuenta de que aquello que había sido un barrio habitado se había convertido en lo que parecía un escenario de Hollywood, donde cada casa formaba parte del decorado y los restaurantes y pensiones habían substituido a las viviendas.

Los llevo por el camino de piedra hasta «su casita», como la llaman ellos. Es una de las diez que he construido en lo que fue mi olivar. A la hora de diseñarlas, Luca quiso reproducir hasta el último detalle las características de las construcciones salentinas tradicionales. Las edificaciones son pequeñas, una o dos habitaciones y un baño, y reproducen en pequeño la forma de la casa grande. Están encaladas de blanco, tienen los muros gruesos y el techo de ladrillos abovedado que todos admiran cuando lo ven por primera vez. A mis huéspedes les gusta el pequeño patio que rodea a «su casita» y le da intimidad, a pesar de no estar muy alejada de las otras. Admiran el olivo que regala algo de sombra al patio y agradecen la hamaca en la que me dicen que dormirán la siesta y el banco de piedra a la puerta de la entrada que les permite ver los olivos. Yo me quedo unos instantes a su lado y observo mis

árboles con orgullo, esparcidos, lejos los unos de los otros, sus hojas moviéndose de nuevo, grises o verdes según el capricho del viento. No les digo que sólo están viendo los pocos olivos que se salvaron del incendio. En su lugar, pronuncio la frase que a todos les gusta oír y que a mí me enorgullece recordar:

—Algunos de estos árboles tienen más de trescientos años. Yo heredé estas tierras de mi padre y él del suyo. Hemos estado aquí durante generaciones. Mañana en el desayuno probarán el aceite que fabricamos. Es sólo para la familia y los clientes del hotel.

Sonríen complacidos. Les abro la puerta del que será su alojamiento por unos días y me doy cuenta de que les gusta el frescor que se mantiene en el interior gracias a las gruesas paredes. Flota en el aire el olor a sábanas limpias y a las lilas recién cortadas que he puesto en un jarrón. Es mi manera de dar la bienvenida a mis huéspedes.

Me alejo para volver a casa. Por el camino me cruzo con dos niños que van hacia la piscina, ese rectángulo azul rodeado de olivos que Luca mandó construir en el espacio exacto que quedó cuando tuvimos que arrancar al calcinado Garibaldi y algunos viejos olivos más. Pensamos que las risas de los niños en sus chapoteos y los abrazos de los amantes cuando se bañan a la luz de la luna es una forma de devolverle la vida a esa zona. No sé si mi padre habría aprobado la construcción de una piscina precisamente allí, estoy segura de que mi madre sí. De haberla tenido la habría mirado a todas horas desde la casa. «Me gusta tanto el azul del agua», me habría dicho. Se habría comprado un traje de baño moderno, incluso se habría dejado convencer por mí para comprarse un bikini y bañarse conmigo, las dos solas sin que mi padre ni nadie nos viera. A ella se la dedico, porque siempre añoró las viejas pozas donde se bañaba cuando era niña y las playas de Bari que visitó alguna vez en su juventud, y tuvo desde entonces el azul como su color preferido, porque es el color del mar del que tan pocas veces pudo disfrutar.

A mi madre también le he dedicado el libro que publiqué este invierno. Ahí he querido dar voz a las gentes de la Puglia, a los que vivieron en el pasado y a los que ahora pueblan estas tierras, a los que se fueron y no volvieron y a los que regresaron, con fortuna o sin ella. Para escribirlo he leído documentos de bibliotecas italianas

y norteamericanas, de donde he rescatado nombres e historias. También he hecho entrevistas en Lecce, Monópoli, Bari, Brindisi, Nueva York, Toronto, y distintos lugares de California, New Jersey, Connecticut y Pennsylvania. He disfrutado poniendo sobre el papel estas historias, que son también mi historia y la de mi familia. Mi editor me dijo hace unos días que el libro se estaba vendiendo muy bien no sólo en la Puglia, sino también en Roma y en Milán. Y que se iba a traducir al inglés.

Entro en el que fue el despacho de mi padre. Lo he reconvertido en la recepción de este hotel rural que es ahora mi empresa.

Las paredes están adornadas con viejas fotografías de la casa y del olivar cuando era extenso. En unos estantes se exhiben botellas pequeñas con aceite de la última cosecha. Hay huéspedes que las compran como recuerdo de su estancia en el hotel, del buen aceite con el que pueden rociar el pan que les sirvo por las mañanas para desayunar. Lo de producir algo de aceite, aunque fuera muy poco, fue idea de Luca. Yo ya había desistido de hacerlo. No quedaban suficientes olivos para mantener una producción.

Ahora vuelvo a tener una empresa, otra vez diferente. Estoy aprendiendo y me gusta ocuparme de que todo funcione en este alojamiento rural. Me llenan de orgullo las altas puntuaciones que recibo en *booking.com* y otros portales de quienes se han alojado aquí, y las conversaciones relajadas que mantengo con algunos clientes cuando llegan y se toman conmigo una cerveza después de un día de ruta por la Puglia. Me gusta saber que algunos de mis huéspedes vuelven a alojarse aquí y que muchos recomiendan mi casa a sus amigos. Soy feliz porque he salvado mis tierras y he protegido el paisaje con las construcciones tradicionales de la zona. He convertido el antiguo olivar en zona protegida. Soy feliz todas las mañanas cuando abro los postigos de mi habitación y veo que mi tierra está viva y que acoge a gentes de otros lugares. Muchos de ellos vienen del otro lado del Atlántico y algunos de Nueva York, la ciudad en la que viví tantos años. Allí donde soñé, aprendí, sufrí, me hice fuerte y crecí hasta convertirme en la mujer que ya no teme equivocarse y que es capaz de crear un nuevo sueño a partir de cada fracaso, y de hacerlo crecer hasta convertirlo en vida, en compromiso, en satisfacción que quiero compartir con otros.

Hoy voy a compartir esta nueva realidad con mi hija.

Finalmente he conocido a Tom, la pareja de Carla. Vienen de Nueva York y van a pasar unas semanas conmigo. He ido a buscarlos al aeropuerto y al abrirse las puertas lo primero que he visto ha sido la sonrisa de ambos. Una sonrisa dirigida a mí, que crecía en ellos como si fuera la misma sonrisa. Creo que se quieren de verdad. Durante los días que vienen tendré ocasión de comprobar si mi intuición es correcta. Dejaré que Carla me cuente, no la atosigaré a preguntas que sé que no va a querer contestar. Ella me hablará de Tom a su debido tiempo, y de Nico, su mujer y su hijo. De su madre, que todavía vive. Quizá incluso de Claudia, de la que nada he vuelto a saber. Quiero que Carla sepa que ya no siento curiosidad ni rechazo por esa familia que una vez también fue la mía y que ahora sólo lo es de ella. Lo único que deseo es saber si Carla es feliz cuando está con ellos. Sólo eso me importa.

Luca se ha encargado de preparar la comida para todos mientras yo he ido a buscar a Carla y a Tom al aeropuerto. Me ha recibido con el delantal puesto y una cuchara en la mano, cuyo contenido me ha introducido en la boca después de darme un beso que ha hecho sonreír con picardía a mi hija. Enseguida ha llegado Gabriella, acompañada de Vito, el niño que ha acogido en su casa y que todavía no sabe si podrá mantener con ella o lo reclamará su familia biológica. El pequeño, que todavía hace muy poco que ha echado a andar, explora con los ojos y las manos todos los objetos de la casa. Gabriella lo vigila, lo reprende, lo abraza, lo besa, le dice que nos bese a nosotros también. Él se aleja y se pone a llorar hasta que ella lo toma en brazos.

El tiempo para las confidencias con Carla llega mucho antes de lo que yo había imaginado. Es ella quien lo provoca:

—Luca, enséñale a Tom todas las instalaciones de la casa rural, explícale la historia que hay detrás de estas construcciones tradicionales. Tú la conoces muy bien.

—Sí —interviene Tom—, Carla me ha hablado mucho de este lugar y tengo muchas ganas de conocerlo.

—Os acompaño —dice Gabriella tomando al niño de la mano—. Vito necesita estar un rato al aire libre.

Luca sale de casa acompañado de su bastón y su cojera. Sé que está contento. Los demás le siguen curiosos. Ya no puedo escuchar sus voces, aunque adivino muchas preguntas y largas y entusiastas

explicaciones.

He hecho café y Carla y yo nos sentamos a la mesa para tomárnoslo. Por la ventana vemos que el grupo se ha detenido delante de una de las cabañas y Luca está señalando detalles con su bastón. Los demás permanecen muy atentos a sus explicaciones.

Carla está impaciente por decirme algo.

—Mamá, Tom es… es.

—Es el hombre al que amas. Lo he adivinado.

—Sí, es el hombre con el que quiero compartir mi vida.

—La vida es muy larga, hija. Pueden pasar muchas cosas.

—¿Lo dices por papá?

—No sólo por papá. A veces, las cosas que consideramos inamovibles cambian.

—Sí, ya he leído eso de que la vida es cambio —hace un ademán con la mano como si quisiera apartar un objeto inexistente—. Mamá, yo quiero a Tom y él me quiere a mí. No pensamos en el futuro. Ya llegará lo que tenga que llegar.

Sonrío.

—Quizá tengas razón y es mejor así.

—Claro que tengo razón. Y tú deberías aplicarte el mismo principio.

—¿Qué quieres decir? —creo que me he sonrojado como una adolescente.

Carla mira por la ventana y yo la imito.

—¿Cuándo vas a dejar entrar a Luca de verdad en tu vida y quedarse a tu lado? Hace ya mucho tiempo que te espera.

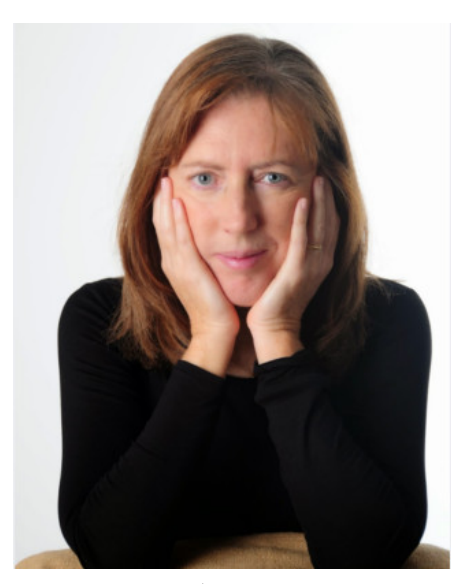
Tardo un poco en contestar. Ella me mira y sonríe. Se está divirtiendo con mis titubeos.

—No sé… ya veré… sí, quizá sí… puede que tengas razón y ya va siendo hora.

Carla se levanta, se sitúa detrás de mí, me pone los brazos alrededor del cuello, me deposita un beso que atraviesa con su dulzura la barrera de mis cabellos y pone su cara muy cerca de la mía. Ninguna de las dos apartamos la vista de la ventana.

Pongo mis manos sobre las de mi hija y ella entrelaza sus dedos con los míos.

Mi mirada acaricia la figura de Luca que, sin dejar de mover las manos, cojea al lado del joven que Carla ha traído de América.



MAGDALENA ALBERO ANDRÉS. Es doctora en Comunicación y Educación por la Universidad de Indiana (Bloomington) y profesora titular en la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Sus investigaciones están orientadas hacia el conocimiento de las relaciones que se establecen entre las tecnologías de la comunicación y los niños y jóvenes, tomando como punto de partida el estudio y la comprensión de su entorno cognitivo y sociocultural. En esta línea de trabajo, ha publicado varios libros y artículos sobre la temática de televisión e internet en la infancia y en la adolescencia. También trabaja en aspectos relacionados con la educación audiovisual en las escuelas. Ha sido profesora/investigadora visitante en la Universidad de Indiana (Bloomington) y en la Universidad de California (Berkeley), en Estados Unidos, y en la Universidad Simon Fraser (Vancouver) y la Universidad de York (Toronto), en Canadá. Ha trabajado en proyectos conjuntos con investigadores norteamericanos y europeos y dirigió la parte española del proyecto europeo Civicweb.

Los caminos del mar, su novela debut, ha resultado ganadora del II Certamen Internacional de Novela Histórica Ciudad de Úbeda.

Notas

[1] *Publicar o perecer.* < <

[2] Con este nombre se conoce a la costumbre de los jóvenes de clase media norteamericanos de tomarse un año para viajar al terminar la universidad, antes de su plena inserción en el mundo laboral. <<

[3] Tradición norteamericana de grupos corales de voces masculinas, y a veces femeninas o mixtas, especializados en cantar canciones cortas. < <

[4] *Fratemities & sororities* son residencias sólo para chicos o para chicas en las universidades. < <

[5] Bolas blandas de azúcar. En Norteamérica es común insertarlas en un palo y tostarlas antes de comerlas. <<

[6] Nombre con el que se conoce en los Estados Unidos a la ayuda financiera que obliga al esposo mejor situado económicamente a ofrecer a su cónyuge tras el divorcio. Una parte importante de este dinero está destinada a la manutención de los hijos. < <